

**Datos de investigación para elaborar la monografía Mancera Rueda (2022): *La prensa española ante la guerra de Cuba (1895-1898)* [Dataset]**

Datos completos de la monografía: Ana Mancera Rueda (2022): *La prensa española ante la guerra de Cuba (1895-1898)*, Valencia, Tirant lo Blanch. ISBN: 978-84-18970-59-7.

Se trata de editoriales publicados en la prensa española del siglo XIX, que han sido recopilados y transcritos por la propia autora. Se han transcrito todos los textos tal y como fueron publicados, sin modificar ningún aspecto.

**TRANSCRIPCIONES *EL IMPARCIAL***

**[“Año nuevo, régimen nuevo”, *El Imparcial*, 1 de enero de 1898]**

**AÑO NUEVO, RÉGIMEN NUEVO**

El ministerio cubano, según las noticias oficiosas, se halla mejor constituido y más equilibrado que lo que se había temido; pero todo el mundo juzga que pudiera haber sido mejor.

Tiene desde luego la ventaja de cierta ponderación en las diversas tendencias afectas al nuevo régimen. Ofrece el inconveniente de que su respetabilidad no se corresponde con la magnitud de la empresa á que está llamado.

El primer gabinete autonómico debiera ser, ante todo y sobre todo, una gran fuerza moral, y realmente solo á dos miembros de él concede la opinión talla completa de ministros: á Montoro y á Govín, y todavía la aceptación de este último es problemática. Para la presidencia requeríase una personalidad menos discutida que la del Sr. Galvez; para las otras carteras personajes más caracterizados aun dentro de su agrupación.

Hay, no hemos de negarlo, una figura muy simpática, la del Sr. Rodríguez, peninsular, laboriosísimo, gran conocedor de las cuestiones mercantiles y aduaneras de Cuba, hombre que ya estuvo en Madrid como autoridad en asuntos arancelarios cuando se trató de la reforma de ese género para la grande Antilla: pero que en situación política tan difícil, cual la presente, es una incógnita, puesto que en ese terreno poco ó nada ha figurado.

De los Sres. Zayas y Dolz poco ó nada podemos decir, puesto que al uno se le conoce bastante en la Península, y á aquel no lo conocemos.

Nos encontramos, pues, con que de los seis miembros del gabinete insular dos pertenecen á la izquierda reformista, los señores Govin y Zayas, aunque de este último lo afirmamos por meras referencias; dos á la derecha autonomista, los Sres. Gálvez y Montoro, y dos al reformismo, los Sres. Rodríguez y Dolz.

Para un ministerio que ha de presidir las elecciones, conviene la ponderación establecida, puesto que de esa manera no se podrá echar en cara una á otra tendencia haberse aprovechado del poder para servir en los comicios los intereses de grupo. Para los efectos de atracción sobre aquellos rebeldes propensos á volver al campo de la legalidad, no se podrá decir lo mismo hasta que se vean los resultados. De manera que si

la renuncia de algunos de los agraciados descompusiera, mejor dicho anulara la ponderación, ¿dónde estaría la ventaja?

No quisiéramos hallar justificadas nuestras previsiones de los días anteriores. Aunque no nos sintamos convencidos, quisiéramos que la obra resultase lo mejor posible pero desearíamos que el gabinete Sagasta marchara por este accidentado camino con la seguridad completa de que allí, donde fija la planta, no habría de hundirse el terreno bajo sus pies.

En tal concepto, creemos que el Sr. Moret tendrá la certidumbre de que no ha de haber renunciaciones capaces de alterar la naturaleza del nuevo gobierno cubano. Este riesgo, previsto por todo el mundo y señalado con anticipación sobrada por nosotros, habrá sido conjurado por el Sr. Sagasta, por el ministro de Ultramar y por el general Blanco, antes de la resolución capital de que se trata.

Entramos, pues, en el año 1898 á punto y hora de que las incógnitas del problema cubano comiencen á ser despejadas. El año 1897, que acaba de transcurrir, ha pasado dejando solamente, respecto de ese problema, una nueva forma de planteamiento. El que empieza habrá de demostrarnos si sirve ó no el nuevo método, á cuya aplicación se da principio. Que en su desarrollo se revele acierto mayor que el que hubo en la aplicación del método opuesto es cuanto podemos desear.

Porque no es dable echar en olvido que, merced á motivos de otra índole, á los últimos sucesos de 1896, al resultado del empréstito, á la muerte de Maceo, el año 1897 empezó con esperanzas defraudadas muy pronto por efecto de las torpezas acumuladas en la dirección de los asuntos de Cuba desde la Habana como desde Madrid. Y los votos de todos los buenos españoles habrán de ser hoy por que el caso no se repita.

[“El dolor de España”, *El Imparcial*, 14 de enero de 1898]

## EL DOLOR DE ESPAÑA

Amargura muy grande hubieron de producir en los corazones las noticias llegadas de la Habana ayer.

No solamente ha causado vivo dolor ver la autoridad del capitán general desconocida, sino que se presiente con profunda pena el efecto que acontecimientos de tal índole han de tener en el extranjero y en la manigua.

Las esperanzas más ó menos justificadas, pero muy despiertas en estos días, han experimentado quebranto gravísimo. Vuelve á apoderarse de los ánimos la desconfianza sombría, debilitadora del fuerte espíritu nacional, hasta un punto que nadie pudo presumir.

Se recuerda con tristeza aquellas semanas que siguieron á los sucesos de Marzo de 1895 y durante las cuales la mayoría de los periódicos europeos emitieron sobre nuestro estado social y sobre el papel que en la vida de la nación hacía nuestro ejército juicios durísimos y depresivos en el más alto grado. El temor de que esos juicios se repitan con motivo de los motines de la Habana llena las almas españolas de inquietud.

Sobre ellas cae, como el agua helada sobre quien tiritaba de frío, la consideración del júbilo que habrán de sentir los intransigentes separatistas al enterarse de tales hechos, y de la consistencia que lo ocurrido dará á los propósitos de los enemigos de España.

Después de tantos y tantos sacrificios hechos por esta infeliz nación en aras de la paz, tras de consumir tantas vidas y tantos millones, á raíz del esfuerzo más doloroso, cuando se entraba por un nuevo camino en busca del deseado objeto, se perturba todo y se oscurece todo, merced á los manejos é intrigas de politicastos que intentan explotar en su provecho las pasiones de clase.

Es esto la reproducción de lo acaecido en Madrid, pero ahora se ha intentado en condiciones más difíciles, en circunstancias más graves y cuando todo el mundo civilizado tiene fijos en nuestro ejército los ojos.

Fácil es excitar la pasión de gente moza con susceptibilidades de clase, avivadas constantemente por los que de tarea semejante hacen su negocio. Estos tales no perciben lo que de natural hay en ello, sino lo que puede servir á planes que de militares precisamente no tienen carácter alguno.

El ejército, que anduvo en otro tiempo hartamente mezclado á la vida de los partidos españoles, comenzó hace diez ó doce años á separarse de éstos y á afirmar su espíritu de clase. La evolución habría sido ventajosísima si el ejército hubiera quedado incomunicado respecto de los políticos.

Los militares fueron dejando de ser progresistas ó moderados, revolucionarios ó alfonsinos, para no ser más que militares. Así son los ejércitos de las grandes naciones europeas. Mas, los políticos, que ya para cambiar la Constitución no podían contar con la fuerza armada ni con la oficialidad afiliada á un partido, pensaron en explotar ese espíritu

de clase, que con energía se despertaba y se manifestaba, para lanzarlo contra un gobierno y derribar una situación.

En toda entidad que afirma su vida y personalidad propias frente á las demás entidades hay un sentimiento fácil de sobreexcitar con adulaciones unas veces, otras veces con celos. Se viene haciendo esto de un modo tan claro, tan á la luz del día, que los manejos y propósitos que hay detrás de ellos, si no se ven, se presumen.

El suelto imprudente de un periódico ó el artículo intencionado y pérfido que á veces se desliza en algún diario, precisamente por quienes desean provocar el conflicto, es como la tea encendida arrojada en el montón de apilado combustible. La pasión irritada no razona; la inexperiencia natural é inevitable no descubre la mano de donde parte el impulso; ánimos juveniles se inflaman con el recuerdo del poder mostrado en otras ocasiones; las consecuencias de los actos se oscurecen; la expectación de los pueblos extranjeros se olvida; se deja la rienda suelta á la cólera, y mientras todo padece, el prestigio del ejército lo primero, y el enemigo toma alientos y los extraños se erijen en censores y llora la patria, el politicastro malvado, que preparó todo eso para satisfacer su ambición, su despecho, su egoísmo, salta de júbilo allá en las sombras y se ríe de todo y de todos.

En el caso presente el gobierno parece resuelto á ser severo. El capitán general de Cuba quiere mantener su autoridad, que allí, en aquella disputada tierra, es la encarnación de la soberanía de España. La nación, si no ha muerto en ella su espíritu, ha de prestar auxilio eficaz á tamañas resoluciones. Pero el castigo duro, implacable, debe caer principalmente sobre los instigadores, á quienes es preciso seguir la pista hasta sus últimas guaridas.

Y esto ahora y siempre en casos semejantes, ó será preciso declarar aquí en plena bancarrota la civilización.

[“Prudencia en todos”, *El Imparcial*, 15 de enero de 1898]

#### PRUDENCIA EN TODOS

Los muy deplorables y muy tristes sucesos acaecidos en la Habana traen de nuevo á la actualidad, al debate de las gentes, y á la decisión del gobierno, un asunto de extraordinaria importancia, de suprema gravedad.

Alejado ahora el conflicto de la prensa madrileña, lejos por consiguiente todo temor de que en nuestras palabras pudiera verse el peso de una imposición antes que la voz de recto y sereno juicio, nos es lícito consignar apreciaciones que seguramente omitiríamos á ser otras las circunstancias.

La publicación de escritos como el que apareció en *El Reconcentrado* es verdaderamente intolerable, se trate ó no de militares.

Se explica, si hay causa que lo justifique y pruebas que lo acrediten, la denuncia enérgica hecha desde un periódico, por grave que la acusación sea.

Lo que no se explica, lo que no tiene posible defensa, lo que por igual deben rechazar el oficial del ejército y el periodista serio y honrado, es el procedimiento de estampar gravísima injuria sin prueba alguna de ser cierto lo que se afirma, es la literatura que admite entre su vocabulario la palabra granuja.

A impedir que aquel sistema y este lenguaje prosperen debemos coadyuvar todos, políticos, militares y periodistas.

Conste, pues, nuestra explícita y categórica condenación de provocaciones tan insensatas y de tan groseros extremos.

Juzgado el caso de la Habana, en el que la violencia del periódico viene á justificarlo todo, resta en la grave cuestión un aspecto que no sin motivo preocupa al gobierno.

No hay que hablar de la repetición de sueltos tan procaces como el titulado “*Fuga de granujas*”, porque cuanto apareciera con semejante carácter lograría solo el desdén y la execración de las gentes; pero imaginemos que en la divergencia de las opiniones sobre los asuntos públicos, en la apreciación, de acontecimientos que, por referirse al porvenir de la nación, no pueden y no deben en ocasiones excusarse, imaginemos que surge en la prensa seria algo que el calor de las circunstancias y la pasión del momento da aspecto de ofensivo para la colectividad armada.

En tal caso, si los que se estiman agraviados no encuentran en las leyes el amparo que éstas deben conceder, quedan utilizables recursos que no ceden en daño del país y del ejército.

La prudencia de todos debe estorbar cualquier peligro; pero si á despecho del deseo y de la intención, el conflicto se plantease, cabe el empleo de soluciones que con ser muy enojosas no significan retroceso en las costumbres políticas de un pueblo.

Numerosos casos de esta índole pueden citarse en Francia, Alemania, Italia y en Austria, sin que por ellos se haya producido la ocasión de que se hable de imposiciones militares.

Nosotros tenemos la certeza de que las leyes buscarán los medios de castigar cumplidamente cualquier extralimitación parecida á la de castigar cumplidamente cualquier extralimitación parecida á la de *El Reconcentrado*, de la Habana; nosotros tenemos la certeza de que la prensa, ó por lo menos lo que verdaderamente constituye la prensa, no ha de incurrir en tamaños desafueros, y nosotros tenemos la certeza de que, si escapando á las previsiones del gobierno y á las templanzas periodísticas, se produjera una situación que los oficiales del ejército reputasen ofensiva, estos oficiales pensarían en la patria, á cuya defensa consagran la espada que ciñen, y procederían de tal suerte, que nadie podría en el extranjero hablar de sediciones militares con relación á España.

**[“Lo que puede hacer la prensa”, *El Imparcial*, 16 de enero de 1898]**

#### LO QUE PUEDE HACER LA PRENSA

Consideran algunos periódicos como natural y justo que el gobierno, un gobierno liberal, ponga mano en la legalidad vigente para defender los prestigios y la disciplina del ejército contra los ataques de la prensa.

A nosotros nos parece que en rigor no se puede hablar de la prensa en general, refiriéndose á tales demasías; sino de periódicos, y de periódicos contadísimos. Llenas están las columnas de la prensa española de encomios, alabanza, encarecimientos, de cuanto á nuestros militares se refiere.

Esto es lo patriótico y lo plausible. Mas, si hay lamentables excepciones, si salen á luz periódicos, que por su falta de todo respecto, por su lenguaje procaz, y hasta soez, irritan y ofenden, como en el caso de *El Reconcentrado*, los sentimientos de clase; si existen otras publicaciones que marcadamente procuran, para atender á intereses, que allá en el fondo nada tienen de militares, subvertir el orden necesario en la milicia, la prensa en general ninguna culpa tiene en ello.

¿Qué inconveniente ha de haber entonces -se preguntarán- en modificar las leyes para cortar abusos tan nocivos y peligrosos? El periódico que trate del ejército con los miramientos debidos nada tiene que temer de la reforma del Código, del procedimiento y del Jurado. Aquel otro que excita á la rebelión ó provoca la violencia será quien experimente los efectos de reformas tales y reciba el merecido castigo.

Los inconvenientes que desde luego percibimos en los propósitos revelados por el gobierno en el último Consejo de ministros son que en el instante mismo en que se empiece una obra de restricción en la legalidad vigente, no será dable calcular hasta dónde podrá llegar el retroceso. Porque otras clases del Estado y aun de la sociedad, la magistratura y el clero, por ejemplo, cuyo prestigio es también muy necesario, demandarán del legislador un amparo análogo, puesto que los poderes públicos reconocen que las leyes actuales no prestan para tal fin suficientes medios de defensa. Y no es cosa de negar títulos justos á semejantes demandas, por no llevar espada al cinto quienes las presenten.

Además, las circunstancias en que los propósitos del ministerio Sagasta se formulan, quitan á éstos autoridad, pues no revelan el sereno juicio que reclama la reforma de las leyes.

De todas suertes la prensa democrática no podrá hallar nunca justificado que un gobierno liberal inicie una tarea de restricción del derecho, que podrá convertirse muy pronto en acentuado movimiento de reacción.

Pero ¿es que la prensa toda ha de ver impasible que se ultraje lo que es tan digno de respeto ó que se vulnere uno de los cimientos del orden social por quienes presuman

de pertenecer á la prensa misma? ¿Es que habrá de contentarse con una estéril y baldía protesta contra tamaños, desmanes, formulada en unas cuantas palabras?

Nosotros creemos que no. Consideramos que para los abusos lamentados, para los daños que esos abusos alcancen á producir, la prensa puede poner correctivo eficaz y útil remedio.

Sería muy hacedero que al cometerse por un periódico contra una clase merecedora de consideraciones y respetos uno de esos desmanes que levantan generales protestas, bien por la forma descompasada y grosera en que los ataques se dirigen, bien por lo infundado é injusto de su fondo, se reunieran los directores de los demás periódicos á fin de advertir ó descalificar la publicación culpable de semejantes tropelías.

El vacío hecho en torno de aquélla, la retirada del cambio, la supresión del nombre en las columnas de las demás publicaciones, sería manera evidente de cortar toda solidaridad con quien uso tan poco digno hiciera de la imprenta, y medio eficaz de que desmanes análogos no se repitiesen.

No se halla por desgracia la prensa española sindicada en los centros de población de modo y forma tales, que desde luego, y sin los obstáculos de la rutina, sea aplicable en toda su extensión ese procedimiento. Estamos seguros, sin embargo, de que bastaría en los casos de que se trata la iniciativa de un director de periódico para que la obra fuera factible. Y aún pudiera ser esto un paso muy avanzado hacia la constitución de esos sindicatos precisos para evitar que gentes sin conciencia ó sin dignidad se aproveche de los sufridos que son el papel y la letra de imprenta, y desacrediten y aun deshonen el periodismo.

Todo ello nos parece más provechoso al interés social, más digno para la prensa y más propio á conjurar conflictos, que las protestas retóricas en las horas de trastornos, y los proyectos de restricción legal ó de reacción en las esferas del gobierno.



**[“Mudanza visible”, *El Imparcial*, 25 de enero de 1898]**

#### MUDANZA VISIBLE

Sin que sea dable precisar el origen, circulan estos días con grande insistencia rumores halagüeños de nuevas y valiosas presentaciones de rebeldes cubanos.

Quizás una patriótica impaciencia se anticipa á los acontecimientos. Acaso se necesite de mucho más espacio de tiempo para que la tendencia favorable á la pacificación dé los resultados que puede dar. El conocimiento de cuanto en las importantes poblaciones de la isla sucede, la lealtad con que el régimen autonómico se implanta, la ocasión propicia para el abandono del campo rebelde y presentación en el de la legalidad, son circunstancias que no se han de determinar simultáneamente en los diversos puntos del territorio insurrecto.

Conviene mucho tomar en cuenta que todo rebelde que se decida á acogerse á indulto se juega la cabeza en la tentativa. Le es, por lo tanto, indispensable aguardar á que la vigilancia de los jefes intransigentes se halle debilitada por cualquier motivo, para que disminuya en probabilidades el terrible riesgo.

Entre las causas que pueden contribuir á que vigilancia tal sea, para los deseos de paz, menos peligrosa, se encuentra una eficaz acción de nuestras armas. Máximo Gómez, Calixto García y demás cabecillas de su cuerda, perseguidos activamente, acosados por nuestras columnas, habrán de cuidarse de poner en salvo sus personas, mucho mejor que de espiar y reprimir toda tentativa de presentación por parte de aquéllos que, más amantes de su tierra natal, deseen el término de la devastadora lucha.

Este es, sin duda, el pensamiento del general Pando, que activa las operaciones, y este el propósito principal que guía al general Blanco en su iniciado viaje al departamento Oriental.

Que la campaña ha entrado en condiciones de actividad y empuje, que antes no tuvo, demuéstranlo, no solamente operaciones tan bien concertadas como la reconquista del río Cauto y expediciones tan brillantes como la que ha aventado de sus guaridas al titulado gobierno insurrecto, sino ante todo y sobre todo el decaimiento que se nota en las fuerzas rebeldes.

En todas partes es nuestra la ofensiva. A medida que el espíritu del país va cambiando, nuestras columnas marchan menos á la aventura. Dentro de pocas semanas esta diferencia, que ya hubimos de señalar en números anteriores, vendrá á ser más notable. Cuanto mayor sea el empeño de los jefes separatistas en prolongar la lucha, sin otra razón que la de sus ambiciones ó sus compromisos con el sindicato *yankee*, la población cubana les irá siendo más y más hostil. Las confidencias y el espionaje estarán á nuestro favor, como siempre lo han estado la superioridad del valor y las ventajas de la disciplina.

Aun aquella masa social de la Península que no se ha fijado lo bastante en estas nuevas fases de la cuestión, siente que es otra ya la atmósfera donde respira. De ahí proviene la facilidad con que dicha masa social acoge actualmente cualquier rumor agradable ó cualquier anuncio lisonjero: por motivos inversos acogía antes con facilidad análoga toda noticia triste y toda especie funesta.

Contra estas mejores disposiciones del ánimo popular, así en la Península como en la grande Antilla, no se deja de esgrimir ciertas armas por los enemigos interiores y exteriores de la pacificación. Las maniobras navales ordenadas con peregrina oportunidad por el gobierno de Washington sirven maravillosamente á los alarmistas. Después de todo, no tienen otro objeto.

La escuadra norteamericana va y viene por las aguas del golfo de Méjico, se acerca á las costas de Cuba y con ello mantiene la excitación en el ánimo de los leales y la esperanza en el de los rebeldes. ¡Todo por puro amor á la paz y prosperidad de la preciada Antilla y por puro sentimiento de humanidad!

Contra estos hipócritas y vergonzosos manejos, el espíritu público se conserva sereno en España, y, al anuncio inquietante de que los barcos de la Unión se aproximaban á la Habana, bastó ayer con recordar que el gobierno de Washington tenía ordenadas esas maniobras de su escuadra del Atlántico para que la penosa impresión quedase desvanecida.

De esta suerte, á pesar de las contrariedades indicadas, tanto más lamentables cuanto más fáciles de evitar fueron en su día, los horizontes se abren lentamente, pero se abren al fin, para nuestra patria.

**[“Calma, previsión, energía”, *El Imparcial*, 26 de enero de 1898]**

## CALMA, PREVISIÓN, ENERGÍA

¿A qué va á la Habana el *Maine*? ¿Para qué se acerca tanto á las costas de Cuba la escuadra de los Estados Unidos? ¿Con qué objeto esa escuadra ocupa los puntos estratégicos de la entrada de ambos canales de Bahama?

Estas preguntas estaban ayer en todos los labios.

Los que á ellas contestaban de la manera menos belicosa decían: Esa escuadra ha ido á las aguas de la grande Antilla á detener el movimiento contrarrevolucionario en las filas de los rebeldes á España. Porque es evidente que los insurrectos en armas, dispuestos á entregarlas, no lo harán ya ante la expectativa de un conflicto, cuyo término pudiera ser el vencimiento del poder español en la isla. ¿A qué fin -dirán los cabecillas más inclinados á la pacificación- hemos de entrar en el campo de una legalidad que amenaza extinguirse?

Hay quien va más allá. Hay quien supone que los Estados Unidos consideran propicia la ocasión para acabar de una vez. Complicadas las cuestiones europeas con los asuntos de China, fija en el extremo Oriente la atención de los pueblos del Antiguo Mundo, desprevenido y confiado el gobierno español, es la hora presente la precisa y abonada para que la política *yankee* arroje la máscara y acometa la empresa con el menor riesgo posible.

De un modo ó de otro, se verifican desgraciadamente nuestras porfiadas previsiones. Acaso no vayan hasta provocar la guerra los Estados Unidos, no obstante que el anuncio del envío del *Maine* á la Habana es indicio hartamente expresivo de provocación. Pero, de todas suertes, esa escuadra á la vista de las costas de Cuba, levantando el decaído ánimo de los rebeldes, viene á ser el obstáculo más grave para la paz.

Peor es quizás esto que lo otro. Acabar de una vez saldrá más que desangrarse estérilmente. Si de lo que se trata por el gobierno de Washington es de contener la contrarrevolución en Cuba, de impedir las presentaciones, de hacer infecundo para la pacificación lo que del período de seca nos resta aún y de meternos en un año más de esfuerzos y sacrificios, para empezar de nuevo, preferible será verle entrar francamente en terrenos de violencia.

Mas, en este caso, debemos dejar íntegra á los *yankees* la responsabilidad de la provocación. Si un barco de guerra norteamericano va á un puerto de Cuba, los patriotas se hallan obligados á mirarlo con indiferencia y frialdad. Ciertamente que los filibusteros vergonzantes se bastan y se sobran para hacer alguna manifestación de hostilidad, si esto es lo que los Estados Unidos buscan. Para frustrar esa arteria, los patriotas deben ser quienes detengan por sí propios á los manifestantes á fin de que el hecho se esclarezca.

Es indispensable que nos presentemos cargados de razón ante el mundo culto, si el conflicto se produce. Pero ¡eso sí! de estallar la guerra, habrá que hacerla con uñas y dientes, con la tenacidad heroica que en semejantes casos ha caracterizado á nuestro pueblo en todos los mares de todas las maneras, hasta el punto de que mientras haya un barco español sobre las aguas no se acerque sin peligro á Europa un buque norteamericano, ni vaya seguro por ninguna parte, y mientras haya un soldado nuestro en Cuba, allí permanezca enhiesta la bandera de la patria.

Llegado el momento, ese pueblo de mercaderes verá lo que es un pueblo de honor y de vergüenza. Para ello es indispensable que el gobierno se ponga á la altura del pueblo, y desde luego se encuentra obligado á ser previsor y activo y á no dormirse en la confianza de que aquí no pasará nada. De caer en sueño tal, puede tener un despertar muy peligroso.

Calma, previsión, energía: esto debe ser el programa de la nación y el del gobierno enfrente de los manejos norteamericanos. La precipitación puede perdernos; la debilidad no nos salvará. Lejos de ello, una debilidad más, como recurso, será tal vez la liquidación de innumerables debilidades.

**[“¡A contrariedad por día!”, *El Imparcial*, 11 de febrero de 1898]**

¡A CONTRARIEDAD POR DÍA!

Cada día que pasa trae para nuestra pobre nación una causa más de disgusto y de tristeza.

Lo que ayer poníamos en duda era y es desgraciadamente cierto. El representante de España en Washington ha cometido la indiscreción de entregar al correo una carta confidencial de quejas y de censuras contra el gobierno, cerca del cual estaba acreditado. Esa carta, según era fácil de temer, ha caído en manos de los enemigos de España. El Sr. Dupuy de Lome no ha podido negar su autenticidad.

En tales condiciones, un diplomático no puede seguir en su puesto. Tratárase del gobierno más amigo de nuestra nación, y no habría medio de que continuara en sus funciones el representante que hubiese incurrido en tamaña ligereza. Claro está, que menos aún habría aquél de permanecer con tal carácter cerca del jefe de una potencia, cuyas relaciones con España son tan delicadas y difíciles como las que en la actualidad mantenemos con los Estados Unidos. No habríamos de ir al conflicto por tal motivo poniendo la razón determinante del lado de la parte contraria.

El gabinete de Madrid ha hecho bien en aceptar por telégrafo la renuncia que de la representación española en Washington ha presentado el Sr. Dupuy de Lome. Esto se halla dentro de los cánones más usuales de la diplomacia. Los precedentes son numerosos, y una elevada razón de gobierno lo reclamaba así.

Y, sin embargo, el sentimiento general ha sido y es de amargura; porque hartos se le alcanza al instinto de nuestro pueblo, que en las circunstancias presentes el caso reviste el aspecto de una humillación más.

Aunque España tuviera cuatro veces más fuerza que los Estados Unidos por tierra y por mar, en buenos términos de corrección diplomática no se habría podido hacer sino lo que se ha hecho. Mas precisamente por no hallarse nuestra patria en condiciones de probar que solo á un movimiento libérrimo de su albedrío se debe la resolución de su gobierno, es más de lamentar cuanto ha pasado.

El Sr. Dupuy de Lome, con su imprevisión imperdonable, ha facilitado á los *yankees* oportunidad para convertirnos una vez más en blanco de sus violentas groserías, sin tomar en cuenta aquel gobierno, que tampoco puede ser persona grata para nosotros el cónsul Lee, y lo soportamos, á pesar de sus parciales informes sobre los sucesos de Cuba.

Por algo habíamos pedido nosotros al anterior ministerio y al actual que el representante español en Washington fuese hombre de elevada talla política y de gran

respetabilidad. Con atribuirnos personal malevolencia hacia aquel diplomático se contestó a nuestras observaciones y el tiempo ha venido ahora, como tantas otras veces, á darnos desgraciadamente la razón.

En realidad, al cambio de política y de gobernador general en Cuba, debió seguir el de representantes de España en Washington.

Nada habría dicho á los norteamericanos que la mudanza era efectiva, como la sustitución del solícito servidor de los planes y manejos del Sr. Cánovas y del duque de Tetuán. Prevalció el parecer de que mejor informado que el Sr. Dupuy de Lome no había español ninguno, y por lo visto el insustituible señor ignoraba hasta la facilidad con que los laborantes espiaban é intervenían las comunicaciones entre la Habana y Cayo Hueso.

Ahora lo que podemos pedir á Dios es que á la ligereza del diplomático no siga la del gobierno en el nombramiento de sucesor. El cargo es difícilísimo. La imprudencia puede crear el conflicto allá; la debilidad aquí. Los tratados de comercio que se negocian en Washington, si es que llegan á ajustarse, reclaman cualidades y conocimientos especiales. El carácter mismo de la salida del señor Dupuy de Lome, exige en el nuevo representante mucha respetabilidad.

Todo ello implica para el gabinete Sagasta pesadas responsabilidades en caso de desacierto. El mantenimiento de las buenas relaciones con los Estados Unidos ha venido á ser empresa muy árdua, aun para hombres públicos de excepcionales condiciones.

En circunstancias como las presentes es cuando se nota en su total extensión la falta gravísima que cometen nuestros gobiernos al tener abandonado á la influencia política, á las aficiones individuales y á la rutina del personal [...].

Mas en esto, como en todo, nada nos enseñarán las lecciones de la experiencia.

**[“Ante la conciencia universal”, *El Imparcial*, 16 de febrero de 1898]**

#### ANTE LA CONCIENCIA UNIVERSAL

Los juicios de la prensa extranjera acerca del incidente diplomático motivado por la carta del Sr. Dupuy de Lome, acentúan los sentimientos de tristeza y de amargura en el ánimo de todos los buenos españoles.

El ministerio Sagasta, al adoptar el sistema de mansedumbre, á toda costa puesto en práctica por la pasada situación canovista, va divorciándose del alma de la nación. Este divorcio puede ser de funestas consecuencias.

No obstante el aplanamiento del espíritu público y de las ridículas fiestas carnavalescas con que se pretende distraerle, ayer no se habló más que de la nueva humillación impuesta por el gabinete de Washington al de Madrid y de la inutilidad de tales humillaciones. ¿Qué se habría perdido con dejar sin contestación la nota de Mr. Woodford, ó con manifestar lacónicamente que, dada la índole de la cuestión, el gobierno español había revelado con sus actos cuanto necesitaba expresar?

Si Mac-Kinley tomaba tal motivo para el rompimiento de las relaciones, ¿podría quedar al mundo civilizado alguna duda de lo rebuscado y falso del pretexto? Y si todo se traducía en algo más de tirantez, ¿no valía más que eso la ventaja de habernos ahorrado tamaña humillación?

Es el colmo de la debilidad de ánimo figurarse que vamos á desarmar á los *yankees* á fuerza de paciencia. Nada ganaremos con ello y perderemos en cambio la estimación que á los demás pueblos ha merecido el español como pueblo digno y valiente. Esa pérdida será más irreparable que la de Cuba.

Parafraseando las espartanas inolvidables palabras de Méndez Núñez en el Callao, cabe decir que España quiere más honra sin Cuba, que Cuba sin honra. Hemos sacrificado nuestra juventud, hemos sacrificado nuestros millones. ¿Hemos también de sacrificar nuestro honor nacional? Ni la grande Antilla, ni cien Antillas más valen tan enorme sacrificio.

Aun desde el punto de vista de utilitarismo ruin no sirve de cosa alguna esa negación de todo lo que ha constituido el carácter de nuestra raza. Si el gobierno de Washington busca uno y otro pretexto para romper sus relaciones con España, lo hallará. Dentro de pocos días una manifestación popular hostil á los barcos de nuestra Armada que van á visitar sus puertos ó una reclamación de pensiones á la viuda del dentista Ruiz ó á cualquiera otra persona por el estilo planteará de nuevo el problema.

Antes se ha de cansar España de recibir bofetones que ellos de darlos. Precisamente á su villanía sirve de estímulo la mansedumbre ajena. Además, saben de sobra que con el aumento gradual de sus depresivas exigencias y de sus groseras injurias, el sufrimiento de nuestro pueblo ha de tener un límite.

En Europa está ya penetrado de ese hecho todo el mundo. La conciencia universal se halla de nuestra parte y es verdadera mengua que el proceder de los Estados Unidos levante más indignación en ánimos extraños que en los de algunos españoles.

Nos ha convenido aparecer cargados de razón ante las demás naciones; pero tanta va siendo la carga, que no vamos á poder levantarnos con ella cuando queremos hacerlo.

No debemos tomar ninguna iniciativa hostil; pero no debemos ceder ya á ninguna exigencia inícuca. No se ha debido ceder á la última y más humillante. Para que la nación no tenga que tomar por sí misma la defensa de su honra es preciso que el gobierno vele mejor por ella.

Los prudentísimos políticos de ahora y de antes, que á tal situación nos han traído con su egoísta imprevisión y su cómoda confianza, podrán horrorizarse de nuestra temeridad. Nosotros creemos interpretar algo mejor que ellos el espíritu del pueblo español, y enérgicamente protestamos de lo ocurrido para que fuera de España, allí donde nuestra voz llegue á responder, se sepa que no se refleja por los gobernantes los sentimientos del país en actos como las explicaciones á Mac-Kinley, y que esta nación de valientes no se ha convertido en un rebaño de borregos.



**[“Contrastes y reflexiones”, *El Imparcial*, 17 de febrero de 1898]**

## CONTRASTES Y REFLEXIONES

El acaso del ateo, ó la Providencia del creyente, elige en ocasiones términos muy dolorosos para la enseñanza de los pueblos.

En página por desdicha orlada de luto hase mostrado ahora ante los Estados Unidos cuán legítimamente blasona España de hidalga y alardea de noble.

Vecinos de fondeadero el *Maine* y el *Alfonso XII*, mirábanse como próximos enemigos. Visto el crítico estado de las relaciones internacionales, más de una vez cruzaría por la mente de nuestros marinos la posibilidad de un zafarrancho de combate y más de una vez imaginarían empeñado terrible duelo á muerte donde los cañonazos se disparasen á quema ropa; pero la desgracia del adversario trocó todas aquellas previsiones y aquellos pensamientos en maniobra salvadora y en arriesgada empresa de humanidad.

En tanto que los oficiales del crucero norteamericano se trasladaban á bordo del vapor *Washington*, desde nuestro barco de guerra el *Alfonso XII* arriábanse los botes y los marinos y marineros españoles, descuidados de todo temor, llegaban al casco incendiado y medio sumergido del *Maine* para recoger y amparar á los náufragos y á los heridos.

Triste, pero elocuentísima lección que no deben poner en olvido los yankees que tanto han denostado á España como vengativa y cruel. La propia mano que ellos suponían tinta en sangre y pronta á reñir duro combate, es la primera que se alarga para sostener al que perece y para restañar en la paz heridas que en la guerra hubiera intentado producir.

Esta hermosa y levantada conducta con que de nuevo han honrado la patria bandera nuestros valerosos marinos hanla presenciado desde la borda del *Washington* los oficiales del *Maine*, irrecusables testigos para la opinión jingoísta de que es tan evidente la nobleza de los impulsos españoles, como injustificados los dicterios lanzados contra nosotros.

Y no acaban aquí las enseñanzas del lamentable y cruento suceso, porque también da origen á otras ideas que de cierto causarán impresión, aun entre los más exaltados y fanáticos partidarios que la guerra pueda tener en los Estados de la Unión. No puede fiarse todo á la pujanza de una docena de naves, desconsiderando la razón, porque cualquier accidente acredita la fragilidad de esas grandes máquinas creadas por el genio de la devastación y del desastre. Y al paso que se pierde y desaparece el poderío de los elementos materiales, nótase que permanece inalterable y á la postre victorioso el imperio del derecho.

Ante el espantoso siniestro de la bahía de la Habana solo cabe un movimiento de sincero y leal pesar, y un aplauso muy entusiasta, muy caluroso, para la dotación del Alfonso XII.

**[“Cautela necesaria”, *El Imparcial*, 18 de febrero de 1898]**

#### CAUTELA NECESARIA

Era de presumir. Ni el noble sentimiento de pesar revelado en la Habana y en España toda por la catástrofe del Maine, ni el valor y abnegación de los marinos del Alfonso XII al desafiar mortales peligros por salvar á los náufragos; ni la gratitud obligada por tantos piadosos cuidados y tanta noble solicitud han podido triunfar del duro egoísmo yankee y de la implacable mala fe de los jingoes.

El comandante del buque perdido, penetrado de que la sobrecitada opinión de su país ha de buscar objeto á su enojo, trata de que éste no vaya sobre él y procura desviarlo hacia los españoles. Teme que le culpen del abandono en la vigilancia, de pusilanimidad en la catástrofe y, olvidado de toda obligación y de todo reconocimiento, opta por decir que el accidente ha sido intencional.

No es fácil saber cómo Mr. Sigsbee se dispone á probar su calumnia. Lo que no se ignora es que dicho señor careció de todo medio y ocasión para enterarse, á pesar de haber buscado forma de presentarse como exacto cumplidor de su deber hasta el último momento.

En cambio, los más expertos y autorizados marinos de todos los países son de opinión de que la catástrofe, por todas las circunstancias que aparece rodeada, fue casual, y su origen un accidente interior al buque. Los mismos periódicos norteamericanos, aparte alguna excepción lamentable, no se inclinan á reconocer una causa intencional, siquiera se corresponda esto mejor con las corrientes populacheras.

Ni aun es admisible la hipótesis de que alguien, deseoso del conflicto entre las dos naciones, hubiera aprovechado las sombras de la noche para colocar bajo el Maine un torpedo; porque, según ha observado todo el mundo, el explosivo en sitio del barco, adonde no alcanzaban sus fuertes defensas, habría destrozado el casco y producido el naufragio casi instantáneamente. Además, el accidente se originó hacia la proa, y en la proa había un centinela, el cual hubiese visto la lancha ó el bote que se acercaba y habría dado la voz de alarma, y nada de eso ha habido.

Un torpedo no se coloca así como quiera.

De suerte que ni aun esa suposición maliciosa cabe. Y en cuanto al pueblo español, desde sus más elevadas autoridades hasta sus hijos más humildes, tienen hartó probadas

su caballerosidad y su nobleza, para que éstas puedan ser discutidas por ninguna duda infame de los yankees.

Lo que hay es que esta casualidad funesta, que mueve á piedad á todos los corazones generosos, es una coyuntura más que á los políticos de Washington se les ha ofrecido para tentar nuestra paciencia, y ver si de ese modo y por tal camino logran lo que con las anteriores mortificaciones no han alcanzado.

Su interés bastardo en la cuestión de Cuba júntese al egoísmo del comandante del Maine, que teme ver su carrera comprometida. De esa conjunción puede salir un tejido de iniquidades que lastimen el sentimiento de España donde más á ésta puede dolerle. Pero no habrá en el orbe civilizado espíritu recto que no haga á nuestra nación la debida justicia.

Revestirá, pues, las indagaciones sobre la causa del naufragio el carácter más depresivo que para España encuentren los políticos de Washington, quienes son capaces hasta de falsear los hechos en la esperanza de poner contra nosotros la conciencia europea.

Preparémonos á experimentar todo eso y procuremos que tales procederes no nos tomen de sorpresa, como otras veces ha ocurrido.

El interés y la abnegación de nuestros marinos, la caridad del vecindario de la Habana, la corriente de amor que hacia los náufragos ha ido desde el corazón de un pueblo generoso no fundirán uno solo de los propósitos perseguidos por el sindicato y por los políticos yankees.

Los gobiernos de Madrid y de la Habana tienen el deber supremo de hacer al lado de la información de los norteamericanos, una información verdad sin debilidades y sin tendencias, en la cual conste en primer término la conducta verdadera del jefe y de la oficialidad del Maine, acerca de los cuales han llegado noticias tan contradictorias. ¡El fallo á la conciencia universal!

**[“Índice necesario”, *El Imparcial*, 27 de febrero de 1898]**

## ÍNDICE NECESARIO

Hemos hecho cuanto nos ha sido dable para llamar la atención del país y del gobierno sobre la política seguida por los Estados Unidos en la cuestión de Cuba, y sobre los gravísimos peligros que esa cuestión encierra.

Para ello no hemos declamado; hemos razonado. Hemos discurrido, no sobre las palabras, sino sobre los hechos. De estos no ha podido ser negado ninguno.

La serie de reclamaciones y de actos de malevolencia llevados á efecto por el gobierno de Washington para deprimir nuestro prestigio en Cuba, ó para hacer á los separatistas confiar en un conflicto de los Estados Unidos con España, está ahí presente en las columnas de todos los periódicos del mundo. Nosotros no la hemos inventado.

La reclamación contra el crucero Conde de Venadito en la cuestión del vapor Alliance, costó el mando al comandante español y dió á entender á los insurrectos que las expediciones filibusteras tenían poco que temer de los barcos españoles. El asunto de la Competitor vino más tarde á confirmar esa seguridad.

La indemnización Mora, cuyo pago fue pedido cuando España tenía más necesidad de sus recursos pecuniarios para atender á los gastos de la guerra; la demandada explicación por la conferencia del Sr. Concas en la Sociedad Geográfica; la desconfianza mostrada y la injuriosa intervención admitida en averiguación de la muerte del dentista Ruiz; la petición de indulto para el cabecilla Sanguily con caracteres de imposición más que de ruego; los incidentes promovidos por la expulsión de periodistas corresponsales, calumniadores y espías á la vez; las notas diplomáticas, cuyo contenido se sabrá luego que las Cortes puedan tratar de esta cuestión; el párrafo último de la parte dedicada al estado de Cuba en el mensaje de Mac-Kinley; el envío de la escuadra norteamericana á las proximidades de la grande Antilla en los momentos en que se iniciaba la contrarrevolución en Cuba; los incidentes motivados por la carta del Sr. Dupuy de Lome, hasta las sospechas ofensivas tocantes á la causa de la voladura del Maine, ¿son hechos de la más exacta y rigurosa realidad ó los hemos inventado nosotros?

¿Son suposiciones nuestras el fenómeno singular de la coincidencia de proposiciones amenazadoras para España, presentadas en las Cámaras de los Estados Unidos, cada vez que nuestra nación hacía un esfuerzo vigoroso y enviaba a muchos millares de sus hijos para sostener su soberanía en Cuba?

¿Son ilusiones de nuestra fantasía que en los dos últimos años, esto es, en 1896 y 1897, trabajando día y noche en los astilleros de Norte-América triples brigadas de obreros, han sido terminados y alistados para el servicio los acorazados de combate Yowa de 11.500 toneladas, Massachussets, Indiana y Oregon de 10.200. Tejas de 6.500 y los cruceros Brooklyn, Maine y otros varios, los mejores que tiene aquella república?

¿Hay en todo lo expuesto, rigurosamente exacto, fácil de comprobar á toda hora, motivos de confianza ó de recelo? ¿Existe en ello causa bastante para pedir previsión y preparativos al gobierno español ó para echarse á dormir tranquilamente? ¿Quién cumplirá mejor entre nosotros su deber de ciudadano y patriota, el que observa y señala todo esto y pide al gobierno que no deje á España desarmada, ó el que asegura que se debe confiar en las palabras y no tomar medida alguna porque sería inútil?

Y no hay que preguntar si el poder público de nuestra nación se halla obligado á fijarse en los hechos, ahondar en su sentido y proceder en consecuencia ó á fiarse de palabras vanas. En ello están para nuestro gobierno las más tremendas de las responsabilidades.

Por nuestra parte, creemos haber cumplido un sagrado deber. Si nuestros razonados juicios han logrado ser atendidos por el ministerio Sagasta, veremos más pronto ó más tarde sus efectos.

Estamos seguros de que la semilla sembrada en la opinión ha germinado y de que la mayoría de los españoles, desinteresados de los motivos que influyen decisivamente en el mundo de la política y de los negocios, tienen sobre la cuestión cubana é internacional criterio análogo al nuestro.

Daremos de vez en cuando la voz de alerta para que no se duerman nuestros gobernantes, demasiado propensos al sueño; pero no la ocasión de que éstos pretendan disculpar los efectos de sus descuidos con nuestras patrióticas vehemencias. La nación verá, cuando el caso llegue, quién la ha servido mejor.

**[“Para evitar un peligro”, *El Imparcial*, 10 de marzo de 1898]**

#### PARA EVITAR UN PELIGRO

En el escenario de la tragedia cubana, ensangrentado por la lucha de tres años, álzase el telón y da comienzo el último acto.

Asistimos al desenlace y, triste es confesarlo, no todos los espectadores ponemos la debida atención en el final de la obra. En ella, la matrona que representa al pueblo español, con nobilísimo desprendimiento se ha despojado de cuanto puede referirse á las ventajas materiales; pero resiste valerosa y enérgicamente la pérdida de timbres y prestigios, de títulos y derechos que constituyen el patrimonio de la honra.

Muchos y muy poderosos son los enemigos que intentan arrancar por la fuerza ese archivo de nuestras glorias pasadas; España guarda el paso y exclama con entereza espartana, que antes de franquearlo entregará la vida.

Tan culminante y dramática escena puede prolongarse poco, muy luego habrá de cortarse el trágico nudo; miremos atentamente las incidencias por donde se ha de llegar al término deseado ya, siempre que sea honroso, por todos los españoles.

Aun temiendo como tememos un desenlace bélico, ocioso nos parece repetir lo que en tantas y tantas ocasiones hemos dicho, con mejor intención que resultado, tocante á lo que debe hacer el gobierno frente á la actitud y á los aprestos de los Estados Unidos.

En este punto, según consignábamos ayer, hay que dejar proceder al gobierno, á reserva de exigirle mañana cuenta muy estrecha de lo que en la defensa del decoro nacional haya realizado, teniendo en cuenta lo que todavía cabe hacer.

Hay en el intrincado problema á cuya resolución nos aproximamos, un extremo de importancia excepcional, que puede alcanzarla decisiva y funesta si no se precaven los trabajos del adversario. Nos referimos á los voluntarios de Cuba, estos días excitados y recelosos por los radicalismos autonómicos.

Si en la situación actual y como protesta de tales radicalismos se efectuara un acto de indisciplina que fácilmente degeneraría en tumultuoso desorden, ¿qué más podrían apetecer los Estados Unidos para justificar á los ojos de Europa su intervención? Vendría el choque y vendría en desastrosas condiciones para España, que aparecería como incapaz, no ya de sofocar la rebelión, sino de mantener el orden y el sosiego públicos

entre los mismos españoles encargados de custodiar y defender nuestra soberanía en la isla.

Solo hay un modo de prevenir este peligro que los laborantes ponen gran empeño en provocar.

El gobierno, en recuerdo de los siempre grandes, desinteresados y en ocasiones heroicos servicios de los voluntarios, y en atención á que representan en lo futuro firme garantía para el sostenimiento del escudo patrio, debe expresar formal promesa de que jamás ha de consentir en el desarme de esos leales y decididos hijos de España.

Sólo los que gustan más de la independendencia que de la autonomía pueden solicitar que arranquemos de manos amigas las armas que sirven á la defensa de nuestra bandera, y no hay, por tanto, que escuchar las voces de los que piden desde la Habana lo mismo que se pretende en los campamentos rebeldes.

Mientras resida en Cuba el nombre de España, menester es que viva del brío de sus hijos, y no de la merced ó de la limosna que quieran hacerle de algunos meses de soberanía esas nonnatas milicias insulares que no podrían ser otras que las actuales partidas de Máximo Gómez y de Calixto García.

Seguros los voluntarios de que nunca se aceptará medida tan imprudente y bochornosa como la del desarme, tienen que proceder con gran prudencia y con exquisita subordinación, á fin de estorbar el plan de los laborantes, quienes se prometen ofrecer á la gran república ocasión para intervenir en cualquier alboroto ó trastorno parecido al del pasado Enero, que sirvió de pretexto al envío del Maine.

El patriotismo, que á veces pide á los voluntarios el sacrificio de la vida, reclama hoy de ellos moderación y cautela ante esas absurdas pretensiones de los que se llaman radicales, siendo en realidad consciente ó inconscientemente insurrectos.

Esperemos el desenlace del drama que á más andar se acerca, procedas los hombres que en las muy graves circunstancias actuales representan y dirigen la nación con actividades y energías capaces de sacar á salvo el decoro español y venga cuanto antes el término de este dilatado é ineficaz esfuerzo. Trayendo honrada la bandera, donde quiera que la clavemos podrá reconstituirse la patria.

¡Cierto que el problema es grande, peligroso y difícil! Por eso es digno de la raza española, que habrá de vencer todas las desventuras presentes, si encuentra intérpretes con los que pueda mostrar aquel vigor y aquellos arrestos que le valieron la fama de muchos siglos y el respeto de muchos pueblos.

**[“Consulta”, *El Imparcial*, 18 de marzo de 1898]**

#### CONSULTA

En vista de las buenas impresiones que ayer dominaban en el campo ministerial, nos sentimos inclinados á creer que nada va á pasar aquí y que todo ha de ir como una seda.

Mas para conseguir esa paz del ánimo, precursora de todo género de paces, quisiéramos demandar de aquellos señores, que entre nosotros ven con claridad envidiable la buena voluntad de Mac-Kinley respecto de España, la solución de una duda que atormenta nuestro espíritu.

Es un hecho innegable que todo el oleaje belicoso, movido en las márgenes del Hudson é inevitablemente reflejado en nuestra Península, proviene del punto y hora en que el gobierno de Washington dispuso el envío de una fuerte escuadra al golfo de Méjico y del Maine á la bahía de la Habana. La nota amenazadora, encerrada en el último párrafo del mensaje presidencial, relativo á la cuestión de Cuba, no consentía en que á hechos nada ordinarios se diese tranquilizadora explicación.

La extrañeza, por no decir alarma, que aquellos produjeron en ánimos españoles, se combinó con otro hecho no menos significativo. El movimiento contrarrevolucionario, que había empezado á determinarse con viveza, se detuvo. ¿Tendrán los señores aludidos la bondad de explicarnos dónde y cómo la buena voluntad del gobierno de Washington y sus deseos de paz se marcan aquí?

Los periódicos filibusteros saltan de júbilo ante ese espectáculo y exclaman riéndose de nosotros y de la virtud pacificadora del nuevo régimen: “¡Qué han de presentarse á los españoles los cubanos en armas, si éstos saben que á aquéllos los van á echar de la isla!” No de los gritos de los *jingoes*, sino de la presencia de la escuadra norteamericana en las proximidades de la grande Antilla proviene esa exclamación, que se traduce en el predominio de la feroz intransigencia dentro del campo insurrecto. ¿No habrá por acá un clarividente que nos facilite la anhelada clave de los propósitos lealísimos con los cuales Mac-Kinley mantiene ese estado de cosas, mediante la permanencia de los mejores barcos de la Unión á pocas horas de la Habana?

Porque si el ilustre presidente busca la paz de Cuba y el alejamiento del conflicto entre los Estados Unidos y España, con una medida tan sencilla como la de disponer que esos barcos vayan á las aguas donde estuvieron por largo período sin motivar agitación alguna, el principal motivo de la presente desaparecería de seguro. ¿O es que al ver á un



hombre que desenvaina la espada, sin que se explique la razón de ello, el que puede ser agredido comete la mayor de las imprudencias si acude á ponerse también su espada al cinto? ¡Porque hasta ahora España no hace otra cosa más que esto!

Es natural, naturalísimo que nuestro gobierno pida, en términos todo lo corteses que se quiera, pero explícitos, que la escuadra norteamericana deje de tener en jaque la isla de Cuba. Y nada revelará tan claramente como la medida que Mac-Kinley adopte, las intenciones de este señor.

Entonces, alejada la amenaza y disminuidas las probabilidades del conflicto, sería ocasión de ver si el nuevo régimen de la grande Antilla ha fracasado, como dicen los intransigentes de uno y otro lado del Atlántico, y si existe en el pueblo español el afán de marciales aventuras.

Mas, en el caso, desgraciadamente no imposible, de que el gobierno de Washington se niegue á tan amistosa y leal determinación, ¿dónde les parece á los prudentísimos y confiados varones de por acá hallar la salida del pantano?

Porque si los insurrectos han de mantener la guerra, mientras sepan que los barcos de los Estados Unidos amenazan el poder español en Cuba, y los barcos no han de retirarse mientras continúe la guerra en la manigua, nos hallaremos dentro de un círculo vicioso, en el cual habremos de dejar sin fruto alguno lo que de sangre y de dinero nos queda.

Y tomamos esto de los buques como signo de la actitud sordamente hostil y alarmante, la cual, aunque podría continuar hallándose la escuadra en otras aguas, es seguro que, alejándose el signo, se alejaría también lo significado, bajando en todas partes la marea belicosa que á partir de la aproximación de la flota á la isla empezó a subir.

Hagamos la prueba ó, mejor dicho, hágala el gobierno, si es que ya no la ha hecho, y estudien en tanto los admiradores de la buena fe yankee el procedimiento para romper el círculo vicioso de que hemos hablado. Porque sobre muchas cosas podrá haber duda; pero hay una de aquellas evidente: ¡Que no podemos seguir así!

**[“Una descubierta”, *El Imparcial*, 23 de marzo de 1898]**

#### UNA DESCUBIERTA

Es fama que los hombres públicos entre quienes más directamente se reparten y dividen las responsabilidades del gobierno, andan como nunca imaginativos y preocupados. Sólo el caso contrario pudiera dar fundado motivo á la sorpresa, porque en realidad son tantas y tan graves las dificultades que vemos amontonarse sobre España, de tal modo se cierra toda salida á nuestro interés, á nuestro derecho y aun á nuestro decoro, que pareciendo el problema cuyo final se acerca punto menos que insoluble a los ojos de los aprendices en el arte intrincado de gobernar los pueblos, no se les antoja muy llano á los maestros.

Pero es fama también que comprendiendo estos profesores cómo en las últimas bajas de la partida empeñada puedo quedar todo, absolutamente todo, sujeto á las inconstancias del azar y á las veleidades de la suerte, han obtenido de incesantes cavilaciones un propósito que nosotros, salvando todos los respetos debidos á la cátedra, entendemos equivocado y rechazamos por inconveniente.

Del tal propósito algo se ha filtrado hasta la prensa, cristalizando en algunos periódicos con forma de sueltos ó de artículos que comentaban la posibilidad de un ministerio nacional.

\*\*\*

Si el desastre de una vergüenza ó la vergüenza de un desastre, viene á coronar la obra donde el pueblo ha puesto todo su heroísmo y todo su dinero y los gobernantes deplorable imprevisión y evidente desacierto, la ola de la indignación popular puede ser tan impetuosa que atropelle y desbarate cuanto á su paso encuentre.

Y para un caso semejante, pensamos nosotros, ¿no sería mejor que tuviéramos lejos del cauce, donde todo ha de caer, gentes vigorosas, hombres de acreditadas fuerzas capaces de realizar la santa empresa del salvamento en vez de exponerlos á una muerte política tan cierta como estéril?

Cuando todos ruedan por tierra, nadie puede socorrer; en tanto que si algunos varones de buena voluntad se eximen de la catástrofe, cabe que con su esfuerzo la reduzcan á términos menos sensibles y dolorosos.

Tenemos que vencer unas trincheras y se anuncia que luego será preciso librar reñida batalla en la planicie que más importa conservar, ¿aconsejarían los caudillos

expertos y prudentes que se quebrantara todo el ejército en el choque primero á riesgo de verse sin fuerzas para el lance de mayor empeño?

En modo alguno; gane como pueda los atrincheramientos la vanguardia, que ese es su deber, y fórmese grueso y brillante núcleo con tropas de refresco que aguarde, exento de fatiga y á cubierto de las balas, la orden para lanzarse con brío en el combate y triunfar en lo definitivo.

Un ministerio nacional que no podría arbitrar más recursos de los que puede reunir el actual gobierno, ni enviar más soldados, ni sacrificar nuevos pedazos de la soberanía española en los altares autonómicos, ni mostrarse previsor en los asuntos de la marina de guerra, porque apenas resta tiempo para improvisar; un ministerio nacional, en fin, que vendría tarde para todo provecho del país y que llegaría muy en tiempo de perecer sin ventaja ni gloria de los ministros, ¿qué representaría? No más que la pérdida de los que deben prepararse á salvar algo que corre gran riesgo cuando pelagra la honra por ahí fuera, el orden y la paz aquí dentro.

Aunque corto, de algún plazo dispuso el gabinete liberal para prevenirse ante acontecimientos hartos anunciados y previstos; no sería justo ni útil que unos pusieran las manos en el gobierno y otros cargaran sobre sus hombros las responsabilidades.

El pensamiento de un gobierno nacional tan fuera de ocasión, antes que propósito sereno de hombre calculador y frío que trata de librar de los vaivenes de la fortuna lo mejor de la suya, parece martingala de experto jugador que va buscando la puerta para apostar el dinero con ventaja.

\*\*\*

En tanto que el ministerio Sagasta, que llegó á destiempo para librar los intereses españoles, cuida de sacar ileso el honor nacional, otros elementos políticos deben robustecerse sumando cuanto suponga fuerzas y represente esperanzas, que todas las energías de gobierno pueden ser necesarias si, llegado el siniestro, se quiere poner en salvo lo que garantiza el sosiego y la paz en la Península, bases indispensables de la regeneración de los pueblos.

Y para conseguir esa paz y ese sosiego, antes que malgastar con ineficaz medida nombres y prestigios, importa tenerlos en reserva para circunstancias todavía más difíciles que las actuales, circunstancias que aunque notadas de muchos y temidas de todos, pueden sobrevenir si no se dispone dique bastante á contenerlas.

En medio de tanta y tanta desventura, ¿qué otro consuelo ni qué otra ilusión nos resta si no es la de reconstruir aquí dentro, en este rincón de Europa, nuestras perdidas glorias? De aquí surgió el pasado engrandecimiento, aquí habrá que rehacer la nacionalidad.

España produce grandezas, mas para que no se malogren hay que saberlas cultivar.

**[“Cavilosas”, *El Imparcial*, 3 de abril de 1898]**

### CAVILOSIDADES

Hay un hecho, sobre el cual nos permitimos llamar la atención de nuestros lectores, puesto que de algunos días á esta parte ocupa preferentemente nuestra atención.

Los Estados Unidos, en circunstancias más favorables que las actuales para su política, andaban buscando pretextos decorosos, los cuales adecentasen á los ojos de Europa sus manejos. Ya han arrojado el manto, y sin cuidado alguno se presentan en pelota. El respeto, que el juicio de las potencias del viejo mundo parecía inspirarles, está perdido visiblemente por los norteamericanos. Hay en la conducta de los mismo, en el descaro y desenfreno con que se lazan á la realización de sus propósitos, una mudanza innegable. ¿Cuál será la causa de tal fenómeno?

Serán cavilosas nuestras, pero observamos otros hechos, que tienen también su significación.

Al presente, y después de haber otorgado España á Cuba el régimen autonómico y reconocido allí todas las libertades, la prensa inglesa muéstrase más hostil á nosotros y más benévola con los Estados Unidos, que se manifestaba cuando éstos formulaban contra la dominación española en la grande Antilla cargos basados en motivos de liberalismo y de humildad. ¿No provendrán de la seguridad en el apoyo de Inglaterra los alientos, que los norteamericanos revelan ahora al lanzarse á una aventura, cuyo término es muy difícil de prever?

Hállase la Gran Bretaña muy aislada en el mundo. Su avidez insaciable de dominación indúcele á contener el movimiento de expansión de otros grandes pueblos. Si es muy preciso el equilibrio europeo, es más necesario aún el equilibrio de los mares, alterado por la prepotencia de Inglaterra. La cuestión de China ha venido á poner sobre el tapete ese asunto. Rusia ha tenido la habilidad de acercar en las cuestiones coloniales á Francia y Alemania. Estas dos naciones rivales en Europa han comprendido en Oriente que para sus intereses hay una rival común, la cual lo quiere todo para sí.

En estos momentos mismos varios poderosos cruceros franceses navegan hacia los mares de China con objeto de reforzar la escuadra ya muy respetable allí establecida; á la vez, se conoce el avance de numerosas tropas rusas en dirección de las posesiones inglesas.

Contra esa tempestad, que amenaza su poderío, no quedan á la Gran Bretaña más aliados posibles que los Estados Unidos y el Japón. Pero el Japón ha sido en los últimos días halagado por Rusia en la cuestión de Corea, y parece convencido de que todo pueblo aliado de Inglaterra ha de resignarse á ver que ésta siempre toma la parte del león, puesto que así se ha engrandecido. La república norteamericana es el único auxiliar, con el cual puede contar el pueblo inglés.

Y preguntamos nosotros, persistiendo en nuestras cavilosasidades: ¿No habrá contribuido á precipitar el conflicto entre los Estados Unidos y España la gravedad que va alcanzando la cuestión de China? ¿No podrá parecer muy conveniente, para los intereses de que antes hemos hablado, que los Estados Unidos dominen cuanto antes ese conflicto y queden vencedores y orgullosos en condiciones de tomar parte á favor de Inglaterra en la anunciada y tremenda conflagración?

Porque la lucha posible de las tres grandes potencias continentales contra Inglaterra, casi equilibradas las fuerzas navales de uno y de otro lado, no es lo mismo que sumadas á las de la Gran Bretaña las de los Estados Unidos. Pero las de esta última nación pueden ser en cierto modo contrapesadas por las nuestras con la base que éstas tienen en Cuba. Así, aparte de que en la conflagración prevista, España, que merced al alcance de la artillería moderna domina hoy desde Sierra Carbonera y desde la Punta del Carnero la plaza y la bahía de Gibraltar y posee con Ceuta y Tarifa los puntos más estratégicos del Estrecho, no es un factor tan despreciable que haya de ser, para la Europa continental, indiferente su anulación.

Es indudable que, entablada la lucha, todo el que nos ayudare habrá de contar con nuestra adhesión resuelta y firme. Tampoco este dato habrá de escapar á la sagacidad de los gobiernos. Por eso nuestras cavilosasidades nos inducen á pensar una vez más en que el conflicto que los Estados Unidos provoquen no quedará acaso encerrado en los límites de la cuestión de Cuba.

**[“La mediación del Papa”, *El Imparcial*, 4 de abril de 1898]**

#### LA MEDIACIÓN DEL PAPA

La nueva de que el Pontífice, requerido por los Estados Unidos, brindaba á España con una mediación que puede procurar soluciones de concordia, circuló rápidamente por Madrid, causando en todas partes impresión de halagadora esperanza.

Y semejante efecto se explica muy bien, porque de nuestro lado no hay deseo alguno belicoso, siempre que la paz pueda mantenerse sin menoscabo de la honra.

Donde hablaban el interés, el odio y la violencia, resonarán ahora augustas palabras de templanza, de equidad y de razón.

Celebramos, por consiguiente, como celebrará todo el pueblo español, que la representación más venerable de la autoridad entre los hombres sea la encargada de discernir la justicia en un litigio en que había de fallar, sin este oportuno y felicísimo suceso, la exaltación y el apasionamiento de un jurado *jingoista*.

Es muy pronto para formar juicio acerca del alcance que la intervención de Su Santidad puede tener, cosa que depende de las facultades que haya otorgado el gobierno de Washington al Vaticano; nosotros, amigos como el que más de eludir la lucha, siempre que sea decoroso, quisiéramos que las sabias resoluciones pontificias iluminasen las conciencias que, por razonar á oscuras, desconocen todo derecho que no sea el de la fuerza.

En la esperanza de que así suceda y de que se ahuyente el espectro de una guerra que, complicando diferentes potencias, pudiera ensangrentar todo el Océano y teñir de luto muchas costas, la más sencilla de las previsiones, y muy particularmente la más escarmentada de las imprevisiones, deben saber lo que les importa ejecutar.

Dormirse consentido en una ilusión es avocado á despertar víctima de aterradora pesadilla.

Decimos esto al tanto de que conviene sin perder momento disponer el rápido, el inmediato envío á Cuba de casi todos nuestros barcos, acorazados, cruceros y destroyers, dejando en la Península la Victoria y algún otro buque de madera.

Los Estados Unidos conocen de sobra que no forma parte de los intentos de España adoptar ningún temperamento ofensivo, así es que no pueden ver con recelo la persistencia de nuestro gobierno en un acuerdo hace días convenido.

Esa escuadra nuestra en Cuba alienta al elemento español y contribuye por modo eficaz al término de la rebeldía, que tanto [...]. Esa escuadra, además, puede ser muy firme garantía de paz.

**[“Las responsabilidades son las mismas”, *El Imparcial*, 5 de abril de 1898]**

#### LAS RESPONSABILIDADES SON LAS MISMAS

Difícil de conocer, en días tan revueltos como los presentes, el pensamiento del gobierno, hay en el espíritu público verdadera ansiedad por percibir algún rayo de luz que le oriente y le guíe.

Correctísimo en todas sus manifestaciones, el pueblo español, quien por tal conducta se atrae la admiración de Europa, cree que los poderes del Estado proceden y procederán de igual modo que él. Ni fanfarronería, ni miedo; ni deseo alguno de ir al conflicto, ni propósito de rehuirlo á costa de la dignidad; ni imprudencia ni encogimiento; buena voluntad hacia cuanto signifique seguridades de paz y concordia; pero resolución firmísima de no aceptar términos que supongan desdoro para la patria: esto es lo que se observa en Madrid y fuera de Madrid, según todos los indicios y todas las informaciones.

La anunciada mediación del Papa ha producido buen efecto, por considerarse, que espíritu tan superior como el de León XIII ha de contar para sus gestiones con ese estado de ánimo del pueblo español. Mas, el profundo respeto de éste al Sumo Pontífice no ha de ser obstáculo para que la tarea del excelso mediador sea inevitablemente contrastada en la piedra de toque del juicio público. Y esto no supondrá la menor irreverencia, sino que será debido al convencimiento de que, buscando el padre común de los fieles la manera de evitar los daños de una guerra encarnizada y tenaz, puede recibir datos erróneos facilitados ó por la mala fe del gobierno de Washington ó por la debilidad del gabinete de Madrid.

Nada perderán uno y otro gobierno con pensar en que el nombre augusto y la piadosa intención de León XIII no cubrirán los manejos de ellos ante los pueblos respectivos. Nunca sería la paz más noble, que cuando fuera establecida por el poder espiritual más alto de la tierra. Pero hará muy mal el presidente de los Estados Unidos en imaginarse, que se puede, con la apelación á la fuerza moral del papado, excusar de no haber empleado mejor sus facultades de jefe de la república para contener á los jingoes, y tampoco hará bien el ministerio español en figurarse que el gran Pontífice le ha libertado de la [...] de responsabilidades que han pesado y pesan sobre el Sr. Sagasta y sus compañeros de gabinete.

Ni uno solo de los deberes de previsión y de actividad, impuestos á nuestro gobierno por la defensa de la hónra é integridad de la patria, se halla en suspenso.

La mediación del jefe de la Iglesia tiene por objeto la obra de caridad, que supone impedir la efusión de sangre, los males crueles é ineludibles que la guerra trae consigo, pero no la de absolver de las faltas de acierto y resolución al jefe de los consejos de su majestad católica. De suerte que tan obligado se halla éste, hoy como el primer día en que se divisó el conflicto, á mostrarse previsor y firme, por si la mediación no diere resultado.

Nadie, repetimos, pone en duda la prudencia, la habilidad, la justicia de León XIII, cuyo gobierno de la Iglesia quedará como la obra más maravillosa de este siglo. Un hombre de tan superiores talentos no habría de acometer una empresa descabellada, y mucho menos de tomar á su cargo una solución injusta para un pueblo que lleva tres años de colosales y dolorosos sacrificios. Mas la índole de los enemigos de España es tal, que la corriente de odio puede arrollar hasta la augusta autoridad moral del Pontífice. Y esta eventualidad harto probable debe mantener [...].

¿Es que, según preguntábamos días pasados, hay alguno ó algunos ministros que no pueden resistir la tensión de ánimo que esa vigilancia y esa actividad suponen? A su conciencia dejamos la respuesta.

Lo que sí les pedimos, en nombre de los intereses más caros de la patria, es que no olviden hasta qué punto las responsabilidades son tan grandes como antes lo eran, y mayores que nunca la necesidad y la conveniencia de estar al unísono con el alma de la nación.



**[“Por si acaso”, *El Imparcial*, 6 de abril de 1898]**

**POR SI ACASO**

La mediación del Papa se ofrece, por la índole de nuestros enemigos, como efecto tan dudoso ante la opinión pública española, que ayer fueron, de todo en todo, desfavorables y sombrías las impresiones.

La marea de soberbia y de codicia sube de tal modo en los Estados Unidos, que el presidente Mac-Kinley, angustiado y enfermo, siéntese arrastrado fatalmente por ella.

Sin duda ninguna el sucesor de Cleveland creyó que la imposición diplomática y el aparato bélico bastarían á intimidar á España y á lanzarla de Cuba. No dejaba de pensar en ello con lógica. Así como el error de Napoleón consistió en juzgar al pueblo español por Carlos IV, por Fernando VII, por Godoy, por Ezcoiquiz, por Olaguer Feliu y por todos aquellos á quienes hubo de conocer y manejar antes del 2 de Mayo, el error de Mac-Kinley estriba en la creencia de que la masa de nuestra nación reflejaba su espíritu en el de Cánovas, del duque de Tetuán, de Sagasta, de Gullón y de Moret.

Por esa causa el presidente de la Unión norteamericana creyó que la apariencia de la fuerza, que la amenaza de la lucha serían suficientes á intimidarnos. En tal concepto abrió las exclusas de la patriotería, cuya inundación le ahoga hoy.

Pero esos mismos patrioteros que braman en las Cámaras de Washington y rugen en las calles de Nueva York están igualmente equivocados. Se imaginan que la guerra será coser y cantar y que con los golpes de efecto que preparan van á amilanarnos y á resolver la cuestión en quince días.

Sus preparativos indican á cualquier espíritu observador que no temen la guerra corta; que rotas las hostilidades atacarán á la vez á Cuba, Puerto Rico y Filipinas, más bien que por el resultado positivo, por el efecto teatral; que procurarán sembrar el miedo en nosotros, y que así terminarán pronto y con todas las ventajas.

Los barcos más poderosos que tienen los norteamericanos hállanse á pocas horas de la Habana. Llegar la noticia de la ruptura y presentarse esos barcos ante la capital de las Antillas, será cosa muy breve. Bloquearán, probablemente, el puerto durante el día.

De noche cañonearán la población. Mientras luzca el sol sobre el horizonte no se atreverán los marinos yankees á expugnar las baterías de la plaza. Saben que ésta se encuentra bien artillada y que probablemente saldrían descalabrados sus buques. Pero de noche por el lado del mar libre, apagando las luces pueden cañonear casi impunemente porque sus proyectiles lanzados sobre un área tan extensa, cual lo es la de la capital, harán daño donde quiera que caigan, mientras que dar un balazo á un barco que combate de proa y en las sombras, equivale á sacar un premio de la lotería.

Por eso han estado los buques, que se hallan en las Tortugas, ensayándose en el tiro de cañón durante la noche. Y por eso les preocupa tanto nuestra escuadrilla de torpederos y destroyers. Porque esa escuadrilla en la bahía de la Habana, llegada la noche, sería para los acorazados norteamericanos el mayor de los peligros. Si se limitaban dichos acorazados al bloqueo, la zozobra sería continua y abrumadora en el ánimo de las tripulaciones; si aquéllos apagaban las luces para cañonear, la voladura vendría á ser muy probable.

Esos barquitos tan pequeños, que se deslizan en la oscuridad como fantasmas, y cuya presencia no se nota hasta que el golpe está recibido, no permiten el desarrollo de planes, como los que, á juzgar por todos los indicios, los norteamericanos han preparado á fin de asustarnos, mejor que con el efecto material, con el efecto moral de los mismos.

Esa otra escuadra volante, que tanto se mueve para hacernos creer que se multiplica, será probablemente la que amenace á Puerto Rico para causarnos temor y lo propio hará la que en Hong-Kong, mucho más aparatosa que fuerte, han preparado contra Manila.

Nosotros rogamos encarecidamente al lector de las presentes líneas que no borre de su memoria estos anuncios, por si los ve cumplidos, y que en este caso se sobreponga á la primera impresión, á fin de evitar el movimiento de pánico, que nuestros enemigos buscan. Todos esos riesgos son más escénicos que reales. Con un poco de serenidad, esa jugada de ajedrez, preparada en tanto tiempo como se ha dejado al gobierno de Washington para colocar las piezas en las casillas que mejor le han parecido, se anulará con que mueva nuestro gobierno con oportunidad las piezas de que dispone.

¿Es que la emoción perturba á éste? ¿Es que no acierta á ver ni las piezas ni el tablero? ¡Pues que deje el puesto á otro! Las circunstancias no son para andarse en contemplaciones. ¿Es que el ministerio actual se siente capaz de entablar la partida? ¡En buena hora! Pero advierta que á estas alturas no hay movimiento ni minuto que perder.

**[“Observaciones”, *El Imparcial*, 19 de abril de 1898]**

#### OBSERVACIONES

En los Estados Unidos se quiere la guerra; en España se la cree inevitable.

Fueron bastantes ayer la baja de la Bolsa y algunos rumores sin fundamento para que se considerase por todos como planteado en definitiva el conflicto. Suposición tal perturbó, sin embargo, los ánimos mucho menos que los perturbaron en días antes las noticias de abdicaciones, que el pueblo español hubo de conceptuar indecorosas.

Conviene mucho que ese dato sea observado y tomado en cuenta por los gobernantes.

La guerra está ya descontada; se ha empezado á descontarla hasta en el terreno económico.

La corriente belicosa es demasiado fuerte en los Estados Unidos. Los norteamericanos se imaginan que la guerra será muy breve. Mientras que no se convenzan de lo contrario, no vendrán á términos de razón.

Por eso, y en tanto no se llegue á caso semejante, resultarán poco eficaces los buenos oficios de las potencias europeas. Quizás éstas se hallan muy penetradas de dicha verdad y se contentan por hoy con tomar posiciones para la mediación y con hacer indicaciones amistosas.

Sólo un presidente de la república dotado de gran alteza de miras y de extraordinaria fuerza moral podría resistir la enorme presión de los periódicos, de la multitud y de las Cámaras. ¿Cómo habrá de resistirla MacKinley, que ha abdicado facultades presidenciales cuidadosamente guardadas por todos sus predecesores en el cargo, desde Jorge Washington hasta Cleveland?

Aun admitiendo, y es mucho admitir, que en la Casa Blanca hubiera deseos de paz, salta á la vista el hecho de que allí se carece de energías para realizarlos. Las vacilaciones no nacen de tales deseos, sino del miedo á las responsabilidades.

Mac-Kinley teme que la guerra por uno de esos accidentes imprevistos ó por un golpe de habilidad y de arrojo, de esos que á veces han cambiado la suerte de las armas aun entre fuerzas más desequilibradas que las de España y los Estados Unidos, sea á éstos más costosa que lo que el pueblo norteamericano imagina. De temor semejante provienen las dilaciones y los preparativos que nunca parecen suficientes. El jefe de la Unión sabe demasiado bien que ante cualquier fracaso, por parcial que este sea, cargará con todas las culpas.

Las autorizaciones del Congreso, las iniciativas de una y otra Cámara, las responsabilidades que una y otra toman sobre sí, no calman los recelos presidenciales. Todavía es muy probable que cautelosamente se procure desde la Casa Blanca que el rompimiento provenga de una sacudida popular allí o aquí. Por lo mismo no nos cansamos de seguir recomendando al pueblo español la expectación y la prudencia.

De igual suerte habremos de insistir en las indicaciones que días atrás hicimos para prevenir el espíritu público contra los efectos de los primeros aparatosos golpes, que los norteamericanos preparan, algunos de ellos anunciados ayer mismo por el telégrafo.

El ataque simultáneo y casi repentino, una vez rotas las hostilidades, á Cuba, Puerto Rico y Filipinas, el estrépito de su prensa y de las agencias telegráficas, el cañoneo de la Habana y de algún otro puerto durante la noche, y los noticiones inspirados por todo ello, deben hallar prevenido, sereno y firme, el ánimo de los españoles. Porque pasada y dominada la impresión ofuscadora de esos primeros relámpagos, con la cual vienen contando los Barnum de la guerra, desde todas partes se verá, que ha sido infinitamente mayor el estrépito que el resultado, y que va á ser muy prolongada la lucha. Y cuando ésta convicción empiece á penetrar en las grandes compañías mercantiles, en las sociedades industriales, en todas las entidades que allá poseen la mayor fuerza social, se habrá abierto para la paz el más seguro de los caminos.

Los yankees esperan y desean una guerra de tres semanas; una guerra de tres meses se les hará muy pesada, y nada decimos de la que dure un gran espacio de tiempo; pues ahora no luchan por la existencia como en la guerra de secesión, sino por motivos de soberbia y de codicia.

A la habilidad y al valor de nuestros marinos queda encargada la duración de la guerra, y ellos que mejor que nadie conocen esta verdad, sabrán responder á las grandes necesidades de la patria.

**[“Las nuevas Cortes”, *El Imparcial*, 21 de abril de 1898]**

### LAS NUEVAS CORTES

Desde que las primeras Cortes españolas del siglo presente abriéronse bajo el fuego del cañón enemigo, han sido muchas las que han celebrado su apertura en medio de una tempestad.

Pero ni las reunidas en 1834 cuando la guerra civil y los estragos del cólera llenaban de pavor los espíritus, ni las que hicieron la Constitución de 1837 entre el avance de las fuerzas carlistas, la indisciplina militar en los campamentos y el motín en las calles de las grandes poblaciones, ni las encargadas de fundar en 1873 la república federal sosteniendo dos guerras en la Península y una en la grande Antilla, han tenido sobre sí la pesadumbre de las gravísimas cuestiones y de las tremendas responsabilidades, que van á resolver y arrostrar las Cortes que ayer se reunieron.

Porque al cabo y al fin, aquellas contiendas eran entre españoles, y se jugaba en ellas la libertad, no se jugaba la honra de nuestro pueblo. Y aunque en la primera guerra de Cuba estaba en tela de juicio la integridad del territorio, no lo estaban el porvenir y la misión histórica de nuestra raza.

Además, duraba todavía lo que se llama hoy el período emocional de la nueva política; el entusiasmo era más vivo; más brioso el espíritu público. Se pensaba con mayor ligereza, pero se procedía con superior empuje, y aún no había ejercido largos años el gobierno una personalidad que pareció empeñada en privar al pueblo español de la confianza en sí propio.

No ha sido así milagrosamente; pero esa confianza está debilitada. Se repondrá de seguro; visiblemente se repone de seguida que se nota algo de vigor en el punto de apoyo, en el gobierno. Tonificarla por completo es la misión capital de las nuevas Cortes.

Con intensidad de pensamiento, con energía persistente, con ejemplos de patriotismo que edifiquen el ánimo popular, es preciso llevar á cabo la obra. Que el alma de la nación responde, hanlo demostrado los aplausos tributados anteayer á cualquiera palabra del Sr. Sagasta, reveladora de un arranque genuinamente nacional frente á las insolencias y calumnias del enemigo extranjero y lo demuestran de igual modo la ovación

hecha ayer á los reyes y los vítores con que fueron saludadas las palabras puestas en labios de la reina regente y dirigidas á los representantes del país.

En los momentos mismos en que S. M. hablaba en nombre de su augusto hijo á las Cámaras, aún no constituidas, llegaba á Madrid la noticia de que se consumaba uno de los actos más inícuos, más groseros y más torpes de cuantos en este siglo han infamado á los pueblos capaces de cometerlos. Sin embargo, la gente española sentíase, y siéntese por momentos más y más animosa.

Con el conflicto inmediato ya, con una empeñada y ruda guerra en cercana perspectiva, no ha habido, ni hay en los corazones vacilación ó encogimiento. No solamente la confianza en el valor de nuestros marinos y en la bizarría de nuestro ejército, sino también la fe en la justicia de nuestra causa engendra el presentimiento de un éxito favorable. Existe la esperanza en que el accidente que viene desde hace años siéndonos adverso, alguna vez nos ayude y la sanción providencial no deje impune la criminal política, que ha trabajado por enterrar cien mil españoles en la isla de Cuba para robárnosla después.

No en gritos como los de las turbas yankees, no en mentiras infames como las de los periódicos de Nueva York, no en discursos groseramente desvergonzados como los de los senadores y representantes jingoes, sino en actos ha de traducirse entre nosotros el sentimiento público, no obstante ser éste el de la cólera justificadísima y de la indignación más verdadera. Y ninguna entidad puede, cual el Parlamento, expresar con sus determinaciones ese estado del espíritu nacional.

En tal concepto habrá de comprobarse muy pronto, si las Cortes se hallan compenetradas con el alma de España. Acaso esto se pueda juzgar desde el primer día.

En momentos solemnes se han abierto estas Cortes. En la grandeza de la ocasión habrán de inspirarse. Confiemos en que todos los representantes de la nación lo estimarán así, trabajarán con buena voluntad y no atravesarán sus pasiones individuales, ni sus intereses egoístas en el camino para obstruirlo; porque esto equivaldría á un crimen de lesa patria.

[“La razón y la infamia”, *El Imparcial*, 26 de abril de 1898]

#### LA RAZÓN Y LA INFAMIA

La pericia parlamentaria y la voz elocuente de nuestros hombres públicos, que con duelo hemos visto tantas veces al servicio de menudos intereses políticos, hallaron ayer alto y nobilísimo empleo.

En nombre de tendencias diferentes y opuestas levantáronse los jefes de carlistas y de republicanos, de conservadores y de liberales; pero sólo se habló en nombre de la patria.

Arriados los pendones de la bandería política, izóse en el Congreso la bandera española.

¡Ah! Si á la hora de la previsión y del trabajo se hubiera alcanzado esa unanimidad como en el momento de la protesta y de la queja, muy otro fuera el rumbo de los acaecimientos nacionales.

Pero los actos levantados y solemnes, siquiera lleguen perezosamente, como pueden iniciar sucesos prósperos, siempre serán acogidos con júbilo y alabanza.

\*\*\*

Hecha excepción del Sr. Romero Robledo, cuyos intentos, sin duda patrióticos, nos parecieron desafortunados, los oradores todos rivalizaron en el amor á este pueblo hidalgo, único, según reconoce el mundo entero, que hoy pelea sin otros estímulos que los del honor.

Hermoso privilegio el nuestro que aun á riesgo de los mayores quebrantos importa mantener. En tanto que otras naciones riñen sólo por intereses y codicias; en tanto que luchan por la ventaja material como los jayanes, España guerrea por el decoro como los caballeros.

Aun siendo elocuentes los más de los discursos y aun siendo enérgico el pronunciado por el Sr. Sagasta, todavía habríamos querido que resultase más vigorosa la protesta en tan señalada ocasión formulada por el Congreso español.

Hablaba allí reunida toda nuestra razón contra toda la infamia que han sabido juntar los norteamericanos.

Hablábase allí para rechazar odiosa calumnia sustentada por los cobardes oficiales que esquivaron el peligro, y sustentada precisamente contra los marinos valerosos que se lanzaron al riesgo.

Poco importa tamaña acusación. Ninguna conciencia honrada podrá otorgarle crédito. Si fuera menester ostentar pruebas, hallaríanse en la propia ocasión del siniestro.

Ellos no tuvieron valor para salvar al hermano; nosotros lo acreditamos en el socorro del enemigo.

Hablábase para responder á las injurias que durante tres años han lanzado unas Cámaras, entre cuyos miembros no hay uno solo que tenga concepto de la honra.

Si en aquel país donde se ha legislado sobre todo, incluso sobre el momento y el sitio de beber la cerveza, tuviera leyes el honor, fácil era el camino para que los periodistas y los representantes españoles respondieran á las mil ofensas de los periodistas y los representantes yankees.

Pero resultaría inútil, porque aquellos senadores que fabrican coraje aceptando bonos de la titulada república cubana, no sostienen jamás los insultos que lanzan; son más bien los insultos los que sostienen á los senadores.

Hablábase en el Congreso para protestar ante los eternos principios de justicia, comunes á todos los pueblos civilizados, del atropello brutal y codicioso que destruye toda noción del derecho y que inutiliza de un solo golpe toda la legislación internacional.

Hablábase de todo esto y debió hablarse también del modo de hacer larga la guerra, y eficaz el daño de nuestras armas en los puertos y en el comercio de los Estados Unidos, cosas ambas que será preciso tratar, á despecho de la tregua planteada por el patriotismo.

Pensemos que peleamos por el brillo de una bandera gloriosa y procedamos en consecuencia.

Recordemos que cuando se lucha por el interés, al considerar que es mayor el riesgo que la ventaja pronto se abandona el campo; pero que cuando se riñe por motivos de honra, antes se entrega la vida que la espada.



**[“La hora de resistir”, *El Imparcial*, 2 de mayo de 1898]**

#### LA HORA DE RESISTIR

Frente al acaecimiento aunque glorioso, desafortunado y adverso, el pueblo español, como todo pueblo viril y de entereza, tiene derecho á conocer la verdad; y nosotros, periodistas de un tal pueblo, estamos en el deber de decirla.

No cabe hablar de combates victoriosos ni mucho menos abrir el corazón á manifestaciones de regocijo, expresadas según La Correspondencia, al tiempo de terminar el Consejo de ministros por el señor general Bermejo.

Es hora la presente de acreditar más y más todas las nobles condiciones de nuestra raza. Es hora de robustecer la opinión de valerosos y resistentes que gozamos en el mundo.

Mas para ello no olvidemos que la bravura tanto se manifiesta y aparece al entregar la vida en la brecha de la trinchera y sobre el puente del buque, como manteniendo el vigor y la serenidad en el hogar cuando llega hasta él la dolorosa nueva del suceso infausto.

Es, pues, así la hora de la serenidad y de la firmeza de juicio, que consienten ordenar ventajosamente las defensas nacionales, pero es también la hora de la venganza tan sañuda y tenaz como lo permitan todos, absolutamente todos los elementos del país puestos al servicio de la guerra.

Es la hora de enaltecer la memoria de Cadarso y de los restantes héroes como él muertos en la batalla pagando con un recuerdo y con una oración su sacrificio; y esto hecho, reservemos para más adelante amplias muestras de admiración y de duelo que los bravos y desventurados marinos merecen, porque hoy es forzoso requerir el tiempo, las energías, el dinero, la inteligencia, los hombres, las armas y los alientos, todo, en fin, cuanto España puede dedicar á una contienda, para cobrarnos de la sangre que sobre nuestras naves de tabla han vertido los norteamericanos desde sus naves de acero.

Es la hora presente hora de calma, pero es á la par hora de fiereza. Hora de calma, sí, para recoger y concentrar fuerzas y energías, imitando de esta guisa al león de nuestro

escudo y de nuestra enseña; imitando el león que, lejos de sentir estremecimientos y sacudidas de los nervios, se detiene un punto frente á la perspectiva de la lucha para muy luego entregarse á ella por entero, dispuesto á ganar la victoria ó á perder la vida.

Es la hora de hacernos superiores al infortunio, y de sobrellevar la amargura con moderación en nuestras manifestaciones de dolor, pero con firme, con inquebrantable propósito de reñir mientras aliente España.

Cuéntese que ahora comienza la pelea y que el azar de las armas vacila mucho antes de discernir el título de vencedor. Mas si así lo dispone la desgracia y el poderío del coloso, si así lo quieren el egoísmo de algunas potencias y el olvido que hacen de la razón, caigamos luchando en tierra, y una vez caídos, cuando nos sean negados los medios y el espacio para esgrimir la espada, mostremos todavía el brío inextinguible de esta raza rasgando con nuestras uñas el brazo gigante que nos sujeta, y clavando nuestros dientes en el rostro que nos afrenta.

\*\*\*

Es hora de orden, porque solo el orden puede organizar la revancha; solo el orden puede conseguir el quebranto del enemigo; solo el orden puede llevar pánico y luto á las costas de los Estados Unidos, y solo con orden cabe disponer la manera de dañar el comercio norteamericano.

Pero ha llegado también la ocasión para el gobierno de dirigir activamente, sin descanso, sin tregua, este grandioso esfuerzo que hace la España hidalga para salvar su honor.

De triste, de muy triste y penosa autoridad, que gustosos rechazaríamos, gozamos hoy los que durante tres años venimos reclamando previsiones y aprestos en nuestra marina de guerra.

Mas para desdicha de todos, que lamentan con duelo imponderable los que dictan estas líneas, á las pocas horas de afirmar autorizados labios, frente á opiniones nuestras, que todo se había previsto y que muy luego echaríanse de ver los aciertos de determinadas gestiones ministeriales, franqueaban los barcos enemigos el canal de la bahía de Manila, sin que estorbasen el paso otras defensas que las que al cielo le plugo colocar en aquellas costas.

Y no se diga que lo impensado del caso tomó desmanteladas nuestras baterías, sin reflectores eléctricos las fortalezas que guardan la entrada de la bahía y sin torpedos ni minas el canal que á ella da acceso, porque há mucho tiempo que la guerra se anunciaba como inevitable y há varios meses que la escuadra americana fondeaba cerca del Archipiélago filipino.

Deseche el gobierno torpes consejos, abandone rutinas y convencionalismos de la política, que sólo sirven al daño de la patria, y emprendiendo caminos verdaderamente extraordinarios que circunstancias muy extraordinarias reclaman, utilice los hombres más vigorosos capaces de las más inusitadas actividades y deje elementos de notoria inutilidad para organizaciones tan complicadas como urgentes.

Ponga el gobierno en el grave asunto toda la pasión que exige el momento y prepare cuantos barcos de buen andar tiene la flota mercante. Dotados estos de marinos de guerra, vayan todos á servir de auxiliares á nuestra escuadra y de ruina al comercio de esa gran república que á la faz del mundo comete tan gran infamia, tan descarada villanía.

De esta forma, no entrando en codicia el corsario de profesión, ninguna molestia se impondrá á los buques de las naciones neutrales, pero se harán punto menos que imposibles las transacciones mercantiles de un país esencialmente mercantil.

Cumple ahora al pueblo español mostrarse firme y sereno y al gobierno disponer todo sin contemplaciones políticas incompatibles con el apurado trance en que nos vemos.

¡Resistencia, entereza para afrontar los días de luto! ¡Vigor, audacia, saña para herir al enemigo, para lavar las cubiertas ensangrentadas del Reina Cristina, del Castilla y del Ulloa....!

Estos grandes acontecimientos señalan el término de los capítulos en la historia patria.

Proceda sin vacilar el gobierno, porque si el pulso tiembla, es fácil echar un borrón donde hay que inscribir un punto.

**[“¡Siquiera por conveniencia!”, *El Imparcial*, 4 de mayo de 1898]**

**¡SIQUIERA POR CONVENIENCIA!**

La circunstancia más triste de todas las que rodean hoy al pueblo español es la cerrazón del horizonte. En la sesión celebrada ayer por el Congreso hablaron varios ministros. No hubo uno solo, que con sus palabras hiciese brillar un rayo de esperanza.

Parece que en el gabinete los cerebros están parados, como se pára un reloj cuando un golpe brusco y fuerte le rompe la cuerda. No creían en la guerra con los Estados Unidos los consejeros responsables, y al verse ante ese grave y por ellos imprevisto acontecimiento, se han quedado en el banco azul como la estatua de la sorpresa sobre su pedestal.

La gente nota esto con harta clarividencia; se penetra, de que en el gobierno se carece de plan, de propósito determinado, de viva percepción de lo que el caso requiere, de pronta resolución y de eficaz energía. La inquietud asalta los ánimos y el desaliento acecha al instante de hacerse dueño del espíritu público.

Este es el más pernicioso mal de las circunstancias actuales. España se siente con fuerzas para luchar todavía mucho tiempo contra la adversa fortuna; pero necesita tener fe en que sus vigorosos esfuerzos no serán perdidos. El mayor de los peligros radica en no acertar á devolver á la nación esa fe. De ello se aprovechan los que desean la borrasca para ejercer de naufragadores.

Los manejos de éstos serían inútiles sin aquella condición. Algo de confianza devuelta al ánimo popular sería mucho más provechoso á la paz pública que los vergonzantes estados de guerra, á que ha apelado la situación liberal, impulsada, mejor que por el peligro social, por el miedo propio.

Para aquel fin se pudo hacer mucho en la sesión de ayer, y nada se hizo. El corazón de España, deprimido por tanto y tanto inmerecido contratiempo, no se sintió aliviado de la menor pesadumbre. Una vez más se pudo medir el enorme desnivel, señalado varias

veces por nosotros, entre el elemento director y el elemento dirigido. Y en ese elemento director no entra únicamente el ministerio; pero es éste el factor principal.

Esas vagas ansiedades, que tienen en continua tensión los nervios del pueblo y de las cuales se utilizan para producir sacudidas anormales cuantos no saben pescar sino en río revuelto, proceden de ahí: de la inseguridad en que los recursos aun disponibles sean mal aplicados por dirección desacertada ó nula. Con palabras, y menos todavía con las vulgarísimas frases hechas, á que el ministerio apela en las Cortes, no se atenuará en lo más mínimo el malestar. Y el estado de guerra atropelladamente establecido ahogará el lamento; no disminuirá el dolor.

Es preciso evitar á toda costa que el lenitivo de éste no lo espere el enfermo sino de un cambio de postura. Remedios más eficaces hay que ofrecerle; no compuestos de ocultaciones y mentiras, sino preparados con la resolución y la verdad.

El arte de ocultarlo todo con palabras es al presente, no ya inútil, funesto. El consabido tapiz que cubre el muladar en día de procesión, no lo tapa seguramente cuando se disparan cañonazos y una granada estalla bajo aquél.

Con el sistema que hoy mismo se pretende seguir por los hombres que ejercen el poder público no nos ha podido ir peor. ¡Gracias á que los pretendientes al reemplazo violento de esos hombres siguen el mismo sistema aplicado con menos arte, aun se sostiene el orden público! Si en la gran masa social no hubiera un escepticismo arto fundado tocante á las intenciones y aptitudes de los candidatos á redentores, solo Dios puede saber lo que á estas horas habría ocurrido.

Pero no se debe abusar de eso ni de nada, entre varias razones, por la de que siempre lo presente parece lo peor, cuando en ello no hay ventajas muy visibles. Y el efecto moral de una sincera conducta y de una activa gestión es, en circunstancias como las presentes, insustituible, sin que importe gran cosa el partido que de ello pretendan sacar los hábiles del arte viejo. Pues al cabo y al fin la inmensa mayoría de las gentes hará justicia al gobierno que procede de ese modo.

Ya que se adora hoy el éxito, y el éxito ha sido tan malo con la ocultación, el miedo y la mentira, busquemos lo bueno en el valor, la energía y la verdad.

**[“El discurso de las tres horas”, *El Imparcial*, 11 de mayo de 1898]**

#### EL DISCURSO DE LAS TRES HORAS

Tenía razón ayer el Sr. Sol y Ortega cuando á última hora de la sesión celebrada por el Congreso empeñábase en discutir las autorizaciones y decía: Pero, si la aprobación de esta ley es tan urgente, ¿por qué no la pusisteis desde primera hora á discusión, dejando para otro día el debate político?

Y en efecto, si así se hubiera hecho, los intereses de la nación habrían ganado algo más que lo que ganaron con el discurso de las tres horas, con el cual el Sr. Salmerón procuró agitar mayoría, minorías, grupos parlamentarios, todos los elementos de la Cámara.

El jefe de la oposición republicana es un gran orador. No tiene más inconveniente, sino el de llevar dentro un dómine, y un dómine algo soberbio y fiero. La profesión de catedrático ha amañado su inteligencia, y hasta su palabra. Para él es el Congreso una cátedra; los diputados son alumnos. Habla siempre lanzando de arriba abajo la palabra. Los vocablos “inepcia”, “desconocimiento”, “ignorancia”, no desaparecen de sus labios. Se irrita con los murmullos, cual si el auditorio, obligado á escuchar sus períodos llenos de recriminaciones y censuras, cometiese, al mostrar su disgusto, el desacato más imperdonable. Cree hallarse autorizado á decirlo todo y que nadie tiene derecho á decirle nada. Así se explica la sesión de ayer.

En estas horas supremas en que, si no la vida, el porvenir de la patria y su significación en la Historia se hallan en tela de juicio, en los momentos en los cuales urge facilitar recursos para nuestros soldados de mar y tierra, y todas las energías de la nación hacen falta para conjurar los enormes peligros, y el mundo entero tiene su vista fija sobre nosotros, el Sr. Salmerón empleó tres horas en combatir á los conservadores, á los liberales, á los grupos parlamentarios, á los carlistas; en censurar todo cuanto en Cuba se ha hecho; en negar que las Cortes sean verdadera representación nacional; en dirigir

miradas retrospectivas á la política interior y exterior y en teorizar sobre la separación de la Iglesia y el Estado.

Obligó al Sr. Romero Robledo, al Sr. Silvela, al Sr. Gamazo, al Sr. Vázquez de Mella y al señor presidente del Consejo de ministros á pedir la palabra, produjo tres ó cuatro escándalos enormes y se enfureció soberanamente á causa de dos ó tres crudas verdades que el Sr. Sagasta con fatigada voz y emoción visible le dijo. En cambio no tuvo ¡ese hombre de tanta conciencia! ni una sola frase acerba para la conducta y la política de D. Valeriano Weyler en Cuba; antes bien, sin nombrarle, procuró en lo posible la exculpación del citado general.

Ignoramos si *en el santuario de su conciencia* –frase que el elocuente orador hubo de pronunciar unas veinte veces- habrá algún altar dedicado á ese caudillo. Porque las trazas son de que, en el tal santuario, el señor Salmerón se pasa la mayor parte de su tiempo en la sacristía.

Las censuras más acres fueron en la cuestión de Cuba para el general Martínez Campos. ¡Estos perpetuos invocadores de la conciencia son terribles cuando hacen justicia!

Mas, todo se podía dispensar al jefe, más ó menos efectivo, de la minoría republicana, porque tenía para los gravísimos problemas, planteados hoy á España, una solución.

El Sr. Salmerón se halla plenamente convencido de que si la reina regente, movida por sus palabras, toma con sus hijos el camino de la frontera y aquí se proclama la república, la Península y los dominios españoles de Ultramar quedarán como una balsa de aceite, los Estados Unidos retirarán sus escuadras, Máximo Gómez y Calixto García depondrán sus odios á nuestro nombre, lloverán monedas de cinco duros y brotarán del suelo, cocidos y todo, los panecillos. ¡Ese es el paladín de lo inmanente contra lo trascendental!

El Congreso se indignó, cuando debió reírse. El escándalo se produjo sin necesidad alguna. Había motivos para lamentar que en tarea semejante se perdieran las horas; mas no para subrayar con el estrépito un discurso que con sólo levantarse los jefes de partido y de grupo, ordenar ó pedir á sus amigos que les siguieran y dejar al orador el campo libre á sus desahogos, habría resonado en el vacío más completo.

De ese modo nos habríamos ahorrado el efecto de ese discurso en Europa; efecto perjudicial, no ciertamente para la monarquía, sino para nuestra nación. Porque esa oración salmeroniana, dicha en un periodo de convulsiones interiores, con el objeto de agitar los ánimos y llevar los acontecimientos, por el lado conveniente á los propósitos republicanos, revestiría siempre un carácter demagógico; mas, podría pasar. Pero ¡pronunciada ante los peligros tremendos de una desigual é inicua guerra extranjera!...

No creemos nosotros, cual la Cámara irritada le decía ayer, que el Sr. Salmerón carezca de patriotismo. Lo que hay es que en él viene á ser el sectario superior al patriota.

El Sr. Salmerón es un semita completo. Tiene del semita el espíritu estrecho para las cosas terrenas, más amplio para las ideales; tiene también las convicciones violentas, la iracundia contra el opositor. Las líneas de su rostro, sus ojos, su gesto, su actitud, todo

es del profeta árabe. Este tiraba de cimitarra y decía: “¡Cree ó muere!” El Sr. Salmerón, como quiera que está ingerto en catedrático, tira de palmeta y exclama: “¡Cree en mis palabras ó te llamo doctrinario, ignorante é inepto!”.

Y ayer el Sr. Salmerón no parecía un profeta, ni siquiera un falso profeta. Parecía... ¡el santón de la Puntilla!

**[“Debilidad diplomática”, *El Imparcial*, 20 de mayo de 1898]**

DEBILIDAD DIPLOMÁTICA

Ni el tiempo ni el espacio de que disponemos nos consiente un estudio minucioso del llamado Libro Rojo, que ayer se repartió y que comprende las notas cambiadas entre el gobierno español y el de los Estados Unidos con motivo de la cuestión de Cuba.

Desde luego la impresión causada por la lectura de esa colección de documentos diplomáticos nada tiene de satisfactoria para nuestro orgullo nacional. A las notas altaneras casi siempre de la cancillería de Washington contesta la de Madrid en un tono, que será cuanto se quiera menos el que corresponde al carácter genuinamente español.

También se observa que la relativa cortesía empleada por el secretario de Estado del presidente Cleveland va desnaturalizándose á medida que el tiempo avanza. Y que esa cortesía tan relativa se convierte en acrimonia y hasta en insolencia, cuando ya actúa como presidente Mac-Kinley.

Por otra parte, en la mencionada colección oficial de notas faltan muchas, relacionadas con la cuestión de Cuba de una manera muy directa. Se ha tomado por pretexto para no dar á conocer sino lo que á los ministros españoles puede perjudicar menos, la conveniencia de presentar sola, para mayor claridad, la línea general de la negociación sobre el estado de la grande Antilla y sus futuros destinos. Esto es tan razonado cual si se dijese que para formar idea más clara de un árbol se debería presentar el tronco solo, despojado de las ramas.

Creemos que el asunto no puede quedar así. Confiamos en que habrá senadores ó diputados que exigirán del gobierno el envío á las Cortes de todos los documentos que desde Marzo de 1895 hasta la declaración de guerra han mediado entre las cancillerías respectivas de los Estados Unidos y España.



Todo cuanto se trató acerca del asunto del vapor Alliance, del proceso formado á los tripulantes de la goleta Competitor, del indulto concedido al cabecilla Sanguily, de la inspección vergonzosamente tolerada respecto de la muerte del dentista Ruiz, de las reclamaciones hechas por verdaderos ó falsos ciudadanos de la Unión de Norte-América, debe ser conocido hoy por los representantes del pueblo español en Cortes.

Precisamente no se puede oponer á ello la menor dificultad. Las negociaciones han tenido un término violento y decisivo. Ningún interés de Estado habrá de exigir la reserva; solo la exigirá la conveniencia de los ministros que han intervenido en el asunto. Es tiempo ya de que nuestra nación conozca todo el terreno, por donde ha caminado en las peores condiciones hacia la guerra.

El Libro Rojo, el cual es de los menos voluminosos que del mismo género se han publicado, con ser esta la negociación diplomática más larga y más grave que con una potencia extranjera España ha mantenido desde que en ella existe el régimen constitucional, trasciende con la escasez de su contenido á servicios de compadrazgo. Las oposiciones parlamentarias se hallan en el deber de utilizar tales manejos.

A pesar de ellos, la lectura de esa publicación confirma el juicio que desde un principio formamos tocante á lo mucho que la debilidad de nuestros ministros había envalentonado á los gobernantes de los Estados Unidos, quienes llegaron á creer que el día en que nos ordenaran salir de Cuba no hallarían resistencia superior á la encontrada para la realización de todas sus imposiciones.

Nótase también de parte de nuestros ministros lo que se advierte á cada paso en nuestros debates parlamentarios: la creencia de que la cuestión es contestar á los argumentos del contrario con más presunciones de polemista que de hombre de Estado que sabe dar el golpe donde duele. No era precisamente con meras palabras con lo que el gobierno de Madrid había de detener á los políticos de Washington en la realización de sus propósitos.

Harto se observa, por desgracia, que los ministros norteamericanos cuidaban más de la intención que del argumento. Es decir, que con toda la grosería aparecen en el fondo más diplomáticos que los ministros de Madrid. Podríamos demostrar estas afirmaciones, colocando, frente unos de otros, textos de las notas yankees y españolas, y tal haremos si es preciso volver sobre la materia, por no haber en las Cortes quien haga el análisis, que consiente con toda amplitud un discurso parlamentario y no permite un solo artículo de periódico.

El Libro Rojo, en suma, ni satisface el deseo de conocer toda la verdad de la cuestión á que se refiere, ni halaga el amor pátrio de los españoles. Lejos de eso, explica de qué modo pudieron pensar en vencernos fácilmente con las armas aquellos, que nos vieron en la diplomacia tan sobrados de frases como faltos de resolución y de energía.

**[“El gran pecado”, *El Imparcial*, 3 de julio de 1898]****EL GRAN PECADO**

A la vista de cuanto acaece á nuestra pobre nación acude á los labios esta pregunta:

“Pero, señor, ¿es la imprevisión tan grave pecado que haya de purgar la de algunos hombres un pueblo entero?” Porque si bien se mira, no hay otra fuente ni otro origen de nuestras desdichas.

Imprevisión del gobierno conservador al no percibir que la cuestión de Cuba llevaba fatalmente á la guerra con los Estados Unidos; imprevisión del ministerio liberal por no comprender que las reformas autonómicas de Cuba significaban un plazo que se debía aprovechar para apercibirse á la lucha con los norteamericanos; imprevisión al no fortificar la habia de Manila; imprevisión en la flota de Cavite cuando se hallaba tan próximo el enemigo; imprevisión al no tener en la Habana oportunamente la escuadra de Cervera; imprevisión al enviar la escuadrilla de torpederos y destroyers para dejarla después estacionada en Cabo Verde; imprevisión de los marinos de aquella escuadra al refugiarse en Santiago de Cuba en vez de hacerlo en Cienfuegos, con lo que hubiese cambiado la suerte de la campaña; imprevisión del general Blanco por no haber enviado con tiempo á aquella capital los refuerzos que no han llegado todavía; imprevisión al mandar con la escuadra de Cámara los destroyers para hacerlos volver desde Port-Said; imprevisión en los jefes de la última escuadra mencionada al abordar todas las dificultades antes de pasar el Canal de Suez; tal es la falta de donde los gravísimos presentes daños proceden.

De tamañas imprevisiones cuéntanse tres que en la actualidad ve y lamenta todo el mundo: la llegada de la escuadra del general Cervera á Santiago de Cuba; la tardanza en el envío de refuerzos á la heroica guarnición de dicha plaza; los obstáculos que se ha creado la escuadra del general Cámara en el paso del Canal.

Si el general Cervera se hubiera refugiado en Cienfuegos con sus buques, en vez de hacerlo en Santiago de Cuba, habría estado en comunicación terrestre con la Habana por medio del ferrocarril; habría recibido fácilmente víveres, municiones, carbón; habríanse podido concentrar en torno de aquella había rápidamente de 30.000 á 40.000 soldados españoles; no habrían encontrado los yankees numerosas partidas rebeldes auxiliares, y en la actualidad presentaría para nuestras armas la campaña mucho más favorable aspecto. Hoy en cambio los refuerzos llegan con dificultad suma á la plaza sitiada; cierto género de socorros no pueden llegar; la partida se ha entablado en el territorio que de la isla nos es más hostil y donde el enemigo se provee fácilmente de todo, mientras nosotros de nada podemos surtir á nuestros admirables soldados.

¡Tal diferencia valía algunas horas más de navegación por el mar de las Antillas!

Pero ya que el general Cervera nada de eso previó, pudieron muy bien las autoridades de Cuba prever que Santiago sería duramente atacada, y enviar con tiempo las columnas y los convoyes que habían de socorrer la plaza. Hoy se intenta esto, cuando las lluvias han hecho intransitables los caminos y el enemigo ocupa aquel territorio.

Nada de esto es, sin embargo, comparable á lo ocurrido con la escuadra del general Cámara. Por espacio de cerca de mes y medio esa escuadra ha sido para la nación como una pesadilla. “¿Cuándo se acaba de alistar? ¿Cuándo zarpa?”. No se oía otra cosa desde el desastre de Cavite.

Salió esa escuadra por fin. España respiró. Pasaron días, y el rumbo tomado por tales buques pareció un misterio. Al cabo se supo que la escuadra marchaba hacia Filipinas y llegaba á Port Said con un número de singladuras casi dobles de las que suelen emplear los vapores que hacen la misma travesía. La culpa era de los destroyers, que emplean mucho tiempo en proveerse de carbón. ¡Y ahora esos destroyers se vuelven á la Península!

Parecía lo natural que esa escuadra llegada á Port-Said pidiese el paso por el Canal pagando los derechos correspondientes, y que luego en Suez se proveyese de carbón de los depósitos de ese puerto ó de los vapores carboneros que la acompañaban. De este modo se conseguía una doble ventaja: atravesar pronto el Canal, antes de que alguien promoviese un incidente dilatorio, y llevar con menor calado los grandes buques de combate.

¡Se ha hecho precisamente lo contrario! En Port-Said ha estacionado la flota mandada por el Sr. Cámara mucho más tiempo del que consienten para caso de guerra los estatutos del Canal, y antes de pasar éste se han cargado las carboneras de los acorazados, merced á lo cual llevan más probabilidades de embarrancar estos buques. El incidente, fácil de evitar, se ha promovido, y entre unas cosas y otras se han perdido cinco días.

¿Es verosímil que haya un pueblo más desdichado que este noble, y valeroso y sufridísimo pueblo español? ¿No basta luchar con dos insurrecciones terribles, con la potencia más formidable del Nuevo Mundo á millares de leguas y con todos los egoísmos y todas las codicias del Mundo Viejo aunadas en nuestro daño, sino que además hemos de hallar en nuestro propio campo las mayores dificultades?

¿Cabe en lo humano resistir todo esto?

**[“El soldado y el Gobierno”, *El Imparcial*, 4 de julio de 1898]****EL SOLDADO Y EL GOBIERNO**

No es, no, para fortuna grande y orgullo legítimo de nuestra raza, exajerada, y por exajerada ridícula, aquella idea que tenemos de que el heroísmo nunca se aleja de las banderas españolas.

Dícese, por los que han perdido la fe en los arrestos de este pueblo, repítese por los escépticos que todos los ejércitos blasonan de haber contratado la exclusiva del arrojo y de la bravura.

Exacta es la observación: todas ó las más de las naciones se atribuyen la característica del valor, ¿pero quién puede ostentar derechos que igualen á los nuestros?

Inglaterra no llega jamás en la lucha más allá de donde alcanza el negocio; Italia plega sus estandartes de guerra frente á la primera victoria de Menelik; Francia y Alemania descansan años y años sobre la pelea, aunque sangrienta breve, de 1870; Grecia rinde todo su entusiasmo bélico en las primeras escaramuzas de la Tesalia, y todas estas potencias, como el resto de las europeas, amparan su sangre tras de los egoísmos comerciales y las habilidades diplomáticas; en tanto España riñe durante tres años sin desmayar, para descanso de las guerras coloniales, acepta el reto de los Estados Unidos, y en Santiago de Cuba 2.000 hombres se baten contra 22.000, pierden los nuestros la mitad de los soldados, la mitad de los oficiales y la mitad de los generales, pero salvan íntegro el honor militar.

Los pueblos que aspiren al premio del valor exhiban su historia y ofrezcan modernos ejemplos de algo semejante á las jornadas de Santiago, que asombran y admiran al general Shafter y al ejército que le sigue y obedece.

\*\*\*

Lo que no acabaremos de lamentar jamás es que elemento de tanta valía como nuestro soldado, hueste tan bizarra como la española esté gobernada por la imprevisión y dirigida por el desacierto.

Estéril es el sacrificio de nuestra sangre cuando se dejan transcurrir los años sin acertar á ver cómo la guerra se nos echaba encima y por consiguiente sin acrecentar las fuerzas navales; cuando se deja indefensa Manila, cuando se envía la escuadra de Cámara con un mes de retraso, cuando se mandan torpederos que tienen que volver, cuando no se dirigen en tiempo refuerzos á Santiago amenazado desde que fondeó la armada de Cervera hace mes y medio, cuando, en fin, se comete una torpeza en cada acuerdo ó en cada omisión del gobierno, que es en definitiva donde reside la dirección y la responsabilidad de la guerra.

Y decimos esto porque si esa responsabilidad radicase en uno ó varios jefes militares, buen cuidado habrían tenido los ministros de relevarlos para eximirse de la culpa.

En la dirección de la política fracasó un gobierno que hasta última hora creyó en la [...]. Ya hemos visto el resultado obtenido con la negligencia é imprevisión natural en aquellos gobernantes que imaginaron posible arreglarlo todo á fuerza de papeles de cancillería y de retórica diplomática.

\*\*

¿Hemos de resignarnos a ser gobernados por la ineptitud?

Entendemos que no, entendemos que dentro de la legalidad y precisamente para salvarla, salvando con ella el orden, deben organizarse fuerzas nuevas capaces de reconstituir esta nación, cuyas tradiciones y cuyo vigor la inducen á desmentir la profecía de Salisbury, que coloca á España entre los países destinados á morir.

Desde luego afirmamos que un gobierno como el del Sr. Sagasta no es digno de un soldado como el de Santiago de Cuba.

**[“Dolor nacional”, *El Imparcial*, 6 de julio de 1898]**

#### DOLOR NACIONAL

Día tristísimo, día de cruel amargura el de ayer.

Cuando España entera celebraba con alborozo las faustas nuevas que el gobierno le comunicara, viene en conocimiento de sucesos por todo extremo desconsoladores.

Los mejores barcos de su flota, los que costaron á esta nación empobrecida sumas cuantiosas, zarpan de la bahía de Santiago y son á pocas millas de distancia rotos y acabados.

Los jefes de nuestros buques, atentos sin duda á inspiraciones de humanitarismo hacia las tripulaciones, prefieren que se despedacen frente á la costa las naves que en otro caso podían caer mar adentro deshechas por el enemigo.

Cierto que se ha sabido muy presto que el almirante Cervera y un su hijo están, aunque prisioneros, sanos á bordo de la escuadra yanqui; pero no es menos cierto que la destrucción de la nuestra sólo ha costado al enemigo un muerto y dos heridos.

Que la jornada haya sido tan poco cruenta para los norteamericanos y de tan tristes resultados para los españoles, no puede menos de añadir nuevas sensaciones de ira y de enojo á las experimentadas tan luego como se obtuvo la confirmación del desastre.

Hasta tal punto son terribles las exigencias de un pueblo que riñe por su honor, tantos sacrificios reclama de aquellos hijos que defienden sus banderas, que aceptaría la patria sin resignación mayores penas á trueque de inferir al injusto y codicioso enemigo mayores daños.

Acrecentaríase el llanto, esparciríase el luto, pero no sería tan hondo el desconsuelo.

Quizás parezca duro y cruel este lenguaje; no es sino el modo de varonil expresión de que gusta acompañarse la verdad.

Las impresiones de angustiosa pena sentidas durante las últimas veinticuatro horas, llegaron al colmo del dolor cuando al regreso de un paseo, emprendido para desahogo del duelo y acaso para esquivar el inevitable comentario de tanta tristeza, vimos encendidas las luminarias de los teatros y escuchamos sus bulliciosas orquestas. De haberse convertido nuestra voluntad en ley, ni aquellas luces brillarían ni aquellas notas rasgarían con el aire, fibras y sentimientos que lleva muy dentro todo buen español.

Tal pensábamos al discurrir acerca de las desventuras nacionales; pero bueno es consignar que ni un solo instante acompañó el desaliento á nuestra pena.

No; el pueblo que cuenta con ese soldado, admiración del mundo; con ese soldado que pelea durante tres años en Cuba, esmaltando el territorio y el tiempo de heroísmo y de tenacidad; con ese soldado que hace de cada fortín una epopeya; el pueblo que dispone del combatiente, que lucha uno contra diez en los altos de Santiago, puede y debe aspirar á la regeneración y á la grandeza.

Labor es propia de titanes; pero labor que á los hombres de voluntad y de energía les cumple acometer, renunciando á convencionalismos que son causa de nuestra ruina, y edificando sobre la base de lo único que tenemos, todo lo que ahora se ha evidenciado que no tiene España.

**[“¿Para qué el desaliento?”, *El Imparcial*, 14 de julio de 1898]**

¿PARA QUÉ EL DESALIENTO?

Crécese el ánimo español con la desgracia. Esta es la gran fuerza de nuestra nacionalidad.

La agitada vida moderna ha desgastado indudablemente, si no el carácter de nuestro pueblo, sólido y firme como roca de cuarzo, el de nuestras clases directoras. Sólo así se explica la abundancia de Casandras, que las circunstancias presentes originan.

Recorridas las columnas de la prensa obtiéndose una impresión funeraria. Tristes son los hechos; pero son más tristes los comentarios y tristísimas las profecías. Un ambiente lúgubre y frío como de panteón es lo que por punto general se le ofrece al espíritu público. Afortunadamente, éste resiste la aplanadora influencia.

No pensaban ni escribían de igual modo aquellos españoles llenos de fe en la causa de la patria, que en 1810, con toda la Península invadida por las huestes napoleónicas, después de la terrible rota de Ocaña, sabedores de que había comenzado en América la insurrección que había de arrebatarlos aquel continente, sin recursos, sin poder efectivo, sin más que su indomable corazón, aún se disponían, según cantaba el gran Quintana,

“A fundar otra España y otra patria

Más grande y más feliz que la primera.”

Las energías del espíritu no se pueden medir, y nosotros somos un pueblo de extraordinario espíritu, y el día en que no seamos eso no seremos nada.

Lejos, pues, de deprimir ese espíritu y de abatirlo, debemos fortalecerlo y levantarlo, porque es nuestra única fuerza, y de fuerza y nada más que de fuerza es la cuestión.



Los norteamericanos saben mejor que nosotros cuál es nuestra fuerza. Demasiado bien conocían ellos la potencia de nuestros barcos y de los suyos, y sin embargo, cuando la escuadra de Cervera se dirigió por caminos nada frecuentados hacia la Martinica, y todo el mundo ignoraba su paradero, la inquietud y el terror se extendieron por todas las costas de los Estados Unidos. ¿Por qué? ¿Era eso el miedo al elemento máquina? No, puesto que los yankees sabían que sus buques tenían mayor empuje. ¿Era el temor al elemento hombre, á la fuerza espiritual, al arranque imprevisto, á la abnegación y á la audacia!

¿Para qué la disminución de esa inconmensurable energía? ¡Harto la han amenguado en el concepto ageno los acontecimientos y las desdichas! ¿Es preciso que trabajemos también para empequeñecerla en el concepto propio?

Peligroso é inhábil es fomentar el orgullo de un pueblo en la próspera fortuna. Mas en la adversa suerte arrebatárle toda confianza en sí propio es ponerlo atado de pies y manos bajo la planta del vencedor. Bajo la deslumbradora luz del sol tropical está perfectamente justificado el toldo; pero ¡toldos en las tinieblas!

Es evidente que aquellos que necesitan de las tinieblas para alcanzar su objeto, han de tener interés en espesarlas. Quien carece de ese interés no explicará jamás sus afanes por acumular sombras y más sombras.

La suerte de la guerra nos es adversa. El mar está, por los desastres de nuestras escuadras, cerrado para nosotros y abierto completamente al enemigo, quien desde aquél nos podrá inferir graves daños; pero aún hay en tierra, así en las colonias como en la Península, muchos millares de valientes que empuñan las armas y no consentirán en que un pueblo, lleno de soberbia y falto de generosidad, impunemente nos arrolle.

A esos bravos, si no les podemos llevar recursos, por lo menos estamos en el deber de no quitarles alientos.

Llenar los ánimos de negruras es una gran desdicha, si esto se hace por pesimismo invencible. Si se hace por móviles políticos secundarios, es criminal.

Del vigor moral de España habrá de depender la negociación de la paz. Mostrémonos firmes, y el gobierno de Washington nos tendrá alguna consideración. Declarémonos moribundos ó muertos y aquél se constituirá en nuestro heredero abintestado.

La paz es por todos deseada; pero no será conseguida sino por la energía y la serenidad de juicio de todos. Si los yankees observan que al martirio externo, á que nos someten, se junta el suplicio interno de las agitaciones civiles y de los desmayos públicos, nos considerarán como entregados en cuestión de días.

¿A qué objeto, pues, responde el esfuerzo por debilitar en lo efectivo la resistencia?

**[“Pretensiones disparatadas”, *El Imparcial*, 15 de julio de 1898]**

#### PRETENSIONES DISPARATADAS

Ocurre á los Estados Unidos con la victoria lo mismo que les pasa con el vino á quienes no están acostumbrados á beberlo; se les sube de un modo horrible á la cabeza.

Por lo fáciles y nada costosos, los triunfos navales de Cavite y Santiago de Cuba han hecho que á los americanos les parezca el mundo estrecho para sus bríos. De ahí provienen las enormes pretensiones que aquellos presentan para la concesión de la paz.

A fin de que la gente ponga esas pretensiones en su verdadero punto, no estarán de más alguna consideración y algún recuerdo. Porque se da en esta lucha de España con todo interés la atención de nuestros lectores.

\*\*\*

Hasta en las más declaradas guerras de conquista, carácter que los norteamericanos no han dado á la actual, jamás se llegó por el vencedor á pretender la posesión del terreno ocupado. Por lo general, siempre rebasó aquel los límites del territorio en disputa, y precisamente la transacción consistió luego en dejar al vencido lo que no se proyectaba conquistar.

Sin remontarnos, por ejemplo, á las guerras del siglo pasado, en el cual hubo entre otras contiendas las dos de España y Francia, ligadas por el funesto pacto de familia, contra Inglaterra, que, habiéndonos ocupado la Habana y Manila, nos las devolvió al hacerse la paz, contrayéndonos á las más conocidas del siglo presente, podemos poner de relieve la exactitud de cuanto en el párrafo anterior decimos.

Después de la batalla de Jena hácese Napoleón dueño de Prusia. ¿Pretende por eso el vasallaje completo de esta potencia? No; la segrega una parte de su territorio para agregarlo á la confederación del Rhin; pero deja lo demás como Estado independiente. ¡Y era Napoleón!

En la guerra de Crimea, Francia, Inglaterra y Turquía vencen á las tropas rusas en tres grandes batallas y toman la plaza de Sebastopol, baluarte del país. ¿Intentan por eso segregar de Rusia el antiguo Quersoneso? No; se contentan con otras ventajas menos materiales y evacuan aquella estratégica región.

En la guerra de 1870 á 1871 los ejércitos alemanes ocupan todo el Este y el Nordeste de Francia, toman las plazas fuertes de aquellas comarcas y entran en París. ¿Piden luego la posesión de todo el país ocupado? No; se limitan á anexionarse la Alsacia y una parte de la Lorena, á pesar de ser sus victorias de las más brillantes y decisivas que se conocen en la historia de la humanidad.

En 1877 los rusos, tras una campaña [...], vencida Plewna, avanzan con incontrastable empuje, pasan los Balkanes y llegan hasta las puertas mismas de Constantinopla. ¿Fijan allí sus fronteras? ¡De ningún modo! Se reducen á recabar la emancipación de la Bulgaria, la independencia de Servia, la devolución de la Besarabia, no obstante el aniquilamiento militar de Turquía.

Y vienen ahora estos señores yankees y porque han ocupado la bahía, no la plaza de Manila, con el vergonzoso auxilio de algunos millares de tagalos traidores, proyectan quedarse con el Archipiélago filipino. Y porque han puesto sitio á Santiago de Cuba demandan que les entregemos la grande Antilla. Y porque han declarado el bloqueo nominal de Puerto Rico no pasan por menos, sino porque la isla queda para siempre en sus manos.

Esto no es serio. No podemos creer en que tenga el gobierno de Washington semejantes disparatadas pretensiones, cuando está tocando de la manera más palpable lo que le cuesta la posesión de una sola plaza, defendida por el ejército español.

Esas cosas se dicen por los periódicos de Nueva York, que tienen la exageración por único arte, la mentira por única fuente de inspiración y la caricatura de la patriotería por único y exclusivo culto. Por lo mismo no debemos en España hacer caso de semejantes especies.

Harto sabemos todos los españoles que la paz no nos ha de salir barata, puesto que se trata de luchar en islas, y gracias á los desastres de nuestra armada, hemos perdido el mar por completo. Pero aún tenemos 20 000 combatientes en Puerto Rico, 100 000 en Cuba, algunos millares en Filipinas, donde la índole tornadiza de los indígenas es grave peligro para nuestros enemigos si la contienda se prolonga.

No estamos, ni con mucho, completamente anonadados como Prusia en 1807, como Francia en 1871, como Turquía en 1878. ¿Por qué razón hemos de aceptar nosotros condiciones más onerosas que las que admitieron aquellos Estados?

La paz será razonable, proporcionada, equitativa, ó no será. Esto es lo natural, lo justo, y sobre todo lo español.

**[“La suspensión de garantías”, *El Imparcial*, 16 de julio de 1898]**

#### LA SUSPENSIÓN DE GARANTÍAS

Habíase hablado de que el gobierno pensaba en suspender las garantías constitucionales. Dudábase de que tal proyecto llegara á términos de realización. Ayer, sin embargo, nos dio la Gaceta esa triste sorpresa promulgando el decreto, por el cual la inviolabilidad del domicilio, la libertad personal, la de imprenta, la de reunión, la de asociación quedan al arbitrio de las autoridades militares.

El efecto de ese decreto sobre el espíritu público ha sido tanto más vivo y profundo, cuanto que la actitud de calma y de resignación del pueblo español no justifica los temores que la citada disposición ministerial deja suponer.

El bando marcial del comandante en jefe del primer cuerpo de ejército no consiente duda alguna tocante al rigor con que se aplica el decreto en cuestión, especialmente en lo que á la prensa se refiere. La previa censura ha quedado severamente establecida para los periódicos. Varios de éstos, como *La Época* y *el Herald*, á quienes no se tildará de revolucionarios, tuvieron anoche necesidad de retirar de los números respectivos muchos originales que ya habían sido compuestos.

Así, nuestros citados colegas, ni más ni menos que *La Correspondencia Militar*, *El Nacional* y otros aparecieron con columnas enteras en blanco, otras con grandes huecos de donde habíanse visto obligados á retirar sueltos, noticias y hasta telegramas de Fabra.

Hondo sentimiento de tristeza y amargura producía la vista de esos diarios, que por su aspecto nos hacían retroceder hasta los tiempos de Narváez, en los cuales o se ejercía más rigurosamente la censura que lo que ahora se ha empezado á ejercer.

Entonces, á lo menos, ni la gente se hallaba como hoy habituada á ponerse al día en relación con el mundo entero mediante el periódico, ni éste, por revestir distinto carácter, tropezaba en la censura con un obstáculo, que en la actualidad desvirtúa su naturaleza.

Por eso mismo, por hallarse á la cabeza del gobierno D. Práxedes Mateo Sagasta, cuya fama y cuya popularidad se crearon por abominar de tal sistema á toda hora y con toda energía, la medida ha producido peor impresión. Si los ministros se paran un instante á observar ese hecho y reconocen el movimiento que en el ánimo general se ha determinado en sentido de estupefacción y desvío, se convencerán de que nadie ha perjudicado á la situación liberal como ellos mismos la perjudican.

Lo que se consideraba ya como sepultado con los viejos procedimientos reaccionarios, vuelve y vuelve para resguardar á un gabinete contra los juicios de la opinión pública.

Ya no se sabe lo que es lícito decir y lo que es preciso callar. El arbitrio es la norma, y en los momentos presentes, cuando la gran masa social quiere saber al minuto lo que es de nuestras colonias y de nuestros soldados, no se sabrá sino lo que al criterio ministerial parezca bien; lo cual será acaso peor que si nada se supiera.

Esos trozos en blanco de los periódicos, donde cada cual leerá lo que se le ocurra, es una oposición del silencio más fuerte y peligrosa que la que se podría hacer á gritos. A fuer de liberales, los hombres que ejercen el poder han de estar penetrados de tamaña verdad. Por lo mismo es más incomprensible lo que han hecho.

No se deja de producir el vapor porque se cierre la válvula, y la opinión seguirá haciéndose aun cuando la prensa quede muda del todo, con el inconveniente de que el gobierno desconocerá el rumbo y la fuerza de esa opinión.

Desde cualquier punto de vista que se miren la suspensión de las garantías y el establecimiento de la previa censura, la nación no se explicará que tales cosas se hagan sin necesidad y mucho menos que las hagan tales hombres.

**[“Materias de que tratar”, *El Imparcial*, 17 de julio de 1898]**

#### MATERIAS DE QUE TRATAR

Según los ministros, la suspensión de garantías se ha decretado en defensa de las instituciones, del ejército, de la marina, del secreto en los trabajos de fortificación de la Península é islas adyacentes, de las negociaciones en favor de la paz.

De aquí se deduce que en pró del gabinete, para que no sean criticadas y censuradas sus disposiciones en otro orden de asuntos, no han sido suspendidas las garantías constitucionales.

Esto constituye hasta cierto punto una ventaja, sobre la cual nos permitimos llamar la atención de nuestros colegas.

En los últimos tiempos y por efecto de la honda preocupación que en *todos* los ánimos producían los acontecimientos de la guerra, ha habido ministerio en el cual se han hecho horrores. Trascendían tales horrores á la prensa, y el periodista se preguntaba: “¿De qué servirá que en tratar de semejantes materias y en exponer los abusos, y algo más que abusos que se cometen, gaste yo mi tinta y mi prosa, si el público no ha de hacer caso alguno de ellas?”.

Esta consideración venía á ser perfectamente lógica mientras era dable ocuparse en aquellos asuntos, que llenaban el alma de la nación. Para su exposición, su examen, sus comentarios resultaba pequeño el periódico. Hablar de cualquier otra cosa equivalía á desperdiciar el tiempo y el espacio.

No sucede ya lo mismo. A los periódicos les sobra la mitad de sus columnas; al público la atención, que gracias al silencio decretado no tienen en qué emplearse.

Es por tanto muy factible, y aun pudiera ser muy provechoso, traer á colación las varias y nada ejemplares cosas que han pasado por los ministerios y aun por las Cortes mismas utilizando la distracción que la guerra originaba.

El gabinete Sagasta considera que debe tapan la boca á la opinión pública en asunto de trascendencia tan enorme como lo es el de la paz. ¡Perfectamente! Nosotros no tocaremos ese tema, ni siquiera para señalar los peligros que pueden encerrarse en la extraña actitud de Mac Kinley, la cual quizás obedece á compromisos adquiridos por ese señor con otra potencia y relativos á territorio de la Península misma.

El gobierno de Madrid ha de percibir y calcular mejor que nosotros tamaños riesgos. Nosotros también nos hallamos obligados, hasta por ley natural, á subordinar nuestros puntos de vista y nuestro criterio á los de un gobierno tan previsor que observó oportunamente la rapidez con que la guerra se nos venía encima y supo prepararse admirablemente para ella, y después en todos los detalles, desde Hong-Kong hasta Cavite y desde Cabo Verde á Santiago de Cuba, tomó tan extraordinaria delantera respecto á los acontecimientos.

Cuando se posee títulos de esa naturaleza hay derecho para pedir á todo el mundo que confíe en tan acertada gestión y aun para fusilar al que lo niegue.

Pero, en fin, ya que en la cuestión de la guerra ó de la paz nadie ha de entrometerse, justo será reconocer que el ministerio no es capaz de ampararse de la suspensión de garantías para estorbar el examen y crítica de la gestión de cada ministro en su especial departamento y en negocios no relacionados con la paz, con la guerra, con el ejército, con la marina ni con las instituciones.

Sería cosa fea por demás utilizar la dictadura para impedir que se discutiese en la prensa, por ejemplo, la domiciliación de títulos de la Deuda exterior y sus efectos económicos, ó las cuestiones de reconocimiento de quintos en la provincia de Murcia, ó los nombramientos últimamente hechos en Gracia y Justicia, ó la equidad con que el señor Romero Girón, para colocar á un paniaguado, deja cesante en el ministerio de Ultramar á un patriota cubano, cuya familia perdió una considerable fortuna por defender la causa de España y no vaciló en emigrar de la grande Antilla para probar su amor á la madre patria, ó de otras muchas cosas por el estilo.

Don Práxedes Mateo Sagasta, que debió todo su nombre, toda su posición política á la pugna con la dictadura de Narvaez, ejercida hasta contra quien hablaba de la peluca de este señor, no puede, sin llegar al último límite, ejercer una dictadura inferior á aquella en calidad contra quien hable del tupé del señor presidente y de sus dignos compañeros de ministerio. ¡Esto sería un colmo!

Podemos, pues, distraer un poco la atención pública hablando de lo que antes de la suspensión de garantías se ha hecho en algunos departamentos ministeriales en la creencia de que nadie se fijaba en tales asuntos. Y materia sobrada hay. ¡Vaya si la hay!

**[“La última habilidad del Sr. Sagasta”, *El Imparcial*, 4 de agosto de 1898]**

#### LA ÚLTIMA HABILIDAD DEL SR. SAGASTA

¡Qué habilidad tan maravillosa la del señor Sagasta! Cada manifestación de ella nos produce nuevo asombro.

La llamada de los primates del régimen actual para consultarles sobre la paz, y las negociaciones que á ésta conducta tiene á la gente española sumida en un magnífico estupor.

El presidente del Consejo de Ministros no necesita de las Cortes para la solución del problema que está, con la ayuda del conspicuo diplomático duque de Almodóvar, resolviendo. Tampoco siente precisión alguna de pulsar la opinión pública en los latidos de la prensa periódica. Su profundo conocimiento de las cuestiones que se hallan en tela de juicio, su afición á los elevados asuntos de índole internacional y su experiencia en los mismos le acreditan para que España entera deposite la mayor confianza en sus gestiones.

Por esa causa, al ir el Sr. Sagasta solo á la paz con Mac-Kinley, no consintiendo á la nación en tribuna ni en prensa manifestación alguna de sus deseos y voluntad, hubo de admirar á todo el mundo con su valor cívico, del cual llevaba tantos años haciendo copiosos ahorros.

Mas ahora, en la última jornada, el jefe liberal se asusta y llama, no á Cachano con dos tejas, sino por telégrafo á los personajes de la restauración. Quiere una consulta; pero, en verdad, más que consejeros parece que busca cómplices.

Esto es muy humano, y sobre todo, muy sagastino.

Pocas veces la realidad con su inexorable lógica habrá puesto con mayor prontitud la sanción penal á la vulgar astucia, al egoísmo y á la apatía. Durante dos años y medio de la guerra de Cuba, y especialmente en los diecinueve meses que van desde la muerte de Maceo á la de Cánovas, el Sr. Sagasta anduvo siempre rehuendo la carga de cuidados y responsabilidades, que la cuestión antillana traía consigo.



En los dos momentos más críticos de la suerte de España durante este último accidentado periodo, en la víspera de la disolución de las Cortes liberales y al día siguiente de la muerte de Maceo, el Sr. Sagasta debió y pudo hacer lo que tardíamente permitió ó aconsejó al Sr. Moret que hiciera en Zaragoza: ofrecer una solución de paz para la cuestión de Cuba.

Halló más cómodo y hábil que el Sr. Cánovas cargase con todos los trabajos y toda la responsabilidad. Solamente cuando la enfermedad que España padeció llegó á su período más agudo consintió D. Práxedes en que el partido liberal ofreciese la nueva medicina, y únicamente cuando el jefe del partido conservador desapareció del mundo de los vivos, se resolvió á aplicarla. ¡Era tarde ya!

Y por eso el hombre que anduvo dos años y medio congratulándose de que fuese otro el médico de cabecera y le ahorrara vigiliass, inquietudes, preocupaciones y peligros, hallólos al fin cien veces aumentados por la guerra extranjera en América y Oceanía, y por el deber de estipular una paz honrosa.

Abatido, abrumado, harto convencido de que negociar con Mac-Kinley es cosa muy distinta de la de empujar á Vega de Armijo contra Montero Ríos ó á Moret contra Gamazo, espántase del peso enorme de la tarea que le está encomendada. Y el remedio mejor que halla es acudir á los primates del actual régimen, á fin de que le auxilién y compartan con él ese peso. ¡No supo prever la guerra ni disponerse á ella, y no acierta á hacer la paz!

No se fija, sin embargo, en que, asociando á su obra á cuantos personajes de primera fila tienen la dirección de los negocios públicos en la monarquía constitucional de don Alfonso XIII, ó esos personajes imponen á dicha obra una censura más fuerte que la que el Sr. Sagasta ha establecido para los periódicos, ó se hacen solidarios de ella. Y en esta última hipótesis, si la obra fracasa ante el espíritu nacional, el fracaso parecerá extenderse á todos los elementos de la restauración.

**[“La jornada en el Congreso”, *El Imparcial*, 8 de septiembre de 1898]**

#### LA JORNADA EN EL CONGRESO

Una sesión secreta, misteriosa, cuyo resultado de inmediata apreciación por el público es el retraimiento de las minorías más batalladoras y extremas, había de impresionar hondamente á la generalidad de los ciudadanos. A pesar de ello, debemos confesar que no percibimos la profundidad de la impresión.

¿Se ha enterado la gente de la escasa habilidad con que los republicanos plantearon la cuestión, ó es que aquí nada llega ya á lo vivo? No estamos capacitados para responder á esa pregunta. El lector resolverá por sí.

Hace pocos días escribimos, no uno, dos artículos, en los cuales sosteníamos contra los ministeriales sagastinos que todo lo relativo á la guerra con los Estados Unidos, á la imprevisión en ella mostrada, á las deficiencias de organización y dirección de la misma, á la responsabilidad que de esto se originaba, debía ser tratado por las Cortes. Pero también reconocíamos que las negociaciones de la paz no podían ser objeto de público debate.

Consideraciones tales eran tan reales, tan objetivas, que ni siquiera los órganos oficiosos de la situación se resolvieron á contradecirlas. Esperábamos, pues, como esperaba todo el mundo, que la cuestión de la guerra se ventilase, sin llegar á lo que de internacional y delicado aquella encierra; es decir, sin tocar á la suspensión de hostilidades y cuanto después se ha seguido.

Mas, no se sabe qué género de fatalidad preside los acuerdos de los republicanos; quienes jamás aciertan, ni con el camino del interés nacional, ni con la senda de sus conveniencias de partido. Esa fuente perenne de inspiración errónea dio origen á la proposición incidental, presentada ayer por el señor Salmerón, y cuyo texto va en otro lugar de este número.

Tres son los miembros de la proposición. En el primero se atribuye al ministerio liberal la culpa de la declaración de la guerra, cuando nadie ignora que ésta fue declarada

por el gobierno de Washington, quien la tenía resuelta desde hace tiempo. En el segundo se pide el examen de cuanto ha ocurrido en daño de la patria durante la campaña funesta, y con ello se responde á un deseo vehementísimo del alma nacional. Por último, en el tercer miembro de la proposición, se aborda la cuestión de la paz y la aceptación del protocolo.

Si el Sr. Salmerón y los demás firmantes de la proposición mencionada hubieran dejado ésta reducida al segundo miembro de la misma, habrían puesto en el mayor de los aprietos al actual gabinete. Mas, con las primeras líneas de aquélla quitaban á su obra carácter de sinceridad y se lo daban de empresa de partido, y con las líneas últimas ofrecían al Sr. Sagasta y á sus colegas un asidero favorabilísimo para salvarse del [...].

Dada la afición desmedida del gobierno liberal á que todo quede en las sombras, era fácil de presumir que éste iba á reclamar, para discutir la proposición republicana, una sesión secreta del Congreso. Y así fue.

Debatir en el ministerio los acontecimientos de la guerra y toda la reata de torpezas, debilidades y faltas que llevan aquéllos en pos de sí, era algo más nocivo para el espíritu público que aplazar semejante discusión. Por esta causa en las propias filas de la mayoría encontrábase quien de modo alguno consentía en que esa cuestión se llevase por el lado de la oscuridad y el secreto. Planteado el asunto en esos términos y sometido á la votación de la Cámara, el gabinete Sagasta se habría visto muy apurado.

Pero quedaba la otra fase de aquél, la que se refería al problema internacional aún no resuelto, y ahí tenía el gobierno su amparo y su defensa. Equivalía á comprometer cuanto en favor de la paz se ha hecho abrir un debate público sobre los motivos y razones por los cuales el poder ejecutivo había firmado el protocolo.

En vano se pretendía por el Sr. Salmerón, auxiliado por el Sr. Romero Robledo, invocar los intereses del régimen constitucional, que demanda publicidad y luz. El gobierno apelaría al interés del Estado en una cuestión exterior, y al cabo y al fin el bien de la patria está por encima de las conveniencias de un sistema político.

Además existía otra razón menos sustancial, más formalista que las anteriores y, por lo mismo, más poderosa para la manera española de discurrir en la vida pública. La cuestión del protocolo hállase sometida al Senado, y su examen por el Congreso alteraría la ley de relaciones entre ambas Cámaras.

Quizás por esto propondría, según rumores, el Sr. Silvela al Sr. Salmerón que retirase el último párrafo de su proposición para que pudiese ser votada por todas las minorías la publicidad del debate. Mas, si es verdad lo que se dice, el Sr. Silvela no conoce bien al Sr. Salmerón, incapaz de confesar nunca que en algo se ha equivocado.

Sea de ello lo que quiera y pasase lo que pasara en la sesión secreta, es lo cierto que las minorías carlista, romerista y republicana se retiraron. La retirada fue de poco lucimiento, porque el motivo había sido buscado con visible violencia.

En cambio es preciso reconocer que el gobierno quedó bastante malparado por su ligereza en apelar á la sesión secreta, sin tentar en la pública otros medios que hubiesen puesto en evidencia ante la opinión el propósito, más intencionado y parcial que levantado y patriótico, perseguido por los firmantes de la proposición incidental y sus auxiliares.

Tampoco debió de ser muy lucida la defensa que el Sr. Sagasta hizo de su conducta en el asunto, á juzgar por el semblante que del salón de sesiones sacaban los diputados de la mayoría.

Fue, por lo tanto, la sesión de ayer más agitada que las anteriores; pero de resultados efectivos más tristes. No es dable cargar todas las culpas á un lado ni a otro. Sin embargo, el hecho saliente es que ni aun en las grandes desgracias de la patria, ni delante del común enemigo vencedor, pueden entenderse para algo los políticos españoles.

### **[“La primera señal”, *El Imparcial*, 10 de diciembre de 1898]**

#### LA PRIMERA SEÑAL

Por género alguno de motivos hemos de negar nosotros que el acto del Sr. Montero Ríos y de sus compañeros en la comisión de París al poner digno término á las humillaciones y los vejámenes de los comisionados norteamericanos, ha causado profunda y satisfactoria impresión en ánimos españoles.

No hemos de echar agua y más agua en ese vino generoso, que es el primero que bebe nuestra nación durante meses, en los cuales solo hiel y vinagre ha acercado á sus labios.

Era imposible seguir por más tiempo el largo calvario de esas conferencias. Lo demandaba el honor; la conveniencia más elemental lo aconsejaba. Estaba el pueblo español como atado á una picota delante del mundo entero. Perdíamos, no ya el imperio colonial, que perdido estaba, sino hasta el último vestigio de nuestro carácter.

Los norteamericanos percibían que daban en blando y ahondaban y ahondaban siempre con una dureza y una sordidez tales, como presentará pocos ejemplos la historia. Al cabo, no en una cuestión de interés, sino de honra, la inícua tarea se ha interrumpido. Los comisionados de España no han querido sufrir más. ¡Han hecho muy bien! O no queda ni un resto de la antigua patria, ó la inmensa mayoría del pueblo español estará con ellos.

Suponemos que el gobierno, conocedor, cual debe ser, del estado del espíritu público, aprobará la conducta de la comisión. Suponemos asimismo que el Sr. Montero Ríos y sus compañeros perseverarán en su digno proceder.

De cuantos peligros podemos correr no hay ninguno tan grave como el de que los demás pueblos nos conceptúen definitivamente acobardados. Si nos ven capaces de pasar por todas las vilezas, nos considerarán resignados á todas las mutilaciones.

No nos salvaremos humillándonos y humillándonos siempre. Nuestra defensa estaba y está y estará perpetuamente en que se nos crea dispuestos á la resistencia tenaz y desesperada cuando se nos acose. Desde que nos hemos metido á prudentes en todo y

para todo, lo hacemos de muy mediana manera, y no podemos congratularnos de los resultados. ¡Sin duda eso es efecto de la falta de costumbre! Pero los tiempos y las circunstancias que nos rodean no son á propósito para educarnos con la debida perfección en tal sentido.

¿Cómo habría España de tolerar en silencio que el jefe de los Estados Unidos volviera sobre la catástrofe del Maine suponiéndola intencional, cuando, si ha habido intención, ésta no ha podido existir de nuestro lado? ¿Ni cómo podrían prestar los representantes del gobierno español en las conferencias de París su aquiescencia á imputación semejante? Ni sentido moral, ni dignidad, ni decoro tendríamos entonces.

El vaso estaba lleno y se ha desbordado. Las conferencias no podían ni debían seguir. La paz está firmada ó por lo menos seriamente convenida. Sus condiciones son cumplidas hasta con demasiada escrupulosidad por lo tocante á España. Ni sombra de motivo se halla para una nueva ruptura. Si á pesar de todo volvieran las cosas por el lado violento, no perderíamos más que lo que hubiéramos de perder cediendo siempre.

En pedir no hay engaño, y por lo visto los norteamericanos se proponían pedir y pedir más, en tanto que nosotros concediésemos lo exigido. Estrujar el limón hasta sacar de él la última gota era útil. Así, de no señalar un límite, las exigencias no habrían terminado nunca. Al poner por su parte ese límite los comisionados de España en París han prestado un grande y positivo servicio á la nación, quien por ello y por los martirios sufridos les debe agradecimiento.

No es oportuno en estos instantes discutir cuanto se ha hecho. La discusión vendrá en su día, y entonces será ocasión de señalar dónde han radicado las causas de una debilidad más bien moral que material, con ser esta innegable.

Ni España se reconoce á sí propia en lo que ha pasado, ni lo reconocen los demás pueblos. Bueno es que aquélla empiece á volver en sí, y el primer rasgo, la primera señal de tal reintegración de nuestra patria á su genuino carácter ha sido la actitud de nuestros comisionados en las últimas conferencias de París.

**[“El problema capital”, *El Imparcial*, 11 de diciembre de 1898]**

Los dos partidos de gobierno que han actuado hasta ahora durante la regencia, han fracasado. Esto no lo desconoce nadie. Ahora todo el problema consiste en si fracasa ó no fracasa el régimen.

A juicio de todas las personas reflexivas, dicho problema es el que se halla planteado y se habrá de resolver dentro de un término muy breve.

El fracaso cuesta á la nación los restos de su antiguo é inmenso imperio colonial. ¿Es culpa de los partidos gobernantes? ¿Lo es del régimen? Toda la cuestión queda reducida á la respuesta que se dé á las anteriores preguntas. Pero esa contestación no la pueden dar los sofismas inspirados por el interés individual ó por la pasión de bandolería, ni los prejuicios de la multitud, ni los desplantes cómodos y baratos de este general ó de aquel personaje. Sólo puede darla el tiempo.

Claro está que el hecho de que el tiempo la dé en tal ó cual sentido, depende racionalmente del pensamiento y de la voluntad de los hombres. De ello se trata, y al indicado fin -ó, lo que es lo mismo, á la respuesta más satisfactoria para la nación y para el régimen- se encaminan nuestros modestísimos trabajos.

¿Va á seguir cuanto de pequeño y de nocivo para el interés público ha constituido el manual de conducta de nuestras parcialidades políticas? ¿Van á continuar las intrigas menudas, que absorben el jugo cerebral de nuestros personajes de gobierno; la imprevisión que, merced á esas plantas parásitas, crece cual si fuese objeto de especial cultivo; la carencia de miras elevadas, todo lo que brota en el extenso erial abandonado por el patriotismo y por la verdadera conveniencia del Estado? ¿Se impondrán las amenazas huera, las habilidades baldías, el egoísmo descarnado, la audacia fundada en la debilidad de los demás, la ambición que tiene por base la simpleza agena? Entonces ¡no nos hagamos ilusiones! el fracaso será el del régimen.

¿Son factibles, dentro de éste, la restauración de las fuerzas perdidas, la corrección de los abusos protestados, la reorganización de los servicios públicos, una política mejor orientada por el espíritu nacional, partidos que á tal fin se dirijan, conjuntos de energías que den visiblemente esa resultante? En ese caso el régimen sobrevivirá á todas las desdichas, como el más adaptable á la presente constitución social y el más útil á las necesidades de la vida moderna.

En uno y otro platillo de la balanza acumúlense los pesos de una y otra naturaleza. Parécenos ocioso decir cuál es el fiel de la balanza en la cuestión. Al inclinarse de este ó de aquel lado el mencionado fiel decidirá de la suerte del régimen. A nadie se oculta hoy la enunciada verdad.

Bajo la presión de las terribles circunstancias por las cuales la nación atraviesa, parece que no debería haber ni conjuras, ni intrigas, ni amenazas, ni cosa alguna de cuantas hemos estado viendo durante años y años fecundos en contrariedades y desgracias. ¡Las hay! Esto prueba el endurecimiento de un arte político que, solamente reducido á polvo, dejará de ser obstáculo en los nuevos caminos de la nación.

¿A esa palanca forjada con amaños, con artificios de todo género, conocidos ya del universo mundo, le presta el régimen su punto de apoyo? ¿La nación considerara que para no ser magullada, aplastada por semejante palanca, necesitara desmontar la máquina pieza por pieza!

¿Se prescinde de esos viejos materiales, se les deja aislados, y por tanto, ineficaces e impotentes? ¿Un nuevo y largo período de esfuerzos, de ensayos, de racional y fructífera tarea se abrirá, y España esperará sosegada los resultados positivos de la nueva dirección!

En el plazo que ha de transcurrir hasta la apertura de las Cortes, y durante la temporada, no muy larga, en que habrá de ejercer sus funciones la representación nacional, verán los más miopes si con el sistema vigente puede ó no puede regenerarse la nación.

El predominio de los empeños personales sobre el interés general, la manifestación de los [...] y exclusivismos de toda especie, en triunfo de éstos, si á tal desdicha llegan, marcarían el término á que aludimos. [...]

No se vive como se quiere, sino como se puede. Y ante todo y sobre todo, España tiene derecho á la vida.

## TRANSCRIPCIONES *HERALDO DE MADRID*

[“Votos de Año Nuevo”, *Heraldo de Madrid*, 1 de enero de 1898]

### VOTOS DE AÑO NUEVO

Desventurados años fueron para España los de 1893 y 1894, en los que además de sucesos interiores sobremanera lamentables tuvimos que deplorar lo ocurrido en Melilla y su nada lucida terminación en el tratado de Marruecos.

Acrecentáronse las desdichas de la patria á poco de empezar el 95, con el alzamiento de Baire, y desde entonces hasta hoy apenas nos han dado punto de reposo ni momento de alegría, teniéndonos tal al cabo de nuestras fuerzas que en ocasiones ha podido creerse probable, y aún cerno, el *finis Hispaniae*.

El 97 se despidе de nosotros algo mejor que empezó. Por la parte de Filipinas aparece el cielo más despejado, iluminando el horizonte los rayos del sol de la paz, á pesar de no haberse desvanecido por completo los temores de nueva tormenta. Sólo la cuestión de Cuba sigue siendo motivo fundado de recelos.

Nos atrevemos á esperar del año 98, acabado de nacer, algún alivio para nuestros padecimientos. La constancia con que la nación ha hecho frente á tan continuados desvíos de la fortuna ha de producir sus frutos. Los errores en que los gobernantes han incurrido no han logrado anular del todo los grandes sacrificios que con estoica serenidad ha sabido hacer el pueblo español. Si la pacificación del archipiélago filipino no se ha verificado como nosotros hubiéramos querido, al fin es pacificación y representa una no pequeña mejoría en el estado de aquel país, sobre todo si se compara la situación actual con la de los últimos días de 1896, cuando el ilustre general Polavieja llegaba á la entrada del puerto de Manila. Entonces la soberanía española parecía en inminente peligro. Hoy las circunstancias nos conceden una tregua que, bien aprovechada, puede ser fecunda en resultados favorables.

En la gran Antilla no se han borrado ni en mucho tiempo se borrarán las tristes huellas del Gobierno pasado, pero en algunas cosas se nota mejoría. Ya no es el departamento oriental tierra abandonada á la *Cuba libre* de los mambises. El general Pando ha recobrado la línea del Cauto, tanto tiempo perdida, y ha podido bajar casi solo aquel mismo río que hace cerca de año y medio estaba cerrado para nuestros barcos, por



muy bien defendidos que fuesen; y el general Linares ha cruzado la zona comprendida entre San Luis y Baire, paraje por donde no había pasado una columna leal desde no sabemos qué fecha. Hemos operado con éxito en el foco de la rebelión.

Al fin nuestra perseverancia triunfará de la tenacidad de nuestros adversarios.

Lo fiaron todo al agotamiento de España, y esta España, que ellos no conocían, muéstrase inagotable. No creemos que tarden mucho en persuadirse de la equivocación en que incurrieron, y cuando esto suceda, la mayor parte de los que la combaten vendrán á acogerse á su nunca desmentida generosidad, mientras un puñado de díscolos marcha á esconder su impotencia en el seno del pueblo desleal que traidoramente los lanzó á la lucha.

Esperemos que el año que comienza hoy verá ese desenlace. Si no hemos dudado de nosotros mismos hasta aquí, menos debemos dudar en adelante, después de haber hecho tan gigantes esfuerzos. Quizás está más cerca de lo que pensamos el día en que la patria pueda entregarse, tranquila y contenta, á sanar de las heridas recibidas para evitar que puedan volver á abrirse.

[“Grave suceso”, *Heraldo de Madrid*, 13 de enero de 1898]

#### GRAVE SUCESO

Más adelante hallarán nuestros lectores la relación detallada del gravísimo acontecimiento: —Unos cien oficiales del ejército que pelea en Cuba por la integridad nacional, se han lanzado en ruidoso motín á las calles de la Habana, acometiendo redacciones y destrozando imprentas de periódicos radicales.

Parece igualmente que en la agitación y en el ardor de la protesta, ha ido también la violencia hacia personas significadas en el autonomismo y el reformismo cubano.

El *Diario de la Marina*, *La Discusión* y *El Reconcentrado* han sido los periódicos elegidos para el ataque.

Sin que el motín haya alcanzado otros vuelos, es realmente un suceso de suma gravedad. Sería pueril el desconocerlo. Sería antipatriótico el ocultarlo.

Por doloroso que nos parezca, lo mejor es concederle la importancia y la trascendencia que reviste.

Cien oficiales alborotando en las calles, olvidando la disciplina y revolviéndose airados contra ciertos periódicos, son muchos oficiales para que puedan pasar inadvertidos.

Añádase el carácter de los hechos consumados, y se convendrá con nosotros en que nos hallamos enfrente de un acontecimiento verdaderamente extraordinario.

Pero ¿qué ha podido ocurrir en Cuba, qué ha podido ocurrir en la Habana para que una parte granada de nuestro ejército dé esas muestras de rebeldía y se arroje á desmanes que, considerados sin atenuación de circunstancias, tienen que parecer inauditos?

¿Es una protesta contra el régimen autonomista, ó es una respuesta á provocaciones de periódicos y periodistas?

¿Es algo todavía más grave?

No ocultaban en estos días personajes carlistas sus esperanzas (ellos decían, sus temores) de un movimiento militar en la Habana favorable á D. Carlos y contrario á la autonomía.

Anoche mismo, en el Casino de Madrid, personalidades de la Banca tenían noticia del suceso y daban detalles de los hechos, afirmando que los gritos lanzados en el motín fueron los de ¡Viva España! ¡Viva D. Carlos!

Pero uno de nuestros despachos cablegráficos da otro carácter al movimiento; los gritos, según el corresponsal del HERALDO, fueron: *¡Viva España! ¡Viva Weyler! ¡Muera la autonomía!*

Sea como quiera, hay que reconocer que ni el Gobierno aquí ni el general Blanco allá han revelado la mayor previsión.

¿Cómo es posible que el Gobierno desconociera el peligro de un movimiento militar que descontaban ya sin secreto los carlistas?

¿Y cómo puede comprenderse que el general Blanco haya guardado las medidas de salvación para última hora, es decir, luego de la consumación del escándalo?

¿Es que en Cuba llévanse las cosas de modo, que la paciencia española y la dignidad militar tienen que perder los estribos y arrojarse á actos de desesperación? ¿O es que la imprudencia está de nuestra parte, y son los provocados por nosotros aquellos á quienes acabamos de dar todas las libertades posibles?

En ambos casos, la imprevisión se acusa por modo patente y la responsabilidad del Gobierno y de su representante aparece en términos que el patriotismo no nos permite establecer de momento en toda su extensión deplorable.

Desde luego, puede asegurarse que el motín militar de la Habana ha sido más de protesta contra la prensa autonomista que contra el régimen acabado de establecer.

Ayer mismo publicábamos declaraciones de mucha importancia hechas por el presidente del Gobierno cubano Sr. Gálvez acerca de los conflictos que pudiera plantear la libertad de la prensa. “Nosotros como Gobierno liberal no podemos hacer nada.” Dijo el Sr. Gálvez.

Mas rectificando su parecer, ya están vigentes en Cuba las leyes que prohibían el ataque á los institutos armados, y cuando el general Blanco se ha visto en el caso de dar nuevo vigor á aquellos preceptos legales, es señal de que la cuestión no es política ni tiene nada que hacer con D. Carlos ni con ninguna otra pretensión facciosa.

**[“Sin pesimismo”, *Heraldo de Madrid*, 14 de enero de 1898]**

#### SIN PESIMISMO

Las últimas noticias que el cable nos comunica y las que con nosotros poseen otros periódicos y los ministros de la Guerra y Ultramar, no modifican sensiblemente el juicio y la impresión que los sucesos de la Habana produjeron desde el primer momento de conocidos.

El motín, con ser muy lamentable, con no tener atenuación posible en sus caracteres de indisciplina y en la elección de momento y medios de expresión, poco conformes con la grandeza y gallardía inseparables de nuestro Ejército, no acaba de alcanzar para una opinión reposada y juiciosa, las proporciones extraordinarias que ayer le dieran y hoy se complacerían en seguir reconociéndole alarmistas de oficio y pesimistas de profesión.

Un gran escándalo, si se quiere; una grave falta contra la seriedad y contra la disciplina que deben resplandecer en todo acto de la fuerza armada; un pecado de inoportunidad; un desconocimiento de las circunstancias críticas de nuestra causa en Cuba y en América... Todo eso significan los asaltos á las redacciones y los alborotos del Parque.

Y en tal concepto, nuestra condenación no ha sido de las últimas y será mantenida sin rodeos.

Pero, ¿á qué pasar de ahí cuando ya más serenamente puede apreciarse el carácter del motín?

La sospecha de ciertas maniobras no está ya autorizada por ningún dato razonable. El carlismo, la mano oculta de la insurrección, la conspiración pretoriana contra las nuevas libertades, todo eso resulta imaginativo y sin consistencia posible.

El suelto de un periódico lenguaraz provoca la ira de algunos jóvenes oficiales: la indignación de unos cuantos se propaga con su fuego de juventud á otros muchos, y el acto se produce impulsivamente, sin reflexión alguna.

¿Es eso novedad política? ¿Es un peligro para las nuevas instituciones antillanas?  
¿Supone disposición resuelta del Ejército en contra de la autonomía y en pró de una reacción violenta?

Muy linceos serían los que tal vieran en el motín de la Habana.

Lo que hicieron unos cuantos oficiales hicieronlo en momento de pasión personal y aconsejados por espíritu de cuerpo.

Si más tarde, puesto en pie el escándalo, trataron de aprovecharlo elementos francamente hostiles al régimen autonómico y al partido y hombres del autonomismo, tal coincidencia ó tal consecuencia no es para que cause asombro: para nadie es un secreto que existe en Cuba gente mal resignada al nuevo orden de cosas; que esa gente, en la cual hay verdaderos patriotas, aunque apasionados y violentos, haya querido aprovechar el desbordamiento del río, no sorprenderá á quien conozca un poco la historia política y la historia del corazón humano...

¿Habían de desaprovechar semejante momento para dar rienda suelta á sus contenidas indignaciones?

El hecho es que el motín está terminado y la tranquilidad material bien impuesta por la autoridad del ejército mismo. El general Arolas, por ejemplo, disolvió ayer turbas y levantó en alto su espada con el respeto de todos.

El escándalo no ha tenido más derivaciones, y sería antipatriótico el empeñarse en verlas con la imaginación ó en esperarlas con insaciable pesimismo.

De todas maneras hay que reconocer que la más vulgar prudencia aconsejaba á los implantadores del gobierno colonial atención muy grande hacia las demasías de la prensa. Los momentos eran críticos. Convenía evitar cuidadosamente choques y provocaciones. Más que en llevar á la práctica sin restricción alguna la doctrina de la libertad de imprenta, debió pensarse en que, dada la situación, el menor atrevimiento de la pluma había de sonar á licencia y parecer ofensiva.

Pero no hubo quien en tal pensara, y olvidada toda discreción parece que los unos escribieron para provocar y que los otros estaban deseando la provocación para tomar un pretexto de escándalo. Lo que por ninguna parte se ha visto en este triste caso es autoridades advertidas que nos hubieran podido ahorrar la vergüenza de un motín callejero cuando más necesitados estábamos de acreditar seriedad y calma.

¡Es profundamente doloroso!

Nosotros, sin partido político, sin interés personal alguno, sin prevención contra nadie, lo deploramos como españoles, nada más que como españoles, porque la mayor desgracia que la causa de la patria podría sufrir, después de tantas angustias y de tan estériles sacrificios, sería la descomposición de aquella fuerza á que fiara la defensa de su integridad y de su honor, y porque para nuestro prestigio en el extranjero no hay golpe tan rudo como este.

No diremos que esa descomposición haya llegado. Si lo pensáramos, declararíamos muerta al mismo tiempo nuestra última esperanza. Pero observando cómo

se equivocan en el procedimiento aun los que menos yerran en la intención, viendo cuan fácilmente brotan agitaciones malsanas en el terreno que debiera ser menos dispuesto á recibir tales gérmenes, y persuadidos de la dificultad de encontrar quien cierre de una vez la série de nuestras caídas por no descubrir en ninguno de los campos de la política á nadie que en ellos no tenga alguna culpa, nos asalta cada día con más fuerza el recelo de que esa descomposición llegue á lo hondo y acabe con lo poco que aún queda sano, dejándonos sin patria.

A semejante desenlace pudiéramos llegar á poco que anduviéramos por el camino emprendido. Piénsenlo despacio y con serenidad cuantos visten el uniforme del Ejército, pues si por ahí puede venir la muerte de España, ellos mismos, por muy diferentes derroteros, pueden contribuir poderosamente á salvarla.

**[“Los vidrios rotos”, *Heraldo de Madrid*, 15 de enero de 1898]**

#### LOS VIDRIOS ROTOS

Como de costumbre nos hemos encargado de pagarlos; es decir, el HERALDO, precisamente, no; pero la prensa, desde luego. La “nota oficiosa” del Consejo celebrado ayer por los ministros es concluyente: la procacidad de *El Reconcentrado* ha venido á ser como mancha de aceite que se extiende y acaba por llenarlo todo. Ciertamente que el lenguaje empleado por papel semejante y aun por otros de su ralea, no es usual en la prensa digna de este nombre; cierto que los sucesos de la Habana maldito si tienen que hacer con los oficiales de guarnición en la península ni con los periódicos que aquí nos hemos limitado á traducir despachos cablegráficos sin gran adorno de adjetivos. Pero el Gobierno, y sobre todo ciertas individualidades del Gobierno, que en eso de prevenir y prever el humor de los alféreces, andan tan fuertes como estábalo el famoso gobernador de las “auroras boreales”, necesitan una cabeza de turco, y para tal oficio ya se sabe; no hay tan resistente cabeza como la del periodismo.

Al fin el hierro y el plomo son un elemento principal de la prensa.

No es, sin embargo, el asunto para tomarlo á burlas. Aunque los acuerdos del Gobierno más trascienden á ironía que á reflexión, ¿á quién habríale ocurrido la idea disparatada de hacernos pagar á nosotros el escándalo habanero?

Jamás los periódicos de la Península han guardado mayor compostura ni prudencia más exquisita: la ayuda que el Gobierno ha encontrado en esta ocasión, así de tontos como de troyanos merecía otras consideraciones y otra justicia.

No importa; el Gobierno con tal puerilidad no ha de conseguir excusar una responsabilidad ni prevenir un nuevo conflicto.

Porque realmente, desde aquellos lamentables sucesos de Marzo del 94, ¿qué influjo ni cuál participación ha tenido ni tiene la prensa en los buenos ni en los malos éxitos de nuestro Ejército, fuera del entusiasmo con que ha cantado su heroísmo y puesto

aparte el himno ardoroso con que ha saludado siempre la gran hazaña y aun el simple rasgo animoso?

Inútilmente intentaría el Gobierno buscar en apreciaciones y sospechas contra la prensa peninsular, un reparo á las malas jornadas de Cuba. Si es una defensa, resulta torpe. Si es una hoja de parra, resulta tardía. La estatua del escándalo no tiene ya nada que ocultar de su asombroso desnudo.

Lo único que el Gobierno va á conseguir con sus desatinadas rectificaciones al Código Penal, al Jurado y á la misma Constitución, es revelarse como uno de esos seres á quienes el histerismo y la neurastenia hace arriesgados y valientes con la supuesta debilidad ajena.

¿Se ha comportado la prensa de aquí con una mesura y un patriotismo grandes? Pues sépase como las gasta un Gobierno fuerte: tribunales militares, nada de Jurado ni de inmunidades parlamentarias, y punto en boca.

Un Gobierno conservador, llegado al poder por virtud de los aludidos sucesos de Marzo, no creyó, empero, que debía poner mano sobre la prensa; y el general Martínez Campos tuvo necesidad de guardarse su famosa proposición contra la libertad de imprenta, para mejor ocasión.

Ahora, en plena situación liberal y democrática y sin “pasión del momento”, que suele disculpar el extravío de los partidos y los gobiernos, vamos derechos á medidas de represión no soñadas por el propio general Martínez Campos.

“¡Tiempos traen tiempos!...”

Lamentamos que así se cumpla la frase popular, y lamentémoslo por todo y por todos, incluso el Ejército, cuyo primer auxiliar en cuanto echa á andar un batallón es la prensa y son los periodistas.

[“Rosa y negro”, *Heraldo de Madrid*, 25 de enero de 1898]

#### ROSA Y NEGRO

Todo parece que marcha bien en Cuba. El gobierno insular, resuelto, por el impulso decisivo del Sr. Govín, á determinar una política propia, pone mano á toda obra, nombrando poco menos que un plenipotenciario para concertar con los Estados Unidos una inteligencia, aparentemente comercial, y en el fondo de un carácter más comprensivo. El general Blanco, á quien *El Liberal* discierne hoy el título halagüeño de “avisado político”, deja el cuidado del Gobierno á la pericia del señor Congosto y á la diligencia de los recién estrenados ministros. Presentaciones por aquí, esperanzas por allá... ¡Dios sea loado ya que así, con semblante tan risueño, se presentan las cosas hasta hoy tan complicadas y tan sombrías!

Pero ¿por qué no decirlo? Esta repentina presencia del color de rosa en los asuntos de Cuba no acaba de convencernos ni de entusiasrnos. Nada regateamos al nuevo régimen. Cuando, con excepción del Sr. Romero Robledo, todos los elementos políticos del país concurren con sus simpatías ó con su resignación al reconocimiento de aquella obra, no habíamos de ceder nosotros á sospecha ni á prejuicio sistemáticos. La legalidad establecida en Cuba, si en derecho constitucional no es irrevocable —como pretende con palabra y concepto excesivos el Gabinete insultar— tiene la suficiente fuerza de oportunidad ó de fatalidad (elíjase el término como se quiera) para obtener del verdadero patriotismo una espera prudente y un silencio considerado.

A cualquier hecho consumado en política no se le otorga nunca menos, y el régimen autonómico es un “hecho consumado”, con la significación especial de referirse á la totalidad de la vida jurídica de un pueblo, de suerte que ningún estadista ni sencillamente ningún espíritu sereno podría dejar ya de repetir, á propósito de Cuba, las memorables palabras con que el Sr. Cánovas impusiera á los moderados el respeto al “hecho consumado” de la Revolución. Descartar ya las reformas de Maura y Cánovas y la *Constitución* de Moret, sería obra tan temeraria como el llevar atrás la corriente de un



río. Sólo Fernando VII se atrevió á suprimir años vividos que, en efecto, continuaron siendo antecedentes honrosos y fecundos de nuestra revolución política.

Tenemos todo esto por indiscutible; mas, ahora declaramos con la misma sinceridad, que el “peligro”, lo que se llama el “peligro”, no lo creemos alejado, ni suficientemente combatido, por el funcionamiento, algo arrogante, del Gobierno insular, ni por las presentaciones, algo artísticas, de unos cuantos ni aun de mayor número de insurrectos.

La cuestión no ha estado nunca en la manigua. Y como nunca estuvo en ella, ¿cómo ha de estarlo hoy?

Hacia los Estados Unidos, hacia la Casa Blanca, mansión de Mac Kinley; hacia el Capitolio, vivero de laborantes; hacia Nueva York, residencia de los famosos sindicatos; hacia el yankee, en fin, hay que mirar sin miedo: antes con animosa é incansable fijeza.

Esos buques americanos que con su movilidad desusada hacen hablar al cable y obligan á *interviews*, estudiadas á los ministros de Mac Kinley; esos discursos que parecen ser pronunciados como especie de *¡alerta está!* con que unos á otros laborantes se contestan; la misma indignación ó la misma desconfianza con que es combatido el régimen autonómico, revelan que en los Estados Unidos ni se modera la ambición ni se renuncia á dificultar nuestra acción en Cuba.

Hasta los tratos y contratos que la gente ha puesto á cuenta del Sr. Govin en los días misteriosos que sucedieron á su aceptación de la cartera ministerial, han podido influir en Gobierno, prensa y laborantismo *yankees* para redoblar los trabajos de perturbación ó de guerra franca.

Como quiera que sea, el enemigo no está en la isla, sino en el continente; y á considerarlo así es á lo que debemos disponernos y aperebarnos.

Autonomía, presentaciones, *Manifiestos* solemnes, buenos deseos, hasta triunfos positivos de nuestras armas, no acabarán de proporcionar resultados definitivos, mientras los Calixto García y los Máximo Gómez estén secundados en Washington con la “idea” y en Nueva York con el auxilio material.

¿Qué hacer?

El sostenimiento por largo tiempo de la cuestión de Cuba, en sus términos actuales, es no sólo inmensa ruina: es también el más loco de los romanticismos. Somos como el jugador que va perdiendo su fortuna duro á duro... ¿No será hora de que para salvar siquiera la “belleza del gesto”, la tradicional grandeza de nuestra actitud, lo juguemos todo á una carta?

—La espontaneidad de la autonomía de Cuba —dice el ministro Govín,— no tiene más límite que la soberanía de la nación española; es decir, un gobernador general que reciba en corte...

Pero aunque con esto nos contentáramos, viviendo con Cuba en una especie de federación leonina para la Península, contentaríamos en buena hora si aun eso pudiera ser honradamente establecido.

Lo malo del caso es que, ni aun con la aceptación de ese régimen federativo entre la Monarquía española y la *Señoría* cubana, llegamos á término de ninguna cosa.

¿Qué hacer? Repetimos.

La palabra “liquidación” sonó mal en los labios del Sr. Silvela... Mas en la vida hay muchas maneras de “liquidar”, y desde luego no se liquidan las cuestiones de honor como se liquidan las existencias de un comercio averiado.

Esa distinción es la que debe hacer el Gobierno.

**[“A los barcos, con barcos”, *Heraldo de Madrid*, 26 de enero de 1898]**

#### A LOS BARCOS, CON BARCOS

La de gobernar á los pueblos es la más fácil de las ciencias cuando los que han de aplicar sus principios se inspiran en los sentimientos del país que ha de ser gobernado, y es, por el contrario, la más temeraria y comprometida de las empresas cuando los gobernantes se empeñan en cerrar los ojos á la luz y los oídos á los ecos de la opinión, en cuyas manifestaciones hay siempre un fondo de justicia.

En el asunto hoy dominante, en esa inesperada é intempestiva visita que el acorazado norteamericano *Maine* ha hecho á la capital de la isla de Cuba, todos los pareceres están unánimes. ¿Nos mandan los *yankees* un barco de guerra? Pues paguémosles la cortesía, que es en ellos cualidad tan rara, enviándoles por lo menos dos de los nuestros, que en estas cuestiones siempre nos ha gustado á los españoles pecar por carta de más que por carta de menos.

Es además lo que se hace en la vida ordinaria y corriente; á una tarjeta se contesta con otra tarjeta, á un cumplido con otro cumplido, y no decimos que á una bofetada con otra bofetada porque en esta cuestión opinan todos los doctores competentes, de acuerdo con el sentido común que tiene más autoridad que todos ellos, que es mucho mejor dar la primera por aquello de que el que da primero da dos veces, y de que al que madruga Dios le ayuda.

¿Mojan las aguas de mares españoles las quillas de barcos norteamericanos? Pues que vayan buques españoles á demostrar, meciéndose en las aguas de mares yankees, que cuenta con recursos para hacer frente á todas las contingencias la nación que ya ilustraba su pasado con esplendentes glorias marítimas cuando los pasajeros de la *Flor de Mayo* iban á buscar un asilo en regiones por el genio hispano descubiertas y en las que les sirvió de mucho nuestra protección noble y generosa.

Que no den un solo paso en tierra, que no avancen una sola milla en el mar esos detractores del derecho, amparadores de las traiciones y sostenedores de las injusticias, sin encontrarnos en su camino dispuestos á la defensa, y si no en la actitud arrogante del que provoca, porque ésta nunca ha sido la nuestra, en la postura decorosa del que está dispuesto á hacerse respetar, no consintiendo que nadie le humille introduciéndose en su hogar á meterse en lo que no le importa.

No acusa la historia de temerario ni de provocador á Cisneros porque dispuso las fuerzas con que contaba para responder con ellas á las arrogantes preguntas de los nobles ensoberbecidos, y no ha de juzgarnos imprudentes el mundo culto porque vayan nuestros acorazados á devolver á los yankees la visita del *Maine*.

Tiempo hace ya que frente á las chimeneas de esas ciudades orgullosas del oro que atesoran ha debido flotar la bandera de la nación que con tan generoso desprendimiento ha combatido, en ocasiones solemnes, por la causa grandiosa de la civilización de los pueblos. Ahora se presenta la ocasión de desplegarla, sin que vaya envuelta en la gallardía, de que debemos cuidar siempre, la provocación, á que no debemos recurrir nunca, y debemos aprovecharla para que vean las naciones que no dormimos y que cuando en ciudades ó en costas españolas se grita ¡alerta!, se responde siempre ¡alerta está!

A las noticias de ayer, dando cuenta de la llegada del *Maine* á las aguas de la Habana, debían corresponder las de hoy dando cuenta del viaje de acorazados españoles á las de Nueva York, y todo lo que no sea hacer esto es humillar la dignidad de la nación y contrariar el más noble y ardiente de sus anhelos.

A las notas se ha podido contestar con notas; á los insultos de gente soez, poco cuidadosa del decoro y de las conveniencias, con la digna altivez del que desprecia un zumbido pero que está dispuesto á castigar un agravio; mas á los barcos se debe contestar con barcos, á las salvas con salvas, á fin de demostrar que aquí no estamos desprovistos de elementos para devolver una visita naval, ni de pólvora para responder á un saludo amistoso.

Y si quieren que en esto de las visitas y de las salvas quede la cuestión, sea en buena hora, que por la paz estamos; pero no por la mansedumbre, aunque sea virtud muy cristiana, y si á los amigos leales los recibimos con la hidalga caballerosidad, que es uno de nuestros timbres, á los huéspedes arrogantes, nos place darlos el trato que en casa del honrado alcalde de Zalamea recibió el altivo y mal humorado don Lope, y si á ello nos obligan, el que con *muchísimo respeto* sufrió el malvado capitán.

**[“Siempre lo mismo”, *Heraldo de Madrid*, 11 de febrero de 1898]**

#### SIEMPRE LO MISMO

Puede darse por terminada la cuestión concerniente á nuestro exministro en Washington, Sr. Dupuy de Lome. La dignidad y diligencia con que se ha producido desde el momento en que su carta [...] Sospéchense en el Gobierno americano estas ó aquellas intenciones, lo cierto es que la dimisión del Sr. Dupuy no ha permitido que surja conflicto alguno.

Desde este punto de vista, la conducta del diplomático español merece el aplauso de todos los patriotas.

Con la misma sinceridad debemos consignar la consideración á que es acreedor el Gobierno americano en esta circunstancia: su corrección y su mesura ha hecho de momento olvidar prevenciones y asperezas antiguas.

Queda únicamente como resultado de este episodio lamentable la inutilización temporal de una actividad y de un patriotismo probados, por artes de una corrupción periodística nunca empleadas en Europa.

Fuera de esa nota, en verdad dolorosa, no es posible que el espíritu más desconfiado distinga en el horizonte nuevos peligros ni rectificaciones sensibles en nuestra relación con los Estados Unidos. Esa relación, con sus múltiples dificultades, subsistirá en la misma forma y con iguales procedimientos que hasta aquí; tanto Mac Kinley como su ministro Sherman, han sabido separar de la persona del Sr. Dupuy todo aquello que pudiera referirse á España.

Pero hecho este reconocimiento á la verdad, sea lícito al espíritu español el señalar á la consideración del mundo la iniquidad y la arteria del espíritu *yankee* (y no decimos americano).

Entre los países en guerra, todavía la violación de la conciencia (y una carta puede ser una conciencia escrita) no se consuma sino en momento decisivo: el parte, por ejemplo, de un jefe de columna acaso encierra el secreto de una gran acción...

Entre dos pueblos en paz y amistad, proclamadas una y otra consistente cortesía, no se concibe que el secreto de la correspondencia, que las efusiones epistolares de uno de sus embajadores merezcan el mismo respeto que el papel obscuro y carcelario escrito por la mano de un criminal temido.

\*

Sería injusto olvidar á que tensión queda sometido el espíritu de un representante de España, cuando sus promesas más dulces se truecan en las reconvenciones más agrias.

Con verdadera intuición, sin duda, y no escatimando censuras ha dicho el señor Sagasta que el cambio de opinión del señor Dupuy acerca de la conducta del presidente Mac Kinley, coincidió con la lectura del Mensaje presidencial.

Días antes de la apertura del Congreso americano todo inclinaba á esperar un documento acomodado á las protestas afectuosas de aquellos gobernantes...

Nuestros cónsules en la Florida son objeto de molestas vejaciones.

El ministro español se ve á cada hora discutido y objeto hasta de calumniosas imputaciones.

De tal situación de cosas, bien notoria en América, ha podido surgir un estado de conciencia en el Sr. Dupuy á que respondieran sus expansiones.

Pero públicas éstas, sería injusto desconocer que colocaban en una gran tirantez nuestras relaciones diplomáticas, y así lo entendió desde luego el propio interesado.

\*

Los telegramas de hoy ratifican nuestras impresiones de ayer. No prevalecen los empeños de *jingoístas* y laborantes para sacar de quicio este asunto; pero ya se anuncian nuevas intentonas, que constituyen parte del plan desenvuelto con tan insistente tenacidad desde hace tres años.

La permanencia de buques americanos en Cuba, la exhibición de armas en la bahía de la Habana á bordo del yacht del *Journal*; los discursos y las proposiciones de las Cámaras apenas allanado un conflicto suscitan otro.

Así se explican las inquietudes de la opinión y las preocupaciones del Gobierno.

De parte de España no han podido esperarse disposiciones más benévolas; y si, en efecto, como aseguran en Washington, aquel Gobierno ansía la paz y la amistad con nosotros, va siendo ya hora de que con resolución y franqueza pongamos término á una situación verdaderamente intolerable.

**[“El suceso”, *Heraldo de Madrid*, 16 de febrero de 1898]**

#### EL SUCESO

En el orden periodístico hoy no puede cotizarse otro suceso que el de la espantosa catástrofe del *Maine*: suceso siempre trágico y siempre doloroso, y en las circunstancias presentes de singular atención en España. —No nos encontramos en estado de guerra con los Estados Unidos; pero el espíritu público aquí, y acaso allí también, hállase en tensión violentísima. No hay cordialidad entre los dos pueblos, aunque cambien palabras y notas de cortesía ambos Gobiernos.

Así no es extraño que cuanto guarde relación con Norte América halle entre nosotros curiosidad viva. Lo mismo acontecería y acontece entre los americanos cuando se tratara y cuando se trata de algo que afectara ó afecta á los españoles.

Esta situación de los ánimos es de evidencia tan elemental, que justifica en la prensa la primacía en el relato y comentario de un suceso que en otra ocasión no excitaría en nosotros sino la simple y humanitaria expectación ante la tremenda tragedia.

Mas por honor y por sentimientos propios de un pueblo civilizado y cristiano debemos añadir á esa exposición sincera de la verdad, una protesta que, si huelga para quien conoce la historia de nuestra nobleza y de nuestra generosidad, no estará demás para quien, como *Norte América*, pretende presentarnos ante el mundo como un pueblo desprovisto de todas las posibles virtudes.

España es la tierra donde nació y cantó el poeta que frente al enemigo implacable, pero engrandecido por el genio militar, exclamó de este modo:

*Inglés te aborrecí, héroe te admiro.*

Y más tarde:

*La muerte de un vencido valeroso*

*Solamente el que es vil la solemniza.*

La catástrofe del *Maine* entre de lleno en el número de las grandes tristezas humanas. Nosotros, ante esa horrible desventura, ante esa muerte llegada inesperadamente con todas las desesperaciones de una lucha inútil con los elementos, nos sentimos vencidos á honrada compasión y nos consideramos incapaces de ponerla á cuenta de nuestros agravios nacionales.

Sí; habríamos querido, en guerra abierta, ver cómo el supuesto poder marítimo de la Cartago americana caía destrozado y rendido al ataque denodado de nuestros buques; habríamos cantado nuestra gloria con orgullo sin hallar acaso en la desdicha agena un espectáculo lastimoso, recordando la tenacidad de tantas provocaciones injustas.

Pero el *Maine* no ha perecido á los cañonazos ni á las embestidas de nuestros cascos; el *Maine* ardiendo y en ruinas y sepultado en el fondo del mar no es un testimonio de nuestro valor ni de nuestra fuerza. Es, sencillamente, algo fortuito que escapa al juicio del hombre y pertenece enteramente al de Dios.

Seamos, pues, lo que siempre hemos sido: frente al *yankee* provocador un pueblo resuelto á las más nobles altiveces; frente á hombres desgraciados, llámense como se llamen y guarden en su pecho éstos ó aquellos ódios, tengamos fácil el dolor y prontas las oraciones del cristiano.

**[“No hay duda posible”, *Heraldo de Madrid*, 17 de febrero de 1898]**

NO HAY DUDA POSIBLE

Era lo que nos quedaba por ver. La catástrofe del *Maine* ha adquirido ya estado parlamentario en la República americana y graves senadores yankees, los portestandartes del *jingoismo* (no son otros sino ellos) apresúranse á convertir en fábula y leyenda misteriosa un suceso que á todas luces no puede revestir otros caracteres que los propios de toda fortuita desgracia marítima y los que á diario viene presentando la constante bancarrota de la ciencia.

Era lo que nos quedaba por ver: ya el nombre de España, de esta España tan leal y que ha luchado siempre cuerpo á cuerpo sin tener en su historia páginas como las que cuentan los Estados Unidos en el caso memorable de nuestro *Arapiles*, anda llevado de lengua en lengua *yankee*, al lado de sospechas que, ni aun para rechazadas, merecerían consideración alguna en un periódico español.

Era lo que nos quedaba por ver: los enemigos implacables que no contentos con la obra realizada en Cuba protegiendo alijos y envalentonando la insurrección, quieren todavía ponernos el *Inri* de infamia, dando á entender al mundo cómo en la tragedia del *Maine* se adivina nuestra mano y se sorprenden nuestra intención malévola y nuestros sentimientos de odio.

No hay que entrar en disquisiciones especiales para demostrar la absurdidad de cualquier acusación contra nuestra honradez. Ya ayer indicábamos la imposibilidad de achacar á un agente exterior la causa de la catástrofe; de haber explotado un torpedo al costado del *Maine* hubiérase este ido á pique, probablemente, sin incendio, y en todo caso, produciéndose el incendio con posterioridad á la explosión. Y una de las cosas más y mejor averiguadas es que la explosión fué lo último y el incendio lo primero.



Sin duda, este punto ha de adquirir muy pronto toda la certidumbre apetecible. Los buzos bajarán á examinar el casco, y sus informes no podrán diferenciarse de las apreciaciones que *á priori* hacen los hombres competentes.

Por fortuna, los parlamentaristas *jingoes*, los senadores aficionados á abusar del almazarrón y de la nota aguda, no cuentan en esta ocasión con servidores obedientes y con multitud crédula.

Los telegramas que llegan del Norte América muéstrannos á aquel pueblo en una actitud serie y hasta de gratitud para España.

Los rasgos de valor y de noble piedad que han evidenciado nuestros marinos y nuestras autoridades en Cuba con motivo del doloroso suceso, han despertado en Nueva York y Washington un gran movimiento de simpatía y de justicia para nuestro nombre y para nuestras virtudes.

No hay, pues, que dar á las manifestaciones del *jingoismo* otro valor que el de una habilidad, más que temeraria, inocente y vulgarísima.

Los laborantes cubanos y sus auxiliares *yankees*, extremando así las conjeturas y el maquiavelismo, nos hacen un favor: al fin y al cabo, en la República americana todavía hay personas de algún sentido, que saben distinguir lo blanco de lo negro.

Y eso que, dicho sea con toda franqueza, ha habido por parte nuestro alguna oficiosidad de justificación y un celo tan excesivo en cierto género de explicaciones, que no nos colocan en aquella altura en que debemos estar, pese á todos los *jingoismos*.

Nuestra última palabra es esta: España no puede admitir el caso de explicación alguna en el asunto del *Maine*. Un pueblo de caballeros no tiene que explicar lo que no deja espacio á la duda ni ante Dios ni ante los hombres.

**[“Actitud de España”, *Heraldo de Madrid*, 18 de febrero de 1898]**

#### ACTITUD DE ESPAÑA

La malignidad de los enemigos de España y el afán de explotar noticias novelescas y sensacionales, parecen empeñados en hacer de la desdichada voladura del *Maine* causa de un conflicto entre nuestra nación y la norteamericana. De ayer á hoy ha ganado algún terreno en la opinión pública de los Estados Unidos la idea de que la catástrofe ha sido obra de españoles. Un periódico ha ofrecido 50.000 dollars al que pruebe que la ocasionó una mano criminal. Otros admiten la posibilidad del atentado, aunque consignando que la odiosidad no debe recaer sobre España sino en último término, es decir, cuando se negará á castigar á los criminales y á dar las satisfacciones é indemnizaciones que se la pidieran. Dícese que los corresponsales *yankees*, que en gran número han llegado á la Habana, sienten cierta propensión á atribuirnos la responsabilidad del suceso y en la misma actitud presentan los de la prensa madrileña al cónsul Lee y al comandante Sigsbee.

Si todo esto fuese rigurosamente exacto, sería muy grave. Un pueblo honrado no puede tolerar que se empañe su reputación con la mancha de semejante sospecha. Es más; nosotros mismos no hemos debido admitir siquiera la posibilidad de que pudiera producirse, porque probando un celo excesivo y precipitado en sincerarnos no mostrábamos tener gran confianza en el concepto que merecemos á los demás. Por eso nos parecen poco discretas ciertas reiteradas afirmaciones que encontramos en telegramas oficiales y particulares. Basta la declaración escueta de que el hecho fue casual. La sumaria que se instruye lo probará seguramente y una vez conocido su resultado, no debe tolerarse discusión acerca de él.

Lo malo es que el asunto ha ocurrido en momento críticos para las relaciones entre los dos países interesados y que en uno de ellos el pueblo padece en más alto grado que ningún otro, la manía de lo estupendo y lo rocambolesco, á cuyo defecto de carácter se añade en este caso un estado morboso de los espíritus, dispuestos á acoger como artículo de fe cuanto sea contrario al buen nombre de España. Una prensa novelera, efectista, libre de escrúpulos y sin más ideas que ganar dinero puede proponerse la explotación de terreno tan bien abonado para una campaña patrioter, en la que colaborarán los separatistas y sus amigos; campaña de escándalo que podría arrastrar al Gobierno á donde éste, según todas las apariencias, no quiere ir, al menos, por ahora.

El peligro le vemos en eso: en el afán de hacer ruido, de dar noticias y de conmover y agitar la opinión con móviles interesados, suceda lo que suceda. Hasta el presente momento no advertimos otro.

De la verdadera actitud de Lee y de lo que opina el comandante del *Maine* sólo tenemos referencias que nos permitimos poner en duda mientras no las veamos confirmadas en documentos oficiales. Lo único positivo hoy es que el Gobierno de Washington guarda una actitud correcta y que ni un solo instante ha dado muestras de haber perdido la serenidad.

Sería doloroso que la perdiéramos nosotros y cayéramos en la torpeza de dar explicaciones innecesarias ó en la no menos indisculpable de cooperar al barullo periodístico, acogiendo prematuramente ciertos rumores que á nuestros enemigos, no á nosotros, conviene poner en circulación. España no puede ni debe hacer otra cosa que investigar por su cuenta las causas de la explosión y consentir que los Estados Unidos, como dueños del barco destruido, las investiguen también.

Lo que no consentiré, por contrario á su honor, es investigaciones particulares, que sobre carecer de autoridad, tendrían siempre sobre sí la nota de sospechosas.

Nuestra actitud debe ser reposada y digna; tanto más reposada y tanto más digna, cuanto más violenta y atolondrada sea la de los norteamericanos. De esta suerte si, lo que no parece probable, lograsen los alborotadores *jingoístas* lo que se proponen, y el buscado conflicto saliese de las columnas de los periódicos, donde hasta la fecha vive relegado, la razón y la seriedad estarán de nuestra parte y con ellas las simpatías de todo el mundo civilizado.

**[“A pensar en mañana”, *Heraldo de Madrid*, 21 de febrero de 1898]**

#### A PENSAR EN MAÑANA

Nos parece muy acertada la resolución de que el *Vizcaya* abrevie su residencia en el puerto de Nueva York si corresponde, como se ha dicho, á la seguridad de que por ahora no irán á las aguas de Cuba más barcos norteamericanos.

El envío del *Vizcaya* fue contestación á la visita del *Maine*. Interrumpida ésta por modo tan doloroso y trágico, no hay motivo alguno para prolongar la permanencia en Nueva York del hermoso crucero de guerra puesto bajo las órdenes del comandante Eulate, á quien toda España aplaudirá calurosamente por la gallardía con que ha reusado los medios de protección y seguridad de que le rodearon las autoridades.

Hay motivos para creer que el *Vizcaya* saldrá de las aguas americanas sin que su viaje suscite ningún incidente desagradable, como los hay ya para asegurar que la catástrofe del *Maine* no producirá nuevas dificultades en nuestras relaciones con los Estados Unidos. La justicia obliga á decir que, hasta hoy, el Gobierno y el pueblo de la Unión, en su inmensa mayoría el último, en su totalidad el primero, han procedido con serenidad y con honradez frente á suceso de tan terribles consecuencias como la voladura del acorazado. Acallada desde los primeros instantes la vocinglería filibustera, esta cuestión será ventilada en calma por los hombres de ciencia, por los técnicos y por los buzos, en lo cual no irá ganando tan sólo la verdad, sino que resultaran igualmente beneficiados los intereses de la paz.

Comenzados ya el reconocimiento é inspección de los restos del *Maine*, estamos seguros de que la autoridad marítima de la Habana, á la cual corresponden exclusivamente

casi todas las disposiciones que el telégrafo ha puesto en la cuenta de aquel gobernador general, no perdonará medio para que los oficiales y los buzos de la Armada norteamericana puedan desempeñar su cometido tan á conciencia y tan minuciosamente como deseen, pero cuidará al mismo tiempo, y sin ofensa de nadie, de impedir que el interés ó la mala fe vengan á terciar en estos trabajos.

Sobre tal confianza fundamos nuestra opinión de que en lo relativo al *Maine* está conjurado todo peligro, como lo está, si bien de ahí hemos salido menos airosamente, en lo que concierne á la carta del Sr. Dupuy de Lome. Ni una cosa ni otra deben inquietar al Gobierno español, cuyo espíritu es ya preciso que se vayan fijando en lo fundamental, más que en lo accidental, y que consagre preferente atención á lo que habrá que hacer muy pronto si los resultados de la nueva política que estamos aplicando á Cuba no corresponden á la esperanza de sus iniciadores, y si llega el momento, señalado con harta claridad por el mensaje de Mac-Kinley, en que deba finalizar esta especie de tregua otorgada por los Estados Unidos.

Los telegramas recibidos hoy confirman que para el término de esa tregua, que siempre entendimos coincidirá con el período de la seca, trabajan marinos y jefes del ejército americano noche y día; hace tres años comenzaron á hacerlo y nosotros á decirlo, sin que nadie desde las esferas del poder nos escuchase, contentándose con motejarnos de pesimistas ó belicosos.

¡En tres años se pudo hacer tanto y se ha hecho tan poco!

Pero no hablemos de ayer; fijemos todos la vista en el próximo mañana. Lo esencial, lo importante es la situación de Cuba y el poco ó ningún efecto que en la pacificación de la isla han logrado hasta hoy los medios políticos en cuya aplicación tanto se confiara.

La reunión celebrada ayer en la Habana no parece ciertamente indicio de un buen suceso; mientras se preparan las operaciones militares en castigo de los rebeldes, llega á ellos la promesa halagadora de una crisis ministerial y de una reforma de los estatutos coloniales.

Al Gobierno de Madrid, al general Blanco, al noble ejército combatiente en Cuba, se le había ofrecido el concurso de una acción política asistida por organismos vigorosos, cuya descomposición resulta, por desgracia, evidente.

De ahí ha de venir el peligro, si antes no alcanzamos los éxitos prometidos. Y si por ahí viene, no valdrá entonces ningún género de contemplaciones para con los rebeldes de Cuba ni para con sus protectores de la Unión Americana: habrá sido inútil sacrificar en favor de los unos la soberanía de España, y continuar á beneficio de los otros, con ofensa de la dignidad nacional, la funesta política iniciada por el primer gobernante de la Restauración.

**[“Sin gallardía”, *Heraldo de Madrid*, 10 de marzo de 1898]**

#### SIN GALLARDÍA

Por firme y sincera que sea nuestra resolución en favor de una tregua de expectación y silencio que permitiera al Gobierno desenvolver sus iniciativas y emplear, sin el enervamiento que produce toda crítica, sus energías, no podemos llevar la prudencia hasta un punto casi temerario y confinante con la dejadez y el abandono antipatrióticos.

Si todavía el Gobierno no hubiese incurrido, como incurre en la nota oficiosa del último Consejo de ministros, en la ligereza de amparar con su autoridad y con explicaciones difusas y artificiosas optimismos inoportunos y nada conformes con la “verdad verdadera,” podríamos los periódicos independientes continuar encerrando en la información telegráfica la cuestión de Cuba.

Pero ya que el Gobierno se empeña en perpetuar el maridaje entre un torpe equívoco y una falsa esperanza, nosotros, momentáneamente siquiera, debemos responder al disgusto y al desaliento de la opinión.

O no hay artistas mayores que los ministros, ó no hay hombres más fáciles al espejismo bajo la capa del cielo.

El Parlamento americano vota en el espacio de unas horas cincuenta millones de dollars, sin recatar el destino de suma semejante, antes proclamándolo como una garantía de acierto para la opinión. A los pocos minutos de votada por el Parlamento esa cantidad,

jamás otorgada en días de paz a ningún gobierno, el presidente Mac Kinley apresúrase á poner su firma al pie de la ley.

Van y vienen buques de guerra americanos, y ayer mismo en Cayo Hueso junto á una flota ya lista anclan dos vapores mercantes cargados de pertrechos.

Comisionados de grande representación en la Marina *yankee*, acuden á los arsenales donde se construyen barcos de guerra, dando prisa y más prisa á los constructores.

En Hong Kong aparecen sin rumbo conocido, pero demasiado transparente, cruceros y acorazados de los Estados Unidos.

El cónsul Lee sigue en la Habana, no con su habitual desenvoltura: con los aires que puede tener en Madagascar el presidente de Francia. Allí estaba contra viento y marea; y ahora allí se muestra como roca altiva que desafía todas las tempestades.

A todo esto, coincidiendo con la alarmantísima depresión de nuestro signo de crédito en Europa, emprende un viaje á Madrid el embajador de España en París, donde bien pudiera —como sucedió cuando lo de Melilla— saberse de nuestras cosas mucho más y mejor que en España.

Y en esta situación, con tales datos á la vista, es cuando ocurre al Gobierno la idea infantil de redactar una nota oficiosa prometiendo mares y montañas: es decir, la pacificación inmediata por la acción de la autonomía y por el arbitrio estratégico del general Pando en Oriente.

Asombra que en una hora tan solemne como la presente pueda sentirse satisfecho un Gobierno con arrojar unas cuantas cuartillas de frases convencionales sobre el patriotismo de un pueblo. Se explican los *confetti* en Carnaval, nunca en días tan tristes como estos y menos como diversión de hombres principales...

Lo que el Gobierno debería hacer no es entretenerse en escribir mediana prosa periodística, empeñándose en presentar unidos como una fuerza á Montoro y Giberga y en mostrar como una esperanza la acción militar precisamente cuando en Cuba hay temores de que se precipite el término de la seca.

Lo que el Gobierno debería hacer es prepararse tan en silencio como quiera; pero prepararse de verdad á las contingencias inmediatas...

Y eso es lo que no se advierte, y eso es lo que no se vé... Se vé y se advierte lo que hacen los Estados Unidos. Aquí lo único notable y visible, desgraciadamente, es la actitud graciosa, pero poco gallarda, de un Gobierno que se asoma al balcón de la Presidencia para lanzar, por mano del Sr. Moret, sobre la sufrida multitud la “lluvia de mil colores”.

**[“La verdad por delante”, *Heraldo de Madrid*, 18 de marzo de 1898]**

#### LA VERDAD POR DELANTE

Tenemos en las circunstancias presentes por indispensable la sinceridad. Todos los eufemismos y todas las habilidades del mundo no podrían ya imponer á la conciencia pública una desviación de la realidad abrumadora. Es más: ¿á qué conducirá el desconocimiento de los hechos que se nos entran por los ojos? En momentos como estos, consiste el verdadero patriotismo en la viril exhibición de la verdad: mirándola cara á cara, midiendo sus contingencias, apreciando sus peligros, siendo, en suma, patrimonio de todos pueden pueblo y Gobierno caminar unidos hacia una acción colectiva. Responsabilidades, si las hay; glorias, si se alcanzan, por igual pueden ser compartidas.

¿Qué de bueno conseguiríamos con que el espíritu público viviera despreocupado y desprevenido de modo que en el día de prueba cualquier rasgo definitivo y fatalmente necesario por parte del Gobierno que representa á España viniera á ser como cosa aparte, sin aura popular posible?

Todo esto decimos á cuento de lo que sucede.

No somos pesimistas por sistema. Creemos todavía que los Estados Unidos han de mirarse mucho hasta llegar á la guerra con España. En tiempos de Cleveland también hubo momentos en que pareció inminente la apelación á las armas. Y, sin embargo, aquellos peligros acabaron en discursos.



Actualmente no es posible desconocer que el presidente Mac Kinley es hombre de reposo. No se desprende nunca de sus palabras un riesgo inmediato para la paz. Antes suele entonar á ella himnos que no carecen de unción religiosa. Frente á las tendencias de los *jingos* del Capitolio, en el conflicto mismo planteado por la carta del Sr. Dupuy de Lome, en medio de las exaltaciones del patrioterismo luego de la catástrofe del *Maine*, ha permanecido Mac Kinley en actitud serena.

Pero —reconociendo esa parte de la verdad— no es menos cierto que no acompañan con igual fortuna al presidente de los Estados Unidos la sobriedad de expresión ni la prudencia en el pueblo cuyos destinos rige. Este nos es hostil sistemáticamente, su intrusión en nuestros asuntos es constante, su ayuda á nuestros enemigos franca hasta el escándalo. Cada periódico yankee es un libelo contra España, contra su Ejército, contra sus hombres, contra sus instituciones, contra su historia. Las formas más soeces de la provocación y el escarnio son empleados en la campaña de agravios á nuestros derechos y á nuestra honra. Ayer mismo entregábanse en Nueva York á una pueril pero indigna comedia contra nuestra bandera. Y esto no es todo. Ni es todo, ni siquiera lo más importante.

Lo importante está en lo que hacen los ministros de Mac Kinley. No discutimos la legitimidad de sus movimientos; son dueños de organizar fuerzas y recursos militares como quieran. Mas, aparte convencionalismos, ¿qué quiere decir esa fiebre de aprestos bélicos y alistamientos marítimos que ha hecho de cada ministro americano un Carnot? España no ha pensado jamás en hacer la guerra á los Estados Unidos. España está en su casa sin forzar la puerta de la ajena. España desenvuelve en su colonia de Cuba una acción política —jamás igualada por pueblo alguno— y una acción militar para acabar con los contumaces. ¿Es eso bastante para que los Estados Unidos se armen hasta los dientes y pongan en pié de defensa una parte de su litoral y organicen regimientos de Artillería y convoquen á los veteranos y compren buques á Grecia, á Italia y al Brasil?

Para semejante movimiento —que es ya de por sí casi el estado de guerra— no hay motivo imputable á España.

La única razón de tales armamentos y de tal situación de cosas hay que buscarla en la resolución gratuita, en el simple deseo por parte de los Estados Unidos de ir á la guerra “porque sí” y á todo trance.

Y eso es lo que hay que poner de relieve para que el espíritu público no se enerve y nuestro Gobierno esté advertido...

Mucha firmeza, mucha serenidad; pero con la verdad por delante. Y la verdad es que allí, en América, se quiere resueltamente la guerra, ó se pretende una cosa peor é inadmisibile: nuestra humillación por el miedo.

Registremos esa verdad tal como aparece, y ya hay mucho adelantado para que pueblo y Gobierno caminen juntos.

**[“Hacia el desenlace”, *Heraldo de Madrid*, 23 de marzo de 1898]**

#### HACIA EL DESENLACE

Aunque la contienda electoral no ofrece grandes novedades, ni el país toma, por regla general, parte en la lucha, ni los ánimos se apasionan, por tratarse de un juego de compadres que viene á rematar el concepto del régimen, entretiéndose los muñidores de la política en estas cosas, y pasan punto menos que inadvertidas las gravísimas contingencias que corre la patria.

No se trata de rumores recogidos en la calle, ni de cálculos hechos en torno de las mesas de los cafés, ni de infundios de las casas de negocios, ni de frutos de la inventiva reporteril, se trata de impresiones que dominan en lo alto, de temores que se abrigan en las esferas del Gobierno, de sospechas vehementes que algunos ministros tienen de que vamos al desenlace rápido en la cuestión de Cuba en su aspecto internacional.

El nudo de todo el problema está en si Mac Kinley se decide ó no á mandar el informe del *Maine* al Congreso.

En el primer caso, el conflicto se apresurará, porque el presidente carece de fuerza para evitarle; porque en el hecho de mandarlo revela que está dispuesto á seguir los derroteros que ya tienen trazados los demócratas y la parte de los republicanos que le exigen el cumplimiento del programa de la Convención de San Luis, y la realización del sentido que predominó en las plataformas que precedieron á su elección.

El informe de los americanos sobre el *Maine* es absurdo; no lo aceptará nadie como expresión de un convencimiento honrado, sino como un esfuerzo hecho para no desacreditar á su naciente marina de guerra y librar de responsabilidad á jefes y oficiales negligentes.

Esa causa exterior que ellos sólo ven, es un artificio para apresurar la ruptura, y la misma indeterminación de responsabilidad revela hasta dónde llega su propósito.

Si el presidente americano y su Gobierno resistieran las corrientes de opinión que conducen al conflicto, se reservaría ese informe como facultad del poder ejecutivo y podría dar ocasión á nuevas negociaciones; pero de Washington se indica que el viernes será oficialmente entregado el documento, y hasta se sospecha que el lunes se mandará á la Cámara.

De esto nace la inquietud que domina en las esferas oficiales, que se transparenta en términos bien visibles.

Buscan, claro está, una explicación de tal conducta, y lerdo será quien no acierte con la clave.

La insurrección está muerta, la autonomía es la paz; ven que se les escapa la presa, y apresuran el conflicto; pero esta versión, esencialmente ministerial, es demasiado candorosa, porque ni las cosas de la guerra van por ese camino, desgraciadamente, ni la política nueva ha producido hasta la fecha más que trastornos y alientos para la rebeldía, dados por ministros del Gobierno insular en discursos y manifiestos, y por tutores del régimen que allá desde el barrio del Pilar de la Habana dicen á los de la manigua *Cuba será libre*, como hace tres noches dijo el Sr. Giberga.

El conflicto viene si los temores que abriga el Gobierno se realizan; y viene pronto, porque así está determinado hace tiempo en Casa Blanca y en el Capitolio; porque es la consecuencia natural de una política sólo desconocida por nuestros estadistas.

Ese informe es la mecha que se aplicará á la mina; ni más, ni menos.

No hay que buscar explicaciones artificiosas.

La declaración de causa exterior como determinante de la catástrofe, es la más grave de los insultos que se pueden inferir á España, y su Gobierno no habrá de tolerarlo, si le queda un rastro de buen sentido y de amor á su pueblo.

Bien quisiéramos que se despejaran estas nieblas que hoy oscurecen los horizontes de la política internacional; pero mucho nos tememos que lo que ayer fueron previsiones y patrióticos anuncios nuestros y hoy son ya tristes presentimientos del Gabinete de Madrid, se conviertan pronto en amargas y crueles realidades.

**[“La mediación”, *Heraldo de Madrid*, 3 de abril de 1898]**

## LA MEDIACIÓN

Desde hace días, así la prensa europea como la americana vienen indicando la posibilidad de evitar en las postrimerías del siglo el espectáculo de una guerra entre pueblos de diversos continentes, que bien pudiera constituir á la iniciación de conflagraciones, evitadas hasta ahora por la prudencia de los jefes de los Estados.

A nuestro Gobierno llegaron indicaciones y consejos que el Sr. Sagasta se mostró dispuesto á tomar en cuenta siempre que no lastimasen el honor y los intereses de la patria.

Varias veces hemos repetido que las grandes potencias no ofrecían alianzas ni apoyos materiales, pero sí su concurso moral.

Por desgracia, la constitución de dos grandes agrupaciones que pugnan por la influencia en Europa y por la dilatación antagónica de su imperio colonial retraían de una iniciativa franca y paladina á los Gobiernos extranjeros.

Quizás en esta labor de concordia y de prudencia quepa su parte de gloria á inspiraciones augustas dignas no ya de nuestro respeto sino de nuestro aplauso.

Los principales periódicos de Europa, y especialmente los ingleses, dan cuenta de cartas autógrafas escritas por S. M. la Reina Regente de España, al Emperador de Austria, Zar de Rusia y otros soberanos, cartas que, según leemos en la prensa extranjera, han causado profundísima impresión por la energía, por el sentimiento profundo de amor á España y conciencia de sus altos deberes que revela la augusta dama, expresándolos en términos de notoria discreción y acomodados á su alta misión dentro de las buenas prácticas constitucionales.

Háblase también de una carta que llegó hasta el solio pontificio, expresión de sentimientos piadosos acogidos con paternal afecto.

No conocemos ni nadie publica como es natural el texto íntegro de esa correspondencia, pero sí extractos que se suponen recogidos de fuentes fidedignas.

Como esos extractos, acordes con presentimientos de la opinión pública que hicieron explosión recientemente en el teatro Real, atribuyen á la Reina Regente actitudes muy acomodadas á sus altas prendas y que tienen precedentes en la historia de otras monarquías constitucionales, no vacilamos en dar cabida en nuestras columnas al relato de la prensa extranjera que con este motivo prodiga alabanzas á la Reina Cristina.

La Reina, poseída de íntimo amor y gratitud hacia el pueblo español, del que ha recibido tan constantes muestras de adhesión y respeto, entiende asimismo que sus obligaciones se acrecientan por el sagrado depósito que la infortunada y prematura muerte de D. Alfonso XII le confiara, y que desea transmitir íntegro á su augusto hijo D. Alfonso XIII.

Por el honor y la integridad de los dominios de la patria, por los prestigios de la dinastía quiere velar la egregia dama, entendiendo que á todos estos supremos intereses afecta la conservación de la isla de Cuba.

Así el Rey como el pueblo español, aman la paz, están desposeídos de ambiciones y repugnan aparecer jactanciosos y soberbios; pero afrontarán, serena la conciencia y puesto el pensamiento en Dios, todas las consecuencias de ajenas provocaciones.

Estos criterios elevados, la firmeza del derecho y la justicia de la causa de España aparecen de tal evidencia, que no necesitan encarecimientos; pero es bien que los encargados de regir los destinos de otros pueblos conozcan el pensamiento íntimo de quien representa ante el extranjero la soberanía y la dignidad de la noble nación española.

Otro género de manifestaciones acerca de los antecedentes de este asunto, desarrollo y posibles consecuencias del actual conflicto, corresponden íntegramente á la jurisdicción del Gobierno responsable, y S. M. la Reina cuida celosamente en esas cartas de no rebasar en lo más mínimo la órbita de su acción constitucional.

**[“Esperar trabajando”, *Heraldo de Madrid*, 4 de abril de 1898]**

#### ESPERAR TRABAJANDO

Aunque no ha decaído el espíritu de la mayoría de las gentes, convencidas de lo inevitable de la guerra con los Estados Unidos, la impresión producida por la intervención de S.S. el Papa León XIII en el conflicto entre España y la nación *yankee* ha sido profundísima.

Desde que ayer tarde se hizo pública la noticia, no se habla de otra cosa en los hogares y en los círculos, los periódicos de hoy la hacen el tema preferente de sus trabajos, y como Europa y el mundo culto en general se hallan hondamente preocupados por la cuestión que puede producir terrible lucha, no es aventurado asegurar que todas las miradas se fijan en estos momentos en el Vaticano, donde se destaca la venerable figura del augusto anciano que ejerce el más grande de los poderes morales sobre la tierra.

Dios lo ha dispuesto para cumplimiento de sus altísimos designios; al terminar el siglo XIX, y cuando las naciones más poderosas del mundo viven organizadas en pie de guerra con numerosos ejércitos y formidables armadas, alienta, en la que fue capital del mundo y ejerce todavía el influjo misterioso que subyuga los espíritus, un hombre cargado de años que sin soldados que sostengan su trono, ni barcos que extiendan su poder por los mares, ni tesoros que le den el poder y la influencia del oro, se eleva sobre todas las

potestades de la tierra como para demostrar plenamente que han de prevalecer sobre la fuerza bruta los fueros de la razón y los sentimientos inspirados en la más estricta justicia.

A esa anciano que recibe de piadosas y caritativas manos la sotana que vista y el pan con que se alimenta, acude en sus conflictos el poderoso é intrépido emperador de Alemania, que, por el ardor de sus juveniles años y los formidables elementos de que dispone, es en estos tiempos una de las representaciones más genuinas de la fuerza. Ante ese venerable viejecito de cabellos blancos y débil cuerpo, que no tiene más territorio que el jardín por donde pasea, se inclina reverentemente el poderoso Zar, señor y dueño de vastísimos dominios y de numerosos vasallos. Menelick, el bárbaro, le escucha, é Inglaterra, la interesada, le atiende, y él, cuidadoso siempre de su misión sublime, se dirige á los fuertes para advertirles, á los débiles para alentarlos, y aborda resueltamente la más grave y trascendental de las cuestiones del mundo moderno, la del socialismo, inspirándose en las doctrinas del divino Maestro, cuya representación tiene en la tierra.

Pocos Pontífices han tenido una autoridad más grande que la de León XIII; ninguno ha habido más digno de ejercerla.

Sus manos trémulas cuando alzan todos los días en el santo sacrificio la inmaculada hostia, son más fuertes que si empuñasen un cetro y manejasen la espada que guíase al campo de batalla un ejército.

En ellas han puesto hoy los que rigen los destinos de dos pueblos próximos á la lucha, la razón que á cada cual en su concepto le asiste.

El respeto tiene que detener hoy nuestra pluma aunque no quebrante nuestra convicción, y creemos que la nación católica por excelencia tiene el deber de ser reverente; pero sin desmayar en el camino emprendido, ni cesar en la tarea de prepararse á la defensa contra un enemigo de cuya buena fe hay tantos motivos para dudar, y de cuya nobleza y desinterés tan poco bueno puede esperarse.

El Evangelio nos dice que no debe imitarse el ejemplo de las vírgenes fatuas que dejaron extinguir la luz de sus lámparas por no alimentarlas con aceite.

España no puede ni debe cesar en la tarea de alimentar sus lámparas, que son hoy sus barcos de guerra, sus batallones y sus fuertes. Cuanto más preparados estemos para la guerra más haremos por la paz, que tenemos enfrente quien ante la debilidad se alienta y ante la fortaleza retrocede. Nuestra razón y nuestros derechos están patentes, pero para sostenerlos hay que imitar la conducta de aquel ministro de Dios que vistió sobre el sayal del franciscano la púrpura cardenalicia y no vaciló en preparar cañones para que apoyasen sus indiscutibles poderes.

**[“Impresiones varias”, *Heraldo de Madrid*, 5 de abril de 1898]**

#### IMPRESIONES VARIAS

Pasado el efecto del calmante, que no otra cosa fué la noticia de la intervención del Soberano Pontífice en el conflicto con los Estados Unidos, vuelven á notarse los efectos de la lesión orgánica que en su corazón sufre la patria, aun antes de conocerse la medicina que la preparan las augustas manos del Padre común de los fieles católicos.

Tan desconfiados son algunos, que *El Ejército Español*, que se consagra preferentemente á la defensa de los intereses de la fuerza armada, dice que esa intervención no será otra cosa que la *carabina de Ambrosio*, y tan poca fe tienen los que más debieran tenerla que *El Correo Español* no ve en todo esto más que maniobras de los jugadores de Bolsa.

Hay que procurar no perder el juicio en medio de la confusión que reina, y arraigando la convicción de que si perseveramos en nuestros propósitos de honor y dignidad, excluyendo toda violencia, conseguiremos lo que nos proponemos, que no es otra cosa que sacar á salvo de esta tremenda crisis lo que el buen Pedro Crespo, el hermoso



personaje de nuestro gran Calderón en su inmortal *Alcalde de Zalamea*, consideraba que valía más que la hacienda y la vida y era patrimonio exclusivo del alma.

Lo que debe regocijarnos en medio de las tribulaciones que nos angustian, es que no decae un solo momento el espíritu en el interior del país, y que cada vez vamos ganando más en el respeto y en la consideración de los extranjeros.

La idea de la guerra contra una nación rica y poderosa, que parecía horrorizar al principio, se ha hecho ya familiar entre nosotros y á nadie asusta. Se habla de ella como la cosa más natural y corriente en la plaza pública y en la intimidad del hogar. La admiten las mujeres, y hasta las madres y las esposas, que más la temían, se resignan, considerándola como ventajosa y, sobre todo, como conveniente para el honor de la patria.

Los ricos están dispuestos á soportar el aumento de contribución si la necesidad lo impone, y los pobres consideran la cosa más natural del mundo ceder un día ó varios días de su escaso haber, aunque se priven de lo más indispensable para la existencia.

En el extranjero hemos ido ganando cada día más consideración, y no son ya los pueblos nuestros hermanos de raza los que nos comprenden y nos elogian, sino los que están tildados de más egoístas é indiferentes, los que nos hacen justicia.

Hermoso y consolador es el artículo titulado *Chez Don Quichotte*, con que encabeza su número *Le Gaulois*, llegado hoy á Madrid, pero no es menos digno de atención el del *Standard* negando toda razón á los cubanos rebeldes que empuñan las armas teniendo Cuba Gobierno propio y habiendo allí medios legales de satisfacer todas las aspiraciones, y el del *Times* ocupándose de las fuerzas españolas en la hermosa Antilla, y comentando las declaraciones de Mr. Klopsh, uno de los comisionados que con Clara Barton fueron a Cuba á repartir socorros á los reconcentrados.

Mr. Klopsh asegura que el triunfo, que no cree posible de la insurrección, sería el predominio de salvajes bandadas de negros que impondrían á Cuba la más horrorosa de las anarquías.

“Ni los españoles ni nosotros podemos hacernos ilusiones respecto del porvenir de Europa en América —dice *Le Gaulois* en el hermoso artículo antes citado; —pero cuanto menos ilusiones se hacen nuestros vecinos y más se exaltan por el honor, por la *quimera*, más hermosos y más grandes se los contempla; hasta el punto —añade el articulista, que es Mr. Louis Teste— que si yo volviese á cruzar las llanuras de la Mancha, como las crucé una vez en compañía de un subteniente de Infantería que encontraba aquello *muy bonito*, le diría que tenía razón, y que todo lo de España, iluminado por el noble españolismo, es muy hermoso.”

España, en sus tiempo heróicos, descubrió el Nuevo Mundo, engarzando el mar, según la expresión bellísima de un orador insigne, como una esmeralda á sus sandalias, y el sol como un brillante á su corona; y en estos tiempos, cuando se creía más abatida á España, se levanta para defender los intereses del Viejo Mundo contra las insensatas ambiciones de los que creen que todo puede conseguirse amontonando millones de dollars.

No; hay algo más poderoso que el oro, que al fin y al cabo es materia; hay algo que prevalece más que la fuerza, que no siempre triunfa, como no triunfa la espada de Goliat de la honda de David; y lo que vale más que el oro y que la fuerza bruta, lo tiene esta nación heroica que no ha peleado nunca por la defensa de sus intereses materiales, sino que cuando ha desenvainado su espada ó ha cargado sus cañones ha puesto su pensamiento en algo más alto que la tierra, en lo que constituye el patrimonio del alma, que como dijo nuestro gran poeta, es solo de Dios.

**[“La mediación”, *Heraldo de Madrid*, 6 de abril de 1898]**

#### LA MEDIACIÓN

Desde que el domingo último varios ministros alborozados salieron por esas calles cantando victoria por el hecho para nosotros dichoso de haber solicitado Mac Kinley la mediación pontificia, estamos todos, hombres políticos y prensa, metidos en un verdadero *imbroglio*.

El Sr. Gullón confirmó la especie, el embajador de España en Inglaterra apresuróse á difundirla en el *Foreign Office*, subieron los valores, cantó victoria la prensa oficiosa y todo fué júbilo en la gran Toledo ministerial.

Y sin embargo, ni el presidente de los Estados Unidos había demandado augustas intervenciones del Vaticano, ni Mr. Woodford debe á estas horas rebosar satisfacción porque su Gobierno le saque de la aquiescencia más ó menos explícita dispensada á la sensacional noticia.

Para cohonestar el efecto de censurables ligerezas ha sido menester que nuestro Gobierno expresase al de Washington el disgusto con que ha visto circular, con visos de autorizada, esta versión errónea: excusa harto mortificante en las críticas circunstancias

actuales, y que hubiera podido evitarse sólo con haber procedido con alguna cautela desde los primeros momentos de la intervención de Su Santidad y apresurándose á desmentir la especie desde el instante mismo en que se hizo pública, sobre todo al verla atribuída en los periódicos al señor ministro de Estado y al representante de España en Londres. No sabemos que disculpa se podrá alegar de la negligencia que en esto ha habido.

La verdadera historia y forma de la intervención del Sumo Pontífice puede decirse que la presentía el seguro instinto popular. Nosotros también la vislumbrábamos, sin dejarnos engañar por las noticias que corrían como ciertas. Bastaba un mediano conocimiento del estado de las cosas, de la situación de cada una de las partes del pleito y de la cariñosa solicitud con que León XIII viene consagrando su atención hace bastante tiempo á la grave crisis porque atraviesa nuestra patria para caer en la cuenta de que la iniciativa no podía haber partido de Washington, y también para sospechar que la mediación había sido ofrecida, pero que aún no estaba planteada.

El importante despacho de Roma publicado esta mañana por nuestro colega *El Imparcial*, desvanece todas las dudas. “El Papa opinaba y opina que todo se puede sacrificar á la paz menos el honor de los pueblos.” Y en virtud de esta opinión, cree Su Santidad que no puede admitirse, ni en principio, que la voladura del *Maine* fué intencionada, ni tampoco la concesión de un armisticio de seis meses á los rebeldes. Pero viendo la guerra inevitable, ha querido hacer un último esfuerzo para evitarla, y se ha dirigido al presidente de la Unión Americana en los siguientes términos: “Como jefe de la religión de fraternidad, solicitaré de España que conceda un armisticio. En nombre de la humanidad os ruego que, esperando el resultado de esta gestión, tengáis á bien suspender toda resolución extrema.”

La contestación de Mac Kinley fué esta: “En todo caso, por respeto á Vuestra Santidad, esperaremos, deseando el éxito de vuestras gestiones.”

Anunciada la mediación, faltaba plantearla, es decir, el conocimiento de lo que cada uno de los litigantes estaba dispuesto á someter á la decisión del mediador. Los Estados Unidos no retiraban nada de su pretensión en la que figuraba en primer término el armisticio de seis meses en Cuba. España no parecía dispuesta á aceptar el armisticio. A lo sumo le consideraría materia de discusión el Gabinete de Madrid pedido por los rebeldes y por plazo mucho más breve que el exigido por los Estados Unidos. Y aun esto, según todos los indicios, había de verlo con gran repugnancia una parte considerable de la opinión pública española, cansada de concesiones y aplazamientos, desengañada de su eficacia y deseosa de llegar pronto á la solución.

Sin duda se ha querido salvar la dificultad poniendo este negocio en manos del Gobierno insular, y de tal propósito han surgido los esfuerzos que éste ha hecho por reducir á los insurrectos con las solas armas de una retórica persuasiva, esgrimidas en el último manifiesto; pero también en esto se ha tropezado con desconfianzas, muy justificadas por desgracia, pareciendo á todos, ó á casi todos, que son ya muchas y muy amplias las iniciativas de aquel Gobierno, en cuyas manos, más que en el de la Península, parece hallarse por completo el porvenir de Cuba, así en los asuntos más pequeños como en los de mayor bulto y trascendencia.

Además, el lenguaje del Manifiesto ha venido á acrecentar el malhumor y las quejas de los que ven con recelo que apenas pasa día sin que sufra alguna merma esa soberanía de España en la gran Antilla, que tanta sangre y tantos millones nos ha costado y á la que todavía vamos á sacrificar muchos más.

Por otra parte cabe preguntar si vale la pena de perder el tiempo en buscar una solución que no existe. Porque si hay algo evidente, dada la cuestión en sí y dada la manera de presentarla los Estados Unidos, es que el armisticio habrá que aceptarlo como aquél lo propone ó rechazarlo. Como lo primero no es posible, lo único que hay que hacer es apercibirse á las consecuencias de lo segundo.

Mac Kinley ha dicho ya que sólo espera *por respeto á Su Santidad*. Ha añadido después, según informes telegráficos de varios periódicos importantes, que nadie tiene fuerzas para oponerse á los efectos de la mala impresión que ha de hacer á los protestantes de la república (las nueve décimas partes de la población de ésta) la intervención pontificia; y por último ha añadido “que le será imposible ir contra el sentimiento popular, deseoso de la independencia de Cuba, y de que acaben los horrores de la campaña.” Puede, pues, asegurarse que no rebajará nada de lo que ha pedido.

Mas si por esta parte no hay esperanza de paz, ¿la habrá del lado de Cuba? A nuestro parecer tampoco. Al punto á que han venido las cosas, la respuesta probable de Máximo Gómez será decir que no acepta negociaciones si no es sobre la independencia de Cuba, con lo cual nos ocasionará una nueva humillación y se dará aires de ser el verdadero dueño de los destinos de la isla.

En suma, la mediación de que tanto se ha hablado los últimos tres días no se halla más que anunciada, y este anuncio es la manifestación de un buen deseo del Pontífice León XIII y de su acendrado amor á España; pero como no parece fácil encontrar una fórmula de avenencia entre las partes, lo probable es que ni siquiera llegue á haber verdadera mediación.

No sabemos lo que pensará hacer el Gobierno. Dícese que no hay dentro de él perfecta unanimidad de opiniones en este capital asunto. Lo que sí pensamos es que debe meditar mucho la resolución que tome, porque del acierto en ella dependen el honor y los más altos intereses de la patria.

Ahora se nos habla de una nueva mediación: la del Emperador de Austria; pero si los informes que nos comunican el cable y el telégrafo son exactos, si los embajadores negocian para que España acuerde un armisticio que los insurrectos no soliciten, podrá esa mediación ser agradecida; pero parécenos que no puede ser aceptada.

**[“Las nuevas Cámaras”, *Heraldo de Madrid*, 19 de abril de 1898]**

#### LAS NUEVAS CÁMARAS

Bastante hemos hablado ya de la insolencia *yankee*, de la excesiva prudencia nuestra, de las probabilidades de una solución pacífica, de la actitud en que debiéramos estar frente al enemigo, ya declarado, y de esta tan poco airosa, en que por debilidades de los Gobiernos pasados y presentes, hemos venido á hallarnos al cabo de tres años de debilidades y abdicaciones. La guerra es inevitable; nadie duda de que es también inminente. En ella, en su desarrollo y en sus consecuencias probables, está hoy fija la atención del espíritu público. La inauguración del Parlamento, aunque tan próxima, despierta escaso interés, fuera de las capas superficiales de la sociedad, es decir, de lo que aquí llamamos política, y se encierra en el Salón de Conferencias, en los famosos círculos, en los despachos de los ministros.

Nada más peligroso que esta atonía del cuerpo nacional, ni más expuesto á reacciones violentas é inconscientes y por tanto peligrosas, sobre todo en nuestra patria, donde sobran aún, por desgracia, elementos que procurarán aprovecharlas para sus fines.

Es notorio que existen en toda Europa corrientes favorables á la reforma del régimen parlamentario, corrientes que en algunas partes tienden á la anulación del mismo.

Los restos del antiguo régimen, organizados para la lucha y reanimados al contacto de las desgracias de la patria, no dejarían de sacar fruto de un desengaño y sobre el descrédito de lo que con tenacidad verdaderamente española han combatido por espacio de más de sesenta años, procurarían levantar el edificio de sus aspiraciones tradicionalistas.

Por eso es singularmente difícil é importante la misión que las Cortes van á cumplir. La misma frialdad con que la opinión las recibe debe servirles de estímulo, porque de ellas depende quizás la consolidación de la España moderna, purificada por la desgracia, ó el comienzo de nuevas luchas, que sea cual fuere el desenlace, siempre serán ocasión de que se derrame más sangre de la ya derramada y sufra nuevo quebranto nuestra ya quebrantadísima riqueza.

Pocas Asambleas se han visto ante tarea más ardua ni responsabilidades mayores. Tendrá que responder á las arrogancias norteamericanas con una declaración de guerra; tendrá que arbitrar recursos, dar calor al Gobierno, encauzar las expansiones patrióticas en momentos críticos; curar las heridas que resulten del conflicto, las cuales, aun en el caso de que la fortuna siga á nuestras banderas, siempre serán grandes y requerirán largo y cuidadoso tratamiento, y, por último, de su seno han de surgir, según todas las probabilidades, los nuevos partidos, exentos de las responsabilidades de los que han colaborado en las desgracias de la patria, y animados de un vigor de que éstos carecen desde fecha no muy reciente, por desgracia.

Los instantes son decisivos. Si las Cortes, á cuya inauguración asistiremos mañana, son fecundas en iniciativas acertadas, si prueban virilidad y patriotismo, habrán devuelto al régimen actual su decaído prestigio. Si por el contrario resultan estériles, podrán acabar con el poco que le queda y serán los mejores auxiliares de los enemigos de las libertades, á tanta costa conquistados en nuestro país.

**[“¿Consulta ó crisis?”, *Heraldo de Madrid*, 21 de abril de 1898]**

¿CONSULTA Ó CRISIS?

La gravedad del momento presente aumenta ¿á qué ocultarlo? con incertidumbres y confusiones lamentables. Ha considerado prudente la Corona escuchar voces autorizadas de hombres políticos y de militares ilustres. Quiere eso significar que el Gobierno responsable no ha ultimado un plan ni tiene pensamiento definitivo; quiere eso decir que el Consejo *no aconseja*. S. M. conoce ya los pareceres y los juicios de una autoridad conservadora como Elduayen y de una autoridad militar como el general Martínez Campos; en tal orden de calidad continuará el desfile de personajes por la cámara regia. Esas consultas ¿á qué pueden encaminarse?

La cuestión con los Estados Unidos está ya á un lado. Nos encontramos enfrente de la guerra, y ese hecho no requiere consulta de ninguna especie. ¿Manera de acudir al reto? Se nos alcanza que sobre ello hablen los militares, no los hombres políticos.

Trátase, pues, de una crisis de Gobierno. El Sr. Sagasta ha declarado esta tarde que, en efecto, el Gabinete, ante suceso tan extraordinario como el de la guerra, debía plantear respetuosa y patrióticamente á la Reina la cuestión de confianza.

Y la Reina —sigue hablando el Sr. Sagasta— ha entendido que debía rechazar todo intento de cambio ministerial, aceptando, empero, la aportación de juicios y opiniones que en aras de la patria y del trono podían hacer hombres principales de los partidos monárquicos.

En otro momento —y ya hablamos nosotros,— llamaríase á eso una crisis de Gobierno. En las actuales circunstancias debemos aceptar, sin regateo, la interpretación que á las palabras de S. M. ha dado el Sr. Sagasta.

Mientras los actuales ministros sigan siéndolo, deben aparecer á cubierto de toda merma en su autoridad y con la representación indiscutible del país entero.

Sería, sin embargo, una puerilidad el ocultar lo que está á la vista de todos.

Demos por sólida la situación ministerial, rechacemos toda sospecha de crisis; pero, ¿es que ignora ya nadie la posición inestable que dentro del Gabinete tienen algunos ministros?

El Sr. Gullón y el Sr. Moret, ¿pueden entenderse una hora más? Y ¿en las relaciones que mantienen, ¿pueden ir juntos á una obra como la que el destino ha puesto en manos de este Gobierno?

Y en punto á autoridad personal, á la inspiración de confianza, ¿dónde pueden hallarlas ministros que comienzan por quebrantarse mutuamente?

No hay sino fijarse en lo sucedido hoy en el Congreso con el hijo del Sr. Gullón.

Los amigos del Sr. Moret han sido los que más brío han empleado en su derrota.

Otros elementos ministeriales de quienes podían suponerse distinta actitud han contribuido también á la ruidosa demostración de desafecto hacia el ministro de Estado.

Oígase, en cambio, á la gente relacionada con el Sr. Gullón. “Moret es un gran culpable. Cuanto mal ha venido y venga sobre España traélo la mano del Sr. Moret.”

Y no se diga lo que del Sr. Puigcerver y del Sr. Corre y del Sr. Bermejo opinan algunos de sus compañeros. Bueno es ello para que lo repitan nuestros enemigos...

En tal situación no podría extrañarnos que la cuestión de confianza adquiera desarrollos extraordinarios.

A hombres como los presidentes de ambas Cámaras (ya consultados), y como el Sr. Silvela y el Sr. Pidal, que lo fueron igualmente, pareceles inoportuna en alto grado en estos instantes toda crisis ministerial.

Esas opiniones merecen nuestro respeto, pero sólo Dios sabe si el verdadero patriotismo consiste en ir á la guerra con un Gobierno ó con una apariencia de él.

**[“El corazón de Europa”, *Heraldo de Madrid*, 25 de abril de 1898]**

#### EL CORAZÓN DE EUROPA

No presenta el rompimiento de hostilidades accidentales que desde luego puedan ofrecernos orientación, ni permitan prever los términos de tiempo y resolución de la guerra. Los medios de comunicación, inutilizados ó intervenidos en su provecho por el Gobierno americano, no proporcionan noticia alguna apreciable. Contentémonos, pues, con recoger las entusiastas y halagadoras manifestaciones hechas por Europa en honor de España. Platonismo poco práctico será ese; pero, al cabo, para un pueblo que pelea por la honra, siempre es consolador que se le comprenda.

La entrada noblemente bella del crucero italiano *Giovanni Bauzan* en el puerto de la Habana, saludando nuestra combatida bandera con las solemnes notas del himno regio español; la entusiasta aclamación á España de los marinos franceses del *Fulton*; la



conferencia del Emperador Guillermo y del Emperador Francisco José; la visita y la oferta de su persona ilustre anunciadas por el insigne *Pierre Loti*, admirado en los cenáculos literarios y respetadísimo en la Armada francesa; la declaración honrada del turbulento hijo de Garibaldi, el cual, instado á combatir por yankees y filibusteros, niégase á asociar su nombre ni sus esfuerzos contra España; la calificación de brutal que el viejo estadista Crispi aplica al pueblo yankee y á su presidente Mac-Kinley; el saludo del senador alemán Severin; la gallardía con que el *Gaulois* y el *Fígaro* de París salen á nuestra defensa, llegando á aconsejarnos el mantenimiento y el ejercicio de nuestro derecho al corso; todo cuanto, en suma, piensa, siente Europa acerca de nuestra causa, gloriosa y santa, revela cómo es ella considerada con todos los títulos posibles para la ayuda de Dios y el respeto del mundo civilizado.

Evidentemente, puesta aparte la reserva de Inglaterra y aun su hostilidad casi declarada, todos los pueblos europeos, y con ellos algunos de América tan insignes y tan fuertes como Méjico, pronúncianse en espíritu por nosotros.

Cierto que de esa protesta espiritual podemos á estas horas sacar muy escasas consecuencias. Del conflicto diplomático hemos pasado con toda rapidez al estado de guerra. Iban los yankees á su asunto y se han cansado de sufrir por más tiempo la incomodidad de la careta. Hállanse, pues, determinados á cumplir lo que ellos consideren testamento de Monroe y programa de su raza. En tales condiciones, con los buques de una y otra nación en el mar, entregadas la codicia de ellos y el pleito de nuestro honor á las armas, es ya tarde para ningún oficio de amistad. Todas las simpatías del mundo no pueden evitar la guerra.

Pero esas simpatías y esa amistad, renovadas en momentos para nosotros tan críticos, suponen hasta qué punto ha sido poco diligente y mal afortunada la acción de nuestros Gobiernos abandonando tales medios de acción, ahogándose y ahogándonos en una política de aislamiento, y demuestran la posibilidad de un mañana consolador, lo que es importantísimo para considerar todavía con mayor firmeza las contingencias de la guerra.

Ningún país puede salir de una crisis semejante sin grave trastorno en su vida. España no perderá ni una de sus maravillosas fuerzas morales. Pero siendo la guerra con los Estados Unidos como epílogo de una tremenda historia de cuarenta años transcurridos en los más duros quebrantos y en los mayores derroches de energía nacional, habremos de emprender con el término de la guerra una verdadera obra de reconstitución.

Bueno es saber que contamos para ello con el voto de Europa, á cuyo espíritu no deberemos ser entonces indiferentes.

**[“Es una insensatez”, *Heraldo de Madrid*, 3 de mayo de 1898]**

ES UNA INSENSATEZ

La resolución de declarar á Madrid en estado de guerra nos parece, de parte del Gobierno, un acto de demencia.

No justificada por los hechos, tampoco puede estarlo por ninguna razón de carácter político.

La población de la capital de España, mostrándose harto más moderada y sensata que lo fuera, en circunstancias análogas, la de cualquier otro pueblo europeo, ha resistido sin conmoverse el doloroso efecto de la catástrofe de Manila.

Al leer en provincias los bandos del gobernador civil y del capitán general, las gentes se darán á pensar que nos hemos entregado aquí al desorden, ó que la exaltación de los ánimos se traduce ya en protestas y en actos ilegales contra los poderes públicos. Madrid entero sabe que eso es absolutamente contrario á la verdad.

No basta la reunión de unos cuantos grupos de curiosos, ni el que quinientas ó mil personas recorran dos ó tres calles, dejándose disolver fácilmente por la fuerza pública, para declarar á una gran ciudad en estado de guerra. Precisa creer que media docena de silbidos y de voces de “¡fuera!” han asustado á las autoridades y al Gobierno ó que la propia conciencia de éste le hace temer riesgos mayores de los que hasta el presente ha corrido entre nosotros la paz social. Como no sea que la grave determinación adoptada por el Consejo de ministros obedezca al sólo fin de desagraviar al Sr. Aguilera, cuyos discursos á las muchedumbres parece que han perdido ya aquel paternal y mágico poder que en otro tiempo deshizo tantas tormentas populares.

Desde hace días viene cerniéndose sobre el país la amenaza de una larga suspensión de las garantías constitucionales. Esto que se ha hecho en Madrid y que con pretexto igual puede repetirse hoy en Barcelona, mañana en Zaragoza ó en Sevilla, y así sucesivamente, no es sino medio hipócrita de llegar al resultado que, por lo visto, apetece al Gobierno, con la ventaja de excusar la oposición en el Parlamento más la necesidad de asociar otras voluntades á medida tan insensata.

Las circunstancias en que se halla España son las menos á propósito para cierto género de provocaciones. El Gobierno, que pide calma y confianza á la opinión pública, no ha debido perder la serenidad ni desconfiar del país. Cuando el que impera necesita rodearse del afecto y de la estima de la nación, es verdadera demencia aislarse de ella y crear en torno de los poderes un cerco de agentes de seguridad y de escuadrones de la Guardia civil.

**[“Miedo á la verdad”, *Heraldo de Madrid*, 4 de mayo de 1898]**

#### MIEDO Á LA VERDAD

En manos del Gobierno todos los medios de comunicación; vigilando el telégrafo y prohibido el publicar ni transmitir otras noticias que las que pasan bajo una censura hipócrita, establecida á espaldas de la ley, es indudable que al Gobierno, y nada más que al Gobierno, se debe el triste equívoco de la Habana, donde el desastre de Manila, según puede verse en lo que telegrafía nuestro corresponsal, ha sido recibido con grandes demostraciones de entusiasmo é inundado en júbilo el corazón de los buenos españoles.

No comprendemos qué puede ir ganando el interés público con este sistema de engaños á que tan apegados se muestran todos nuestros gobernantes, y del que parece ya

que ni las más terribles lecciones de la adversidad alcanzarán á librarnos en ningún tiempo.

Por él hemos padecido amarguras y reveses que el conocimiento oportuno de la verdad hubiera evitado, ó hecho menores de lo que fueron. Por él venimos sosteniendo, quizás hasta consumir todas las fuerzas del país, empresas que acaso debimos abandonar desde un principio. Por él nos vemos expuestos hoy á caer bajo la terrible superioridad de un enemigo que dos años ha era muy inferior á nosotros, pero al que hemos dado tiempo para que se arme y prevenga hasta despojarnos de toda probabilidad de ir á la victoria.

¿Qué va á conseguir el Gobierno con perseverar en este sistema funestísimo, cuyos sangrientos y trágicos efectos acaba de tocar España en la bahía de Manila?

Se ha querido evitar, sin duda alguna, que la población de la Habana, sujeta de cerca á los peligros y horrores de la guerra, bloqueada en forma más ó menos efectiva por las escuadras enemigas, pudiera sentir un instante de desfallecimiento al conocer la triste verdad de lo ocurrido en Cavite... ¿Qué conseguirá el Gobierno, aun suponiendo logrado por unas cuantas horas el fin que se prometía? Detrás de las alegrías inmotivadas de hoy, vendrán mañana un desengaño cruel, una depresión del espíritu público mucho más grave que la que se trataba de impedir.

\*

Precisamente el apuro en que hoy vive el Gobierno, la apelación que acaba de hacer á la ley marcial, el vigente requerimiento de medios represivos frente á la protesta de la opinión, el abandono súbito de principios democráticos y de temperamentos conciliadores, son tristes resultados de un sistema de tapujos y desconfianzas. A espaldas de la opinión fue negociada la autonomía. Unas cuantas idas y venidas de Giberga, media docena de entrevistas con Amblard y Dolz, tal cual carta de Govin bastaron al Gobierno para implantar en Cuba un régimen que había de ser como el reconocimiento solemne de nuestra flaqueza y como la promesa de allanarnos á todas las debilidades posibles.

Sin el ambiente de la opinión conversaba á diario con Mr. Woodford el Sr. Gullón y resolvíanse casos como el de Dupuy de Lome, permaneciendo el filibustero Lee en la Habana.

En la sociedad de sus conciencias hacían y deshacían los ministros, y mientras por medias palabras insinuantes daban á entender que organizaban la victoria, ellos sabían que sólo caminábamos á la catástrofe.

Faltó en el Consejo la “voz del espíritu valiente”, y á la hora del desengaño preténdese que el destrozado misterio recobre su virginidad y que valgan por entereza y por previsión y por esfuerzo y por aliento esas voces que á las que preguntan: —¿y los torpedos?— responden con todo desahogo: —¡Van de camino!

Cuando el desastre del Tonkín, el último estadista que quedaba á Francia, Ferry, no regateó la responsabilidad de su Gobierno; y fué tan grande y tan noble, que la acumuló en su persona, y de ella y de su crédito y de su posición hizo sacrificio.

Se equivocó entonces la opinión en Francia; pero Ferry murió respetando aquel fallo que á su vez no respetará la historia.

Aquí el sistema es distinto: la opinión que no gobierna, la opinión que no administra, la opinión que no está ni puede estar en Parlamentos amañados y en Gabinetes de mera ponderación de ambiciones, es la que ha de sufrir la inculpación y el castigo; es la que ha de callar cuando nunca ha hablado; es la que aparece facciosa cuando acaso todo su delito consista en la docilidad y en la continencia.

Bien se nos alcanza que á la hora presente está el poder en manos de este Gobierno casi por las mismas razones que algunas veces estuviera en el arroyo; pero aun siendo el Gobierno un prisionero de sus culpas, ¿quién duda de que habría encontrado otra manera de morir que la que le espera si se hubiese entregado á la generosidad nacional en vez de lanzarse á endosar sus responsabilidades, imponiendo el endoso con amenazas de dictadura?

Querrá Dios mejorar sus horas para España. Pero seguramente no habrá mejoría posible para los que han vivido en pecado y se disponen á morir impenitentes.

**[“Guerra y hambre”, *Heraldo de Madrid*, 5 de mayo de 1898]**

#### GUERRA Y HAMBRE

En las Cortes y en el Gobierno parece como que estos días comienza á oscurecerse la noción exacta de la realidad

El Congreso ha vuelto á los debates políticos y á las funciones de pirotecnica parlamentaria, como si estuviésemos en tiempos bonancibles y la labor de las Cámaras no tuviera otro objeto que consagrar la fama de nuestros grandes oradores. Durante buena parte de la sesión de ayer nadie habría conocido que España se halla empeñada en una guerra con el extranjero. Nadie habla ya del desastre de Manila, materia única de la interpelación que se está discutiendo. Los discursos, las increpaciones, aun los alborotos frecuentes que se promueven entre mayoría y minorías, versan todos sobre cosas pasadas, sobre política menuda, sobre cuentas viejas entre conservadores y liberales.

Mientras los diputados de la nación pierden así el tiempo, aguarda encima de la Mesa el tardío dictamen prohibiendo la exportación de trigos, y cien poblaciones españolas se amotan bajo los estímulos del hambre.

Cuanto al Gobierno, es sabido que no está á la altura de sus deberes en el exterior, y hay motivos para temer que ni siquiera corresponda á las terribles necesidades interiores que la guerra tendrá por consecuencia ineludible. Lo despertó de su sueño el desastre de Cavite, y volvió á dormirse cuando, roto el cable, pudo pensar que las malas nuevas de Filipinas no llegarían en mucho tiempo á conocimiento del país, y que por tanto no había que sufrir á diario los efectos de la irritación popular. Después ha sido preciso el motín en Gijón, en Talavera, en Cáceres, á las puertas mismas de una plaza militar como Cartagena, para que se dé cuenta de que el problema de las subsistencias no admite instante de tregua, ni se puede aplazar con los paliativos de costumbre.

Enemigo mucho más poderoso que todos los ejércitos del mundo, el hambre ha entrado ya en batalla y, como dice uno de nuestros colegas de la mañana, no depondrá su actitud ni aun después de hecha la paz con los adversarios exteriores, porque la miseria no perdona, no transige, no aguarda.

Es triste, es duro tener que acudir á tantas cosas; que hacer frente á tantas dificultades; que imponer al espíritu preocupado y al cuerpo rendido por el peso de los años tan grandes fatigas. Pero esa servidumbre traen consigo las altas funciones de gobierno, porque el gobernar es algo más que pasearse en coche con galones, que disfrutar del palco del Real, que distribuir credenciales, que recibir homenajes y visitas, que otorgar actas de diputado á los yernos y á los amigos.

En esta crisis tremenda á que ha llegado España, la nación moribunda de que ayer hablara el primer ministro de la Reina Victoria, acaso pensando con innoble codicia en alguno de nuestros despojos, no se puede ser gobernante sin que todas las energías del ánimo y todas las fuerzas de la materia estén consagradas á dirigir, á prever y á remediar.

No solamente hay que pensar en los acorazados y en los cruceros; no solamente en los cañones, y en la pólvora, y en la suma de aquellos aprestos militares que la pereza descuidó cuando era tiempo y ahora quiere procurarse de improviso, sin lograrlo: hay que pensar también en el trigo, en el carbón, en los cambios, en los transportes, en las fábricas que pronto tendrán que suspender sus trabajos, en las legiones de obreros echado á la calle, en los pueblos á quien el hambre comienza ya á lanzar sobre las bayonetas de la Guardia civil...

Se ha propuesto ya el prohibir la exportación de los trigos. Está bien: debió hacerse antes, pero más vale tarde que nunca. Advertiremos, sin embargo, que eso no basta; que dentro de poco será insuficiente remedio para el mal de que estamos amenazados.

El que importa trigos en España tiene que pagar en oro y que cobrar en pesetas. Por tanto, ó exigirá un precio enorme, ó no importará. No sintiendo los acaparadores el freno de la competencia extranjera, aunque el trigo no pueda salir de España, lo venderán aquí á un tipo exorbitante, alegando que cobran en moneda depreciada ante el mercado universal. Y como en esa moneda se paga el jornal, el salario, el haber del modesto empleado, la miseria no tardará en llamar á las puertas de estos elementos sociales, que constituyen el nervio de la nación.

Cuanto á los carbones, no se explica, que viendo en perspectiva una guerra y conociendo la insuficiencia de las explotaciones hulleras de la Península, no se haya adoptado medida alguna.

Debe el Gobierno conocer aproximadamente sus necesidades militares, las de la industria y las de los caminos de hierro; debe saber las exiguas existencias que nos quedan, la dificultad y carestía de los transportes para ciertas zonas y los medios extraordinarios á que podría apelarse para aumentar la extracción de hulla. Si no sabe, si no conoce eso; si nada tiene estudiado y previsto, no diga que es el Gobierno de una nación, sino la Junta directiva de una sociedad de recreo.

Con aquellos datos á la vista hay que hacer que las compañías de ferrocarriles, las mineras y las industriales se concierten para impedir una crisis que perturbaría los servicios públicos, paralizando el trabajo y obligando á holgar forzosamente á muchos millares de obreros.

Si se deja correr las cosas como hasta aquí, seguirán cerrándose las fábricas, encareciéndose el carbón, las compañías de ferrocarriles guardándose el de las minas de su propiedad y sobrevendrá una crisis tremenda.

En guerra con el extranjero, todo el mundo prestará su concurso al Gobierno; pero si alguien no lo presta, á él toca templar los egoísmos, corregir las imprevisiones é imponer con toda la energía que sea necesaria la tarifa del transporte, el precio remunerador de la venta y hasta las condiciones de explotación minera.

Cruzarse de brazos, que es lo que se ha hecho hasta el presente, equivaldría á llamar sobre España una de aquellas grandes convulsiones sociales en que nada se salva.

**[“Proceder injusto”, *Heraldo de Madrid*, 6 de mayo de 1898]**

#### PROCEDER INJUSTO

La larga detención que los telegramas destinados á la prensa sufren en los centros oficiales, no responde á ninguna conveniencia del Gobierno y perjudica notablemente al público y á las empresas periodísticas.

Nosotros hemos estado siempre dispuestos, y lo estaremos en lo sucesivo, aun á prescindir de las noticias que nos transmiten nuestros corresponsales, cuando se estime que su publicación puede lastimar el interés nacional ó dañar á los fines de la defensa. La más ligera indicación en este sentido bastaría para que no diésemos curso á cualquier telegrama, pues hasta sin recibirla de nadie hemos dejado de trasladar á las columnas del HERALDO, en varias ocasiones, todo aquello que nos pareció contrario al crédito ó á los sentimientos de la nación.

Igual conducta ha seguido con su servicio telegráfico nuestro colega *El Imparcial*; por manera que el Gobierno no debe abrigar dudas acerca del patriotismo de los periódicos, ni temer que sus exhortaciones fueran desatendidas en algún caso en que conviniese el silencio. La prensa haría sin dificultad el sacrificio de unas cuantas noticias, prestándose á él todos, absolutamente todos los diarios de Madrid y provincias que reciben telegramas especiales relacionados con la guerra y con la grave situación de España.

Por esto mismo parece doblemente injustificado el proceder del Gobierno, que causa perjuicios sin ningún objeto útil. A nada conduce el retrasar horas y horas la comunicación de los despachos telegráficos, si al cabo han de ser comunicados. Fíjese el señor ministro de la Gobernación en lo que decimos, y procure poner remedio á un abuso que cesará en cuanto él quiera. Evite también, pues eso aún es peor, que las noticias de los telegramas de prensa lleguen á todas partes antes que á los periódicos á quien van dirigidas.

**[“Dolor y gloria”, *Heraldo de Madrid*, 3 de julio de 1898]**

#### DOLOR Y GLORIA

En Santiago de Cuba ha corrido larga y gloriosamente la sangre española. Junto al soldado cayó el brillante oficial. La misma tierra cubrirá la carne de cuartel y la carne de Academia. El brazo, que al agitarse, lleno de autoridad, hiciera chispear el oro de un entorchado, pagó su tributo á la Patria, ni más ni menos que el otro brazo humilde, adornado de un simple galón de estambre.

¿Catástrofe para nosotros? ¿Victoria para los americanos? Victoria yanqui ó catástrofe española, lo cierto es que si á la guerra hemos ido provocados y sólo por estímulos de honra, pocas veces un puñado de hombres ha peleado con más dignidad, con más fiereza por el honor... Ocho mil hombres sin recurso alguno extraordinario, ocho mil hombres frente á veinticinco mil dotados de cuanto puede corresponder al más poderoso



y al más perfecto arte de la guerra, ofrecen en su desesperada pelea uno de los espectáculos más hermosos dados ante el mundo por el valor desgraciado.

Si, esa es la guerra, y esa guerra es la única que podía servir de epílogo á cuatro siglos de historia en un mundo para quien España pronunció casi tanto como Dios el *fiat* de la vida.

Pérdidas dolorosísimas, calvarios tan cruentos que como recorrido por el insigne Linares y su Ejército, el destrozo de nuestras baterías, las retiradas fatigosas y sangrientas, todo eso, con ser muerte de hoy, es fundamento de existencia para mañana: con esa manera de luchar y de caer podremos seguir estableciendo nuestro derecho á la vida como pueblo independiente, como raza que persiste y perdura al través de todas las crisis y reaccionando virilmente contra todas las decadencias.

Si está de Dios que regresemos de América, ¿deberíamos volver embarcando nuestros soldados como manso rebaño con el vellón humildemente rendido? No ha salido España jamás de territorio alguno sin grandeza: grande fué nuestra aparición en América; grande es nuestro dominio en Filipinas; en ambas regiones unos cuantos miles de españoles imperan siglos sobre millones de almas; y ni de Filipinas ni de Cuba podríamos volver sin que la garra del león marque sobre tanta ingratitud y sobre tanta iniquidad una imborrable huella.

¡Mil veces maldita la guerra! Pero, ¿sería bendita una paz que fuera el resultado de una fuga, de una rendición, de una entrega, de un miedo razonador y miserable?

Triste es que España entera no comparta á estas horas todos los peligros que rodean á unos pocos españoles; tristísimo que un régimen de privilegio social haya impedido que todas las clases mezclaran su sangre en el rojo río que corre en Cuba y Filipinas; pero, sea como quiera, no volvamos la vista: miremos sólo hacia delante.

En las lejanías del porvenir las sombras de hoy es posible que se cambien en las claridades de mañana.

Para Europa, para América misma no puede ser olvidada esta lucha; y la memoria de ella servirá para que nuestras armas sean consideradas como las de *Roldán*, nadie las moverá sin respeto.

Mas no ha de quedar en este punto lo que el sitio de Santiago de Cuba nos inspire; también á la admiración y á las lágrimas y á la esperanza ha de mezclarse en bastante proporción la ira...

¡Cuánta sublimidad alrededor de Linares! ¡Cuánta y cuán negra responsabilidad alrededor de otros hombres!

Durante un mes, aquí en Madrid sólo saben tomar razón de los desembarcos de Shafter nuestros ministros. No hay un mal telegrama que lleve un apremio á la Habana.

Y en la Habana misma, durante el mismo tiempo, el general Blanco, presidiendo Consejos de ministros —que no aconsejan ni administran— deja que los refuerzos lleguen á Santiago cuando la Providencia quiera. Pando, Parrado, Arolas, emplean su actividad

militar en expedientes de menudo arbitrisimo, y Linares queda en la espantosa soledad de su trágica defensa.

No hay contraste tan terrible como ese.

¡Y aún no sufrimos!

**[“Días de oro”, *Heraldo de Madrid*, 4 de julio de 1898]**

DÍAS DE ORO

Al fin, entre oleadas de sangre, bajo la lluvia de metralla que arrasa y extermina, con la muerte en frente y con la muerte á la espalda, España, la grande, la noble, la altiva, la conquistadora, la magnífica, parece renacer bella, joven, valiente, sacudiendo el yugo de las desgracias seculares y arrojándose en ímpetu de gallardía suprema á todos los combates posibles con la vida y con la fortuna.

—Día de oro para ambos ejércitos —dijo ayer con rasgo de nobleza militar el yanqui Shafter.

Pero día de oro, sobre todo para nosotros, este en que luego de sostenido por Santiago de Cuba un sitio que rivaliza con el de Sebastopol y deja atrás el de Plewna, la escuadra de Cervera rompe el asedio marítimo, burla la estrecha vigilancia de Sampson, fuerza las máquinas, enrojece las calderas, aprenta los cañones y en el gran silencio de la noche avanza, avanza... ¿Hacia dónde? Hacia la eternidad, si es preciso; hacia el abismo, si es necesario; para siempre hacia España en espíritu y en pensamiento, siempre hacia esta patria que real y positivamente es como fiero amor, amor de muerte, amor de locura, pero invencible amor para todos sus hijos.

\*

Ayer Linares y Vara del Rey. Hoy Cervera, Díaz Moreu, Concas, Lazaga, Eulate, Villamil, Carlier y Vázquez... ¡Qué orgullo de Ejército! ¡Qué corazón el de esa Marina!

A uno y á otra hará justicia el mundo entero. No negaremos ni el valor ni la pericia al Ejército y á la Marina yanquis; pero, ¿hay quién haya aceptado combates como los de Linares en Santiago de Cuba y situaciones semejantes á la de Cervera?

Va el yanqui á Cuba como fue á Filipinas, en situación regular de guerra: más que regular, conociendo de antemano la inmensa superioridad de sus medios de lucha.

En cambio, nuestros soldados y nuestros marinos, ¿cómo han aceptado el reto? 20.000 hombres contra 8.000. Veinte buques contra cuatro.

¿Existe nada parecido en la historia militar de ningún pueblo?

Y esos 8.000 hombres entablan el combate como si se tratara de la cosa más natural del mundo. Y esos cuatro buques salen al mar, sin que sobre sus cubiertas haya una incertidumbre ni el más remoto pensamiento de que pueda ser arriada la bandera.

No hay comentarios, no hay canto no hay himno posible ante cosas tan grandes y que tan hondamente llegan al corazón... Sólo con un ardoroso, con un inmenso ¡Vive España!, puede responderse á las hermosas nuevas de nuestro Ejército y de nuestra escuadra.

Como ayer lloramos de dolor, lloremos hoy de alegría... Estas lágrimas varoniles son también un tributo adecuado á una gloriosa acción de hombres esforzados...

Mas en esta dichosa jornada, digámoslo todo patrióticamente; Hay Ejército; hay marinos; hay pueblo... ¿Y no ha de querer Dios que al frente de tanta grandeza haya de una vez hombres que la sirven que con ella se correspondan?

**[“Esperando”, *Heraldo de Madrid*, 6 de julio de 1898]**

ESPERANDO

A la tristeza de ver perdida nuestra única escuadra de combate, se agrega en el ánimo público el disgusto de no saber todavía en qué forma, por qué causas y con qué género de resistencia vino á producirse el espantoso siniestro.

Cuantas noticias tenemos de él proceden del campo enemigo. No hay todavía una sola versión que, por esta circunstancia, no sea sospechosa, sin que con ello queremos decir que mereciesen fe absoluta todas las versiones de origen español, pues se ha visto repetidas veces la facilidad con que el interés de ocultar hechos desfavorables alteró el relato de los combates é influyó hasta en la confección de documentos oficiales.

En lo que dicen los americanos hay variedad grandísima, enorme confusión y no pocas contradicciones. Unos narradores deprimen á la Marina española, acusándola de que no supo ni combatir ni maniobrar. Otros, sea por amor á la verdad, sea por encarecer más y más el triunfo, encomian á nuestros marinos y les consuelan del tremendo fracaso con alguna que otra alabanza.

Rectificada ya la cifra de las pérdidas experimentadas por los yanquis, queda siempre á la altura de lo que corresponde, no á un combate naval, sino á un día de grandes maniobras: diez y seis ó veinte bajas, entre muertos y heridos, las tiene cualquier escuadra en operaciones de escasa importancia y hasta en simples ejercicios de tiro. En Inglaterra y en los propios Estados Unidos abundan los accidentes y casos que dan mayor suma de hombres inutilizados.

No entra por poco en la amargura con que la nación española ha recibido las nuevas del desastre, esta consideración de haber perdido cuatro grandes máquinas de guerra y dos barcos especiales de los que tanto nos prometíamos, sin que el vencedor tuviese que dar por precio de la victoria más que unas cuantas gotas de sangre.

¿Es que la escuadra no ha combatido? ¿Es que no disponía de bastantes municiones? ¿Es que los cañones no disparaban? ¿Es que disparaban y quedaban inutilizados? ¿Es que los artilleros no tenían práctica en el difícil manejo de su arma? Esos muertos de que hablan los relatos yanquis, ¿son combatientes que cayeron en su puesto, ó son víctimas del incendio, de la explosión y del naufragio? ¿Qué hacían los cañones de tiro rápido, las ametralladoras de las cofas y tanto y tanto aparato de destrucción, costosamente adquirido para dotar nuestros buques de cuanto los marinos pedían?

Estas preguntas andan hoy en labios de todo el mundo, y tarde ó temprano será fuerza contestar á ellas cumplidamente, para que no pesen las responsabilidades sino sobre quien deba llevarlas.

Nosotros no disponemos de datos bastantes para apreciar lo ocurrido, y no queremos precipitar el juicio en materia tan triste. Mas nos parece que tampoco se debe ceder á falsas consideraciones de patriotismo, ni de afecto, ni de flaqueza del espíritu, ni de otro cualquier linaje, ocultando que la opinión pública se halla mal dispuesta á oír cantos de gloria é himnos de alabanza consagrados á los caudillos prisioneros.

En el inmenso duelo de la nación, entra por más el temor de que la escuadra no haya perecido bien, que el verla perdida para siempre.

Nunca nos prometimos la victoria... Y sin embargo: cuando el pueblo español vió que los marinos partían á la guerra con ansia de probar sus armas; cuando escuchó las arengas de los jefes; cuando en ellas y en las cartas destinadas al amigo ó al pariente halló reproducidos los conceptos y las palabras de la antigüedad heroica; cuando supo que casi todos los capitanes de nuestros barcos dejaban dictadas en España sus últimas voluntades, en actitud sublime de quien ha hecho pacto con la muerte, representábase á la escuadra perdida para la nación sí; pero perdida en trágico y memorable combate, vomitando fuego sus cañones, acariciando el hacha de abordaje sus tripulantes, la proa de las naves enderezada al enemigo, y la imagen de la patria presente á los ojos de todos, desde el

almirante hasta el soldado, como en demanda de la vida que un día le consagrarán por solemne juramento...

Perder así la escuadra, no era más que perder el coste material de los barcos; hierro y madera quedan en el mundo para hacer otros. Pero ¿es así como ha caído la flota del almirante Cervera? ¡España necesita saberlo, y saberlo pronto, señor general Auñón! Cada momento que pase en la incertidumbre, en la ansiedad terrible del espíritu nacional, será un día ¡qué un día! un año de tormento para la marina de guerra... Por ella, tanto como por el país, pedimos que se abra camino á la luz y á la verdad.

**[“Lo que importa”, *Heraldo de Madrid*, 14 de julio de 1898]**

#### LO QUE IMPORTA

El Gobierno, que se negó á que las Cortes discutieran los asuntos relacionados con la guerra, muestra empeño en que se discuta ahora en la prensa la interpretación de un precepto constitucional. ¿Necesita ser sometido á las Cortes, aunque implique la pérdida de territorios, el tratado de paz? Para *unos* ministeriales, el art. 54 de la Constitución está terminante: “Corresponde al Rey declarar la guerra y hacer y ratificar la paz, dando después cuenta documentada á las Cortes.” Para *otros* ministeriales, no está menos terminante el art. 55 del Código político: “El Rey necesita estar autorizado por una ley especial para enajenar, ceder ó permutar cualquier parte del territorio español.” Será el

tema muy interesante, pero su discusión es ociosa, pues por encima de los preceptos citados se halla este otro de nuestra constitución interna: “El Gobierno hará cuanto le venga en ganas.”

Es una de las ficciones del sistema que las Cortes representan á los ciudadanos, sobre quienes ha gravitado únicamente, hasta ahora, la pesadumbre de la guerra. ¿La declararon las Cortes? ¿La han dirigido? ¿Influyeron poco ó mucho en las determinaciones á ella relativas? No. Las Cortes se han limitado á dar un *bill* de indemnidad al Gobierno por lo mucho malo que había hecho durante el interregno parlamentario, y amplísimas autorizaciones para que siguiera haciendo mangas y capirotos de la fortuna pública y de la sangre nacional. Dijeron amén á todo. Serán culpables de haber abandonado su prerrogativa de crítica y fiscalización: en manera alguna de haber dirigido el desastre, ni influido en su desarrollo.

Aunque la interpretación auténtica de los preceptos constitucionales fuese que las Cortes deben autorizar al Rey, disminuyendo con sus facultades su responsabilidad moral, para que *ceda* la extensísima parte del territorio nacional que se llevarán los yanquis por la razón de ser los más fuertes, sería, pues, injusto rechazar sobre el Parlamento la odiosidad de esa amputación. Quien declaró la guerra, debe hacer y ratificar la paz. Lo que sí incumbe á las Cortes, y faltarían á su deber si no lo hiciesen, es inquirir por qué fuimos llevados á la guerra sin estar preparados para hacerla, por qué ha sido tan mal conducida, y exigir, en su consecuencia, las responsabilidades á que hubiere lugar. Bien ajustadas las cuentas, resultará que los culpables son determinados hombres, y con ellos el régimen que sostuvieron, del cual forman parte esas Cortes que ha tiempo sólo sirven para dar apariencias de legalidad á todos los abusos, errores y torpezas que han puesto á la Nación en trance de muerte. No es necesario desacreditar al Parlamento más de lo que ya lo está, sacrificándolo á conveniencias del Poder ejecutivo: con que cada palo aguante su vela, todos quedarán rotos.

Y esto sí que es de absoluta necesidad, si no hemos de perder algo más de lo que ya está perdido. El vencimiento de España se debe, más que al poder de su enemigo, á que es un país desorganizado. La culpa de quienes, en vez de regirle bien, malgastaron ó destruyeron sus medios de vida y de defensa, no puede apreciarse en conjunto: unos tendrán más parte en ella que otros. Hace falta averiguar la proporción en que cada cual contribuyó al mal, para conocer en qué y cómo ha de ser corregido. Hoy sólo sabemos que las actuales organizaciones políticas deben desaparecer, porque son incapaces para el bien. ¿Y los demás elementos rectores del país? ¿Se los podrá utilizar, enmendados, para la regeneración de España, ó habrá que prescindir de ellos, como de los partidos políticos?

Aunque esto no se discuta, ó no quieran discutirlo los que vienen siendo amos del país, importa dilucidarlo pronto y bien, antes de que la necesidad obligue á hacerlo atropelladamente. Haga y ratifique la paz el Rey, dando después cuenta documentada á las Cortes, como para ello le faculta el art. 54 de la Constitución, ó pida á las Cortes, que no saben negar nada al Gobierno, una ley para satisfacer exigencias del vencedor, el resultado no varía. Pagaremos las consecuencias de la derrota, y tendremos que prepararnos á aprovechar su dura lección, si no queremos desaparecer del número de las naciones. ¿Qué interés puede ponerse enfrente de este interés supremo?

**[“Hágase el milagro”, *Heraldo de Madrid*, 15 de julio de 1898]**

### HÁGASE EL MILAGRO

Ello es digno de la tragedia clásica, lo que dice nuestro estimado y prosáico colega *El Correo*, muezzin de cámara del señor presidente del Consejo: “En vano protestan las oposiciones: no hay salvación. Tal hemos puesto las cosas, que ninguna fuerza humana conseguiría sacarlas de su inercia de muerte. Faltan los medios de defensa. Ni D. Carlos, ni la República, ni la *gente nueva*... ni el lucero del alba, podrían dar de comer á los famélicos soldados de Toral, ni facilitar elementos de resistencia al general Augustín, ni impedir que Watson venga á España.” ¡Estaba escrito! Cuando nuestros políticos se proponen hacerlo mal, dan á la fatalidad quince y raya.



Y no habiendo salvación posible en lo humano, *El Correo* pone junto á su comprometedor confesión, este más comprometedor desafío: “Con vaguedades políticas, con pesimismo sistemáticos y con habilidades periodísticas, no se altera el curso de los sucesos.”

Por espacio de veintitantos años España ha sido feudo de dos oligarquías desapoderadas, que ejercieron el poder sin cortapisas. Tenían el deber de reconstituir el país, cansado de agitaciones infecundas. Para realizar esta obra, todo les fue propicio: paz dilatada, gobernados dóciles, simpatías del extraño, tiempo sobrado. Llega el momento de liquidar, y esos tiranos sólo presentan en su haber las fortunas fácilmente logradas por algunos hábiles, mientras en su deber aparecen estas formidables partidas: la patria desmembrada, la deuda pública acrecida, ningún progreso material producido por gestión de los gobernantes, prostituídas las costumbres públicas; en suma, la decadencia de un pueblo, al cual, después de tan atroz afrenta, le apedrean con este *Inri* inaguantable: “No te salvarás.”

¡Pues no ha de salvarse! Ciertamente que le perdió el exceso de palabras, la superabundancia de “habilidades”, el entregarse al fatalismo; no menos cierto que si por ahí le vino la enfermedad, por el lado contrario hallará el remedio. ¡Buena fuera que España hubiera de entregarse mansamente á quienes, luego de perderla, le dicen que permanezca en tranquilidad suicida, que no se agite, que se deje morir! Sin que tengamos fe en los revolucionarios de la izquierda ni en los de la derecha, creemos que el país se bastará á sí mismo. Pero aunque nos equivocásemos, ¿no sería peor fiarlo todo á quienes se confiesan impotentes para hallar el camino de la salvación? Ningún enfermo se entrega al médico que lo desahucia, sino á quien espera sanarle, y en último término á su propia naturaleza, que en este caso es la inmortal esencia que realizó á principios del siglo, al par que la guerra de la Independencia, un grandioso movimiento de renovación.

Mejor sería hallar las soluciones necesarias por el suave camino del progreso pacífico. ¿Quién duda de que todo lo existente habría desaparecido ya, si alguien se hallase con fuerzas para derribarlo sin interrumpir la vida nacional? Hasta los mismos gobernantes de ahora se alegrarían de que apareciese como por encanto un Sansón que acabase con los males presentes sin derribar las columnas del templo y sin matar... á todos los filisteos. Pero Sansón no surge, acaso por temor de tropezarse con Dalila. A falta de héroes, fuerza será recurrir, por tanto, á quien, si no producirlos, puede darles sustitución con el propio esfuerzo, perseverantemente aplicado.

En esa “aventura” se embarcarían muchos á ojos cerrados, antes que consentir en la iniquidad de que los hombres de hoy, que tanto daño hicieron, continúen su labor desdichada. Lo único inevitable es negarnos á pagar las consecuencias de lo pasado. Bajemos, pues, ante él la cabeza; pero levantémosla para mirar á lo porvenir. Como nadie puede responder de él, no es maravilla que se le tache de vaguedad. Lo que está por nacer no tiene nombre. Mas sea lo que fuera, y llámese como se llama (¡tan necesario es lo nuevo!), venga á hacer el milagro, aunque fuere el diablo en persona, con tal de que nos saque de este pantano, en el cual se declaran perdurablemente atascados los que no supieron evitarlo.

**["Lo permitido", *Heraldo de Madrid*, 16 de julio de 1898]**

LO PERMITIDO

A *La Época*, que dijese anoche como una de las nubes que se levantan en el horizonte tempestuoso de nuestro país es la nube carlista; pero esa nube será aplastada (deshecha) por la suspensión de garantías.

Algo es algo.

También se le permitió á *La Época* reproducir una opinión de Leroy Beaulieu, y anuncia, hablando del veraneo, que sigue muy animado todas las tardes el andén de la estación del Norte.

A *El Siglo Futuro*, reproducir, tomándolo de fotografía publicada por un periódico norteamericano, el boquete hecho en el caso del acorazado yanqui *Texas* por un proyectil de las baterías de Santiago...

Y otra porción de cosas nuevas.

A *El Correo Español*, que ayer, fiesta de San Enrique, celebró sus días el marqués de Cerralbo; que ayer, también, el colega se enteró de haber sido denunciado por partida doble, ó sea dos veces; y que ha llegado la hora de que gritemos: “¡A callar!”.

No puede ser: si callamos, o se oirán los gritos.

A *La Correspondencia Militar*, que haga, como nosotros, competencia á *Blanco y Negro*; que publique un retrato (que no lo es) de D. Eugenio Vallarino; que dé cuenta del movimiento del personal; que diga que el *civilismo* está por el suelo; y que cometa la indiscreción de publicar una carta, ¡y en verso! dirigida á una mujer.

A *El Nacional*, que “dobleemos la cabeza (sin retorcerla al nuevo régimen”; *varias noticias* purísimas, como que van en blanco; el estado de fuerzas americanas que había (según el *Herald*) frente á Santiago de Cuba; los anuncios y los espectáculos (no todos).

A *El Correo*, que, “en previsión de ciertos peligros y para la mayor eficacia de las medidas de gobierno, se acordó suspender las garantías en uno de los últimos Consejos de ministros”; y otras cosas tan “fusionistas” como la anterior, y para variar, la descripción de un fenómeno eléctrico hecha por una revista alemana.

A *La Correspondencia*, que se publique como todos los días.

### **[“Un gran contraste”, *Heraldo de Madrid*, 17 de julio de 1898]**

#### UN GRAN CONTRASTE

Estamos en pleno régimen de dictadura militar. ¿No es eso, Sr. Sagasta? Un volante del capitán general lo supone todo; y el volumen entero de la Constitución tiene tanto valor jurídico y político como un romance de esquina. ¿No es eso, señor presidente del Consejo? Ayer quisieron los socialistas reunirse para defender la paz. —Pero sin hacer la crítica de la guerra —dijéronles las autoridades competentes. Y los socialistas se disolvieron sin discursos. Pretendemos los periódicos servir de eco á la opinión, y no podemos transmitirlo sin que la censura determine el tono y diapason. ¿No es eso, ilustre jefe del partido radical y democrático de la Monarquía?

No discutamos. Dobleemos respetuosamente la cabeza y hagamos acopio de puntos suspensivos...

Pero ya que bajo la levita ciudadana del Sr. Sagasta se produce semejante régimen de fuerza y prevención, bueno será que el país y todo el mundo conozca cómo piensan hombres que llevan espada al cinto y que deberían representar con más títulos y con mayores excusas que el antiguo director de *La Iberia*, aquel de quien O'Donnell decía que era “un demagogo, destinado á morir con los zapatos puestos”.

Nada tan oportuno en este momento como el conocer la opinión de generales jamás conspiradores ni corrompedores de sargentos.

Frente á los procedimientos marciales del Sr. Sagasta coloquemos la doctrina legal, reposada, respetuosa para con el país, sustentada por el general Polavieja.

Este soldado, tan ajeno siempre á toda intriga como á toda ambición política, hasta el punto de no tener hoy asiento ni en el Congreso ni en el Senado, seguiría la guerra ó haría la paz desde el Gobierno —si al Gobierno fuera llamado— pero haría la paz ó seguiría la guerra de este modo: Restablecería inmediatamente las garantías constitucionales;

Dejaría en completa libertad á la opinión y á la prensa de juzgar cuestiones como las presentes, tan de vida ó muerte para el honor y la integridad de España;

Reclamaría el concurso del Parlamento para la ardua obra de nuestra reconstitución nacional;

Libraría, sin pérdida de tiempo, al Ejército de tareas tan extrañas á su noble religión como son las del lápiz rojo y el mantenimiento de la simple policía en las ciudades.

Devolvería á los gobernadores y jueces sus funciones;

Y emplearía, en suma, todas las fuerzas de Gobierno, todos los elementos militares, todas las energías de la opinión en grandes propulsores de nuestra vida, no en expresiones distintas de la vida nacional, luchando y destruyéndose las unas y las otras.

\*

Y poco más ó menos dice el general Weyler: —Si yo fuera encargado del poder pondría al punto en todo su vigor la Constitución del Estado. —Así se expresaba esta mañana hablando con un redactor del HERALDO...

\*

¿Comentario?

Hágalo quien quiera. Los tiempos sólo están para insinuaciones.

**[“Los rabadanes”, *Heraldo de Madrid*, 4 de agosto de 1898]**

#### LOS RABADANES

El Sr. Sagasta tiene un don absolutamente felino: sabe caer. Cuando ya en el alero del tejado lucha con la ley de la gravedad y parece de ella vencido, lánzase, en efecto, al aire, pero, con tal arte, que ni se estrella ni se perjudica. Levántase como si tal cosa, y sigue su marcha riendo de los abismos... La única vez que el Sr. Sagasta cayó con daño de su cuerpo fue en plena llanura. Es lo que él no domina. Para emplear su agilidad maravillosa necesita del precipicio... Así ahora le tenemos en campaña rejuveneciendo todo el arte á que debe su fortuna y su gloria.

Perdido en la opinión, desconcertado, en el mayor de los aislamientos, siendo —y muy justamente— Cristo y Cirineo de su cruz, siéntese el Sagasta de siempre, el de los

saltos mortales, el de las habilidades extremas, y en nombre del Patria busca y encuentra editores responsables de su obra, graciosos cómplices de su culpa.

Ni Silvela ni Tetuán, ni Martíen Campos ni Romero Robledo, ni el mismo Vega de Armijo, cuya única parte en el conflicto internacional está sólo en haber recomendado para la cartera de Estado á un *sportman* distinguido, ¿cuándo ni cómo habían sido por el Sr. Sagasta considerados en sus consejos ni en sus opiniones?

Mayor menosprecio á los hombres políticos, al Parlamento y á la prensa no se ha inferido jamás: primero el estado de sitio, después la clausura de las Cortes, inmediatamente la suspensión de garantías; y, sin embargo, el Sr. Sagasta requiere de pronto luz y movimiento y abre de par en par las puertas de la Presidencia.

¡Venga á mí todo el mundo! —exclama Sagasta parafraseando el “dejad que los niños se acerquen á mí”.

Pero “vengan á mí” cuando ya, desgraciadamente, no hay nada por hacer ni por esperar.

Ese es el triste caso en que pone el presidente del Consejo á los magnates de la política monárquica. Cuanto digan, cuanto hagan, será beneficio líquido para Sagasta. Nada para España. —Allá, en los Estados Unidos, no ha de modificarse cosa alguna porque entren ó salgan y opinen como quieran unos cuantos personajes españoles. Todo está trazado. Todo se encuentra en única y última instancia. De ese modo, entrevistas y discusiones son absolutamente baldías... El mal es irremediable y el bien no está ya al alcance de ninguna mano.

Mas para la impresionabilidad del vulgo, para la confusión posible de responsabilidades, ¿hay cosa mejor ni más segura que el meter á todos los hombres de Gobierno en un saco para que dentro de él queden revueltos los inocentes y los culpables?

No sabemos si el Sr. Silvela y el Sr. Romero —que conocen al Sr. Sagasta— irán á la Presidencia con notario. Sólo con esta garantía se comprende que acepten una cita tan peligrosa.

Pero ni aun así concebimos que un hombre político, ajeno á la catástrofe, se preste al pequeño juego presidencial. “Hay tiempos de burlas y tiempos en que parecen mal las burlas.” Y la del Sr. Sagasta es harto pesada para que resulte tolerable.

Hubiera el Sr. Sagasta confiado en el patriotismo del país, del Parlamento, de los partidos y de la prensa; hubiera hecho la guerra en nombre de todos los españoles y no de sus empleados y de sus familiares; hubiera pedido el concurso moral que sistemáticamente ha rechazado, cuando de tanto pudo servirle, y hoy tendría derecho á nuevos sacrificios y á que le sostuvieran todos los brazos...

Nada de eso ha hecho el jefe del Gobierno; y una dictadura sin grandeza ha traído como inevitable el desastre.

Sufrámoslo, ya que inevitable es; pero supuesto que no hay remedio, no debería nadie incurrir en la debilidad de ser Cirineo de un Cristo que no lo merece.

Con todo, no faltarán los personajes á la cita; la causa personal de Sagasta es la causa de todo el régimen oligárquico en que vivimos. Unos á otros se defienden, y así, además, se cumple la sabiduría popular que tiene escrito: “Junta de rabadanes, oveja muerta.”

**[“Háblese claro”, *Heraldo de Madrid*, 8 de septiembre de 1898]**

**HÁBLESE CLARO**

Aunque la situación excepcional de la prensa no pesase sobre nuestro pensamiento y contuviera nuestra pluma, los frenos de la prudencia nos obligarían hoy á una gran mesura, á una excepcional circunspección.

Los debates mantenidos ayer en ambas Cámaras, el retraimiento de las minorías parlamentarias, la tendencia á que responden los acuerdos del Círculo de la Unión

Mercantil, las impresiones que recogemos por todas partes, nos entristecen como patriotas para quienes la salud de España es el primero y el más estimable de todos los bienes.

Nobles impulsos, legítimos anhelos de justicia podrían fácilmente degenerar en agitaciones peligrosas, si prudentemente no se encauzaran. Las tristezas que uno y otro día despierta la inacabable serie de nuestros recientes infortunios se han condensado en fórmulas que pudieran producir divorcios y antagonismos que á todos interesa evitar.

No era posible que la difusión de los repatriados por toda la Península, al despertar hacia los mártires del deber simpatías que en el transcurso de los tres últimos años venimos siempre estimulando desde las columnas del HERALDO, no suscitasen amargas reflexiones sobre lo que hay de preveible y de remediable en su infortunio.

Para nosotros resulta ahora doblemente desconsolador el acierto en las previsiones, viendo las consecuencias funestísimas de la tenacidad con que fueron desoídas. Repasando la colección de los números del HERALDO de los años 1896 y 1897, apenas se encuentra número en que no procurásemos restablecer la doctrina constitucional de la responsabilidad ministerial en la política y desarrollo de la guerra, y en que no protestásemos contra la corta edad, la insuficiente instrucción y las privaciones del soldado en Cuba; sobre aclimatación, sanatorios, repatriaciones, Juntas de patronato, hemos escrito con insistencia, soportando resignados contradicciones y censuras de los que injustamente nos acusaban de barrenar prestigios que son, á nuestro juicio, indispensables para la vida del Estado. Bien lejos de ello, deseábamos evitar los males del presente y los daños que para un porvenir próximo implicaban errores, negligencias y abusos, á cuya flagelación iban asociados tributos de aplauso para toda acción heroica y aun para todo merecimiento y todo acierto de los jefes de nuestro Ejército y Armada.

Para encauzar á la opinión pública no se la puede avasallar sin que, cuanto más comprimida, explote luego con mayor violencia: hay que ilustrarla y dirigirla sin escatimarle satisfacciones debidas y convenciéndola de su exageración, de su apasionamiento, de la injusticia con que procede extendiendo á todos la responsabilidad de algunos.

Ese era, á nuestro juicio, uno de los primeros deberes del Gobierno y de las Cámaras: al recordárselo hoy, sólo pedimos á los gobernantes y á sus censores que no apelen á los convencionalismos y á las habilidades; porque el alma de España está muy triste muy necesitada de luz de la verdad su conciencia, aunque sin pulso, según el Sr. Silvela, y poseída de irreparable indiferencia, según los órganos ministeriales. Las corrientes subterráneas pueden producir sacudidas peligrosas, y el buen consejo pide que se iluminen y broten á la superficie para que fertilicen en vez de destruir.

Hable el Gobierno, hablen las Cámaras, ya que á nosotros nos está recomendado el silencio; pero hablen para algo más que hacer alarde de retóricos y polemistas: díganle al país con claridad qué parte tiene la fatalidad y cuál otra las responsabilidades, de quien fueren, en esta serie de luctuosas jornadas y porque regresan con el alma dolorida y aún más enferma que el cuerpo, aquellas legiones llenas de juventud y entusiasmo, y despedidas ayer con aclamaciones y vítores, recibidas hoy con lágrimas y luto.



**[“Contra Europa”, *Heraldo de Madrid*, 10 de diciembre de 1898]**

CONTRA EUROPA

Mr. Chamberlain, que á todo trance quiere hacer olvidar sus yerros y sus radicalismos para alcanzar en el aristocrático partido *tory* una consideración y una autoridad y una fuerza que la propia historia le dificulta y le niega, va en sus actividades á extremos de insultante desenvoltura. El ministro inglés, con un desparpajo inusitado, predicó

recientemente primero contra España, después contra Francia y Rusia, y en su lenguaje expresivo ni puso una atenuación cortés ni respetó ninguna conveniencia internacional.

Como si á la importancia de su personalidad parlamentaria no uniera el carácter de influyente y visible miembro del Gobierno inglés, lo mismo amenaza con la guerra, lo mismo se ríe de toda neutralidad, que proclama una alianza con los Estados Unidos para imponer á Europa la voluntad de la raza anglo-sajona.

Mr. Chamberlain no ha elegido esta vez la tribuna, sino la prensa, y en largo artículo, con su firma autorizada, pide á la Unión americana inmediata colaboración para su plan de rebato y conquista.

En realidad, no anda descaminado Mr. Chamberlain al ofrecer como empresa fácil á su raza el imperio sobre el mundo.

Este espectáculo de un ministro organizado sin misterio, —antes con la más grande publicidad— una guerra de universal expoliación, demuestra que la Europa continental merece que se la desconsidere y no está lejos de ayudar por su miedo ó su inconsciencia los proyectos de Mr. Chamberlain.

Es casi seguro que en la historia de Europa no hay un caso como este de Chamberlain. Hasta llegar á una ruptura, siempre han tenido en cuenta los hombres de Estado aquellos respetos que el derecho internacional consagra y las prácticas diplomáticas establecen.

De pueblo á pueblo ha solido entablarse la guerra de pluma, antes que los cañones tomen la palabra. Pero de Gobierno á Gobierno, de ministro á ministro siempre ha sido principio elemental el empleo de ciertas formas de derecho y de ciertas delicadezas de estilo.

La hechura moral de Mr. Chamberlain —hombre de escaso escrúpulo,— ríe de todas esas antiguallas, y por el pronto se sale con la suya.

Francia y Rusia y Alemania mantienen sus representaciones diplomáticas en Londres, y ni de París, ni de San Petersburgo, ni de Berlín, ni de ninguna otra corte europea sale una vigorosa nota capaz de contener las audacias y el lenguaje excesivo de un ministro “sin precedentes.”

No nombremos á España... ¿Cómo podría ser impuesto por nuestra mano un correctivo que no se atreven á aplicar los que pasan por poderosos y fuertes?

Primeras víctimas de la doctrina de Chamberlain, vencidos por la Unión americana y agarrotados por Inglaterra que ha dictado su pusilánime “no intervención” á Europa entera, sería locura revolvernos contra enemigo semejante...

Pero esas otras naciones con ejércitos y escuadras formidables ¿están en la misma situación?

Inglaterra y los Estados Unidos acabarán, no sólo por creerlo, sino por sacar las consecuencias de ello cuando adviertan cómo las llamadas grandes potencias admiten con humilde silencio la provocación de ayer y la amenaza de hoy.

**[“Incomprensible”, *Heraldo de Madrid*, 12 de diciembre de 1898]**

INCOMPRENSIBLE

Puesta la última firma, rasgueada la última rúbrica en el tratado de “paz y amistad” con los Estados Unidos, ¿en qué piensa el Gobierno? ¿En qué piensa el Sr. Sagasta?

Está chorreando sangre el caso de los cautivos españoles en Filipinas, y, sin embargo, al término de las negociaciones diplomáticas continúa aquella horrible situación sin una palabra de esperanza. ¿En qué forma han sido recabados los buenos oficios del Gobierno americano? Lo único que se sabe es que la cautividad persiste con caracteres espantosos. Los prisioneros siguen siendo tratados como bestias de carga. El hambre y los tormentos más duros acaban rápidamente con aquellos infelices hijos de España. Y sucede eso cuando no hay sombra ni peligro alguno de guerra, cuando ya lo mismo el tagalo que el yanqui han liquidado con nosotros todas sus cuentas y han obtenido la satisfacción de sus odios y la realización de sus ambiciones.

Perdidas las colonias, perdidas nuestras escuadras, vencidos y expoliados, ¿ha de consentirse, sin clamar á Dios y sin emplear las últimas energías que nos queden, el sufrimiento y la humillación de diez ó doce mil españoles, esclavos más que prisioneros de Aguinaldo?

Lo único cierto es que hasta ahora el ceder en todo en París no ha significado siquiera un poco de humanidad y de respeto á nuestra desgracia en Filipinas.

Y ese quietismo que se observa en asunto de tan gran raíz en nuestra alma, adviértese después del tratado en cuestión tan grave como el régimen político de prevención en que vivimos.

No una, cien veces ha declarado el Sr. Sagasta, y con él tiénelo dicho igualmente todos sus compañeros, cómo la suspensión de garantías constitucionales correspondíase con el estado excepcional creado por la guerra.

Firmóse el protocolo en Washington y todavía siguió velada la Constitución y el Sr. Sagasta diciendo: —La negociación que va á seguirse es cosa de singular delicadeza; cualquier movimiento irreflexivo, cualquier comentario apasionado podría comprometer el buen éxito de nuestra causa.

Pero el Sr. Sagasta y el Gobierno todo no parecían negarse á lo razonable y á lo justo.

—Cuando se firme el tratado de paz —decían— ya será otra cosa. Entonces la normalidad constitucional quedará estrictamente restablecida.

¡Estrictamente restablecida! En verdad que de eso son las trazas, según lo que continuamos viendo. —La prensa manda sus cuartillas á la censura; los periodistas presos en la cárcel están, por más aldabonazos que hombres políticos y periodistas dan en la puerta de la Presidencia; —el sistema, en fin, de sospecha y arbitrariedad pone plomo á las alas de toda opinión y buena barra de hierro á la boca de toda crítica.

¿Por qué? ¿Cómo? ¿De qué manera? —La justificación, la disculpa de semejante inconsecuencia son imposibles de motivar. —¿Temor a los carlistas? —El Gobierno niega en redondo importancia á cuanto puede laborar el Pretendiente. ¿Inquietud por otros estados de opinión? Ahí está el Congreso de las Cámaras de Comercio. Reúnense en Zaragoza numerosos delegados de las cuarenta y nueve provincias; solemnemente constituyen respetable Asamblea; celébranse las sesiones con público muy nutrido y muy afecto á los congresistas... ¿Y qué? Llegó la clausura del Congreso sin que el menor disturbio hiciera necesaria la intervención, no ya de gobernador ó alcalde, pero ni siquiera

la de un humilde corchete; muy al contrario; pocos días después de disuelta la Asamblea llegaba á Madrid su presidente, el republicano Sr. Paraíso, y con gran reverencia entregaba respetuoso Mensaje á la Reina.

Por parte alguna aparecen señales de uno de esos movimientos que á título de defensa social autorice una concentración del poder público.

Y si —por añadidura— se tiene en cuenta el juicio desfavorable que el régimen excepcional ha merecido á la opinión de Europa, donde no ha podido comprenderse cómo un Gobierno para seguir una guerra en nombre de una nación comienza por poner aparte la nación misma, fácilmente se persuadirá el Sr. Sagasta de que esto no puede continuar, porque además la excepción alcanza los caracteres de un retroceso político y de un cambio de régimen.

Desde la salida del Sr. Gamazo queda el partido liberal formando una agrupación de izquierda pura. Con el Sr. Sagasta apenas si están hoy los antiguos hombres de la derecha, y en cambio persisten en su compañía los representantes históricos de la democracia monárquica.

¿Qué programa podrá la habilidad presentar frente al Sr. Gamazo cuando realmente el Sr. Sagasta aparezca, por la fuerza de las cosas, como cabeza visible de una reacción indefinida y desconsiderada?

El tratado de paz supone una liquidación gravísima de intereses y de cosas: sólo la repatriación plantea un doble problema militar y social; millares de hombres van á encontrarse en medio de la calle con los brazos ociosos y la necesidad despierta; —importantes regiones de España recibirán muy pronto en sus fábricas y en sus mercados el contragolpe de nuestra caída colonial; y para las mil y mil cuestiones que la paz nos ofrece como natural consecuencia de la guerra, ¿será buena política la del silencio y el arbitrio ministerial?

Que la nación colabore en la obra de su restablecimiento es un asunto no sólo de justicia sino de dignidad política para el Sr. Sagasta y de prudencia para todos.

---

## TRANSCRIPCIONES *EL LIBERAL*

[“Palabra cumplida”, *El Liberal*, 1 de enero de 1898]

## PALABRA CUMPLIDA

Hoy jurará el primer gobierno responsable de Cuba.

Han fallado por tanto los vaticinios y las intenciones de muchas gentes que, estimando imposible su formación, deducían de esa supuesta imposibilidad el fracaso inmediato del nuevo régimen.

Están representadas y ponderadas en el ministerio insular de la grande Antilla, todas las fuerzas, ideas y aspiraciones que debían estarlo. Los liberales que en días de prueba arrojaron la cólera de los facciosos y las sospechas de los intransigentes resistiendo á pie firme en la Habana una doble corriente de odios y prestando con ello á la nación inapreciables servicios; los radicales y los emigrados que desconfiaron en un principio de que llegase nunca el tiempo de las justas reparaciones, pero que al reconocer su yerro acudieron patrióticamente á cumplir sus deberes de españoles y de cubanos; los reformistas, cuya iniciativa resuelta y tenaz hizo posible la completa transformación política que ahora se efectúa, y los independientes que dotados de espíritu generoso y amplio, personifican en la actualidad la masa neutra y trabajadora del pueblo antillano de igual manera que la personificaron en aquella memorable demanda colectiva á que se dió el nombre de movimiento económico.

Algunos de los ministros han acreditado en el Parlamento nacional, en el foro y en la prensa, sus excepcionales aptitudes.

Ninguno necesita buscar testimonios de españolismo, porque los que antes no tuvieron ocasión de demostrarlo con sacrificios y actos externos, hartos lo demuestran hoy al aceptar una misión en que se ven lejanos los triunfos, y próximas, muy próximas las responsabilidades.

Por fortuna, son animosos, están habituados á la lucha y al sufrimiento, y llevan consigo dos poderosos auxiliares: el amor á la patria grande y á la pequeña, y el noble deseo de patentizar que son eficaces, salvadoras y prácticas aquellas ideas é instituciones, á cuya defensa consagraron lo mejor de su vida.

Abumadores trabajos y duras contrariedades les esperan en la empresa de conducir el gobierno interior de Cuba hasta la constitución de las primeras Cámaras insulares.

No sólo tropezarán con las infinitas dificultades anejas á la implantación de una legalidad, no sancionada por la experiencia propia, sino que habrán de vencer las resistencias pasivas de un pueblo desventurado que anhela resucitar y vivir, pero á quien apenas si quedan fuerzas para levantarse del surco.

No fracasarán, sin embargo, á poco que su decidida voluntad persevere, porque con ellos estarán para animarles en la buena obra las simpatías y los votos de cuantos amen de veras la paz, la libertad y la justicia.

Ya se encuentra expedito el camino, y no falta más que recorrerlo, sin vacilaciones, sin egoísmos y sin desconfianzas.

De que así sea, nos congratulamos, no como políticos, sino como patriotas.

España, sin el acicate de presiones ajenas, que no hubiera tolerado nunca, ha sabido cumplir su palabra de nación y sus deberes de madre.

**[“Ni optimismos ni desmayos”, *El Liberal*, 13 de enero de 1898]**

NI OPTIMISMOS NI DESMAYOS

Siguen discurriendo los periódicos, cada cual desde su punto de vista, acerca de la cuestión que hoy tiene y que tendrá por largo tiempo mayor interés para España.

Pero ya no hay ni entre los hombres políticos ni en la prensa, quien ose insistir en la mala idea del abandono de Cuba.

Pesimistas y optimistas convienen en que procede esperar á que la realidad proporcione elementos de juicio y garantías de acierto. Y en este terreno, que es el único firme, bien podremos encontrarnos y entendernos todos.

“¿Influye eficaz é inmediatamente la autonomía –dicen los que más combatieron y volverían á combatir nuestras apreciaciones– para producir en Cuba una corriente de opinión tan poderosa que desaparezca la masa neutra, y quede la insurrección por completo aislada? Pues nos felicitaremos del suceso y no regatearemos el aplauso. Pero anteponer que ese régimen no impone nuevos correlativos deberes á aquella isla, y que no es capaz de determinar un estado de derecho en el que disminuyan los sacrificios al par que las responsabilidades de la Metrópoli, será desconocer la índole de aquella gran innovación...”

Véase por donde *La Época*, de cuyo editorial de ayer son las frases anteriores, ha llegado á expresar, casi con idénticas palabras, lo mismo que desde hace seis días venimos nosotros repitiendo.

Lo habíamos afirmado muchas veces, y pusimos especial cuidado en reiterarlo, apenas se supo que estaba formado el primer gobierno responsable de la grande Antilla. Pues la nación ha dado á Cuba cuanto podía darle, ahora le toca á Cuba hacer el resto.

En ese criterio, que mantenemos, se inspiró nuestra salutación á los ministros coloniales y al pueblo leal que iba á empezar, después de tantos fallidos anhelos, á regirse y administrarse por sí mismo.

Y efectivamente, obligados se encuentran uno y otros á procurar el renacimiento moral y material de la isla; á levantar los corazones y los ánimos recuperando la noción casi perdida de las propias fuerzas; á desarmar los rebeldes que con extraviada intención se marcharon en busca de libertades á la manigua y á aislar los irreductibles y los intransigentes, dentro de un estrecho cerco, parecido á los que se emplean en la montería de lobos.

A mayores derechos, mayores deberes.

Por otra parte, dueña Cuba de su presupuesto, de su Arancel y de su trabajo, más dañosos enemigos serán para ella que para España los aventureros que se obstinen en sostener una guerra de incendios, rapiñas y depredaciones.

Claro está que nosotros hemos de ayudarla resueltamente, no sólo por amor, sino porque en ningún caso podemos ni queremos ceder un ápice de nuestra soberanía.

Pero desde luego se sobreentiende que si durante dos años hemos acumulado allí doscientos mil soldados, en lo sucesivo nos bastarán treinta ó cuarenta mil para rematar la empresa. Análoga proporción cabe establecer en punto á los dispendios materiales.

Hablamos así porque tenemos fé, primeramente, en la justicia de nuestra causa, y después, en la virtud de un régimen, calificado de *gran innovación*.



**["El deber de todos", *El Liberal*, 14 de enero de 1898]**

EL DEBER DE TODOS

No hemos de negarlo. No alcanzaríamos ni á engañarnos nosotros mismos si intentáramos quitar gravedad á los tristes sucesos acaecidos en la Habana.

Pero por lo mismo es deber elemental en todos no ayudar con la excitación de las pasiones ó con el abultamiento de los hechos á que el conflicto creado adquiriera mayores proporciones de las que ya reviste.

A las dificultades naturales del problema, á las de una lucha que dura ya tres años y que ha costado tantas vidas á nuestros heroicos soldados, á las de una crisis que paraliza la actividad de todo el cuerpo nacional, no se debe unir la de una nueva contienda civil entre españoles.

Ahora, que con la pacificación de Filipinas, digno coronamiento del bravo esfuerzo de nuestras armas, y con las esperanzas legítimamente puestas por la patria en el éxito de la feliz combinación de la acción militar y de la política en Cuba, comienzan á disiparse muchas de las nebruras amontonadas sobre el horizonte de la vida de España, no sería sensato, no sería patriótico empeñarnos en ver, como anoche un periódico, en los sucesos de la Habana, la reproducción de otros hechos de recuerdo funesto para nuestros vastos dominios en América. Eso no sucederá, porque nuestro ejército es ejército de la patria y es ejército de la libertad, y sus anales gloriosos llenos están de páginas sublimes en que se sacrificó á los más altos ideales, en que salvó á la nación de la anarquía ó del despotismo.

A conjurar ambos peligros contribuirá como nadie el ejército, que ha hecho ya como ley primera de su vida la de no servir interés ninguno de un partido, fundiéndose en el interés único de la patria.

Origen de la cuestión de orden público en la Habana ha sido, según refieren los telegramas, un agravio inferido á oficiales españoles por un periódico que no representa á ninguna de las fuerzas políticas de Cuba. Esas fuerzas, las que viven en el nuevo régimen, no han tenido nunca por órganos, no pueden tenerlos, á los que atacan y ofenden al ejército.

Porque si el ejército es en todo momento y en todo país la más alta y la más pura expresión de la patria, es su alma y su vida frente á una guerra de separación. Da lo que no tiene precio, lo que á nada puede compararse, su sangre, y para darla no resulta más que á su deber, la defensa que de sus derechos y de su soberanía le encomendó la nación. La grandeza de los Estados se ha cifrado en eso, en hacer del amor á su ejército un culto.

Y si hay algún ejército en el mundo que sea acreedor á toda clase de respetos, de simpatías y de entusiasmos, es el ejército español que en Cuba lucha durante tres largos años, sosteniendo una guerra sin ejemplo contra la Naturaleza y contra los insurrectos.

Es necesario decirlo. No puede ser un periódico amparado por ningún partido, un periódico que agravio á los soldados de España.

El que haya sido, cualquiera que sea la filiación que invoque, no puede representar á ningún partido honrado amante de la paz y de España, sino á bando faccioso de los que lucran con el desorden y en sus aguas turbias hallan provechos materiales, y debe ser severa, duramente castigado.

**["La mejor respuesta", *El Liberal*, 15 de enero de 1898]**

LA MEJOR RESPUESTA

Se ha restablecido el orden en la Habana. La perturbación material producida en las calles ha quedado dominada. A dominar la perturbación moral de los espíritus debe encaminarse

ahora todo el esfuerzo de las autoridades de Cuba, ejerciendo una función necesaria, sin la que no hay gobierno viable: la previsión.

Y la previsión consiste en poner un tan fuerte escudo contra los ataques al ejército, representación la más alta de nuestra fuerza jurídica, de nuestro derecho, de nuestra soberanía, que no sean posibles nuevos agravios á la gloriosa institución armada que es la patria misma.

La marea de las pasiones políticas ha comenzado su movimiento natural de descenso y las aguas vuelven á recobrar su nivel ordinario. Lo que importa es reforzar los diques, de suerte que aunque subiera de nuevo la temible marea no pudiera romperlos.

Teníamos razón ayer cuando, al propio tiempo que reconocíamos la gravedad de lo acaecido en la Habana, aconsejábamos á todo el mundo que se detuviera ante un peligro mayor aún que el del motín; el inconsiderado abultamiento de los hechos. No queríamos que esto pudiese aprovechar á nuestros enemigos, no queríamos que pudiera vigorizar poco ni mucho sus ya decaídas fuerzas.

El ejemplo de serenidad que ha dado el capitán general de Cuba no oyendo las instigaciones de los que le demandaban actos de inusitado rigor, es la mejor respuesta dada á los que pretendieron herir con sus algaradas el nuevo régimen colonial. No. El ejército español, que ganó tantas victorias para la libertad española, no es ni quiere ser instrumento de ningún partido ni de ninguna ambición personal; conoce admirablemente sus deberes; no es ni quiere ser ni será sino el ejército de la patria.

Nada podrá convencer tanto en Europa y en América de que nuestra soberanía está asegurada en Cuba como el ver que no hay necesidad de recurrir á la violencia en el castigo. Eso basta con el respeto á la ley por todos, para que bien pronto se borren las huellas de los sucesos de la Habana. Aunque no tuviéramos, que sí lo tenemos, el convencimiento hondísimo de que nada amenaza gravemente la fuerza soberana de nuestro poder indisputable en la gran Antilla, habría que mostrar ante el mundo que no teníamos nada, que abrigamos fé en la eficacia de la libertad y de nuestras concesiones generosas...

Lo que hace falta, lo que pedíamos ayer y volvemos á pedir hoy, es que tanto el capitán general, como el gabinete insular, como nuestro Gobierno, pongan á la institución del ejército al abrigo de todo ataque á sus prestigios y á la religión de su honor. Es preciso que el soldado que va á batirse no deje detrás de sí nada que pueda menguar su fuerza, nada que no sea para alentarle y sostenerle y gritar con él: ¡Viva España!

Garantías excepcionales debe tener en su ministerio, porque excepcionales son sus constantes sacrificios. Si él no regatea su sangre en una de las campañas más difíciles en que pudo verse empeñado un ejército, tampoco hay que regatearle los derechos. Le siguen en sus afanes, en sus marchas, en sus combates todos los corazones españoles; le siguen con entusiasmo, con amor, con fé.

Esto es lo que han hecho y hacen todas las naciones, porque el no hacerlo demostraría negra ingratitud. Cuanto más civilizado es un pueblo más enaltecido está el ejército, que así como para él se pide que esté alejado de las luchas políticas, así es de justicia que éstas no le hieran en su sereno alejamiento de todo lo que pueda impurificarle.

Y restablecido el orden material, dominada como lo estará á poco que en ello se ponga empeño la perturbación moral de los espíritus, dado el ejemplo de la serenidad del pueblo español ante todos los conflictos y contrariedades que le afligen, debe consagrarse todo poder en Cuba á no interrumpir la obra de la paz ansiada.

**[“Expectación”, *El Liberal*, 25 de enero de 1898]**

EXPECTACIÓN

Ayer salió de la Habana para Manzanillo, el gobernador general de Cuba.

Aunque era conocido con mucha anterioridad el propósito, la noticia ha venido á aumentar la expectación que aquí reina, y en la cual entran las inquietudes en proporción muy inferior á las esperanzas.

No va el marqués de Peña Plata á dirigir las operaciones en la parte oriental de la isla, como en un principio se había indicado; su objeto, según dicen los telegramas, se limita á inspeccionar el ejército y á vigorizar en aquellas comarcas el espíritu público. Su ausencia de la Habana no durará, por tanto, más que algunos días.

Sencilísimo es el hecho, pero la opinión, aceptando rumores y versiones que cada vez toman mayor incremento, se obstina en atribuirle extraordinaria importancia.

Hemos combatido siempre los pesimismos infundados, y por igual razón nos abstenemos ahora de compartir optimismos que no se fundan en una base cierta.

Peligrosa es la impresionabilidad que todo lo contempla obscuro; pero no lo es menos la que lo vé todo de color de rosa.

Entre el punto extremo donde se colocaban aquellos á cuyo entender había de prolongarse indefinidamente la campaña de Cuba, y el que eligen hoy aquellos otros para quienes la total pacificación es obra de cortas semanas, existe un justo medio, del cual no debemos apartarnos en evitación de desagradables sorpresas.

Eso no obsta para que haya derecho á sacar de la expedición del general Blanco dos favorables deducciones.

Cuando el experto militar y avisado político se decide á emprender su viaje á Oriente, señal es de que la tranquilidad y el orden no corren peligro alguno en la Habana.

Señal es también de que no le preocupa ni debe preocupar á nadie la probable visita á aquel puerto de cualquier buque americano, de los que se hallan practicando ejercicios en los cayos de las Tortugas.

Cabe suponer asimismo que, al emprender en tales circunstancias su visita de inspección á las provincias orientales, lleva la semiseguridad de recabar ventajas y provechos para la soberanía española.

Confiamos en su pericia y sigamos con vivo interés sus pasos; mas guardémonos de forjar ilusiones desmedidas, cuyo malogro podría determinar una peligrosa depresión en la confianza pública.

Sabiendo como sabemos que militan con nosotros la lógica, la razón y la justicia, ni debemos perder la calma, porque se retarde un poco el definitivo triunfo, ni estamos en el caso de reclamar éxitos que por instantáneos parezcan milagrosos.

Es muy crítico el momento actual, é importa más que nunca que nos mantengamos serenos, preparados á todo y dueños de nosotros mismos.

No hay duda que la insurrección toca á su término, y tampoco parece haberla de las intenciones relativamente amistosas del gobierno de Washington.

Pero cualquier ligereza puede comprometer por uno ú otro lado las ganancias ya conseguidas.

Ardientemente deseamos que el general Blanco logre pronto y con todo el fruto posible el fin que se ha propuesto, para que vuelva con prestigios todavía mayores á la capital de Cuba.

Allí recibirá como convenga á los buques americanos, si acaso alguno separándose momentáneamente de la escuadra del Norte va á cambiar amigables saludos con nuestra bandera.

Porque aunque nada tenga de particular la visita de las naves de una nación con la cual andamos en tratos mercantiles, bien será que esté en la Habana nuestro más alto representante, para hacer los honores á los marinos extranjeros y para enseñarles que la grande Antilla, ya casi redimida por nuestras armas y por nuestra magnanimidad de los horrores de la guerra, ni puede ni quiere dejar de ser eternamente española.

**[“La visita del Maine”, *El Liberal*, 26 de enero de 1898]**

## LA VISITA DEL MAINE

Antes de lo que se creía ha entrado en la Habana el *Maine*, que ayer cambió los saludos de ordenanza con las baterías del puerto.

La presencia en aquellas aguas del buque norteamericano, no ha producido más que curiosidad en el público.

A juzgar por los telegramas de nuestro corresponsal, se aprecia allí la significación de la visita del propio modo que aquí la ha interpretado el Gobierno.

Créese que en vez de ser un aviso ó un acto de encubierta hostilidad, es una muestra de deferencia con que se acredita la cordialidad de relaciones existente entre España y los Estados Unidos.

Muchos nos alegramos de ello, y más aún de la correcta actitud con que el pueblo de la Habana, para atender á los deberes de la cortesía internacional, ha prescindido de sus justificados recelos.

Examinado á sangre fría el caso de que el *Maine* se haya destacado de la escuadra que opera en las Tortugas para tributarnos amistosos cumplimientos, no cabe atribuirle atención malévolá ni siquiera mortificante.

Tan sólo puede haber dudas en lo que toca á la oportunidad del momento.

De cualquier modo nada implica de amenazador ni de molesto la visita de un buque suelto, que si bien pertenece á la división de acorazados, no tiene más que muy mediano poder ofensivo.

Parece que nuestro Gobierno, en justa correspondencia á la atención, se dispone á enviar un crucero á los puertos norteamericanos.

Y sea del género que fuere la reciprocidad, consideramos digno de elogio ese acuerdo. Tan poco holgará que vaya á la Habana alguno de nuestros acorazados, para que, cuando se repita el caso, haga debidamente los honores.

El comandante del *Maine* ha prohibido que la tripulación saliese á tierra, deseoso de no dar margen á querellas harto comunes entre la gente de mar, y evitar el contagio de la fiebre amarilla.

Discretísima es la precaución, aunque innecesaria en lo concerniente á posibles disturbios. Ni los españoles habían de faltar á las prescripciones de la hospitalidad y la hidalguía, ni los americanos habían de incurrir en desatinadas provocaciones.

Sin necesidad de desembarcar, podrán ver nuestros huéspedes que la capital de Cuba está perfectamente desatendida, y que se halla á cubierto de todo golpe de mano.

Sus baterías darían cuenta sin dificultad de las escuadras que pretendiesen forzar y dominar el puerto.

Se enterarán también los tripulantes del *Maine*, de que el dominio de España está asegurado en la isla, por la voluntad de los naturales, por el poder de nuestras armas, y por la virtud de nuestro indiscutible derecho; advertirán que la insurrección agoniza bajo



el odio de los verdaderos cubanos y bajo el pie de los soldados españoles, y se llevarán el fundado convencimiento de que aquella hermosa región no ha renegado ni renegará jamás de su origen.

[“Una contrariedad”, *El Liberal*, 11 de febrero de 1898]

## UNA CONTRARIEDAD

Es para nosotros inexplicable la ligereza que se supone cometida por un diplomático tan avisado como el señor Dupuy de Lome

Los telegramas de nuestro corresponsal, publicados en el número de ayer, nos hicieron entender desde el principio que no había dudas respecto á la autenticidad del documento atribuído al ministro español en Washington; pero ni ayer ni hoy nos parece concebible que haya confiado á una carta ordinaria cierto género de apreciaciones quien conoce á fondo, por haberlas frustrado muchas veces, las malas artes de los filibusteros residentes en los Estados Unidos.

Por tal razón nos abstenemos de juzgar el hecho, hasta tanto que nos sea conocido en todos sus detalles.

Omitimos de igual modo las censuras que merecen por su villana acción los que secuestraron en Cayo Hueso ó en la Habana la carta dirigida al Sr. Canalejas.

Obligación es de la diplomacia moderna prevenirse contra esas villanías que por desgracia están muy en uso en América y en Europa. La enorme perturbación que estos días sufre la República vecina debe su origen á documentos que en provecho del gobierno ó del Estado Mayor francés fueron criminalmente sustraídos de la embajada alemana.

En lo que á nuestro asunto importa, bastará, por de contado, examinar y pesar las consecuencias.

No ha pasado de ser una contrariedad lo que pudo, según ayer indicábamos, tomar proporciones de conflicto.

Hay dos versiones acerca de la conducta observada por el gobierno de Washington.

Con arreglo á la primera, Mr. Mac Kinley y Mr. Day, estimaron que una carta particular no afectaba en modo alguno á las buenas relaciones existentes entre ambas potencias; razón por la cual solamente procedía enviar copia á Mr. Woodford á fin de que éste la presentase al Sr. Gullón, y dejar al Gobierno español en plena libertad para resolver el litigio.

Nuestros telegramas contienen indicaciones distintas, á juzgar por las cuales, Mr. Woodford recibió órdenes del departamento de Estado para pedir al gabinete de Madrid el relevo del señor Dupuy de Lome.

La dimisión de este digno funcionario, reiterada con oportuna insistencia, y aceptada por el Gobierno español con espíritu de recta justicia, ha conjurado en pocas horas el riesgo de una complicación que hubiera sido muy molesta, no tanto por lo peligrosa como por lo mal planteada.

No creemos, pese á lo dicho por nuestro corresponsal, que la petición en forma haya existido, y menos aún que se haya insinuado ninguna clase de exigencias; pero de

cualquier modo, es lo cierto que antes de sobrevenir excitaciones extrañas, hemos resuelto la dificultad *motu proprio*.

Bien pudiera maravillarnos la extremada susceptibilidad del gobierno americano, que se alborota y se alarma ante el contenido de una carta particular, hurtada de vil manera. Y á fé que si en España se criasen gentes capaces de tales robos, cosas infinitamente mayores hubiéramos llegado á sorprender en la correspondencia oficial y privada del celeberrimo Mr. Taylor.

Mas no queremos perder el tiempo en comparaciones.

Lo único interesante es que por esta vez han fracasado también las cobardes maniobras de los filibusteros, que contaban acaso con una ruptura.

Queda tan sólo una contrariedad, á cuya atenuación debe acudir inmediatamente el Gobierno, reemplazando con persona discreta y perita al señor Dupuy de Lome.

Si el ministro que vaya á Washington no conoce bien la política, las costumbres y la lengua de aquel país, si no domina por completo los antecedentes de la cuestión magna que se litiga entre las dos potencias, si no está identificado con el criterio del Gobierno y con las aspiraciones de la nación en lo relativo á los problemas de Cuba, y si ignora las malicias y las artimañas en que son maestros nuestros enemigos más ó menos declarados, ya que no experimentemos algún grave tropiezo, perderemos un tiempo precioso.

Y el tiempo, en las críticas circunstancias actuales, además de ser oro, es sangre y es vida.

[“Solución probable”, *El Liberal*, 16 de febrero de 1898]

## SOLUCIÓN PROBABLE

*El Correo*, en un artículo que parece de origen autorizado, plantea la cuestión Dupuy de Lome en términos de los cuales se deduce cuál va á ser la respuesta de nuestro Gobierno á la Nota de los Estados Unidos.

El ministerio español se encuentra, según la versión indicada, en el caso de un hombre de honor sobre quien pesa una acusación de deslealtad y falsía, hecha por uno de sus representantes más caracterizados. Y ó ha de creerse que los ministros, por el hecho de serlo, dejan de ser caballeros que estiman como los demás las leyes del honor, ó su conducta no puede ser más que una: la de condenar la del Sr. Dupuy en cuanto se refiere á Mr. Mac Kinley.

En lo que atañe á la imputación de falsedad, mala fé y doble juego, procede hacer constar una indignada protesta, y declarar que, en la doble ofensa, la inferida por el Sr. Dupuy de Lome al Gobierno español es mucho más grave que la que afecta al presidente de los Estados Unidos.

Despojemos (sigue hablando *El Correo*) de su carácter oficial á las personas que en este incidente figuran; quédense las injurias como sufridas ó vertidas entre particulares; pregúntese á cualquier hombre desapasionado cuál sería su resolución, y aceptaremos la respuesta que dé como la única posible.

De la injuria á Mr. Mac Kinley protestamos y nos dolemos; de la imputación al Gobierno español protestamos y la rechazamos.

El ministro de Estado y el general Woodford no tiene nada que hacer como representantes de dos países; su misión es la de satisfacer el mutuo honor ofendido, para alejar de un lado la sospecha de la falsía y del otro la sombra de la injuria...

Hasta aquí la tesis de *El Correo*. Y ahora unos cuantos renglones para manifestar que no nos parece admisible.

El criterio por que se sigue el honor individual, no es aplicable al honor colectivo puesto en manos de los gobiernos, y menos aún al orden establecido en las relaciones internacionales.

Si lo fuera, más de diez y de cien veces, al oír lo que se ha dicho en el Congreso de Washington y al leer lo que ha escrito Mr Taylor, hubieran roto por todos nuestros gobernantes, acordándose de que, primero que ministros, eran caballeros y españoles.

Las responsabilidades del poder quitan al que lo ejerce el derecho de juzgar con arreglo á las prácticas seguidas en la vida social por los demás individuos, y le obligan á obrar como á los intereses ó á los prestigios nacionales conviene.

No se resuelven los conflictos y dificultades que afectan á un pueblo en su dignidad ó en su derecho del mismo modo que aquellos que surgen entre particulares.

He ahí por qué en la presente ocasión el ministro de Estado y el general Woodford no son ni pueden ser otra cosa que el representante de España y el representante de los Estados Unidos.

A mayor abundamiento y aun puesto el litigio en el terreno del honor personal, donde no cabe por su esencia ni por su forma, sería recusable el procedimiento de una de las partes, la cual, para querellarse del agravio recibido, se vale de una carta que no puede figurar ni en actas ni en juicios, ni en protocolos, lo primero, porque no estaba destinada á la publicidad, y lo segundo, porque fue robada á su legítimo dueño.

No tenemos el propósito de envenenar el asunto, y entendemos que ni siquiera es lícito ahondarlo, ante la perspectiva de complicaciones muy abonadas para suscitar conflictos.

Pero en conciencia, estimamos que España ha hecho todo lo que podía y debía hacer, y que no existe motivo suficiente para transigir con desmedidas é inoportunas susceptibilidades.

Fieles á la norma de conducta que en lo tocante á la guerra y á las cuestiones internacionales venimos observando desde 1895, no queremos esgrimir como arma de oposición una de doble filo, que tal vez heriría á la patria antes de herir al Gobierno.

Debemos, sin embargo, advertir á los que hoy transijan en evitación de daños mayores, que no por resolver de manera harto conciliadora el actual incidente, evitarán que sobrevengan muy luego otros análogos.

Apliquen, comprendiéndolo así, todos los medios y fuerzas de que dispongan á acelerar la pacificación de Cuba.

Mientras aliente la rebeldía, subsistirá el riesgo inminente de las complicaciones exteriores.

Y ese riesgo, que hasta ahora ha ido agravándose por años, se agravará en adelante por meses y por días.

[“Día de tregua”, *El Liberal*, 17 de febrero de 1898]

## DÍA DE TREGUA

En presencia de una catástrofe como la ocurrida anteayer en la bahía de la Habana, reivindica la humanidad sus imprescindibles fueros y acalla la política sus circunstanciales rencores.

Todo gran infortunio hace comprender á los pueblos, divididos por enemistades ó emulaciones, que son miembros de una misma familia: de la familia obligada á luchar desde el nacimiento hasta la muerte con las fuerzas naturales, y condenada á pagar en sudor, en sangre y en lágrimas su derecho de tránsito por el mundo.

Abierta siempre á esa generosa solidaridad ha estado el alma española. Y ahora también lo está sin distinciones y sin reservas.

Nuestra hidalga nación, al contemplar con tristeza las víctimas y los destrozos causados por la voladura del *Maine*, no se acuerda para nada de sus desavenencias con los Estados Unidos.

Mañana volverá á defender contra todo y contra todos lo que es legítimamente suyo.

Hoy no siente más que leal y sincera conmiseración ante la inmensa desgracia.

Prueba de ello ofrecen los telegramas que comienzan á llegar de provincias.

España toda, respetando el dolor ajeno, se envanece del noble heroísmo con que nuestros marinos, soldados y bomberos, acudieron, no bien oída la explosión, en auxilio del buque norteamericano.

A riesgo de la vida propia, rescataron las de muchos infortunados que estaban á punto de sucumbir entre el mar y el fuego: arrebataron los cadáveres á la voracidad de los tiburones, y no cesaron en la peligrosa tentativa de salvamento, hasta que el *Maine*, despedazado é incendiado, se fue á pique.

Bien hayan los españoles que de tal modo han sabido interpretar los sentimientos y honrar las tradiciones de España.

Horas antes de que sucediese el desastre, aquel buque representaba para ellos, cuando no un enemigo declarado, un testigo impertinente y un huésped sospechoso.

Después de la voladura, nadie reparó en la intención ni en la bandera. Desvanecidos al punto los recelos de hostilidad ó de malevolencia, los extranjeros se transformaron en prójimos, y los intrusos se convirtieron en hermanos.

Las autoridades, la marinería, la guarnición y el vecindario de la Habana han procedido en esta triste ocasión de manera que nos satisface y nos enorgullece.

Reciban nuestro ardoroso parabién y acepten nuestro sincero pésame el pueblo de los Estados Unidos.

Los tripulantes del *Maine* que han sobrevivido al desastre, encontrarán leal hospitalidad en la capital de Cuba. Los que han perecido en él tendrán respetada sepultura en aquella tierra y en aquellas aguas siempre españolas.

No sabemos lo que sucederá mañana, y dispuestos á todo nos hallarán las eventualidades de lo porvenir, sean como fueren.

Hoy pasamos la espada, que se nos obliga á tener desnuda, á la mano izquierda, y tendemos la derecha, no á los que nos agravian, sino á los que lloran.

**[“Deberes de humanidad”, *El Liberal*, 18 de febrero de 1898]**

#### DEBERES DE HUMANIDAD

Las pérfidas insinuaciones echadas á rolar por algunos periódicos americanos, respecto de las causas que hayan podido originar la voladura del Maine, no nos han maravillado ni nos han dolido.

Con eso contábamos.

Aparte de la tensión nerviosa que reina en los Estados Unidos de igual manera que en España, hay allí, para todo lo que concierne á Cuba, un depósito de fermentos extraños, de ásperos apetitos y de malas pasiones, en el cual necesariamente tenía que germinar y desarrollarse las más viles sospechas.

Tampoco nos cogió de nuevas, aunque el hecho revestía mayor gravedad, la ligereza con que dos ó tres miembros de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, se adelantaron á expresar dudas y formular reticencias, no por absurdas menos ofensivas.

Afortunadamente –no para nosotros, sino para el buen nombre del país de Jorge Washington- la prensa á que aludimos ha desistido de patrocinar injuriosas especies, y el gobierno, manifestando que juzgaba casual la catástrofe, ha desautorizado las frases de aquellos impertinentes legisladores.

De ello nos alegramos; pero, modificadas ó no las primeras impresiones, idéntica hubiera sido nuestra conducta.

Ni hubiéramos hecho nada que se pareciese á una defensa.

Ni hubiéramos imputado ninguna responsabilidad á la legítima representación, y menos aún al verdadero pueblo de los Estados Unidos.

Agradecemos ahora la probidad con que la mayoría de la opinión americana demuestra conocer y apreciar nuestros sentimientos. Ni ahora ni mañana nos cuidaremos de lo que invente y diga una minoría que ha de seguir, sin duda, desconociéndonos é injuriándonos.

Una sola cosa debemos advertir para uso de los ignorantes y de los agiotistas que andan allá asociados con los filibusteros.

La nación española, al deplorar con el alma la catástrofe del *Maine*; los marinos, soldados y bomberos de la Habana al exponer su vida para salvar á los que estaban á punto de perderla; el vecindario en masa de la capital de Cuba acudiendo respetuoso y conmovido al entierro de las víctimas; el gobierno central y el insular, al enviar testimonios de afectuoso pésame al de Washington; los periódicos, con sus manifestaciones de no fingido duelo, y las gentes todas de la Península al dar por un momento al olvido querellas y agravios que de tiempo acá las apasionan, han obrado así porque así se lo dictaba el corazón; no para halagar á nadie, ni para imponer á nadie ninguna clase de agradecimiento.



Sépanlo los que simpatizan con nuestros adversarios, y los que lastiman nuestra honra, además de minar, encubierta ó declaradamente, nuestra soberanía.

Nada tienen que pagarnos. No han contraído con nosotros obligación alguna.

España, al tender la mano á las víctimas de un fortuíto desastre, y al saludar con respeto á otra nación castigada por el infortunio, no ha hecho más que satisfacerse y honrarse á sí misma.

Remediado en cuanto sea posible el daño, curados los heridos y sepultados los muertos, cada cual volverá a emprender el camino á donde el honor y el deber le llamen.

[“Vaivenes de la opinión”, *El Liberal*, 22 de febrero de 1898]

#### VAIVENES DE LA OPINIÓN

Podrá suceder que hayan vuelto á atirantarse nuestras relaciones con las América del Norte, y que, según las negras noticias de ayer, estén las cosas peor de lo que estaban: pero ningún dato positivo ha venido por ahora á justificar semejantes recelos.

Una recíproca cordialidad informa en la Habana los tratos del gobierno general con el cónsul Mr. Lee, y en Washington los del subsecretario Mr. Day con nuestro encargado de Negocios.

Ha tenido el acogimiento que era de esperar el acorazado *Vizcaya*, el cual, en vez de salir de Nueva York en el plazo de horas que se indicaba, no lo hará sino después de cumplir los deberes de cortesía internacional para que fué enviado al primer puerto de los Estados Unidos.

De la investigación que se está efectuando por buzos americanos y españoles, llegan noticias confirmatorias de que fue casual la voladura del Maine.

Y nada se sabe que preste valor á ningún otro de los rumores acogidos ayer por cierta parte del público impresionable.

Resulta, pues, que lo único nuevo é interesante de estos últimos días, es un artículo muy sentido y muy noble, que ha visto la luz en el *New York Herald* del sábado 19.

A continuación lo traducimos, en primer lugar para agradecerlo, y luego, porque la opinión del referido periódico ha sido siempre reflejo de una parte grandísima de la opinión americana.

Dice así:

“Nunca –dice- el hidalgo y generoso carácter del pueblo español se ha revelado tan bien como ahora, con motivo del inmenso dolor causado al pueblo de los Estados Unidos por la catástrofe del Maine.

Todos los sentimientos de hostilidad y animosidad, han sido olvidados entre una manifestación universal de simpatía.

Estas manifestaciones y las conmovedoras honras fúnebres tributadas en la Habana á los restos de nuestros marinos, contribuirán seguramente á fortalecer los lazos de amistad entre España y América, á remover toda causa de discordia y á facilitar una paz duradera en Cuba.

Así podrá el espantoso infortunio que ha desolado tantos hogares americanos, determinar un efecto reparador que atenúa la magnitud de la desdicha.

El de evitar desolaciones mucho mayores, conjurando los peligros de la guerra.”

Muy de agradecer son esos votos y muy de esperar que se confirmen.

En realidad, ni España ni la América del Norte desean un rompimiento, harto convencidas de que, siendo el triunfo de una de las dos dudoso, sería cierto y terrible el mutuo daño.

Únicamente aprovecharía el rompimiento á los separatistas de Cuba, ó mejor todavía, á los aventureros y traficantes que en Cuba y fuera de ella especulan con el separatismo.

Muy en su punto están las discretas previsiones; no el sistema de gritar continuamente ¡al arma!, ni el de querer inducirnos al sostenimiento de una paz armada, que sería para la nación tan abrumadora y aflictiva como una guerra.

**[“Callar y obrar”, *El Liberal*, 10 de marzo de 1898]**

## CALLAR Y OBRAR

Seguimos pensando lo que reiteradamente hemos dicho acerca de las probabilidades de una guerra exterior y del modo de prepararse España, á cartas vistas, para arrostrar ó provocar sus efectos.

No hemos influído, no influiremos nunca con estímulos ó reparos igualmente nocivos, ni en la exaltación ni en el decaimiento de los ánimos.

Amamos la paz, que es el bien y la justicia para todos, la deseamos y tenemos confianza en ella; pero nos abstendremos de comprarla y más aún de solicitarla por medios indignos.

Abominamos de la guerra, que es para todos la desolación, la arbitrariedad y el desastre; pero ni la tememos ni dejaremos de aceptarla cuando así lo pida la honra.

Esta debe ser, á nuestro humilde juicio, la regla de conducta en que se inspire la opinión para salir con bien de las dificultades actuales, no tan árduas por el riesgo positivo que entrañen como por la dudosa obscuridad en que aparecen envueltas.

Son prematuras, excesivas é infundadas las alarmas de los que creen inminente é inevitable el choque.

Carece de sentido común la actitud de las gentes irreflexivas que desean precipitarlo.

Conviene, por tanto, suspender ciertas campañas, muy generosas, pero no muy discretas, cuyo primer resultado ha sido que la Cámara de Washington votase anteayer por unanimidad un crédito de cincuenta millones de duros.

Sin acabar de prepararnos nosotros, hemos dado margen con la manifestación pública de nuestros intentos, á que se armasen de pies á cabeza los que mañana podrán ser nuestros enemigos.

Entienden en eso los que tienen obligación y responsabilidad, y limitémonos los demás á permanecer en vela, dejando á cada cual lo suyo.

Lo que ahora procede es que recobremos la serenidad, condición propia de los hombres de verdadero valor en presencia del peligro, y que nos curemos, siquiera por una vez, de nuestra habitual incontinencia de juicio y de palabra.

No creemos en conciencia que esté para caer sobre nosotros un abrumador conflicto, pero sí creemos que la ocasión no es de las más adecuadas para una guerra de pluma.

Los que á cada paso invocan en ampulosas arengas los recuerdos de Pavía, Lepanto, Trafalgar y Bailén, obrarán con cordura reservando para más adelante la retórica, y acordándose de que lo característico de nuestra raza fue la sobriedad en las frases y la abundancia en los hechos.

Según noticias de ayer, el gobierno americano ha pedido y alcanzado considerables recursos, no para lanzarse á temerarias empresas, sino para acallar la impaciencia de una gran parte del país que recelaba posibles agresiones.

Sea de ello lo que fuere, mientras en Washington se hable de paz, no hay para qué nosotros hablemos en diverso sentido.

Trabajen, entre tanto, vigilen, y adopten las prevenciones necesarias los que deben hacerlo, y concretémonos, los que estamos libres de tamaña responsabilidad á prestar ayuda ó por lo menos á no servir de estorbo.

[“Compás de espera”, *El Liberal*, 18 de marzo de 1898]

#### COMPÁS DE ESPERA

Contra lo que era de esperar, después de ciertos anuncios de no sabemos qué funestas noticias, en París y en Madrid se han cotizado en alza nuestros valores.

Aunque con ello gana el crédito, no tendría importancia el hecho si no hubiera ocurrido después de los indicados anuncios.

Cuando se habla de un daño grande, y el que lo conoce, absteniéndose por unas ú otras razones de decir en qué consiste, se limita á dar testimonio de su existencia, la imaginación del público encuentra terreno libre para suponer lo más malo.

Así y todo, acabó con impresiones favorables el día que había comenzado bajo tan negros auspicios.

Locura fuera buscar elementos de juicio en las alternativas de la Bolsa, determinadas sin causa y sin lógica las más de las veces, pero no cabe negar que en las ocasiones críticas tienen esas alternativas un valor sintomático.

¿Qué ha pasado para que, en medio de la depresión reinante, se ofrezca á la opinión ese respiro?

No lo sabemos.

Hay que descartar el supuesto de que el informe de la Comisión americana declare producida por un accidente interior la voladura del Maine, pues todos los indicios convienen en que el dictamen, si no es enteramente contrario, será cuando menos ambiguo.

No queda, por tanto, más que una hipótesis.

La de que haya pesado mucho en el ánimo del gabinete de Washington la simpatía que muestran á España, ya que no los gobiernos, los periódicos de Europa.

Con el alma agradecemos tales estímulos; pero aun en eso conviene interponer algunos reparos.

La prensa extranjera, y en particular la inglesa, comenta y acoge la probabilidad de que Francia, Austria y Rusia ofrezcan su mediación á la América del Norte y á España para resolver el conflicto.

E importa adelantarse á advertir que no hay caso ni materia para una mediación en la controversia, bastante irregular, que desde fines de 1895 sostienen ambas potencias.

Si estuviera en litigio la soberanía territorial de alguna de las dos, si una de ellas hubiera agredido de hecho ó negado un desagravio justo á la otra, sería admisible que un

gobierno extraño ofreciese sus buenos oficios, y hasta que hiciese valer su autoridad y su influencia moral, para evitar una ruptura.

Pero nada de eso sucede.

España trabaja y actúa dentro de su territorio; no ha lesionado la dignidad ni la soberanía de nadie, y si algún desacierto ha cometido, ese consiste tan sólo en haber dado algunas respuestas corteses á quien no se hallaba, en rigor, facultado para dirigirle preguntas.

No está, pues, en el caso de aceptar mediaciones, para las cuales falta la primera materia.

El espíritu de conciliación y moderación que debe animar la política de los gobiernos, y que nosotros constantemente recomendamos, no puede obligarlos á renunciar sus derechos ciertos ni á tolerar procedimientos inconvenientes ó injuriosos.

Nada haremos que se asemeje á provocación; pero si dentro de nuestra casa somos agredidos, ó si acontece que alguien pretenda gobernarla contra nuestra libérrima voluntad, nos opondremos á lo uno y á lo otro con todas nuestras fuerzas que no son á Dios gracias, tan livianas como imaginan algunos.

De igual manera nos negaremos á solicitar oficios intermediarios para atender á cualquiera de las dos indicadas contingencias.

No se lanzará á la guerra Mr. Mac Kinley por mucho que le espoleen los laborantes, los exaltados y los agiotistas. Sabe demasiado bien, como hombre de reflexión y de estudio, que la guerra no es nunca más que un medio de restablecer entre dos Estados el orden jurídico y la autoridad del derecho común á que se ajustaban durante la paz sus relaciones. Y el orden jurídico y la autoridad de derecho común establecían antes, establecen hoy y establecerán mañana la perfecta soberanía de España en sus dos colonias del mar de las Antillas.

Si, a pesar de todo, se deja arrastrar á vías de hecho, é incurre en una agresión injusta, sobre los Estados Unidos caerá íntegra la responsabilidad de lo que suceda.

**[“La gestión de Blanco”, *El Liberal*, 23 de marzo de 1898]**

## LA GESTIÓN DE BLANCO

Es digna de elogio la gestión del general Blanco como jefe del ejército en operaciones como gobernador de la isla y como representante de España en Cuba en todas las incidencias del conflicto con los Estados Unidos, que necesariamente han de gravitar, en primer término, sobre el territorio que es objeto de la contienda.

El general Blanco, acreditando una vez más en esa guerra difícil, una de las más difíciles que haya podido sostener jamás nación alguna, sus grandes condiciones de organizador, ha sabido convertir en útiles unidades de combate las fuerzas ya muy mermadas de un ejército poderoso, enviado pródigamente por la patria á luchar con el enemigo y á luchar también con el clima; pero de ningún modo con errores y deficiencias á la administración imputables, que era posible remediar, y á las cuales se está procurando remedio.

Ni aun en las épocas en que más predominaba la acción militar con exclusión de toda acción política; ni aun en los tiempos en que se confiaba al solo esfuerzo de las armas la pacificación de Cuba, hubo tanta actividad y tan bien encaminada en las operaciones.

De esa actividad depende el que los insurrectos que no vean en el nuevo régimen autonómico el gobierno propio de Cuba y el único posible en condiciones de viabilidad, se sometan por la fuerza, ya que no quieran someterse á la virtud de un sistema que acepta el país.

Pero, además, el general Blanco ha demostrado hasta ahora las altas condiciones de mando que posee y el tacto con que sabe alentar el desarrollo de un régimen que empieza en medio de las mayores dificultades, manteniéndose en una prudente neutralidad en todas las cuestiones que son de la incumbencia del gobierno local y que son atributos de la autonomía que en nada merman, sino antes bien, afirman el soberano dominio de España.

A esas cualidades de jefe activo y director inteligente del ejército en operaciones y gobernador hábil, prudente para todos y no para un partido une las que aún valen más, las de representante supremo de España en Cuba, que defiende del modo más enérgico, pero también menos ocasionado á peligros, las muy espinosas relaciones de la colonia en guerra con el vecino molesto que en toda ocasión busca querrela y en toda querrela motivos de ruptura.

Al cuidado del capitán general, gobernador de la isla, están todas esas múltiples y complicadas gestiones: la militar, la política y hasta la internacional, y en ninguna de ellas podrá hallar éxito completo ni le será exigible responsabilidad por no hallarlo, si á los obstáculos naturales del tremendo conflicto se añaden los que le creen los que más interesados deben estar en limpiarle el camino de dificultades.



El que representa nuestra bandera en Cuba, y también nuestro honor y nuestra victoria definitiva, tiene que verse libre y desembarazado de todo género de tropiezos en que se malgasten inútilmente sus fuerzas, que necesita ciertamente para más altos empeños.

Hacer reflejar en él y á costa de su autoridad, que debe permanecer inmaculada, todas las faltas, que bien pudieran ser graves, de una serie de impurezas, restos de un régimen muerto, de las que aun no aparecen curados los que aquí y allí tienen el deber de implantar lealmente la autonomía, es una torpeza insigne, imperdonable de por sí, y además dañosísima á nuestra causa, que en el último extremo se sintetiza en el que es el lazo supremo de unión entre la Metrópoli y la colonia.

Esa gestión del general Blanco no tendrá eficacia ninguna, ni aun siendo, como es, tan acertada, si halla estorbos embarazosos, ingerencias inexcusables, dificultades, cuanto más infundadas más imposibles de vencer en los que debían ser sus celosos auxiliares.

De ellos necesita el general Blanco, pero en tanto se le subordinen. Y los necesita, no ya para el mejor logro de su acción política y de su conducta en las incidencias peligrosas que gravitan principalmente sobre él del conflicto con los Estados Unidos, sino también para mantener todos los prestigios del ejército frente al enemigo y toda la confianza que en él ha depositado la patria.

**[“Se acaban las dudas”, *El Liberal*, 3 de abril de 1898]**

## SE ACABAN LAS DUDAS

Nos parece que es ya completamente inútil seguir discutiendo en los periódicos sobre el perfecto derecho de España y el ningún derecho de los Estados Unidos.

Creemos también que importa poco el que haya ó no haya llegado á manos de Mr. Woodford la contestación de Mr. Mac Kinley al *Memorandum* de nuestro Gobierno.

Lo dicho ayer por nuestro corresponsal en Washington, caso de que sean verídicos los informes, simplifica la cuestión y la coloca en su verdadero punto.

La respuesta será dada al Congreso de Washington en el Mensaje que Mac Kinley le dirija, y á esa más que á ninguna otra deberemos atenernos.

Según nuestro corresponsal indica, el presidente expondrá, á la vez que el estado actual de la situación, su propósito de no volver á admitir negociaciones que pueden modificarla.

Así pues, mañana ó pasado, lo más tarde, saldrán de dudas los que todavía las tengan.

Entre tanto y para que las gentes vayan acostumbrándose á la verdad bien será que estampemos dos, rodeadas hasta ahora de vanos eufemismos.

No son únicamente los *jingos*, los panamericanistas, los laborantes y los especuladores los que allá se han decidido á movernos a la guerra. Piensa y quiere lo mismo una gran parte de la opinión americana.

Podrán unos y otros verse por el momento defraudados en sus odios ó en su codicia; pero, ya declarado el intento y hecho el gasto, en un plazo más o menos breve concluirán por realizar lo que se proponen.

Esa seguridad debe servirnos, tanto como la conciencia del derecho propio, para arrostrar con buen ánimo los acontecimientos.

En nada aventajaríamos nuestra causa con ceder ó transigir, mientras no consintiéramos en la independencia de Cuba.

Manteniéndonos firmes en la posición que nos traza el deber, y oponiendo una cortés pero terminante negativa á las absurdas pretensiones americanas, nos exponremos probablemente á un choque: pero no es del todo imposible que prefieran entrar en razón los que hasta la fecha nos la han negado, y los que llevan más de un cuarto de siglo molestándonos con depresivas reclamaciones é ingerencias.

En último término, nada ganaríamos con demorar la solución del conflicto, pues habrían de seguir en pie las causas ó los pretextos que lo han determinado.

Mejor es, por tanto, salir de una vez de incertidumbres y buscar una solución definitiva.

Después de todo, en el exceso del mal suele encontrarse el remedio.

Ha pasado el momento en que podríamos y aun debíamos invocar principios abstractos.

Ya no apelamos, en lo que toca á relaciones internacionales, á aquellas que, por emanar de la justicia universal, están fuera de las leyes adjetivas.

Nos contraemos á las de estricto derecho, de las cuales se deriva una acción jurídica entre los Estados, y sabremos hacer que se cumplan, á menos que una fuerza mayor aniquile nuestra fuerza.

Tenemos la propiedad y la posesión de Cuba por títulos de indisputable validez, y principalmente por la voluntad expresa de sus hijos, que nunca han dejado de ser ciudadanos españoles.

No toleraremos, pues, mientras nos quede resuello en el pecho y luz en el alma, ni que sea allanado nuestro territorio ni que sea intervenido nuestro dominio.

En todo lo demás, procediendo de buena fé, quizá pudieran caber transacciones.

En eso no cabe ninguna.

**[“Los buenos oficios del Papa”, *El Liberal*, 4 de abril de 1898]**

LOS BUENOS OFICIOS DEL PAPA

Por impulso propio, ó atendiendo á peticiones indirectas que desde España se le hayan dirigido, León XIII se dispone á mediar en el conflicto que, sin motivo razonable, nos ha suscitado la América del Norte.

El presidente Mac Kinley, según despacho recibidos en el Vaticano, consiente, bajo reservas que no son conocidas, en someter las diferencias existentes entre ambos países á la decisión del Papa.

Y el Gobierno español ha aceptado la solución, contando con que la dignidad nacional no sufrirá detrimento.

Estas noticias de ayer, aunque no del todo imprevistas, han dado margen á encontradas y vehementísimas apreciaciones.

Nosotros preferimos guardar por ahora una juiciosa reserva.

Bien se nos alcanza que la mediación, admitida antes de haberse agotado los recursos diplomáticos, implica un reconocimiento tácito del derecho que tienen los Estados Unidos á intervenir en nuestros asuntos.

Callaremos, no obstante, afirmando el propósito de hablar alto y claro cuando se precise.

Si hoy lo hiciéramos, podría tal vez experimentar tropiezos el logro de una paz honrosa, en que se cifran todavía muchas y muy legítimas esperanzas.

No queremos contraer esa responsabilidad ante nuestra patria y ante nuestra conciencia.

Respetará con gusto nuestro silencio las barreras que defienden el interés público; mas no debe ni puede transigir con equívocos que de cierto les serían perjudiciales.

Está obligado el Gobierno á declarar, que no ha de servir la mediación para otorgar por mano ajena lo que directamente se ha negado á los Estados Unidos; que en ningún caso ha de depender de la voluntad del árbitro la efectividad de nuestra soberanía, y que por concepto alguno ha de padecer lesión la integridad de nuestro territorio.

Está obligado, asimismo, en tanto que no se abran las Cortes, á exponer toda la verdad de aquellos trámites de la negociación, que al fin y al cabo han de ser entregados á la publicidad por la otra parte contendiente.

La diplomacia y la política americana, como que no trabajan por la conveniencia del príncipe, sino por el interés primordial de la nación, juegan á cartas vistas y practican las reglas de derecho internacional, aconsejadas por Fiore y por los tratadistas modernos.

Según esas reglas, las negociaciones diplomáticas relativas al objeto de la controversia entre dos Estados, los documentos, los títulos y las notas que contribuyan al mejor conocimiento de la materia del litigio, pertenecen al dominio público.

Aquí procedemos de distinto modo, y cómo el secreto cuidadosamente guardado no merece de la otra parte ni reservas ni atenuaciones, cualesquiera hechos ó frases, encubiertos por los propios y revelados horas después por los extraños, parecen á la opinión exaltada una deplorable humillación, y á la opinión sensata una reprehensible flaqueza.

Más todavía que con lo dicho, necesita España tranquilizarse con la seguridad de que los buenos oficios del Papa no entrañan un nuevo expediente dilatorio.

Es necesario que por esta vez tenga el problema una solución definitiva.

Todo, menos avenirnos á un simple aplazamiento de tres ó cuatro meses, terminado el cual hayamos de volver á tropezar en Cuba y fuera de Cuba con la sistemática malevolencia de la América del Norte.

Esto advertido, creemos que lo mejor es aguardar prevenidos á que nos den luz los acontecimientos, y á que dentro de pocas horas hable, contestando á los ofrecimientos del Papa, el Congreso de los Estados Unidos.

**[“Solución definitiva”, *El Liberal*, 5 de abril de 1898]**

SOLUCIÓN DEFINITIVA

“—El presidente de los Estados Unidos no ha solicitado de León XIII cosa alguna, ni ha hecho otras peticiones que las formuladas por medio de su ministro en Madrid. Y le es igual que España conceda la suspensión de hostilidades para complacer á Su Santidad ó para agradar al gobierno local de Cuba, con tal que la conceda.”

En esos ó parecidos términos se expresó ayer el corresponsal londinense de uno de nuestros colegas de la noche, y no cabe mejor ni más preciso resumen de la situación á que hemos llegado.

El rayo de luz de que hablaban algunos optimistas, no ha servido sino para patentizar la densidad de las tinieblas. El hilo con que por un momento habíamos contado para salir del laberinto, se ha perdido, si no es que se ha roto.

No sabemos á la hora presente si los buenos oficios de León XIII implican una simple mediación ó un verdadero arbitraje.

Nada más que una mediación, dicen los amigos del Gobierno, y prueba de ello es que España ha sustraído previamente del litigio lo que podía afectar á la dignidad nacional y á la integridad del territorio.

Pero al mismo tiempo, el Padre común de los fieles, en el hecho de reclamar desde luego el armisticio, ha impuesto condiciones á una de las partes. Y esto no se compagina con lo otro.

No hemos de discutir, sin embargo, lo accidental ni lo incidental del problema.

Lo único que importa es darle ahora, de cualquier modo que sea y dejando á cubierto el honor, solución definitiva.

Demasiada paciencia ha tenido la nación, y ya no está en el caso de tolerar más aplazamientos.

Pasará por la suspensión de hostilidades, si detrás de ella viene una concordia sincera con los Estados Unidos y una paz duradera en Cuba.

No pasará, si ha de valer únicamente para que el gobierno de Washington, tras un descanso de dos ó tres meses, recomience á molestarnos con sus habituales exigencias, y para que los rebeldes, después de solazarse en sus casas y de reponerse de fuerzas y de ropas, se acantonen de nuevo en la manigua.

De ayer á hoy se ha embrollado la cuestión mucho más de lo que estaba, y entre la lluvia de versiones contradictorias con que respecto de la intervención pontificia nos abruma el telégrafo, no hay manera humana de discurrir y caminar sobre seguro.

Pero queda un punto, que para todos los ojos y todos los espíritus se muestra perfectamente claro. La necesidad de poner término á una situación ambigua, que si se prolonga ocasionará la ruina de España, juntamente con la pérdida de Cuba.

Las dilaciones apresurarán la consumación de entrambas desdichas. Importa, pues, evitarlas, en el bien entendido de que, llegado el triste caso de la opción, lo primero ha de ser siempre lo primero.

Con la ruptura ó con el armisticio, con mediadores ó sin ellos, por la virtud del derecho ó por la fuerza de las armas, urge salir inmediatamente de dudas, y atender á la nación que está en riesgo de irse á pique.

Tiempo es ya, al cabo de tres años de sangría suelta, de aplicar la venda á los brazos consumidos é inhábiles para la labor de los campos y para las faenas de la industria. Tiempo es de restaurar nuestra producción que se agota, nuestro crédito que se extingue y nuestro hogar que se despuebla. Harto nos hemos sacrificado por los demás, y ha llegado la ocasión de que, puesta en salvo la dignidad, miremos por nosotros mismos.

Proceda el Gobierno como mejor le parezca, y emplee bajo su responsabilidad los medios ó las mediaciones que considere más adecuadas para cortar el nudo.

Pero entienda que España no consiente más dilaciones, y que la crisis actual es la última de la tremenda dolencia crónica que nos aniquila.

Se necesita una solución inmediata, sean cuales fueren los términos en que esté planteado el problema.

**[“Treguas inútiles”, *El Liberal*, 6 de abril de 1898]**

### TREGUAS INÚTILES

Nadie puede acusar ni á la nación, ni á los partidos, ni á los periódicos, de falta de prudencia.

Jamás en país alguno, sometido á pruebas como las que está sufriendo España, se ha visto un ejemplo tal de moderación, de serenidad y de civismo.

La culpa de la excitación actual, que empieza á traspasar los límites de la impaciencia y á entrar en los de la cólera, es de aquellos que admiten y propalan especies favorables, de cuya veracidad no tienen garantía ninguna.

Si no se hubiera hablado de la mediación pontificia con pormenores y detalles que alejaban toda duda acerca de la realidad del hecho, tranquilos nos encontraríamos ahora, como nos encontrábamos el sábado por la tarde cuando se creía que para el conflicto hispano americano no había otra solución probable que la guerra.

Se procedió de ligero al anunciar como seguro lo hipotético; y al adoptar en ese sentido medidas preparatorias, ¿qué mucho que hayan sido tan nocivos y tan deprimentes los resultados?

En los tres días que van transcurridos desde aquel anuncio, lejos de aclararse, se ha aumentado la obscuridad; nadie sabe quién ha solicitado los buenos oficios del Papa; ignórase la verdadera actitud de éste, y es general el recelo de que caiga sobre España la nota del ridículo en los momentos más tristes y más graves de su historia.

En la semana anterior publicaron los grandes diarios ingleses y americanos, noticias y extractos de cartas, seguramente apócrifas, de las cuales se deducía que andaba España como una mendicante pidiendo ayuda á las cortes extranjeras.

Callamos entonces por entender que así convenía al interés y al decoro de la patria.

Por la misma razón pedimos hoy explicaciones respecto de los tratos que hayan existido ó que existan entre el Gobierno español y León XIII.

Después de las negativas, los refugios y las distinciones de los últimos días, ha venido un telegrama de anoche á agravar la confusión reinante.

Según él, propónese el Papa invitar oficialmente á la reina á que solemnice la Semana Santa, concediendo á los insurrectos una tregua que facilite la pacificación de Cuba.

¿Es eso cierto? Y caso de que lo sea, ¿con qué carácter y á título de qué formula semejante petición el Sumo Pontífice?

Hay juegos peligrosos, y se nos figura que el actual es uno de ellos.



Pueden los individuos y las coletividades mostrarse complacientes con las personas de su predilección, en los negocios que afectan al interés privativo.

No es lícito á los Estados transigir con riesgo de la dignidad, y prescindiendo de las indispensables garantías en lo que atañe á sus más preciados derechos.

Tiene España el de conocer todo lo que, invocando su nombre, se pacte en el presente litigio, y acabará de reivindicarlo como pueda si continúa sometida á un régimen de sospechosas ambigüedades.

No es tiempo de escauceos cancillerescos, sino de resoluciones precisas.

No bastan para conjurar un mal de muerte paliativos y tópicos comunes; hacen falta remedios esenciales y tratamientos heróicos.

Puestos en el trance á que nos han traído los desatinos de una política secular ó las fatalidades de la historia, á todo nos avendremos excepto á la contingencia de sufrir nuevas demoras, y de proseguir abrumados indefinidamente bajo una doble é intolerable pesadilla.

No queremos más treguas.

[“Hablen los hechos”, *El Liberal*, 19 de abril de 1898]

## HABLAN LOS HECHOS

Está dicho cuanto había que decir respecto de la guerra injusta que el gobierno de los Estados Unidos, empujado por una gran masa de opinión, trata de promovernos.

Han concluido las dudas respecto de una política invasora que, mal disimulada hasta el año 1890, comenzó á descubrirse en el célebre Congreso panamericano, y ha arrojado últimamente todos los velos con que se cubría.

En notas ministeriales y en trabajos periodísticos se ha expuesto de sobra el derecho que asiste á España, y la sinrazón del adversario codicioso que salta para atropellarnos por encima de las nociones elementales de equidad y moralidad, que así obligan á los individuos como á los pueblos.

Ahita se siente España de leer y oír lo que desde principios de mes se viene hablando sobre la eficiencia de los buenos deseos del Papa, sobre la acción hipotética de las potencias, y sobre las discordias, menos reales que aparentes, entre el poder ejecutivo y el poder legislativo de la República angloamericana.

Es tiempo, por tanto, de que cesemos en una tarea tan enervadora para la voluntad, como fatigosa para el raciocinio.

Puede pasar en épocas normales el que se discurra, se profetice y se calcule, sin tregua, acerca de lo que habrá de suceder dentro de un largo plazo; no así, el que, en momentos de angustia, se pierda la lucidez y la serenidad de ánimo, en cavilar y contender sobre lo que ha de sobrevenir dentro de poquísimas horas.

Todavía hay quien cree que Mr. Mac Kinley no transigirá con la *resolución* del Senado ni con el dictamen de la Comisión mixta, si en éste, como en aquélla, se propone el reconocimiento del gobierno insurreccional de Cuba.

Cuestión de detalle ó de fórmula, que en nada altera el fondo del asunto, pues todos coinciden en ejercitar la intervención armada, que es ó será la causa determinante del choque.

Concretándose, como se concreta por ahora, el propósito de los Estados Unidos á poner el pie en territorio cubano, á buen seguro que no ha de haber dificultad mayor en que las dos Cámaras y Mac Kinley, los republicanos y los demócratas, los exaltados y los juiciosos, concluyan por llegar á un acuerdo.

Ayer, la Cámara de Representantes se negó, por una exigua mayoría de 24 votos, á reconocer el gobierno de la manigua; pero aprobó la declaración de que el pueblo de

Cuba es de derecho y debe ser libre é independiente, propuesta en primer término por el Senado.

Este, á su vez, rehusó celebrar con la Cámara conferencia alguna.

Pero basta considerar el movimiento impulsivo, acentuado en ambos Cuerpos Colegisladores, y tomar en cuenta la actitud y la calidad de los votantes para comprender que muy pronto se zanjará en la dirección más radical el litigio.

Transcurrirán acaso uno ó dos días en debates y convenios, no por la mutua animosidad entre las diversas fracciones, sino por el deseo común de preparar suficientemente la acción ofensiva, y á fines de semana nos encontraremos los españoles frente á frente con la realidad, ó lo que es igual, con la ruptura.

Nadie se engañe ni pretenda, guiado por una noble intención, engañar ó entretener á los demás; porque, tales como se han puesto las cosas, á menos que el gobierno de Washington destruya todo lo que ha hecho, no queda otra salida.

*Le Temps*, cuyas buenas relaciones con el ministerio francés son conocidas, ha estampado en su número de ayer esta frase:

“—La diplomacia europea no tiene medios para evitar el conflicto. Las gestiones que pudiera intentar cerca de España, serían inútiles, y las que hiciese cerca de los Estados Unidos, perjudiciales.”

Y ayer también, en la Cámara de los Comunes, el ministro Balfour, constanding á las preguntas de un diputado, se expresó en los siguientes términos, tan categóricos como esquivos:

“—La práctica universal es aguardar á que se rompan las hostilidades, y no existe ningún motivo para desviarse de ella.”

Vamos, pues, al rompimiento, y estamos obligados, por dignidad y por interés, á dar de mano á los discursos para atender á las obras.

Callen todos, empezando por aquellos á quienes inspira el afán de evitar á cualquier precio una conflagración exterior á la cual nos lleva, no la voluntad propia, sino una necesidad invencible.

Recta, sin duda, es su intención, pero errónea y nociva su conducta, pues en vez de abogar á cara descubierta por esa paz, si en efecto la creen salvadora, se limitan á desorientar y perturbar al pueblo, haciéndole entender que aún puede conseguirla por obra de milagro.

Callemos todos. Ha llegado el instante de que hablan y decidan los hechos.

**[“Atrás el extranjero”, *El Liberal*, 21 de abril de 1898]**

## ATRÁS AL EXTRANJERO

Cree Mr. Mac Kinley que España no contestará á su *ultimatum* sino con un desdeñoso silencio.

Muy bien creído.

Nada tenemos ya que decir á ese conculcador de la verdad y del derecho.

El será quien rompa las hostilidades y quien necesite buscar con presbiteriana hipocresía, razones que cohonesten su conducta.

La ley moral que informa las relaciones de los individuos, aunque carece de sanción, regula también las de los pueblos civilizados.

La nación que cumple sus preceptos consigue siempre, á falta de otras compensaciones, la ventaja de poder erguir la frente, lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna.

Eso sucede á España.

La que á sabiendas los pisotea, sea cual fuese el éxito de sus audacias, tiene por doble castigo la intranquilidad de conciencia y la necesidad de jurar en falso ante la justifica de Dios y de los hombres.

Eso sucede á los Estados Unidos.

Nosotros, al prepararnos á defender con las armas lo que es nuestro, á rechazar la agresión que se intenta contra nuestro territorio y á separar los obstáculos violentamente opuestos á nuestra soberanía, estamos y estaremos dentro de la *guerra justa*.

La Unión americana, al invadir nuestra casa y al atacar nuestra jurisdicción, entra de lleno en los términos de la *guerra inicua*.

Entendiéndolo así, ó por haber desengañado en lo que concierne á nuestra presunta debilidad, no se muestran ya tan arrogantes como en un principio Mr. Mac Kinley y sus consejeros.

Mientras imaginaron que cederíamos humildemente á sus intimidaciones, no se cansaban de anunciar que en una semana ó dos sus escuadras y sus ejércitos darían buena cuenta de Cuba, de Puerto Rico, de Filipinas y tal vez de las Canarias.

Ahora comienzan á recelar que se prolongue por un año ó más la guerra.

Ellos lo han querido.

No nos forjamos necias ilusiones ni creemos que la primitiva arrogancia de nuestros adversarios esté á punto de convertirse en miedo. Es muy probable que España no se lo inspire; pero es absolutamente cierto que ellos, á pesar de su riqueza y de su poderío, tampoco se lo inspiran á España.

Está muy hecha nuestra patria á guerras continuas, y no desmaya en los mayores trabajos ni se desmoraliza ante los más rudos contratiempos.

Llena de confianza en su derecho y en sí misma, ha aceptado la provocación, é irá hasta donde sea necesario, sin cuidarse de los resultados de la lucha.

Tiene, además, algo de que carecen sus enemigos: una fe ciega en el valor y en la abnegación de sus soldados.

Ansiosos están el ejército y la marina, no sólo de defenderla, sino en aplicar á empresas más altas que las de estos últimos años, su serena é infatigable bravura.

No han encontrado hasta ahora adversarios que se presentasen á la vista, y si tan sólo bandas de facciosos que combatían huyendo, ó que entre la espesura de la manigua fusilaban á mansalva.

La diplomacia les mojó la pólvora en Melilla, obligándoles á consumirse de rabia en la pasividad del campamento, y la política los forzó más tarde á cruzarse de brazos ante las naves sospechosas que, cargadas de contrabando de guerra, abordaban á las costas de Cuba.

Al fin van á verse libres de todo embarazo nuestros valientes de mar y tierra; al fin van á contemplar á tiro barcos que no escapen y tropas que no se escondan; al fin ha sonado para unos y otros la hora de combatir á la luz del día, después de tanto como han tenido que pelear en medio de emboscadas y tinieblas.

El cumplimiento del deber será para ellos una recompensa más bien que un sacrificio, y llenos de legítimo orgullo considerarán como un descanso y una gloria la voluntaria obligación de dar la sangre que les ha quedado, después de tan dilatadas contiendas intestinas, por el honor, por la independencia y por la salvación de la patria.

Como buenos, han luchado durante tres años contra gentes viles que al cabo hablaban su mismo idioma y llevaban, aunque indignamente, los mismos apellidos familiares; como mejores, pugnarán hasta morir contra el odiado invasor extranjero.

No; no les intimida, ni intimida á la nación española, la idea de que las lejanas colonias sufran á un tiempo la embestida de los piratas y tramperos norteamericanos.

Cartagena de Indias, Buenos Aires, Tenerife, Manila, son otros tantos nombres que en la historia de nuestro ejército y de nuestra marina están escritos con letras de oro, en páginas de memoria imperecedera.

Un pueblo entero los acompañará al combate, no sólo para llorar y honrar á los que sucumban, sino para llenar el hueco que dejen en las filas.

Se nos ha atropellado y agredido faltando á los principios elementales del derecho de gentes, y responderemos y nos defenderemos con cuantos medios estén á nuestro alcance.

Es regla para las naciones dignas y leales que el estado de guerra no convierta en enemigos á todos los ciudadanos, y sí únicamente á los que formen parte de los ejércitos respectivos.

Ha prescindido de la lealtad y la dignidad la República angloamericana, y nadie podrá extrañarse de que contra ella se revuelva y se lance España toda.

**[“Allí estamos y allí estaremos”, *El Liberal*, 25 de abril de 1898]**

**ALLÍ ESTAMOS Y ALLÍ ESTAREMOS**

A lo que parece, no se dan gran prisa nuestros adversarios.

No bien España entregó los pasaportes á Mr. Woodford, salieron de la Casa Blanca multitud de órdenes, en las cuales, amén de otras cosas varias, se decretaba lo siguiente:

“El ataque simultáneo á Puerto Rico y Filipinas, una demostración de fuerza en la bahía de la Habana, el bloqueo de toda la isla de Cuba y el desembarco, en su parte Oriental, de un cuerpo expedicionario de veinte ó treinta mil hombres.”

Todo ello había de efectuarse sin pérdida de minutos, pues era sabido y estaba anunciado que la gran República no invertiría más que dos semanas en pacificar nuestra Antilla, previa la expulsión forzosa de nuestro ejército de mar y tierra. Tres días van pasados desde que la América del Norte rompió de hecho, y con un acto de piratería vulgar, las hostilidades y no hay traza por ahora de que la decantada y simultánea agresión se realice.

El águila de Washington, desmintiendo aquel proverbio de baja latinidad, *Aquila non capit muscas*, se dedica á cazar barcos mercantes y lanchas de pesca.

En otros términos: no hace más que practicar el corso por medio de acorazados y cruceros protegidos.

Nadie vea en estas indicaciones el menor asomo de arrogancia.

Queremos exponer tan sólo, con ayuda de antecedentes, que la guerra suscitada por los Estados Unidos á España fue y es de carácter ofensivo, mientras que la aceptada por nosotros tiene todas las condiciones de la guerra defensiva, ó séase de la guerra justa.

A ella hemos ido después de apurados todos los medios decorosos de transacción y de colmada la medida de nuestra paciencia.

No hubo para España ni opción ni alternativa, y jamás la crítica extranjera podrá motejarnos de que por espíritu belicoso nos arrojamamos á una temeraria aventura. Ni teníamos otra solución, ni nos quedaba otra salida.

Se nos intimó de manera brutal, como no hubieran hecho con los antiguos principados danubianos los rusos y los turcos que abandonásemos una porción de

territorio, que nunca había sido de nadie sino nuestro, y en el cual manteníamos para defensa de nuestra legítima jurisdicción ciento cincuenta mil soldados.

Soportar semejante iniquidad hubiera equivalido á perder, no ya la propiedad de Cuba, sino el derecho á la vergüenza; no sólo la consideración de los extraños, pero también el respeto de nuestros hijos.

Y no hemos cedido ni cederemos.

Tan convencido está el pueblo español de que esta resistencia es una necesidad, y tan arraigada en su ánimo la idea de no ponerse de rodillas ante poder alguno, y de no tender las manos para que se las aten ni la mejilla para que se la abofeteen, que si un gobierno cualquiera le propusiese transacciones indignas, lo consideraría al punto no menos enemigo suyo que los mismos *yankees*, y por tenerlo más próximo, se vengaría en él de la doble injuria.

Siente la inexorable obligación de la guerra España toda, porque el corazón la impulsa á no tolerar, mientras conserve el resuello, groseros y despóticos agravios. Pero la siente, además, porque el instinto le enseña que esa solución, aunque violenta y fatal, es la única que tal vez le permitirá salir del atolladero en que varias series de gobernantes la han metido.

Fuera inútil aducir testimonios, pues á millares saltan á la vista, para demostrar que el país entero no piensa en nada sino en la lucha á que le ha obligado la soberbia de los Estados Unidos, ni se preocupa por ningún concepto de los asuntos políticos interiores. No fija la menor atención en el Parlamento, se desentiende de las pasiones y preferencias de partido, y no tiene alma ni ojos sino para fijarlos ansiosamente en Cuba, como los fijará mañana en Puerto Rico, en Filipinas, ó en el lugar á que primero arriben nuestros provocativos adversarios.

Donde sienten el pie los invasores, allí vivirá, luchará y estará la patria entera.

Tal es la situación que los Estados Unidos nos han creado, y á ella nos atemperaremos, satisfechos de poder vivir ó morir con honra.

En Cuba, en Puerto Rico y en Filipinas estamos, y en Filipinas, en Puerto Rico y en Cuba estaremos.

**[“Hablen las Cortes”, *El Liberal*, 3 de mayo de 1898]**

HABLAN LAS CORTES

Es necesario que hoy salgamos de dudas, respecto de la utilidad ó inutilidad del Parlamento.

Hoy se ha de saber si no sirve ya para nada, como dicen sus detractores, ó si constituye todavía, como nosotros queremos creer, una tabla de salvación á la cual pueda acogerse el país en estos momentos de naufragio.

A los que demandáramos desde las columnas de los periódicos explicación de los motivos ocultos que han determinado la catástrofe de Manila, se nos contestarían con el silencio.

Y por la fuerza se haría enmudecer á los que protestaran en la calle contra los verdaderos causantes de tamaño infortunio, pues para eso se proclamó ayer el estado de sitio.

A las Cortes incumbe, por consiguiente, obtener explicaciones y definir culpabilidades.

Llenos estarían de lágrimas nuestros ojos y de luto nuestras almas: pero no quebrantada la fortaleza de nuestro espíritu, si tuviéramos la certidumbre de que la destrucción de la escuadra filipina y la muerte gloriosísima de sus tripulantes eran imputables tan sólo á los azares de la suerte.

Por desgracia, no tenemos ni tiene nadie esa consoladora certidumbre; por desgracia, á todos nos atosiga el recelo de que el desastre de anteayer haya de reproducirse por los mismos motivos en distintos lugares.

No permite tal sospecha, harto encarnada en la conciencia pública, demorar la averiguación, la acusación, y en caso necesario el castigo, para después de terminada la guerra.

La patria quiere que sus soldados peleen sin analizar el riesgo y sin contar el número; pero no que lo hagan en condiciones de espantosa inferioridad y valiéndose de armas que carezcan de filo.

Hay que llamar á juicio á los que en el fuero privado consideraron funesta é impracticable la guerra, y no se atrevieron á declararlo en público, no menos que á



aqueellos otros que viendo llegar el conflicto y bien avenidos con la solución violenta, ni adoptaron prevenciones ni arbitraron recursos ofensivos hasta el crítico momento en que se les notificó la ruptura de las hostilidades.

Hay que interrogar á los partidos gobernantes para que digan á quién sirvieron, y qué intereses gestionaron durante el dilatado periodo que ahora va á cerrarse de manera tan lastimosa, para que aclaren las oscuridades en que desde el principio hasta el fin ha aparecido envuelta la cuestión de Cuba, y para que demuestren que ni en los trámites encaminados á evitar la conflagración, ni en las medidas conducentes á arrostrarla con honra, han pensado en otra cosa que en las supremas conveniencias nacionales.

Es indispensable que en las Cortes se resuelva inmediatamente el inacabable litigio que embarga toda la vida española; se deduzca y sancione la responsabilidad de los que, por torpeza, por debilidad ó por egoísmo, nos han traído á tan doloroso extremo, y se establezca la capacidad ó la incapacidad de los organismos y métodos que han determinado hasta ahora los rumbos de la nación, y en cuya suficiencia, contrastada por los hechos, no se puede tener ya la confianza debida.

Hablen en las Cortes, con honrada sinceridad y con desinterés absoluto, los que pregunten y los que respondan; los que acusan y los que se defiendan.

Nadie piense en la política que haya defendido, ni en el partido á que esté afiliado.

Piensen todos en la salud y en la honra de la patria en que nacieron, y arbitren los medios de redimirla, prescindiendo de cualquier otro género de consideraciones.

España es lo primero.

**[“Crisis nacional”, *El Liberal*, 4 de mayo de 1898]**

#### CRISIS NACIONAL

Ha principiado en el Congreso, con la publicidad y la inflexibilidad demandadas por la nación, la vista del proceso político de estos últimos años.

El Gobierno y los partidos cómplices en la tristísima situación á que dentro y fuera ha llegado la patria, tendrán que responder concretamente el interrogatorio que se les dirija.

Se ha concluido el mutismo que no servía para reservar altos planes estratégicos, sino para encubrir negligencias deplorables. Han perdido su razón de ser todas las convenidas ficciones, merced á las cuales jamás se ha logrado precisar responsabilidad alguna.

Ha sonado, para decirlo de una vez, la hora de las verdades completas y de las sanciones efectivas.

Ayer, en el prólogo del debate, quedó sentado el dogma de que España es lo primero.

Faltan dos cosas esenciales, y hay que realizarlas en el más breve plazo posible. Averiguar, por conducto de quienes lo saben, toda la extensión é intensidad de nuestro infortunio, y acudir sin escrúpulos ni contemplaciones al corte ó al remedio.

Horrible ha sido la catástrofe de Cavite; lo es más aún la suposición, basada en palabras equívocas del Gobierno, de que esa catástrofe pueda repetirse en Cuba, ó donde quiera que sobrevenga un choque.

En tal punto raya la crisis actual, que aun teniendo España que llorar la muerte de su juventud, sacrificada sin defensa, y que temer la segregación de sus últimos miembros coloniales, siente ahora embargado su ánimo por mayores zozobras, y amenazada su existencia interior por más apremiantes peligros.

No consisten estos en la depreciación creciente de los valores públicos, ni en la subida hasta 110 de los francos que necesitamos adquirir para las atenciones de la guerra y de la Deuda; no consisten tampoco en el alzamiento de alguna mísera partida armada; radican principalmente en la perturbación anárquica que, con motivo de las subsistencias, comienza á manifestarse en varias de nuestras provincias.

Desde anteayer, las multitudes desmandadas cometen atropellos en Gijón, en Águilas, en Cáceres, en Talavera; saquean las tahonas, destrozan las fábricas de harinas, secuestran ó inutilizan los sacos de trigos cargados en las estaciones ferroviarias, hacen frente á las autoridades, á la policía y á la misma tropa, é incendian las oficinas de consumos. En Talavera han puesto sitio á la residencia de los jesuitas, tenidos por acaparadores, y los han forzado á buscar refugio en el campanario. En Cáceres se han apoderado del grano, depositado para embarque en los andenes. En Gijón están fuera de la ley desde hace dos días.

Dijérase que por haber entrado en una semana apocalíptica, llueven juntas sobre nosotros todas las plagas. Dijérase que, rotos á la vez los vínculos y las articulaciones de la economía nacional, principia á iniciarse una disgregación completa.

Véanlo y acudan á salvar la patria en peligro los hombres de buena voluntad que la representan en Cortes, los que gritan vanamente en las calles, los que trabajan, pagan y sufren en silencio, los que por haberse retraído de la política militante han dado margen á que nos explotase y aniquilase la de oficio, los que anhelan noblemente el bien común y los que se cuidan únicamente del bien propio.

Hay algo aquí que ha caducado.

No sabemos si son los gobiernos, los partidos, los métodos ó los turnos.

Pero sabemos que urge zafarse de ello, y que es indispensable aligerar de toda carga inútil el barco que se va á pique.

El ejército, la marina y el país honrado, están cumpliendo con heroica abnegación sus deberes; cumpla los suyos el Parlamento dictando resoluciones perentorias que atajen la caída, y arbitrando remedios heroicos que eviten el naufragio.

Si eso hacen y si los demás contribuimos á la obra, olvidados de nuestros egoísmos de secta y de nuestras pasiones de partidos, España recobrará, con la fe que empieza á perder, el libre ejercicio de nuestras energías seculares.

Si no quieren ó no pueden hacerlo, antes que nadie, ellos y nosotros sufriremos el castigo.

De cualquier manera, y dure lo que durare esta suprema y última crisis, la patria quedará en pie cuando haya pasado y caído todo.

**[“Falso patriotismo”, *El Liberal*, 6 de mayo de 1898]**

## FALSO PATRIOTISMO

El patriotismo no consiste en echar un velo piadoso sobre las torpezas é irresoluciones de aquellos que más comprometen el interés de la patria.

En los pocos días de vida que llevan las Cortes, hemos oído repetidas veces el sofisma de que para no dar nuevas armas al enemigo hay que guardar absoluto silencio.

Según los que así discurren, España debe apartar los ojos de la triste realidad, y dejarse conducir á la manera de ciego guiado por otro ciego, hasta que ella y sus gobernantes caigan lastimosamente en la hoya.

Ha sido grande y trágico el desastre naval de Cavite; pero importa no averiguar las causas y suprimir las quejas, aun en el supuesto probable de que la negligencia, la incapacidad y el abandono tengan la culpa.

Ocurrirán mañana nuevas desdichas, ya profetizadas vagamente desde el banco azul, pero el patriotismo recomienda ahora que no exijamos acciones y medios adecuados para prevenirlas, y exigirá después que las aceptemos con resignación, á título de inevitables.

Nada de críticas, nada de reproches. Es necesario prestar ayuda incondicional al ministerio, absolverle de responsabilidades, y achacar el descuido ó la ineptitud de los hombres á la mala voluntad del destino. No sabe á donde va, es indispensable no obstante, acompañarle y defenderle.

Conste que protestamos enérgicamente contra ese nuevo género de patriotismo.

Fuimos de los primeros á reclamar que todas las voluntades se fundiesen en una, mientras creímos que en los encargados de dirigirlas y aplicarlas había firmeza de resolución y unidad de criterio.

Hoy, convencidos de que no existe lo uno ni lo otro, entendemos que es obligación descubrir y apartar las causas de los primeros tropiezos, á fin de impedir, si aún queda espacio, que produzcan catástrofes mayores.

Unida estaría la nación si la aptitud y la entereza de los que actualmente la dirigen le merecieran confianza.

Pero, ¿cómo han de merecérsela, si con sus actos negativos están declarando á voces que carecen de plan, que caminan arrastrados por las circunstancias, que

desconocen por completo los términos del conflicto y que no tienen soluciones ni para la paz ni para la guerra?

Hemos perdido la fe, no á consecuencia de prejuicios políticos, sino por obra de dolorosísimas realidades en los que se hallan al frente de la cosa pública, y ya, por mucho que hagamos, no será posible que la recobremos.

En tal estado de espíritu, ni la nación ni ellos lograrán resolver debidamente las complicaciones exteriores; y ni ellos ni la nación conseguirán atajar los disturbios que empiezan á conmover toda la Península.

Se necesita una dirección vigorosa, que no tenga complicidad ni responsabilidad en los yerros antiguos, que sepa lo que quiere, que trabaje sin miedo por la paz, si la estima conveniente al bien público, ó que impulse resueltamente la campaña, si juzga que de esa manera alcanzaremos resultados definitivos, aunque no alcancemos aparatosas victorias.

De seguir como vamos, muy pronto la opinión se tenderá en el surco, y no se levantará sino al recibir en la cabeza un nuevo golpe, que exaltando sus iras, la induzca á los más terribles excesos, y la obligue á incurrir en las más imprevistas enormidades.

Existe todavía un país, pero hace falta un gobierno.

**[“Se necesita un Gobierno”, *El Liberal*, 7 de mayo de 1898]**

### SE NECESITA UN GOBIERNO

Habló ayer el señor ministro de Ultramar, como era de suponer que hablase el hombre de mayor significación y de más iniciativas políticas que hay en el Gobierno.

Y se defendió de los cargos con que de tiempo acá le abrumba la opinión, según era de esperar que lo hiciese uno de nuestros parlamentarios más ilustres.

Pero su discurso, tan notable por la hermosura de expresión como por la lucidez de pensamiento, ha venido con un mes de retraso.

Esas apelaciones á la conciencia pública, esos avisos respecto de la gravedad extrema de las circunstancias, hubieran estado en su punto antes de que Mr. Mac Kinley enviase al Congreso de Washington su Mensaje del 11 de Abril, porque entonces aún era dable á la nación española discernir y optar entre la negociación ó el rompimiento. No lo están á los quince días de haber emprendido los buques americanos el bloqueo de Cuba, y á los siete de haber entrado, aniquilando nuestra escuadra, en las aguas de Manila.

Oportuno, discreto y altamente patriótico hubiera sido en aquellos instantes manifestar con entera sinceridad al país los recursos con que contaba y los riesgos á que se exponía; informarle de los medios de ataque y de defensa de que en realidad podía disponer, é ilustrarle acerca de las probabilidades racionales del buen éxito ó de la derrota.

Ahora llegará tal vez á tiempo la elegía, pero llega demasiado tarde la consulta.

Para mayor desdicha, todavía el ministro de Ultramar, al proponer esa consulta, solicita el parecer de los demás y se abstiene de formular el propio.

Pregunta á España y al Parlamento, su legítima y única representación, qué es lo que quieren; los incita á declarar su voluntad ante las terribles contingencias de una guerra exterior que ha pausado ya no pocas desventuras, y en lo que toca al criterio y propósitos del Gobierno, no dice ni una palabra.

No sabemos si el elocuentísimo orador habló por su cuenta exclusiva ó en nombre de todo el gabinete; pero de cualquier modo, siempre vendremos á parar en que los directores de la cosa pública necesitan á estas fechas conocer la opinión del país respecto del insoluble conflicto á que con sus indecisiones lo han llevado, y en que lo mismo se

avendrán á reforzar la campaña con cuantos medios les queden y nos queden, que á procurar, si la opinión se lo impone, un desenlace distinto.

La consecuencia es obvia, pese á la gran habilidad y á la sabia orientación del discurso.

Pues aun ahora demanda el Gobierno que se le guíe para ir á la guerra ó á la paz, claro está que no sirve ni para la paz ni para la guerra.

Incumbe al poder legislativo discutir, criticar é impulsar en una ú otra forma la acción del poder legislativo; pero éste es quien debe presentar soluciones, y ejecutarlas sin vacilación, después de consentidas y aprobadas.

Un ministerio que en la formidable crisis actual pide órdenes á las Cortes, presenta de hecho su renuncia y las invita á erigirse en Convención ó en Asamblea.

¿Va en busca de eso el señor ministro de Ultramar? Aunque en su brillante oración procuró reunir en una sola masa á liberales, demócratas y republicanos, dejando aislado, en concepto de enemigo común al carlismo, no es admisible que tal fin se proponga.

El país sabe que el barco amenazado de naufragio no tiene piloto.

Y hay que buscarlo á toda costa, principiando, como ya hemos dicho, por echar la carga inútil al agua.

**[“El sitio de Santiago de Cuba”, *El Liberal*, 3 de julio de 1898]**

#### EL SITIO DE SANTIAGO DE CUBA

Vaya, ante todo, desde el fondo de nuestra alma una salutación fervorosa al general Linares y á los cinco mil héroes que anteayer pelearon como españoles del tiempo épico en las líneas exteriores de Santiago de Cuba.

Tenía que contrarrestar un número cuadruplicado de enemigos, y lo hicieron de sol á sol, disputando pulgada por pulgada el terreno.

No hubo en ellos un minuto de desmayo ni un asomo de indecisión, ante la masa enorme que por todas partes se les echaba encima.

Y al replegarse cuando faltó la luz, salvaron la artillería, y se llevaron no tan sólo sus heridos, sino muchos de los que, en las embestidas á Lomas de San Juan y el Caney, habían dejado sus agresores.

Dolorosas han sido nuestras pérdidas, pero inevitablemente han sido infinitamente mayores las del ejército americano.

No busque el público noticias que le den idea de la gloriosa importancia, de la jornada en los despachos del Gobierno. Esos no especifican bien más sucesos que los desfavorables.

Lo único que se sabe por ellos es que está herido en un brazo el intrépido general Linares, y que ha sucumbido la mitad de la fuerza que defendía nuestros cañones.

En los de Washington y Nueva York se puede ver lo restante. Allí están las pruebas de lo terrible y poco satisfactoria que ha sido para nuestros adversarios la batalla del 1.º de Julio.

Hay necesidad de decirlo para que España se entere.

Sin nuestros telegramas de anteayer y ayer, en que aparecían copiados los partes del general Shafter á su gobierno, tendría ahora el público la impresión de una catástrofe decisiva y de una derrota irreparable.



Shafter declara sinceramente que al comunicar el número de sus bajas –lo había calculado en 500- se ha quedado muy corto, y pide que se le envíe sin demora un nuevo buque hospital con cuarenta médicos y todo el correspondiente servicio.

Ayer mismo salió de Nueva York el *Relief*, habilitado con 500 camas.

Cabe suponer, por tanto, que PASAN DE MIL QUINIENTAS LAS BAJAS DEL ENEMIGO.

Los hechos mencionados, el de que nuestros valientes continuasen durante la noche del 1 al 2 disparando contra las líneas americanas, y el de haberles destrozado con una de sus bombas una compañía entera, han llegado á nuestro conocimiento por conductos que de ordinario nos parecen sospechosos.

Ellos también, los adversarios, se han encargado de decirnos que en los círculos militares de Washington reina, con motivo de la última jornada, preocupaciones muy serias.

¿Significa eso que hayamos obtenido una victoria?

No; 5000 hombres, faltos de medios y recursos, no pueden acabar con 24.000 á quienes sobre todo; 5.000 héroes, abandonados, no triunfan jamás por completo de 24.000 agresores, á los cuales una administración solícita ha proporcionado sin tasa lo necesario y lo superfluo.

Lo que sí significa es que de haber llegado á punto, como debieron llegar, los refuerzos prometidos al heróico Linares, y de haberse hallado Santiago de Cuba en las condiciones defensivas en que cualquier Gobierno capaz, con mes y medio de plazo la hubiera puesto, á estas horas habrían tenido que volver de cabeza á la plaza, y tal vez que reembarcarse a escape nuestros soberbios amigos. Eso revelan los informes americanos. Los nuestros, de carácter oficial, se concretan á anunciar que el defensor de Santiago de Cuba ha resignado, á causa de sus heridas, el mando, y que se ignora el paradero de las columnas [...] y Pareja, las cuales hubieran [...] entrar en la ciudad sitiada [...] nueve días.

Desde el 9 de Mayo en que se refugió [...] la escuadra de Cervera, a todo el mundo, no ya á España [...].

¿En qué [...]? ¿Cómo se ha invertido ese mes y medio en justificar de un [...]

Sabe el ejército algo más que defenderse á la desesperada y que morir con gloria.

Sabe vencer, y anteayer lo ha demostrado haciendo cara á un adversario cuatro veces más numeroso, y haciéndole mil quinientas bajas entre muertos y heridos.

La culpa toda será del Gobierno inepto, le ha privado de auxilios y recursos, y que lo ha abandonado á su triste suerte por torpeza y por imprevisión.

**[“Ni para la guerra ni para la paz”, *El Liberal*, 4 de julio de 1898]**

NI PARA LA GUERRA NI PARA LA PAZ

Entre las cosas intolerables que nos abruma, ninguna lo es tanto como la actitud del Gobierno.

Los personajes que lo forman pasaron todo el día de ayer encerrados en la más profunda reserva, y revistiendo de acentos lúgubres sus medias palabras.

Al ver sus rostros apesadumbrados y al oír sus ambiguas lamentaciones, lo menos que se podía suponer era que había capitulado Santiago de Cuba y caído en manos de Sampson la escuadra del almirante Cervera.

Hablemos nosotros claro, ya que tanto se afanan ciertas gentes por involucrase en una odiosa penumbra.

Por fuerza deben tener y tienen los ministros informes y pormenores acerca de los últimos combates.

¿Son malas las noticias? Pues no hay sino dos procedimientos, uno bueno y otro malo, que seguir con ellas.

Entregarlas al conocimiento público, considerando que á nadie ha de extrañar la cuantía de las pérdidas, conocidas como son las que en proporciones enormes ha experimentado el enemigo.

Guardar un silencio absoluto, no solo de palabra, sino con el gesto.

No se ha hecho lo uno ni lo otro.

Se ha hecho algo mil veces peor y digno de las más enérgicas censuras.

Callando lo que sabía, ha permitido el Gobierno que las imaginaciones se lanzasen á forjar aterradoras catástrofes; ha llevado á los ánimos la aprensión de lo desconocido, y ha agravado el desequilibrio moral que aflige España desde el principio de la guerra.

¿Es que le corre prisa infundir en la conciencia pública la noción de que no nos queda ni remedio ni esperanza? Es que necesita, en sus ignoradas combinaciones, apresurar el desastre para tomarlo como punto de partida, y destruir la raíz la confianza

en las fuerzas propias y el indomable espíritu de distancia que han constituido siempre la característica de la raza española.

No puede, no debe continuar un día más este sangriento equívoco.

Se viene haciendo aquí un doble juego contra el cual importa que [...] con igual vigor, así los que [...] una lucha sin cuartel, como los que suspiran por una inmediata suspensión de hostilidades.

Son incalificables los temperamentos [...] cuando á centenares sucumben otros soldados en Santiago de Cuba cuando se encuentran abandonados por error de la insurrección y del hambre los defensores de Manila.

El Gobierno actual, en cuya composición y en cuyas responsabilidades no ha establecido variante ninguna la crisis de Mayo, aceptó la guerra á que le llevaron las exigencias de la América del Norte.

Si lo hizo contra su deseo y anhelando soluciones pacíficas, esa circunstancia más debe servir para su condena que para su disculpa.

Estaba obligado, si creía á España capacitada para la defensa, á declararlo y á retirarse, dejando el puesto á cualquiera que tuviese más fe en nuestros bríos y en nuestros recursos.

Prefirió conservar el poder, no sabemos con qué fines y con ello y con su conducta ulterior ha demostrado su completa ineptitud para buscar la paz y para continuar la guerra.

No es lícito marchar por caminos encaminados á la realización de ninguno de los dos objetivos.

Cuando así se procede, todo resulta sospechoso, y la opinión irritada acaba por atribuir á meditados designios los más inconscientes descuidos.

Un Gobierno que ha provocado la inutilización de nuestra mejor escuadra, primero en Cabo Verde y luego en Santiago de Cuba; que ha dejado durante dos meses al general Augustí sin ninguna especie de socorro que ha dado margen al inconcebible estancamiento de la escuadra de Cámara en la entrada del Canal de Suez, y que ha desperdiciado el plazo de seis ó siete semanas, que las circunstancias le ofrecían, para enviar eficaces auxilios al general Linares, no tiene la idoneidad, la representación ni la autoridad indispensables para dirigir é impulsar la mortal contienda en que nos hallamos empeñados con los Estados Unidos.

Inútil es que trate de esquivar la responsabilidad de sus yerros; vituperable é inicuo sería que intentase derivar sobre otros factores y elementos la gravísima [...].

Aquí han cumplido todos, con exceso, las respectivas obligaciones. Y más que nadie, ese ejército heroico, que combate uno contra diez; que sufre impávido todas las inclemencias y todas las privaciones, y que no arrolla completamente al enemigo por la única razón de encontrarse, merced á las tormentas é imprevisiones del Gobierno, sin aquellos recursos que á manos llenas le suministra la patria.

No podían hacer más de lo que hacen nuestros sufridos é intrépidos soldados de mal y tierra.

Suya es toda la gloria; y de los que no han sabido desde Madrid dirigir, secundar y utilizar su esfuerzo, toda la culpa.

No valen estos para seguir al frente de la campaña, porque carecen de fe y de energía, y porque no creen en la posibilidad de la victoria.

Menos valen todavía para granjear una paz decorosa por el camino derecho.

Necesitaría á tal fin haber acreditado un alto desinterés patriótico, un conocimiento perfecto del sentir de los españoles y una noción precisa de las relaciones internacionales.

Necesitarían, sobre todo, poseer un gran prestigio, un valor cívico á prueba y una autoridad real que les asegurase el apoyo de la confianza pública.

Nada de eso tienen, y tan desacreditados están á los ojos de la opinión belicosa, como en el concepto de la opinión sedentaria.

Son, por consiguiente, un estorbo, y ya no pueden prestar á la nación más que un servicio.

El de alejarse, á fin de que otros busquen, si la hay todavía, la solución de una crisis en que se juega todo el presente y todo el porvenir de España.

[“La escuadra de Cervera”, *El Liberal*, 5 de julio de 1898]

#### LA ESCUADRA DE CERVERA

En la historia de las modernas guerras navales, no se registra un acto de temerario heroísmo semejante al realizado por la escuadra del almirante Cervera.

A fines del siglo pasado, y en los comienzos del actual, barcos de madera muy inferiores en número á los enemigos llevaron alguna vez á buen término empresas análogas.

Pero tal intento contra naves como las de ahora, potentísimas por el armamento, por la impulsión y por la masa, no se había visto nunca.

Cuatro cruceros de 7.000 toneladas se han abierto paso por medio de una escuadra, en la cual figuraban siete acorazados de más de 10.000, y otros quince buques de primer orden.

No salieron los nuestros aprovechando la obscuridad de la noche, sino á la plena luz del día.

No embistieron como quien huye, ni como quien busca en trance desesperado la muerte, sino con la bizarría intrigante del que espera salvar la honra de conservar la vida en servicio de la patria.

A las nueve y tres cuartos de la mañana iniciaron á cara descubierta el ataque; á las once, y después de un espantable cañoneo, habían roto por el centro la línea enemiga.

A los pocos instantes, batiéndose todavía con dos ó tres acorazados enemigos que iban casi á su costado, navegaban en mar libre hacia el Oeste.

Nos ha costado, hasta ahora, esta gloriosísima jornada la pérdida de los *destroyers*.

Honor eterno á las tripulaciones del [...] y del *Furor*, que, á no dudarlo, sacrificaron á sabiendas para facilitar las maniobras y asegurar el buen [...] de la batalla.

Cervera, antes de salir al mar, había esperado eficazmente á la defensa de Santiago de Cuba.

Los contingentes de desembarco tomaron parte principal, juntamente con las ametralladoras y los cañones de tiro [...], en los combates de tierra. Prueba de ello, la herida recibida por el capitán de navío, Sr. Bustamante, jefe del Estado Mayor de la escuadra, bajo cuyo mando pelearon aquellas dotaciones, prueba de ello, la amargura con que [...] la certera puntería de nuestros buques por los jefes de las divisiones norteamericanas.

Cuando Cervera supo que estaban á vista de la plaza los primeros refuerzos comprendiendo que no era ya indispensable su concurso, puso proa á la [...], y se abrió sangrienta brecha, al [...] de veintidós grandes buques enemigos.

¿Qué ha sucedido luego?

Grandes deben de haber sido las pérdidas experimentadas en el mar, como han sido las de tierra; pero grandes también los resultados, si no se han vuelto la fortuna.

[...]

Cierto que allá han sucumbido heroicamente la mitad de nuestras fuerzas; pero cierto también que el avance momentáneo de Shafter y Lawton ha tenido por consecuencia un tropiezo que no se diferencia en nada de una verdadera derrota.

Shafter confiesa que no está en condiciones de repetir el asalto, y al señalar el mal estado de los caminos de retaguardia, parece dar á entender que la retirada será en caso extremo muy difícil.

Rendido por la fatiga y las enormes bajas su ejército, es posible que se arriesgue á bombardear la ciudad, pero no cesará de seguro embestirla, y menos ahora, después de llegados, al mando del coronel Escario, importantísimos refuerzos.

Carecen de fundamento los rumores propalados ayer, y que por rarísima circunstancia tenían origen oficioso, de haberse entablado ya nada menos que en las calles una furiosa lucha.

Y no será extraño que las tropas americanas se vean obligadas á levantar el sitio.

Aunque así no suceda y aunque se apoderen á viva fuerza de Santiago, ningún efecto positivo sacarán de ese efímero triunfo, si por dicha se libra de su codicioso afán la escuadra del almirante Cervera.

Si abrumada por el número, no logra sustraerse á la persecución, ¡ay de aquellos que por abandono, por ineptitud ó por falta de criterio fijo, hayan dado motivo á una horrorosa catástrofe!

Bástenos formular votos sinceros porque la fecha de ayer señale, como el país entero desea, una etapa de gloria.

**[“Sin salida”, *El Liberal*, 14 de julio de 1898]**

SIN SALIDA

La guarnición de Santiago no se rinde.

Y para mayor desdicha de los que aquí desean en rendimiento, las lluvias y la fiebre amarilla se han puesto en contra de los americanos.

El agua ha echado de sus trincheras á los sitiadores, y destrozado los caminos por donde el tren de batir había de llegar á su emplazamiento.

Y la epidemia, haciendo presa en las tripulaciones de los barcos que van y vienen entre los Estados Unidos y Cuba, ha producido hondísima alarma en el gobierno de Washington, que se dispone á adoptar, ante el riesgo del contagio, las medidas más rigurosas.

Por otra parte, el general Blanco no se muestra propicio á reembarcarse para España al frente de sus batallones, y parece resuelto á defender contra todos y contra todo la grande Antilla.

De manera que la catástrofe con que nuestros gobernantes contaban para sus altas combinaciones, ha sufrido un nuevo aplazamiento.

Fuerza será, por tanto, esperar á que acabe de determinarse en Cuba, ó á que reaparezca, en plazo menos corto, por el lado de Filipinas.

Cómico sería lo que á nuestro inverosímil Gobierno le ocurra, si lo que está pasando esta infeliz nación no fuese horriblemente trágico.

Por culpas é indecisiones de aquél hemos venido á parar en un callejón sin salida. Desde que pereció nuestra segunda escuadra, trabaja descubiertamente el mundo oficial para arbitrar la paz, que es, á juicio suyo, la única esperanza de salvación que nos queda.

Y cada día que transcurre, aporta mayores dificultades á los que quieren y no osan marchar resueltamente por ese camino.

Han desatendido las obligaciones de la campaña, han buscado el apoyo de una buena parte de la opinión, y se encuentran, al fin, por falta de autoridad y de fé, tan incapacitados para impulsar la solución pacífica, como inhabilitados para seguir manteniendo una apariencia de lucha.

Creían que bastaba aspirar á lo primero, para conseguir en unos cuantos días sus ventajas, y ahora se encuentran con que es necesario consagrar á tal objetivo un período de tiempo de que no disponen, y una labor tenaz, para la cual carecen de energía.

Para resolver tan pronto como anhelan el enmarañado conflicto, no existe más que un recurso.

La sumisión incondicional á la voluntad del enemigo.

Y eso es de todo punto impracticable, no sólo porque la lesión de España resultaría enorme, sino porque el litigio, rozándose en una de sus fases con intereses de tercero, daría margen en su desenlace á la intervención de aquellos poderes que al principio se encerraron en una neutralidad absoluta.

Dicen los tratadistas modernos, refiriéndose á los cambios de soberanía territorial, que no basta á sancionarlos ni la cesión ni la conquista, mientras falte el consentimiento expreso ó tácito del pueblo con que se relacionan.

Y afirman que los demás Estados no pueden permanecer indiferentes al hecho, por hallarse solidariamente interesados en detener al vencedor, cuando no en los linderos del derecho y de la equidad, en los términos del provecho colectivo.

En Cuba y Puerto Rico se presentaría el primer caso; en Filipinas habría de surgir indefectiblemente el segundo.

Consecuencia de ello: que aun colocándose las cosas en el mejor terreno posible, no sería dable concluir en menos de tres ó cuatro meses las negociaciones.

¿Cómo ha de resistir espera tan larga un Gobierno que carece de resolución, de sinceridad y de prestigio?

¿Cómo ha de lograr durante el plazo forzoso que continúe pagando, sufriendo y desangrándose una nación á quien no se ha dicho todavía de manera categórica si debe fundar sus esperanzas en la paz, ó perseverar con sus últimos bríos y recursos en la guerra?

No cesaremos de repetirlo. Nuestros gobernantes son igualmente ineptos para lo uno y para lo otro.

Y con sus vacilaciones irremediables nos conducen á la inmediata ruina.

En el pantano donde yace el país, y ante la probabilidad de que dure algunas semanas más este desmoralizador estancamiento, se forma y crece por instantes el peligro mayor á que una nacionalidad puede verse sometida.

No nos referimos á la pérdida del imperio colonial, ni á la mutilación de las islas adyacentes, ni al bombardeo de nuestras ciudades marítimas por la flota americana.



Aludimos al vínculo de la unidad, que está en peligro de relajarse, ya que no de romperse.

De las regiones amenazadas llegan manifestaciones y avisos, cuya significación no debe pasar inadvertida á los hombres de Estado.

Se ha perdido ó anda en vías de perderse la confianza en los alientos de la patria común, y los golpes que recibe el orgullo al despedirse de una leyenda de gloria se agravan con los que sufre el interés al considerarse insuficientemente defendido.

Si no termina de seguida este mortal interregno, sólo Dios sabe lo que será de España.

Venga, pues, sin demora un Gobierno que ataje la disgregación posible; que nos lleve, en un sentido ó en otro, á una solución determinada; que tranquilice á las gentes, inclinadas á huir de los hombres de Watson; que devuelva al país la noción de su solidaridad y la conciencia de su fuerza; que nos dirija, que nos persuada y que nos conforte.

Unos días más de inacción é incertidumbre, y rodaremos al fondo de la sima.

**[“Venta y mordaza”, *El Liberal*, 15 de julio de 1898]**

#### VENDA Y MORDAZA

Lo único que sabemos todos es que amenaza á España un peligro de muerte.

¿Por dónde viene y cuándo descargará sobre nosotros ese peligro?

Desde hace días se ha perdido la esperanza de descubrirlo, y está á punto de perderse el anhelo de conjurarlo.

Tiene la opinión el presentimiento de que es engañada por cuantos la solicitan, y á cada momento se encierra en una desconfianza más hosca. Para ella, tan enemigos son los de fuera como los de dentro de casa.

No hay por qué extrañarlo, dado que la confusión y la obscuridad han llegado á los últimos extremos.

¿Qué sucede en Cuba?

Mientras unos indican que el capitán general se dispone á abandonar pacíficamente la isla, otros le suponen decidido á combatir hasta la muerte al frente del ejército y de los voluntarios.

En Santiago acontece lo mismo.

Hasta ayer parecía empeñarse el Gobierno en que la guarnición capitulase. Ayer se dijo que, por el contrario, la dejaba en libertad de continuar rechazando valerosamente á los sitiadores. No bien esto se supo, empezaron á circular dos especies. Una, que la ciudad se había entregado sin condiciones. Otra, todavía más grave, que la guarnición consentiría en rendirse, siempre y cuando los americanos la trajesen á España en sus buques.

Algo así anuncian nuestros corresponsales telegráficos, los unos desde Washington y los otros desde Londres.

¿Será verdad que la guarnición de Santiago regrese á la patria en transportes de los Estados Unidos?

Para ello tendría que haber habido una capitulación, no sólo entre los generales de las dos fuerzas beligerantes, sino entre los gobiernos de las dos potencias; como que el hecho representaría el comienzo de la evacuación consentida de Cuba.

¿Debemos admitir el supuesto? ¿Debemos rechazarlo?

No pudiendo contestarnos á nosotros mismos, menos podemos satisfacer con nuestro humilde criterio las impacientes suspicacias del público.

Cierto que el Gobierno, aunque lleno de temores y metiéndose por los atajos, va en busca de una solución pacífica.

Pero, ¿qué paz será esa?

El ministro de la Guerra, que ayer habló del asunto con un redactor de *La Correspondencia Militar*, la entiende y la [...] del siguiente modo:

Previo [...] de los Estados Unidos y España, convocatoria de un plebiscito, para que el país cubano diga si quiere ser independiente ó continuar bajo la soberanía española.

Votado lo primero, un plazo de nueve meses para que nuestro ejército abandone la isla.

Conservación de Puerto Rico.

Devolución de Filipinas, caso de que se establezcan en Manila ó su otro punto del Archipiélago los americanos.

¿Es esta la paz que busca el Gobierno? De seguro que no hay nadie que lo crea.

Bueno es, sin embargo, consignar la fórmula, á guisa de jalón que sirva para medir distancias. Así sabremos mañana la que hay entre lo deseado por el representante de nuestro ejército y lo aceptado por el Gobierno á quien corresponda entenderse con los Estados Unidos. Así quedará establecido el nivel por donde se vea el grado á que descienden en su día el prestigio y el interés de la patria.

Según advertirá quien leyere, estamos discurriendo sobre insubstanciales hipótesis.

Ningún otro camino nos resta, so pena de contribuir al aumento de las confusiones y tinieblas reinantes.

El Gobierno niega toda luz al país, y aun si pudiera le arrancaría los ojos.

Hállase España como un hombre valeroso á quien han metido por fuerza en un oscuro subterráneo, advirtiéndole que el suelo está lleno de abismos.

No acierta á dar un paso y permanece callada é inquieta; pero en su irresolución es mucho menor el miedo que la rabia.

Pronto lo demostrará con una exaltación furiosa si se le obliga á permanecer algún tiempo más en este odioso limbo.

El Gobierno que lo presiente, se apercibe al fin y después de largas vacilaciones á suspender las garantías constitucionales.

Por la cuenta ha llegado para él la hora de la última crisis, y estima necesario á sus propias conveniencias sellar con una mordaza los labios del país, al cual previamente ha vendado los ojos.

Inútil será la doble precaución.

Una nación como la española no abdica nunca su voluntad, ni se avispa en caso alguno á que gobernantes ineptos dispongan de su honor y de su vida.

**[“Suspensión de garantías”, *El Liberal*, 16 de julio de 1898]**

#### SUSPENSIÓN DE GARANTÍAS

Lo que anunciábamos en nuestro número de ayer se ha cumplido antes de las veinticuatro horas.

Están ya en suspenso todos los derechos y garantías reconocidos al pueblo español por la Constitución del Estado.

¿Por qué?

Bien claro lo dice la exposición llena de frases ampulosas y de lugares comunes que precede al real decreto.

Porque “son de temer sucesos graves”.

No se había visto tal, ni creía nadie que se volviese á ver, desde el año 1874, en que el Sr. Sagasta era también presidente del Consejo de ministros.

Otra vez, como en la época anterior á la Revolución de Septiembre, aparecen los periódicos con las columnas en blanco.

El jefe del Gobierno, contestando á preguntas de varios periodistas, ha manifestado cuales son los puntos y materias de cuyo examen debemos abstenernos para no incurrir en las penalidades que establece la ley de orden público.

No se podrá hablar ni de las instituciones, ni del ejército ni de la marina.

Tampoco se podrá discurrir, ni sobre la paz ni sobre la guerra.

La primera parte de la interdicción no ofrece para su cumplimiento grandes dificultades.

De la segunda se deduce una consecuencia inaudita.

Es, á saber, que en la guerra ó en la paz, no tiene para qué interesarse España, á pesar de haber enviado á la lucha la flor de sus hijos y de haber entregado cuanto le quedaba de su mísera hacienda.

Ese cuidado no atañe, por lo visto, sino á los nueve consejeros que todos los días se reúnen bajo la presidencia del Sr. Sagasta, y de cuya satisfactoria gestión estamos recibiendo pruebas desde el 1.º de Mayo en que ocurrió el desastre de Cavite.

Cumpliremos lo que el decreto de ayer dispone, en todo lo que nos sea dable.

Pero como no hay nada en él que prohíba analizar la conducta de nuestro gobernantes, nos permitiremos hacer respecto de ese particular algunas ligeras consideraciones.

Una situación liberal formada por hombres que treinta años há se expusieron á la muerte por combatir el régimen dictatorial y la previa censura, no está autorizada, ante la conciencia del país ni ante la conciencia propia, para adoptar sin motivo análogos procedimientos.

No lo estaría, ni aun habiendo causa bastante.

Caso de demandarlo una rigurosa necesidad, no era al Sr. Sagasta ni á los exliberales y exdemócratas que le acompañan en el ministerio á quienes correspondía seguir las huellas de los Nárvaez y los González Brabo.

Y no les correspondía, en primer lugar, por el respeto á sí mismos se deben, y en segundo término, porque saben demasiado bien cuán poco sirven y á dónde conducen esas medidas excepcionales.

El sistema de obscuridad y silencio forzosos, ó como decíamos ayer, de venda y mordaza, no lastima tan solo la dignidad de los ciudadanos libres, sino que violenta además la naturaleza de las sociedades modernas.

Al punto de desconfianza á que ha llegado el sentimiento popular, todo lo que sea privarle de luz y de conocimiento equivale á provocar su exasperación y á sacarle enteramente de quicio.

Si algo parecía indicado en los terribles momentos actuales, era abrir las válvulas y mojar las cuerdas.

Se ha procedido á la inversa, y ya nadie puede responder de nada.

Mil veces más peligroso es el desbordamiento de la imaginación, que el yerro ó la ofuscación del raciocinio. Mil veces peor que la protesta ó la intervención de un pueblo enojado, el movimiento automático é impulsivo de las muchedumbres que caminan á ciegas.

Expuesto lo que importa al interés general, á nadie maravillará que dediquemos algunas palabras al de las empresas periodísticas, no por secundario, menos legítimo y digno de respeto.

Sin previo aviso que fijase bien el procedimiento, ha comenzado la censura militar á ejercer sus funciones.

Han sido tachados artículos, sueltos y noticias de varios periódicos, y se ha devuelto á otros sin autorización para la publicidad, el ejemplar que habían enviado á la capitanía general en demanda del visto bueno.

Si no es que el Gobierno aspira á suprimir los periódicos, urge unificar el procedimiento en beneficio de los dignos oficiales que ejercitan la censura, y de las publicaciones obligadas á cumplimentar ese molesto requisito.

Así para los grandes diarios que tiran tres ó cuatro ediciones, como para aquellos otros que se limitan á una, la necesidad de acudir repetidas veces al día en busca de la autorización correspondiente, implica un considerable retraso en las operaciones manuales, y puede representar, con la pérdida continua de los correos, perjuicios enormes.

Búsquense el medio de evitarlo, si no es que la práctica de la arbitrariedad ha acabado, desde el primer momento, con toda noción de justicia.

Esto dicho, únicamente nos resta expresar un fervorosísimo voto.

Dios salve á España de los peligros exteriores é interiores que la rodean, ya que el Gobierno, bajo cuyo poder se agita ciega y muda, es absolutamente incapaz de salvarla.

**[“Todo en duda”, *El Liberal*, 17 de julio de 1898]**

TODO EN DUDA

Imposible formar idea de lo que, con respecto á la capitulación, ha sucedido y está sucediendo en Santiago de Cuba.

Pudiéramos aprovechar las circunstancias excepcionales, creadas por la suspensión de garantías, para culpar de estas obscuridades y confusiones al Gobierno.

Pero, en honor de la verdad, conviene decir que todos los despachos de información particular, incluso los nuestros, fomentan y multiplican las dudas.

A la hora en que escribimos, cabe afirmar que la ciudad no se ha rendido de hecho, y aun admitir, como contingencia posible, la de que vuelvan á romperse las hostilidades.

No nos maravillará que llegue de un momento á otro la noticia oficial de la rendición; pero tampoco nos sorprenderá la de que se ha reanudado el bombardeo.

Aseguran los telegramas de Fabra que ayer se efectuó la entrega, y que en las condiciones estipuladas entre ambos ejércitos, se incluye la evacuación de toda la provincia.

Eso no obstante, mientras falte la necesaria certidumbre, á los despachos de nuestro servicio particular nos atenemos.

Según las impresiones de Washington, que acusan un malhumor creciente, lo convenido hasta ahora por la guarnición de Santiago no tiene más carácter que el de un avance preliminar, sujeto á la ratificación del Gobierno de Madrid, y que carece de fuerza obligatoria.

De ello se quejan acremente los americanos.

Si el régimen puesto anteayer en vigor lo permitiera, y si fuera nuestro ánimo entrar en el análisis de esta intrincada cuestión, entenderíamos que tales ambigüedades y

fluctuaciones se deben á la existencia de una grandísima responsabilidad, en la cual los de allá y los de acá no quieren llevar sino la menor parte posible.

No de otro modo se concibe la serie de consultas cruzadas estos días entre los defensores de la ciudad sitiada y el gobierno de la isla, y la insistencia con que se inhibe y declara no haber mediado en ellas el Gobierno de la Metrópoli.

Necesario será, por tanto, que la opinión ejercite una vez más su paciencia y que se disponga á contar, en esto como en todo, con lo imprevisto.

El problema de Cuba, extendido ahora al resto de nuestro imperio colonial, ha entrañado siempre y entraña hoy, en mayor grado que nunca, por la complejidad de su naturaleza, incalculables derivaciones.

Para resolverlo, ó cuando menos para circunscribirlo, faltaron desde el principio energías de voluntad y armonías de criterio; de ahí que al cabo de tres meses de lucha nadie colija cuál va a ser ni por dónde va á venir el desenlace.

Las habilidades de la diplomacia y de la política, cuya utilidad se presta á bastantes dudas, aun en los tiempos normales, lejos de acarrear provechos, suelen originar gravísimas complicaciones, cuando ya se ha apelado á la *última ratio* por los partidos ó Estados contendientes.

En esos casos, la línea recta, aunque esté mal encaminada, ofrece resultados infinitamente mejores que la línea curva. Y es mucho menos peligrosa la unidad que la duplicidad de procedimiento, siquiera no haya en aquélla todo el acierto debido.

No se puede servir á dos amos, ni marchar á la vez en dos sentidos opuestos, ni trabajar simultáneamente por dos finalidades contradictorias.

Así comenzó el conflicto, bajo cuya plenitud nos vemos abrumados, y así concluirá, á menos que intentemos, si es tiempo todavía, una completa rectificación de criterio y de conducta.

No influímos [...] en él, sino que somos por él arrastrados á soluciones y términos desconocidos.

Se hará cada día más espesa y más general la obscuridad que ahora envuelve el doloroso incidente de Santiago de Cuba.

Pero darán cuenta de todo y pagarán por todos los que han asumido la tremenda y exclusiva responsabilidad de lo que puede ocurrir, desde el punto en que cerraron la tribuna parlamentaria é impusieron un forzado mutismo á la prensa periódica.

Serán la nación y la opinión inexorables jueces, ya que no se ha querido que fuesen consejeros y fiscales.



[“Á consulta”, *El Liberal*, 4 de agosto de 1898]

#### Á CONSULTA

Punto por punto se ha confirmado lo que anunciamos ayer sobre el inopinado regreso á Madrid de los Sres. Montero Ríos, marqués de la Vega de Armijo, duque de Tetuán, Silvela, Romero Robledo y Martínez Campos.

Los dos presidentes de las Cámaras llegaron anoche.

Hoy por la mañana son esperados los Sres. Martínez Campos, Tetuán y Romero Robledo.

Y el Sr. Silvela llegará esta noche.

Según se cuenta, vienen llamados por el señor presidente del Consejo de ministros, que desea conocer su opinión en lo tocante á la paz y á sus probables consecuencias.

Eso dice la prensa oficiosa, pero otra debe ser la causa que haya obligado á prescindir de su veraneo á los personajes referidos.

No es uso que los jefes de un Gobierno y directores de una política citen para consulta á prohombres que militan en campos opuestos.

Cierto que así lo hizo con motivo de la cuestión del *Virginius* el Sr. Castelar.

Pero el gran demócrata desempeñaba entonces la primera magistratura de la nación, como presidente que era del Poder Ejecutivo.

Cabe suponer, por tanto, que los indicados señores acuden á Madrid en virtud de más autorizado llamamiento.

Sea de ello lo que fuere, y proceda de quien proceda la convocatoria -nosotros sabemos desde anteayer de quien procede- no vemos para qué pueda servir ese trámite.

Los convocados y algunos más, cuyo parecer será, seguramente, pedido, tienen tanta responsabilidad y tanta participación como el Gobierno en el desastre colonial que nos abrumba.

Liberales y conservadores han intervenido en el desarrollo y en la agravación del problema.

Estos mediaron en la adulteración de las primitivas reformas, aquéllos contribuyeron á la formación de la nube desde el ministerio de Estado, y los otros acaudillaron en los tres últimos años los ejércitos de Cuba y de Filipinas.

Si hay alguno que no participó directamente en los sucesos, tiene hoy en ellos por su conducta y sus manifestaciones igual solidaridad que los restantes.

Todos son unos y los mismos.

No saldrá, pues, ninguna luz nueva de sus pareceres, ni obtendrá provecho alguno, de lo que digan ú obren, el interés de la patria.

¿Es que el Gobierno pretende esquivar responsabilidades á favor de la consulta?

Tanto valdría eso como si un pecador demandase la absolución á sus compañeros de pecado.

No son diez ó doce hombres, culpables entre sí de idénticos yerros, los que pueden suplir, interrogados unos á uno ó reunidos en cónclave, la ausencia de todas las fuerzas y representaciones nacionales; no son los individuos más caracterizados de los dos partidos que nos han puesto en el dolorosísimo trance actual, los que pueden, en nombre de España, aprobar ó reprobar las soluciones sometidas á su consejo, decidir la paz, aunque cueste enorme violencia, ni optar, imponiendo al país sacrificios mayores, por la continuación de la lucha.

Todos ellos están sometidos á juicio de residencia; todos figuran en el número de los acusados.

Para que la consulta significara algo, sería necesario llamar también á los hombres públicos que de veinticinco años acá han vivido alejados de la gobernación del país, y que se hallan, por tal motivo, exentos de toda complicidad y limpios de toda sospecha.

Pero aun entonces resultaría el procedimiento inútil, si continuaba vinculado el poder en las manos que por tanto tiempo y de manera tan funesta para España lo han ejercido.

Dejemos, pues, que emitan su parecer ante el Sr. Sagasta ó ante la persona que los haya citado los prohombres de que queda hecha mención y los demás que concurran á capítulo; démonos, desde luego, por enterados de sus apreciaciones, y abstengámonos de intervenir en un asunto que reviste todos los caracteres de un asunto privado.

**[“La verdad triunfa”, *El Liberal*, 8 de septiembre de 1898]**

#### LA VERDAD TRIUNFA

Hay tal ansia de verdad -decíamos ayer- que sean cuales fueren las trabas gubernamentales, esa verdad se abrirá paso en las sesiones secretas lo mismo que en las públicas. Donde quiera que se junten y puedan hablar alto dos ó tres docenas de hombres sinceros, brotará el grito de indignación y de protesta que lleva cada español dentro del alma, y se impondrá la realidad á todo género de ficciones, miramientos y convencionalismos. Pese á los recursos habilidosos, á las imposiciones de la disciplina y al secreto formado alrededor de los debates, con que salte de cualquier lado una chispa habrá lo bastante para incendiar la pólvora...

Horas después de escritas las palabras anteriores, se cumplía con creces nuestro anuncio.

Ha saltado la chispa, y arde ya el inmenso montón de combustible, hacinado en estos últimos meses.

De nada han servido los refugios del Sr. Sagasta.

Temeroso de que la luz y el aire exterior descubriesen las flaquezas y lacras de su malhadada gestión política, cerró á piedra y lodo todas las puertas, creyendo que así lo que se hablase de la paz y la guerra no tendría resonancia; y he aquí que una cuestión accidental é imprevista ha dado margen para que se dijese en público algo muchísimo más grave que cuanto se pudiera haber dicho acerca del Protocolo.

Invocaba la naturaleza de éste, para reclamar el silencio absoluto, y utilizando precipitadamente la pueril excusa, pidió la sesión secreta, no bien ayer fue leída en el Congreso la proposición de la minoría republicana.

Ante tamaña inconveniencia, prodújose al punto la explosión general, que con tanto afán y con tan pocos escrúpulos trataban de evitar los ministros.

Subleváronse los demócratas, los conservadores, los carlistas y los liberales independientes.

Y desnudaron entre todos la burda ficción, puesta por el Gobierno en medio del Parlamento á guisa de espantajo.

Eso de la reserva exigida para el Protocolo, es cosa sin substancia ni fundamento.

No admiten enmienda, no llevan aneja ninguna documentación oculta, y tienen fuerza ejecutoria las dos primeras cláusulas referentes á la evacuación de Cuba y á la cesión de Puerto Rico. Y en cuanto á la tercera, es tal su vaguedad y tan complicado é internacional el problema filipino á que se contrae, que nada puede influir en ella lo que se diga ó se deje de decir en las Cortes.

Resulta, pues -y no fue la minoría republicana sino el Sr. Silvela quien lo declaró- que el aparatoso argumento aducido por el Sr. Sagasta, no responde á otro fin sino al de impedir que sea examinada y juzgada su conducta.

Para eso tan solo se quiere privar á la nación de conocer y apreciar lo que más le interesa; con ese mezquino y único objeto se pretende envolver en sombras, lo que por su gravedad y trascendencia, debe mostrar á la plena luz del día.

Afortunadamente, se ha malogrado el propósito.

Han descubierto y denunciado la trama de la siniestra comedia, no ya las oposiciones irreconciliables, sino aquella otra que, según el turno constitucional establecido, es la llamada á recoger la herencia del Sr. Sagasta; no ya los grupos y los diputados sueltos, sino también multitud de factores importantes, á quienes consideraba el Gobierno como aliados y amigos.

En el descuadrado casco ministerial, donde á costa de inmensas fatigas se había logrado tapar los agujeros, ha entrado el agua de golpe por todas las junturas.

Día grande el de ayer y que hará época en nuestra triste historia parlamentaria.

Las Cortes, aunque no capacitadas, á nuestro entender, para la reconstitución total que España necesita, han principiado á destruir con mano diligente é implacable lo que daña y lo que sobra.

No le queda de vida al Gobierno más plazo que el indispensable para obtener la ley especial con que ha de cohonestarse la cesión de una parte de nuestro territorio á los Estados Unidos.

Se ha abierto el juicio, y, pese á quien pese, llegará hasta el cabo.

Por cima del secreto y de la obscuridad, impuestos á la tribuna y á la prensa, han surgido las primeras revelaciones, y nadie logrará impedir que salgan hasta las últimas.

La verdad, según la frase de Emilio Zola, está en marcha.

**[“Manos á la obra”, *El Liberal*, 10 de diciembre de 1898]**

MANOS Á LA OBRA

La Comisión de la paz ha concluído su tarea.

Nada más triste que el desenlace; pero desde el principio sabían cuantos discurren á derechas que no podía ser otro.

Dudamos de que en ese punto se hayan forjado ilusiones los comisionados; estamos seguros de que no se las hizo jamás el Gobierno.

Incapacitados como nos hallábamos para reanudar la lucha, á nadie se ocultaba que habría que pasar por todo lo que quisiesen los vencedores.

Planteado en terreno tan falso el litigio, alargar los debates equivalía á prepararse humillaciones nuevas.

Tal ha sucedido.

En vano los buenos patriotas, auxiliados por una mala retórica, tratan de buscar alguna compensación, demostrando que ha sido pisoteado el derecho de gentes. Lo que primero se vé en la conducta de los Estados Unidos, es el desprecio á España.

Debemos al egoísmo de nuestro gobernantes ese último golpe asestado contra el león enfermo.

Aconsejaba el sentido común que se abreviase la deliberación, reduciéndola á una docena de días, y ha durado dos meses y medio, sin otro objeto positivo que el de prorrogar la existencia ministerial del Sr. Sagasta.

Compadecemos de veras al Sr. Montero Ríos, y aplaudimos la fogosidad, no de político, sino de ciudadano, con que al final protestó contra una serie tan inaudita de expolios é injurias.

Dicho ya lo dicho por el Sr. Montero Ríos en un arranque de dignidad española, bien será que no volvamos sobre ese odioso incidente.

Tenemos puesto á la garganta el pie de un vencedor tan descortés como ambicioso é inaprensivo, y nos importa por dos razones elementales suprimir las frases gruesas y los apóstrofes iracundos. Primeramente porque no podemos hacerlos buenos con la espada, y en segundo lugar, porque de ello sacarían nuestros enemigos el pretexto que buscan para inferirnos mayores vejámenes y para someternos acaso á más rudas mutilaciones.

En casos como el presente, lo único que conviene á España vencida, es sobrellevar la derrota con el fiero estoicismo y con la decorosa reserva de los antepasados.

Hablamos así, no tanto por el recelo de que alguna alusión al discurso presidencial de Mr. Mac Kinley, dé margen á nuevas complicaciones, cuanto por el deseo de que concluya pronto y de una vez este fatal encadenamiento de abominables pesadillas.

Desastrosa y humillante es la paz; pero gracias á ella, quedamos libres para consagrarnos al remedio de las desdichas interiores.

Han desaparecido ya todos los motivos en que se apoyaba el Sr. Sagasta para sus dilaciones y expedientes.

Señalado un plazo de seis meses para que los Parlamentos de ambas naciones ratifiquen el Tratado, no hay por qué hacer de ese trámite una cuestión previa, encomendada al inmediato examen de las Cámaras españolas.

Desde mañana mismo puede y debe comenzar el trabajo útil, del cual ha de depender, ó nuestra progresiva rehabilitación, ó nuestra completa ruína.

En los actuales momentos no sobrevive de nuestra gloriosa nacionalidad más que el alma, y es indispensable proporcionar á ese alma, en el menor plazo posible, casa y cuerpo.

Todo se ha quebrantado, descompuesto y distendido en cuatro meses de horrible colapso, y se agotará muy luego lo poco que resta de cohesión, si la voluntad general, coincidiendo en un esfuerzo supremo, no lo impide.

Acabada la estéril labor de la Comisión de París, se ha acabado también la siniestra comedia con que venía entreteniéndonos un Gobierno egoísta é incapaz desde el día 12 de Agosto. A la obra, pues, antes de que se disipen del todo nuestras expirantes energías.

Y si la decrepita política que nos ha deshonrado, mutilado y empobrecido, se empeña en seguir sirviendo de estorbo, saltamos por encima de ella.

**[“Garantías necesarias”, *El Liberal*, 12 de diciembre de 1898]**

## GARANTÍAS NECESARIAS

Los conservadores ortodoxos atribuyen á varios personajes ministeriales la opinión siguiente:

-Como en el Tratado de París se establece para la ratificación un plazo máximo de seis meses, el Sr. Sagasta ha cambiado de plan, y no bien conferencia con el Sr. Montero Ríos, presentará la cuestión de confianza á la reina, antes de que se reúnan las Cortes. Si continúa al frente del Gobierno, propondrá la disolución del Parlamento actual y convocará otro que estudie y acuerde las reformas conducentes á la reconstitución del país.-

No sabemos lo que habrá de cierto en esas hipótesis con que tratan de explicar el nuevo plan del Sr. Sagasta sus herederos presuntos.

Pero persistimos en creer que se reanudará la legislatura el 9 ó 10 de Enero, aunque desconozcamos la materia que ha de ser objeto de sus trabajos.

Dos cosas afirmamos: que el nuevo período legislativo durará poco, y que no tiene aptitud ni autoridad para hacer unas elecciones generales el presidente del Consejo.

Lo primero es lógico y necesario, pues ha empezado el tiempo de los remedios heroicos y ha concluído el de los vanos discursos.

Lo segundo es de evidencia racional y notoria.

Si el Sr. Sagasta osara después de lo que ha pasado abrir los comicios, nadie concurriría á ellos. Y ahora no se resignarían como otras veces los abstenidos á ser

suplantados sus votos y sus personalidades: antes al contrario, protestarían *verbo et opera* con ímpetu tan grande, que la antigua farsa electoral terminaría en tragedia.

No vacilarán, de seguro, los que todo lo subordinan al poder en intentar una sofisticación más; pero no se halla España dispuesta á consentirlo.

Sus fuerzas, que todavía no se han concentrado en un haz, han formado ya diversos núcleos, y no se avendrán por ningún concepto á la fatal sumisión que ha causado la ruína del país y servido de tapadera á la imprudente ineptitud de sus gobernantes.

Cierto que se impone la entrada en acción de un Parlamento, que de verdad lo sea, y en el cual estén representados cuantos piensan, trabajan y tributan.

Pero, para creerlo, son indispensables muchas garantías, y los hombres que ocupan en la actualidad el ministerio no ofrecen ni una sola.

Para que vayan primero á las urnas y luego al tajo los ciudadanos de buena voluntad, requiérese que tengan la convicción de no ser burlados ni desatendidos.

Para que los españoles afiliados en distintas banderas y partidarios de contrapuestas doctrinas se decidan á trabajar en común por el interés exclusivo é impersonal de la patria, es menester que allá en los centros donde se manejan los resortes electorales, velen é intervengan personas de su confianza absoluta.

Si encarna en el ánimo del pueblo -y al hablar de pueblo nos referimos á todas las jerarquías y clases- la seguridad de que no serán adulterados sus votos, ni malamente explotadas sus generosas iniciativas, el pueblo, llamado hoy más que nunca á gobernarse por sí mismo, cumplirá con su deber y se prestará á todo lo que el bien público demande.

Si continúa en vigor la artificiosa organización que lo ha exprimido y vilipendiado, volverá la espalda á cualquier linaje de solicitudes, y se echará por el primer atajo que encuentre, harto ya de no acertar, por cuenta propia ni ajena, con el verdadero camino.

Estimulada por una dirección vigorosa, inteligente y honesta, España, no obstante su postración, su falta de sangre y su carencia de recursos, aceptará resueltamente los mayores sacrificios.

Sometida á la misma política que la ha puesto en trance de muerte y que pretende seguir aprovechándose de su agonía, no aceptará ninguno.